

LA
CONQUISTA DE VALENCIA
POR EL CID

ESTANISLAO DE KOTSKA VAYO



Lectulandia

Cuando el ejército del Campeador plantó sus tiendas a la orilla del mar cercado a la hermosa ciudad, era la hora en que el lucero vespertino amanece en el cielo vertiendo ráfagas de luz. Se transpuso por fin a las lejanas nubes y salió encendida de las brillantes ondas la luna llena, rayando en la altura de los montes. Temblaban en las espumosas aguas sus plateados rayos y brillaba la playa tan clara y apacible, como si la dorara la luz del mediodía. Los blancos pabellones colocados en la sonante arena, que tal vez agitaba el viento, semejaban, mirados desde el mar, otros tantos colosales fantasmas cubiertos con níveas y anchurosas vestiduras.

Lectulandia

Estanislao de Kotska Vayo

La conquista de Valencia por el Cid

ePub r1.0

Catharsius 09.11.13

Título original: *La conquista de Valencia por el Cid*

Estanislao de Kotska Vayo, 1831

Ilustraciones: J. B. B.

Diseño de portada: Catharsius

Editor digital: Catharsius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Preámbulo.

La ciudad de Valencia, donde nació Estanislao de Kotska Vayo, hervía durante su juventud en ideas que por doquier vertían los espíritus jóvenes ansiosos de renovaciones e intercambios de pensamiento. La furia guerrera que dejó tras de sí la guerra de la Independencia no se pierde, sino que se dispersa, desgraciadamente, en luchas fratricidas. Si las ideas políticas hacen surgir la lucha material, otra clase de combate se da a la sombra de las ideas artísticas y literarias, debate intelectual en el que se ventila el predominio de las viejas ideas y de las nuevas. La tendencia a la controversia dio sus frutos en Valencia, como lo diera en Barcelona, produciéndose un resurgimiento literario que tuvo ecos en la literatura española. Las causas de este renacimiento quedaron motivadas por los mismos hechos que la Renaixensa catalana, pero separándose, desde los comienzos, en sus tendencias. El autor extranjero que por excelencia se leyó y veneró en Valencia fue Chateaubriand, como lo fuera Walter Scott en Barcelona. A este renacer corresponde el grupo del que formaba parte Vayo, grupo en el que figuraban José María Bonilla —fundador, director y casi exclusivo director de El Mole, periódico en lengua valenciana, satírico y abiertamente liberal—, Luis Lamarca, Gaspar Bono Serrano, Pedro Sabater, etc., hombres que con sus escritos en prosa y verso contribuyeron a este renacimiento literario regional, que coincidió precisamente con el Romanticismo. No nos olvidemos de Cabrerizo, que contribuyó no poco, con sus publicaciones, al cultivo de la novela y a la lectura, así como otros editores: Orga —que publica Atala en 1803—, Ferrer de Orga, Salvador Faulí, etc.

Arolas vivió en Valencia toda su vida, aunque nació en Barcelona y se distinguió en la literatura castellana. Juan Nicasio Gallego residió en la ciudad de Valencia durante los años 1825 y 1829 y contribuyó con su personalidad a renovar las ideas literarias y estimular el cultivo de las letras.

Arolas, con Vicente Boix y Ricart y José María Bonilla, formaron, además, un grupo espiritual que dio ciertas diferencias al primer romanticismo valenciano, marcado con otros rasgos que el otro romanticismo surgido a la sombra de las letras de los escritores franceses. Su tono era moralizador y lacrimoso, con marcada tendencia al patriotismo, y ponderado en su pesimismo, trataba incluso de razonar estos estados de ánimo. Colaboraron estos tres autores principalmente en las revistas El Liceo Valenciano (1838-1839, 1841-1842), El Fénix y El Cisne. Revista de gran interés para el estudio de este movimiento fue el Diario de Valencia (1834), donde se publicaron reseñas de novelas históricas y versos de Bonilla, Rubio y Ors, Arolas, Pastor Díaz, etc., y testimonia dentro de este movimiento valenciano la admiración que por Walter Scott tuvieron los escritores de esta región.

Por los años 1826 y 1827 formose una Academia literaria, llamada Apolo, que a

poco de establecida fue escenario de una enconada contienda literaria entre Estanislao de Kotska Vayo (aquí le encontramos por primera vez en un ambiente muy de época) y Lamarca, a propósito de un ensayo poético que el primero sometió al juicio de la Academia. Acto seguido la contienda trascendió a los componentes de la asociación, y con furia se atacaron los que apoyaban las ideas de un autor o de otro.

Fue Vayo un idealista político; él mismo dice ser amigo de las ideas de libertad: «... alistado en las banderas de la Libertad desde la edad de quince años, y habiendo perdido todo por ella en los dos lustros de proscripción que acaban de expirar [o sea desde 1824-34], tuve ocasión para conocer a los hombres políticos y pintarlos tal como son en realidad»^[1]. Pero su idealismo no se limita al campo de la política, sino que trasciende al de la literatura. En 1826, apenas cumplida su mayoría de edad, publica una colección de anacreónticas, sonetos, idilios, odas y églogas^[2]; y en 1827 *El Voyleano o exaltación de las pasiones*, obra de carácter psicológico, autobiografía disimulada, cuyo tema gira alrededor de la guerra de la Independencia, una de las primeras novelas históricas que señalan el comienzo de la actividad original española. En 1830 da a la luz *La Grecia o La doncella de Missolonghi*; en 1831, *La conquista de Valencia por el Cid*, la mejor de sus obras; en 1832, *Aventuras de un elegante y las costumbres de hogaño* (novela de aire costumbrista, que tuvo mediana aceptación; en su prólogo la presenta como anticipo de una colección de novelas de carácter moral ilustrativas de las costumbres españolas del siglo XVI; pero en ella se atiende a las costumbres contemporáneas; tiene el mérito de contarse entre los primeros escritos de esta tendencia y es obra de no escaso mérito); en 1834, *Los expatriados*, que se refiere a la expulsión de los moros de Valencia en el siglo XIII; en 1835, *Juan y Enrique, reyes de Castilla*, en la cual el campo de acción se extiende desde el Tajo a las serranías de Cuenca y a la huerta valenciana, lo que da pie a bellas exposiciones de paisajes, que pinta con lírico lenguaje. Más romántica que toda su obra anterior, es por ello más acentuada su sensibilidad y melancolía, sin olvidar tampoco el elemento misterioso. Como historiador de Fernando VII, escribe *Vida y reinado de Fernando VII*; esta última publicada en Madrid (1842), y todas las anteriores en Valencia.

Algo de su actividad literaria la consagró también al teatro. De sus obras sueltas se conserva también un *Diccionario de frases castizas de Cervantes*.

Como novelista histórico responde a la corriente catalana, que veía siempre como ejemplo a Walter Scott. No obstante, ya las diferencias temperamentales de raza imprimen otro sello en los escritos. Si Vayo no estuvo dotado de ingenio novelístico extraordinario, contribuyó con su aportación al impulso del movimiento valenciano, que lo era español, y con su cuidado lenguaje y esmerada dicción dio frutos legibles.

La mejor de las novelas de Vayo según se consideró en sus tiempos y se puede

apreciar ahora, es *La conquista de Valencia*, novela histórica original; a decir de su autor. Situándonos en su tiempo, leamos el juicio que mereció a Estébanez Calderón y que salió publicado en *Cartas Españolas*: Si para ser buena novela bastase el estar escrita en muy buen castellano, *La conquista de Valencia* merecería el mayor encomio. Dicción escogidísima, estilo rico, oriental, sonoro y siempre magnífico; conocimiento de los más íntimos secretos del habla, sabor a bueno, si no hubiese por aquí o por allá algún amago a la afectación; todo, todo se encuentra en estos dos volúmenes. Pero tales dotes tan principales, tan de esencia como son, no alcanzan por sí solas para remontar una novela. Se necesita, además de la nueva invención, el que los personajes se muevan y que se muevan con vida, con espontaneidad y por sí propios, y no por máquina o botarga; en fin, es preciso fraguarlos de sangre y hueso para que la ilusión produzca su efecto. Éste es, el mérito de Scott y la cualidad que con otras muchas inmortalizó al celeste Cervantes. Ni por esto debe desanimarse el señor Kotska, pues tal como se lee en su *Cid* pocas cosas se le pueden igualar en este tiempo, y no dejaremos de insistir en que siga escribiendo así, como encargamos a los aficionados que lean y, sobre todo, que compren esta novela...

Cuando Vayo publica esa obra en 1831, nuestra novela histórica se hallaba en pleno desarrollo. Si es diferenciable un estilo regional, el suyo puede encasillarse en el levantino, o sea valenciano-catalán, coincidente con el florecimiento literario de esta región. Esta obra debería ser, en los proyectos de su autor, la primera de una colección de su género que pusiera de relieve los grandes hechos y costumbres españolas de diversas épocas.

A través de la trama de impetuosidad y rudeza bélica de *La conquista de Valencia*, se percibe cierta sensibilidad y suave melancolía a lo Chateaubriand. El héroe de la novela, el *Cid*, aparece enormemente idealizado, es el héroe nacional por excelencia, sin que ningún otro se le pueda parangonar: tal es su figura de gigantesca en valentía, honor e hidalguía. No obstante, Vayo se atiene bastante, en cuanto a hazañas se refiere, a la realidad, ya de por sí alejada de las gestas auténticas del héroe por la leyenda que se fue vertiendo a los romanceros. La magnitud de las empresas guerreras del *Cid* hacía imposible aunar aquéllas en una sola obra, y Vayo tuvo el acierto de elegir la más importante hazaña: la conquista del reino de Valencia, con lo cual tuvo campo para recrearse en la pintura local, que adorna con escenas llenas de color. Hace sencillas pero buenas descripciones de la Naturaleza. Se aprecia cierta desproporción en la narración de los lances guerreros, que recuerdan aquellas exageraciones de las historias caballerescas medievales. Apunta el calor humano en las todavía retóricas conversaciones virtuosas y hallamos un escudero a lo Sancho Panza, la eterna encarnación de lo picaresco, lo real, lo bajo, lo a flor de tierra, el contrapunto de lo heroico y lo sublime. Gusta mucho Vayo, y se complace en ello, de los ambientes moriscos, que aprovecha siempre que puede.

El recuerdo de lo medieval, reflejo de aquellas edades heroicas, que Walter Scott trasplantara a las mentes con su concepto íntegro y conservador, positivamente tradicional, se aprecia en Vayo en su reiterada rememoranza de canciones y romances intercalados a lo largo de la novela. Respondiendo a la característica literaria regional, acumula, a veces, incidentes escalofriantes, buscando con ello causar emoción.

Como en todas sus obras, es de apreciar sobre sus condiciones de originalidad el bonito lenguaje y cuidada expresión que en él eran característicos. El diálogo, aunque no de mucha movilidad, trata de evadirse de los largos párrafos retóricos. El propio autor nos hace constancia de su propia conciencia de originalidad diciendo que «no hay, ni un pasaje ni una palabra copiada de los modelos extranjeros»...

Bibliografía.

Biografía-Crítica

BAYO, Estanislao de Kotska: *Ensayos poéticos*. Valencia, 1826.

— *Los expatriados*. Madrid, 1834.

BROWN, R. F.: «The Romantic novel in Catalonia», en *Hisp. Revue*, 1945, XIII, 308-13.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, R.: Reseña de *La conquista de Valencia*, en *Cartas Españolas*, 1832, IV, 364-65.

Ediciones

La conquista de Valencia por el Cid. Novela histórica original. Valencia, Imprenta Mompié, 1831. 2 vols. en 16.º.



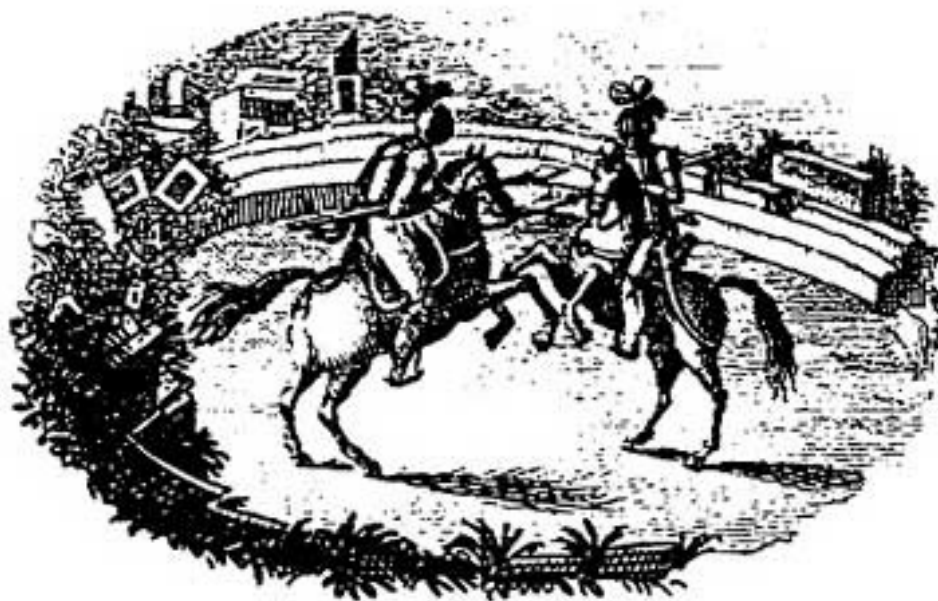
J. E. B. Co. Lith.

T. Blanche & Co.

EL CID.

LA
CONQUISTA DE VALENCIA
POR EL CID

Novela Histórica Original
Por Estanislao de Cosca Vayo.



T.º I.º

VALENCIA

Imprenta de Rompeño 1831

Fontana "Bilbao lo que"

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA

Prólogo.

Dedicando el célebre Corneille su hermosa tragedia El Cid a la duquesa de Aiguillon, en 1637, le dice: «Llevad a bien que os presente un héroe cubierto de los laureles que tanta fama le han dado. Su vida fue una serie no interrumpida de victorias; su cuerpo, trasladado por el ejército castellano desde Valencia a Burgos, ganó una batalla después de muerto; y su nombre, pasados seis siglos, todavía viene a recibir los homenajes de Francia».

Así habla el inmortal poeta trágico que difundió por su nación la fama, la gloria y los grandes hechos de armas del paladín más famoso de Europa. Al nombre de Rodrigo de Vivar enmudecen los panegiristas de otros valerosos capitanes, porque todos aparecen en su presencia deslumbrados por su mágico esplendor. Del mismo modo que contemplado un lucero antes que ría el alba, nos mueve a alabarlo con entusiasmo; pero si aguardamos a que el sol muestre su soberana lumbre dorando con ella los cielos, ¡quién no antepone a la belleza del lucero la incomparable hermosura y diáfana claridad del astro del día!

—Inútil fuera buscar en las historias de las naciones más cultas un adalid que reúna el indómito arrojo y las virtudes del tierno esposo de Jimena. En sus manos el pendón de la Cruz vence por todas partes del poder africano; ríndenle parias los monarcas de la Media Luna; lleva atados a su triunfante carroza los reyes que osan medir con él la espada; atónito el soberano de Persia le envía presentes y solicita su amistad; el mundo todo por decirlo así, a excepción de su patria, le proclama Cid, esto es, señor. Arde en sus venas el amor patrio con tal levantado brío, que le obliga a emprender arduas conquistas para libertar a España de los árabes y romper las cadenas con que la tenían oprimida los soberbios vencedores. Su entusiasmo por la tierra que sostuvo su cuna es tan grande, que salta de peligro en peligro, y logra clavar su estandarte en las murallas de Valencia, que era entonces una de las ciudades más ricas y populosas de España.

Parece que este espíritu emprendedor, este guerrero tan entusiasta debía eclipsar sus brillantes cualidades con grandes pasiones, que son comúnmente los lunares que afean las vidas de los héroes. Una imaginación ardiente, un magnánimo corazón abrasado por el ardor de las batallas y de las arduas empresas, producen fácilmente la ambición y el ciego amor de los placeres. Pero el Cid no solamente fue superior a ellas, sino que, por el contrario, resplandecieron en su carácter todas las virtudes domésticas y sociales que muy rara vez campean en los conquistadores. Padre sensible a las caricias de sus hijos, y enamorado esposo de su Jimena, nos presenta un conjunto admirable de elevadas prendas y raro talento, tanto más digno de elogio, cuanto más bárbaro era el siglo en que se distinguió el paladín de Castilla.

Es verdad que los romanceros de tal suerte desfiguraron las hazañas de Rodrigo

de Vivar que, a fuerza de exagerarlas, casi obligaron a sus lectores a creerlas fabulosas. De aquí tomaron pretexto algunos enemigos de las glorias de España para poner en duda hasta la existencia de este adalid; y por lo menos rebajaron tanto el número de sus proezas, que el que aparecía antes cual un coloso quedó reducido a comunes y ordinarias proporciones. No tuvieron presentes tales censores las costumbres del siglo en que vivió Rodrigo de Vivar: en él se multiplicaban los prodigios y heroicidades por la sencilla razón de que el talento lo podía todo; y cuando estaba acompañado del valor, le era fácil poner en movimiento infinitos resortes. Si hemos de juzgar a los antiguos españoles por nuestros conciudadanos; si hemos de comparar aquellos guerreros con los que viven hoy día, y solo hemos de reputar posible en los primeros lo que sean capaces de ejecutar los segundos, deberemos principiar la historia de España por el reinado de Felipe III, y sepultar en el olvido los nombres de tantos héroes como resplandecieron en las épocas anteriores. Costumbres más sencillas que las nuestras, menos amor a los placeres y el entusiasmo de la caballería, que, en medio de sus extravagancias, es el verdadero origen del prístino heroísmo de los castellanos, distinguen uno y otro siglo con tan señalados caracteres, como diferentes son las tribus salvajes de África de los civilizados y atildados habitantes de las orillas del Támesis y del Sena.

A pesar de las ventajas que presenta al escritor novelista un paladín de las prendas del Cid, ofrécese dificultades al reducir a un solo cuadro tantas y tan levantadas hazañas. El sitio y conquista de una ciudad encierra los personajes en un espacio limitado sin permitir que obren fuera de él; y la falta de variedad en las escenas y descripciones del país han de suplirse por precisión con la pintura de las costumbres, con la hermosura del lenguaje y con inspirar el mayor interés en la narración. Presente hemos tenido esta observación al escribir la novela de la conquista de Valencia por el Cid; y hemos procurado bosquejar con cuanta exactitud nos ha sido posible no solo algunos de los singulares usos de los valencianos, sino también la fertilidad y bellezas de sus campiñas.

Por último, cualquiera que sea la opinión que la indulgencia del público imparcial forme de este escrito, no deberá echar en olvido el lector que esta novela es original española, y que en toda ella no hay ni un pasaje ni una palabra copiada de los novelistas extranjeros.

Capítulo primero.

Las ruinas de Sagunto.

Lanzado habían de la soberbia Corte de Castilla a Rodrigo Díaz de Vivar, hijo de Diego Laínez, la envidia y la calumnia en el reinado de Alfonso VI. Pero el audaz castellano, cuya invencible espada era terror de Europa, en vez de rendir homenaje a indignos palaciegos para que le tornasen a la gracia del soberano, andaba de pueblo en pueblo y de Corte en Corte forzando con sus inauditos e increíbles hechos de armas a que le rindiesen parias los príncipes de la Media Luna. Colocado al frente de un ejército valeroso y escogido, con las sienes laureadas, y precedido de la fama que le granjearan sus victorias, mostrábase Rodrigo en los combates como un genio destinado a exterminar la raza salida de las montañas del Imao.

Mas ¿por qué se agita mi espíritu al pronunciar el nombre del libertador de mi dulce patria? Paréceme percibir un sordo murmullo en las riberas del Turia: las losas de los sepulcros se levantan y dan salida a las sombras de los héroes edetanos que se apiñan en torno mío para escuchar los rudos acentos de mi lira. No, no es mi cítara la que interrumpe el sueño de los sepulcros; tú, ¡oh Cid inmortal!, tu nombre magnífico vivifica sus muertas cenizas. Cien y cien trovadores han hecho resonar ya con sus arpas de oro tus altas hazañas bajo estos verdes naranjos que llueven oloroso azahar sobre mi cabeza. Pero ¡ah!, sus pechos no estaban encendidos por el amor patrio y su débil canto expiraba antes de arrancar una lágrima. Venid, héroes de Edeta; venid, vírgenes que habitáis dentro de sus muros: ya hierve en entusiasmo el corazón y vuestros labios deben repetir el himno del trovador.

Calladas estaban las sonantes ondas del Mediterráneo, heridas apenas por la trémula luz de los rayos solares que doraba débilmente la cumbre de los montes, a cuya falda fue un día Sagunto. De un lado, el mar tranquilo y silencioso deslizaba sus blandas olas hacia la playa, donde expiraban unas tras otras con la misma rapidez con que nacen y mueren los pensamientos en la mente humana. De la otra se veían las ruinas de la inmortal ciudad, los pórticos, las calles y las plazas desiertas, y sin muestras de huella humana que en ellas se imprimiese, todo yacía ya casi oscuro, y como esquivando la lumbre del día, que había revelado al mundo la existencia de aquellos escombros. Ni una voz, ni un acento en ellos se percibía; tal vez el ligero céfiro de la tardecilla osaba mover los mimbres y maleza que crecían junto a los sepulcros de tantos héroes. No anunciaban sus nombres pomposas y áureas inscripciones, ni la magnificencia de los túmulos denotaba su heroísmo. Rotas columnas, y destrozados arcos de algún vecino templo habían rodado hasta allí, y

removiendo la tierra que los encubría sacaran al aire los blancos huesos de los sepultos guerreros. Más allá permanecían en pie dorados altares que humearon un tiempo con la sangre de las víctimas; y parecía que hasta los dioses mismos que recibieron allí oblacones los habían abandonado al silencio y a la destrucción. La cabeza de una mutilada estatua ocupaba el lugar que hollaron los pies del sacerdote; y donde este colocara las sagradas ofrendas, era a la sazón morada de indignos reptiles.

Aún aparecía semiasolado el coliseo junto al anfiteatro que el tiempo había respetado de todo punto. El carro de los siglos, rodando por encima de las piedras que le muraban, no había sido poderoso a disputarles su duración. Intactos estaban los asientos desde donde los valientes ciudadanos miraron a los gladiadores ensangrentados en la arena luchar y reluchar en vano para gozar el bárbaro deleite de hacer expirar a sus plantas a las fieras. Mas a aquellos aplausos, a aquel sonoro y alegre clamor había sucedido el tétrico silencio de la muerte. ¿Y quién osaría levantar con sus pisadas aquel polvo ilustre, único resto de cien generaciones que se había tragado la tumba?

El eco de los vecinos montes repite el marcial estruendo de un brioso alazán cubierto de acero desde la frente a las ancas, que levantando su hermosa cabeza y relinchando una y otra vez, entra por la puerta del circo. Con el movimiento del caballo suenan las armas del jinete sobre el pavonado paramento que le cubre, y ondea el viento al pendón de la lanza que descansa en la cuja. Martinetes y garzotas de varios colores coronan el yelmo de oro; y sobre una gorguera de anchos follajes vienen a caer en desaliñados y polvorosos rizos las rubias crenchas del caballero. Lleva pendiente del tiro y sobre el quijote la espada de plata, despojo de un monarca muerto en descomunal batalla; y brilla en su garganta un collar de rica orfebrería. El peto y el espaldar son de bronce, y las manoplas de hierro.

Alza la visera el intrépido guerrero como si intentara medir el palenque, o buscase con los ojos algún objeto; y cerciorado de que ningún viviente le mira, tiene de las riendas el caballo y salta a la arena. Mas hierre súbito sus oídos el sonoro galope de otro caballo que penetra a la liza sosteniendo a su ufano señor, que al pasar golpea con el cuento de la lanza el escudo del caballero, y corre a tomar un buen espacio del anfiteatro. El guerrero del yelmo de oro se pone de un salto sobre su alazán, empuña las riendas, se cala la visera y, afirmándose en los estribos, enristra la lanza.

Dirígense los dos caballeros fieras miradas por entre las barras de la visera, y haciendo sentir las espuelas a los fogosos animales, se encuentran en descomunal y cerrado choque en medio del circo. Una nube de polvo los envuelve, y acometiéndose a todo su poderío, rompen las lanzas contra los fuertes escudos. Desnudan al punto los aceros; descárganse furibundos fendientes que no hacen mella en las fuertes armaduras; y el relincho de los caballos y la espuma con que argentan la tierra muestran que, participan también del coraje en que arden sus señores. Logra, empero,

el caballero del yelmo de oro pasar con la punta de su tajante espada el peto de su enemigo, y cae este del caballo teñido en su propia sangre, y expira antes de haber llegado al suelo.

Don García Ordóñez, conde de Nájera, tenía ojeriza ya tiempo a Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid, y era el opuesto de sus grandes hazañas. Después de haber intrigado en la Corte para labrar su desgracia, ansiaba el iracundo campeón sepultar en el olvido un nombre que tanta admiración causaba en todo el orbe. Mas como el Cid cobrara nuevo lustre con las inauditas y recientes victorias que había ganado a los moros, no pudo el conde tener a raya su envidia, y envió desde Burgos un camarero a Rodrigo emplazándole solo y hombre a hombre para este día, y señalando por paleque el circo de Sagunto. Grande gusto dio al Cid el mensajero de Ordóñez, porque ya días que le andaba brincando en el pecho el propio deseo, y era como venirle a ver el cielo. Acudió, pues, de grado a la cita, en la que su acero nunca vencido y siempre vencedor, vengó a la vez tantas injurias como había recibido de su contrario en el espacio de luengos años.

Apeose el Cid de *Babieca* —éste era el nombre de su caballo—, y volviendo a la vaina su ensangrentada *tizona*, llamó con un pito a su fiel escudero Gil Díaz, que le aguardaba una buena pieza de allí con mucha flema y remanso. Correspondió el criado a la señal de su amo, y viendo tendido en el suelo al conde exclamó:

—Válgame San Lázaro bendito, si no anda a dos dedos de nosotros Satanás cargando con el alma de este judío.

—Calla, Gil —dijo el Cid—, y recoge los despojos de ese malandrín, que mando para el altar —de San Pedro de Cardeña—. Así tocaré yo —respondió el escudero— un solo cabello a ese endemoniado, como con dar un puño en el cielo. Míreme su merced de buen ojo, y no quiera verme entre las garras de los diablos que holgarían conmigo si les usurpara estas alhajas que son tuyas.

—Tate, tate —gritó Rodrigo—, ¿diablillos hay en la danza? Date paz y sosiego en eso de creer que te acometan estando yo en tu compañía, pues a buen seguro que no me quedaría en zaga. Vamos, despacha, y despoja ese cadáver, que cierra la noche, y hemos todavía de andar un largo espacio.

—Señor mío —contestó el criado—, si alguna ley me tiene su corazón, si se acuerda que le sirvo desde tamañito, hágame merced y buena obra de excusarme este trabajo. Me tiemblan las carnes de ver un condenado, y llevo traza de no poder levantar de aquí los pies. ¡Pecador de mí!, ¡qué dirán que estoy descomulgado, según el pavor que me ponen las cosas del infierno!

¡Vive Dios —exclamó lleno de cólera el Cid— que eres el bellaco más embaído y tonto que hay bajo la capa de los cielos! ¿Es posible que tolere yo por criado a un necio aforrado de cobarde, con más barbas que un gigante, y con más alharacas que una mujercilla? O desnudas al conde de su rica armadura o llueven sobre tus espaldas

más palos que estrellas van apareciendo.

La calma que reinaba al principiar el crepúsculo había cesado; salían de las aguas del Mediterránea los hermosos luceros, y las sombras de los montes se precipitaban a los valles, comunicando a aquellas ruinas un aspecto más sombrío y majestuoso. Estrellábanse las olas con estrépito contra la playa, y hacíales consonancia una lejana cascada, que de levantados riscos se despeñaba formando un ruido confuso y horroroso. Atronaba los oídos el derrumbamiento del agua unido al choque de las olas: y el viento que levantaba en remolinos el polvo de los montones de las ruinas de Sagunto, producía confusas nubes que a los ojos del aterrado escudero eran otros tantos espectros. Ya le parecían una procesión de ánimas que vagaban por aquellas tumbas; ya las transformaba en abultados fantasmas, que según la voz común, se ocultaban en los escombros durante el día.

Mas la amenaza de Rodrigo le había puesto en corazón de obedecerle venciendo los temores que asaeteaban su pecho. Levanta, pues, el pesado pie para acercarse al cadáver del conde caído junto al muro del anfiteatro, y por una parte en que estaba derruido sale súbitamente una colosal figura. Mírala el mísero Gil Díaz, y observa la coraza o pirámide que agitada por el viento se empina sobre la cabeza del vestiglo, y advierte también el color rojo de su ropaje.

—¡Santiago me valga! —gritó el escudero, y queriendo poner los pies en polvorosa, tropieza con el muerto caballero, y da de hocicos sobre su cadáver.

La punta del peto de bruñido acero del conde traspasa la almilla de Gil, y enzarzado y preso de este modo queda abrazado el vivo al difunto. Cuanto más pugna y forceja el infeliz por desasirse, tanto más enredado se halla; y los gritos desesperados que lanza se pierden y confunden con el estruendo de las aguas. No quedó santo ninguno en el Cielo a quien no pidiese socorro el criado, bien convencido de que le tenían atraillado los diablos. Y habíasele asentado en la imaginación esta creencia tan de veras, que no extrañaba una mínima el que su señor permaneciese inmóvil sin socorrerle y sacarle de aquel mal paso. Así es que, faltándole de todo punto el espíritu y sofocado con los esfuerzos que ejecutara para alzarse del suelo, se rindió a un mortal desmayo que enteramente le privó del habla y del conocimiento.

Solazábase el Cid con el miedo de su escudero, dándose a entender que todo era efecto de su menguada imaginación, pues no había echado de ver la aparición del vestiglo, que de pie y arrimado a las ruinas, daba unas voces que nadie oía. Mas cuando Rodrigo notó que su escudero no hacía ya movimiento alguno, mal de su grado y todo mohíno por parecerle que traspasaba Gil los límites del natural temor, se acercó a donde estaba, y asiéndole del brazo tiró con tanta fuerza, que rota la almilla, logró levantarle.

—Maldito sea, amén, el hombre cobarde —dijo Rodrigo— a quien ponen pavor

los muertos.

Y pronunciando estas palabras dio tal envi6n al pobre Gil, que le arroj6 a una buena lanza de donde yacía el conde. Con el golpe sali6 el escudero de su parálisis, y triste y magullado se levant6 del suelo como mejor supo. Acercose pasito a su se6or, y abriendo los ojos que el miedo le multiplicaba, tendió la vista por el circo, buscando con ella a la malhadada visi6n que tal revuelta le había causado. Torn6, en efecto, a divisar el fantasma que se hacía rajas gritando arrimado a la pared del anfiteatro, de la que no osaba moverse un negro de uña.

Apenas le descubri6 Gil DÍaz, se agarr6 con todas sus fuerzas al peto del Cid, y le dijo:

—A fe, amo mío, que esta vez no he de salir mentiroso por malos de mis pecados. Vuelva su merced los ojos hacia esa parte, y verá un diablo tamañito como la Torre de Babel; y si no es así, como digo, caiga yo en mal caso.

Volvi6se entonces Rodrigo, y respondi6:

—Por Santiago que se divisa un bulto pegado al muro, y que debe de ser alg6n malandrín de los que andan poniéndose disfraces para aterrar a las gentes crédulas. Mala ventura le mando como no tuerza el camino, y se desvíe del peligro. ¿Fantasmas a mí? ¡Por vida de San Juan, que he de poner como nuevo al malandrín que se atreve a levantar figuras por estos andurriales!

—Se6or, se6or —grit6 el escudero—, ¿estáis en vuestro cabal juicio? ¿No echáis de ver aquella descomunal coraza que se alza sobre su cabeza en forma de pirámide, y que esconde su punta entre las estrellas? ¿Y eso no os da indicios y claras muestras de que la visi6n es un espíritu hecho y derecho, sin mezcla de cosa humana? Tanto le importa al vestiglo que vuesa merced le acuchille, como que le paladee con miel. No, sino el alba.

—Dígote, Gil —contest6 el Cid—, que tu sencillez frisa ya con la ignorancia. Ven acá, descomulgado y mal visto escudero: ¿quién te ha dicho a ti que toda esa máquina de fantasmas, vestiglos, trasgos y demás entes de ese jaez no son invenciones para poner miedo a las gentes sencillas y embaucar a los tontos? ¿No ves que la tal fábrica se levanta sobre los cimientos de la ignorancia y de la credulidad? Pues para que estés en lo cierto de las cosas, y te desengañes por vista de ojos, quiero no dar muerte a ese infeliz encorozado, sino aturdirle de un bote de lanza a fin de reconocerle con la luz del día.

Dicho esto, se dirigió Rodrigo a donde estaba la visi6n, y sin hablar palabra ni atender a las voces que le daba el vestigio con los brazos abiertos en ademán de abrazarle, le descarg6 sobre la cabeza tan fuerte porrazo, que el duende dio consigo en el suelo sin se6al alguna de vida.

—¿Has visto, Gil —grit6 el Cid—, cómo los golpes de mi lanza derriban también a los espíritus? Ya miras tumbado en tierra a ese impávido atleta que tuvo el osado

arrojo de poner pavor al pecho del Cid, a quien no hacen fruncir las cejas los ejércitos enteros de la media luna. Yo soy contento de esperar a que el día nos muestre el rostro de este desdichado, no para castigarle y escarmentarle, sino para que tú tengas de hoy en adelante más cuenta contigo mismo, y no salgas un punto de mis órdenes.

—En verdad que debe ser por ensalmo la caída de este vestiglo —respondió el escudero—. ¡Cuerpo de mí, y qué necio anduve en temer a fantasmas que se dejan vencer y despolvorear! Pero ya que hemos de esperar al alba en este sitio, lo que yo haré por bien de paz si lo lleva a bien su merced, es tenderme junto a *Babieca*, porque el sueño me va cerrando los ojos.

—Bien dices, Gil —contestó Rodrigo—, quédese el señor vestiglo tumbado en tierra, y no haya miedo de que se levante. Nosotros descansemos de nuestras fatigas sobre las piedras, que al buen soldado le saben a miel sobre hojuelas.

—Apuesto —replicó Díaz— que duerme su merced más reposado en este lecho que en el de mi señora doña Jimena.

Riose el Cid de la maliciosa pregunta del criado, y sin despojarse de sus armas se tendió con gentil continente entre aquellas ruinas, con tanto sosiego como si nada particular le hubiera acontecido. Acostumbrado a las fatigas militares, y endurecido en los trabajos de la guerra, hacía un mismo rostro a las incomodidades y a las dulzuras de la paz doméstica. Y quizás los peñascos, el cielo raso, la humedad de la noche, el hambre y las heridas eran para él de más solaz y deleite que la blanda pluma, el artesón dorado, el suave calor, los sabrosos manjares, y la vida quieta y sosegada.

Capítulo segundo.

Doña Sol.

Los rayos del naciente día dando en el rostro de nuestro buen Gil vinieron a despertarle cuando Rodrigo se levantaba también de su durísimo lecho. Mostrábase en el Oriente la rosada aurora; y los trinos de los pintados pajarillos que abandonaban sus nidos de pluma, se confundían dulce y armónicamente con el ruido del agua. La escasa luz que alumbraba las ruinas hacía resaltar en ellas los claros y oscuros de un modo majestuoso; y la vista de tantos objetos distintos sorprendía la imaginación al mismo tiempo que levantaba el espíritu con nobles pensamientos. Lo primero que se presentó a los ojos del escudero fue el malhadado fantasma caído en el suelo boca arriba, y con el rostro todo polvoroso y cubierto con los mimbres que se inclinaban hacia aquella parte. Pero en vez de poner miedo al criado tan extraordinaria figura, le hizo disparar por el contrario en larga risa reparando el raro vestido que le cubría. Lo que las tinieblas de la noche habían hecho pasar plaza de coraza a los ojos de amo y escudero, era la capucha de un religioso; y una almalafa colorada componía el resto de aquel disfraz que tanto se asemejaba a la vestimenta de los vestiglos. La almalafa de moro y la capucha de cristiano formaban un contraste tan original, que Gil llevaba término de no acabar de reír en un año. Al ruido de las carcajadas volvió el Cid la cabeza, y viendo a su criado con los carrillos hinchados y con tanta boca abierta, no pudo dejar de acompañarle en su alegría aun antes de advertir la causa. Mas cuando dio rostro por acaso al fantasma, faltó poco para que ambos no reventaran de risa.

—¿Y qué dirás ahora, Gil, de ese duende o demonio, o como tú le llames? — exclamó Rodrigo, sin cesar de reír ¿Viste más rara y más extravagante figura en los días de tu vida?

—Lo que yo sé decir —respondió el mozo—, es que debe de ser algún loco de atar que se ha escapado de uno de estos pueblos vecinos, y andaba solazándose por los contornos. Descúbrale su merced la cara, y veamos si corresponde a su figura, que sí se parecerá como un manzano o otro manzano.

Acercose Rodrigo de Vivar, y tomando la mano al vestiglo advirtió que vivía aún, y que la tenía suave y blanca como un copo de apretada nieve. Separó los mimbres que ocultaban el rostro, y quedó inmóvil y sin poder articular palabra al reconocer en él a una de sus hijas. Parecía volver en sí del aturdimiento que sin duda le causara el golpe de la lanza, y al paso que se animaban sus facciones, subía de punto la admiración del caballero. Éste, haciendo por último un esfuerzo, la puso sobre sus brazos, y trasladándola a donde *Babieca* y Gil estaban, se sentó a su lado procurando

con un pomo de agua, que consigo llevaba, restituirla a la vida.

—Mal año para mi abuela —dijo el criado—, si no tiene el señor duende una cara como una bendición. Mas, ¡válgame San Jorge!, cosas de encantamiento son cuantas aquí nos suceden. ¿No es ésta mi señora doña Sol?

—¡Cielos —exclamó el Cid—, justos cielos! ¡Conque no se engañan mis ojos, y mis propias manos han puesto tan mal parada a la hija de mis entrañas! ¿De qué prez puede serme la victoria que anoche conseguí en este mismo sitio arrancando la vida a mi bárbaro enemigo, si tan cruel venganza, me había de retornar la fortuna? ¡Oh hija mía! —añadió, apretándola contra su seno; y los ojos de la hermosa doncella se abrieron en aquel punto del mismo modo que se entreabre el cáliz de una rosa a la primera gota de rocío con que la baña la aurora.

—¡Dulce padre mío! —pronunció doña Sol con una voz débil, y pasó su brazo por el cuello de Rodrigo—. Mis labios temen anunciaron las crueles desgracias que cercan a vuestra familia. Mi madre y mi hermana... Dios mío —siguió toda conmovida, y alzando los ojos tierna y dulcemente—, dadle valor. No os desesperéis, valeroso padre; vuestro pecho, acostumbrado siempre a los trabajos de la guerra, ha sabido conservar la ternura de esposo y de padre. ¡Cuál será, pues, vuestro dolor al ver que mi madre y mi hermana yacen aprisionadas en poder de los moros!

—¿Qué dices, Sol? —replicó Rodrigo, poniéndose en pie—. ¡Mi Jimena, mi amada esposa, gime entre cadenas, y yo vivo! ¡Dime el nombre del infame que ha osado mancillar mi gloria y arrebatarme mis caras prendas; dímelo, y al punto caerá su cabeza a tus pies!

—Abenxafa, señor —contestó, bajando los ojos, la hija del Cid—. Abenxafa —gritó éste—, traidor, fementido, las aves de rapiña han de bañar en tu sangre sus picos. ¡Ojalá, perro descreído, que si amas a alguna belleza, pruebes al expirar el amargo tormento de verla en brazos de un rival! ¡Y ojalá presencias la muerte de tus hijos despedazados por una fiera, sin poderlos socorrer!

El pobre Gil Díaz, oyendo estas nuevas, y conmovido con la desesperación de su amo que nunca un dolor igual había mostrado, principió a llorar amargamente llevado de la ley que a sus señores profesaba. El valiente y aguerrido castellano, que adoraba a su esposa y a sus hijas, y que con aquel fiero e indómito valor amalgamaba la más exquisita sensibilidad, soltó la rienda a su despecho, y doblando una rodilla ante la hija, le tornó una mano, empuño con la otra el acero, levantó los ojos, y exclamó:

—Juro por la cruz de esta espada de no comer pan a manteles, ni bajo techo reposar, hasta haber librado a Valencia del impío Abenxafa, y haber recobrado con ella las dulces mitades de mi corazón. No, Jimena mía; no, Elvira de mi alma; mis caballeros me seguirán a romper vuestras cadenas, si es que el amor que os tengo no basta y aún sobra para abrirme paso por medio de escuadrones y vencer murallas de bronce.

Dijo, y saltando sobre Babieca, y acomodando en sus brazos a doña Sol, dio de espuelas al caballo que en su veloz carrera dejaba atrás el viento. Seguía jadeando Gil, sin perderle de vista, hasta que bañado todo en sudor, y viendo el camino que tomaba, dióse a entender que iría al castillo de Cebolla, y tuvo por acertado el acortar el paso y mirar cómo su señor se alargaba a todo su talante.

Dejemos ir en paz a amo y criado, y vengamos al trágico suceso del cautiverio de doña Jimena y su hija, que dio ocasión a la ridícula y felizmente acabada aventura del fantasma. Pero antes será preciso decir algo sobre los caracteres de Rodrigo de Vivar y de Gil, que tan principal papel representa en esta historia.

Era el Cid blanco sonrosado, con los labios belfos, el cabello rubio; y aunque frisaba ya en una edad avanzada, no se le notaban canas. Sus brillantes ojos eran como un espejo donde llevaba retratado su ardoroso y bélico valor; y una larga y poblada barba marginaba su rostro. Notábase al mirarlo algo extraordinario que anunciaba a tiro de ballesta al héroe sin necesidad de saber de antemano sus proezas. Era por demás la bizarría y el aliento que en todas sus acciones mostraba; y a no afirmarlo todos los historiadores, deberíamos dudar de que la especie de dureza que distingue a los héroes se confundiera y anduviera apareada con la más perfecta ternura.

En efecto: Rodrigo de Vivar no aparecía mejor guerrero en el campo de batalla, que esposo sensible y padre cariñoso en el retiro doméstico. Cuando se desnudaba la ensangrentada coraza y las duras manoplas en los cortos momentos que dedicaba al solaz y al descanso, sentaba sobre las rodillas a sus hijas, y tal vez con un rostro lleno aún del honroso polvo de la pelea imprimía los labios en el tierno y delicado rostro de las hermosas doncellas. Aquella mano que poco antes embrazara la rodela o empuñara la lanza acariciaba ahora suavemente a su esposa; y quizá una lágrima de felicidad empañaba los ojos que habían brillado de fiereza. Rodrigo, pues, pertenecía por su heroísmo a aquellos siglos bárbaros y caballerescos; empero, su corazón y sus conocimientos rayaban más altos, y serían sin duda hoy día el mejor ornamento de la Corte de Castilla.

Gil Díaz, su criado, que le servía desde niño, era un mozo colorado, fresco y pelinegro, pero de muy poca sal en la mollera. Dejábase tentar algo de la risa, y más a su gusto embaulaba tasajos como el puño en su ancho estómago que repartía tajos y reveses en los combates. Era miedoso y hablador de suyo, pero su buen natural, su fidelidad, y sobre todo, su no interrumpida alegría, le hacían amable y querido de los amigos de su señor. Así contaba un romance como aderezaba una polla y aún podía dar una mano de coces de ventaja a cualquiera en esto del danzar.

Ausente, pues, el Cid de su esposa y de sus hijas por las intrigas de los cortesanos, y viendo las muchas tierras que en reino de Valencia había conquistado, acordó fortificar el castillo de Cebolla, situado a dos leguas de la ciudad, y llamar a

su familia para vivir juntos en esta fortaleza. Envió a San Pedro de Cardeña, donde habían quedado su esposa e hijas, a Alvar Fáñez y a Martín Peláez, caballeros y deudos suyos, con un grande presente para el abad del monasterio, y treinta marcos de plata para el altar de San Pedro. Llegaron al convento los enviados de Rodrigo, e hicieron rebosar de placer el corazón de Jimena que lloraba tanto tiempo ya la ausencia de su esposo. Sus hijas Doña Sol y doña Elvira, que con igual entusiasmo amaban a su padre, bañaron con sus lágrimas la mano de Jimena, dándose mutuamente mil parabienes por tan súbita ventura.

Cuanto puede hacer amable al hombre en el mundo a los ojos de la hermosura, campeaba en el Cid en el punto más elevado. A su maravilloso denuedo y corazón valiente, a la fama de sus grandes e increíbles hechos, al prestigio de la gloria que tanto halaga a las bellezas, había el guerrero encadenado el afecto de su familia. Y cuando este nace sobre terreno tan proporcionado crece y se señorea en el pecho humano, sin que las tormentas que levanta el infortunio sean parte a destruirle.

Hechos, pues, los preparativos del viaje, y colocadas las ofrendas en el altar de San Pedro, pusiéronse en camino doña Jimena y sus hijas acompañadas de Alvar Fáñez, Martín Peláez, y de fray Lázaro, religioso del monasterio. El ansia con que deseaban llegar al castillo las ilustres viajeras ponía alas a su imaginación para representarles de antemano las delicias que gozarían al reunirse con el objeto de sus amores. Mas la suerte enhilaba los sucesos de muy distinto modo.

Hiaya, rey moro de Valencia, tenía buena voluntad a Rodrigo de Vivar, y apoderado éste por otra parte de tantas fortalezas y pueblos, nada podía recelar en el reino edetano. Habíale dado el rey repetidas pruebas de fidelidad, y descansaba a mayor abundamiento en del terror que su vencedora espada había infundido a los cobardes secuaces del islamismo.

Pero la llama de la discordia se eleva de repente en la ciudad que baña el Turia; y la sedición la atiza con todo su poderío. Los almorávides, enemigos de Hiaya, han desnudado su puñal, y el pecho del infeliz rey le sirve de vaina. Cae el mísero bañado en su propia sangre, y el impío Abenxafa, el más corrompido de los hijos de Mahoma, le dirige una mirada insultante y feroz al verle morder la tierra; y al paso que con la diestra clava una y otra vez el acero en el corazón del rey, le arrebató con la siniestra el signo de la autoridad real y la empuña con frenético anhelo. Levantan desde entonces su cabeza los vicios y los crímenes en Valencia; escóndense las virtudes perseguidas bajo las bóvedas de que está minada la ciudad; la encendida tea de las feroces pasiones guía y alumbró los pasos de los que se han apoderado de la balanza de Temis; y la dulce inocencia cierra los ojos para no deslumbrar con la vista de los delitos el brillo de la pureza que resplandece en ellos.

Mientras el carro de las humanas revoluciones rueda y pasa sin detenerse por las murallas de Edeta, se acercan ya a Sagunto Jimena y sus compañeros. Los labios de

la ilustre matrona sonríen dulcemente al descubrir las olas de aquel mar que besa las humildes torres del castillo de Cebolla, y aumenta su impaciencia la proximidad de este amado lugar.

—¡Ay, señora —dice fray Lázaro, metiendo las manos en las mangas—, qué bueno es Dios! No distamos dos tiros de ballesta de la fortaleza, y pronto descubriremos sus almenas doradas por los últimos rayos del sol. Ensanche su merced ese corazón que debe tener angustiado y anheloso, según los colores que le salen al rostro al paso que nos acercamos a Cebolla.

—Así será, como asegura su paternidad —respondió Jimena—, pero yo sé decir que no me angustia cosa alguna, como no sea la alegría que me causa el verme ya cerca de mi caro esposo.

—Pues bien —replicó el religioso—, esa alegría, debe tener sus límites, que no place a la Divina Providencia el que pongamos tanto amor en las cosas terrenas que son perecederas.

—¡Vive Santiago —exclamó entonces Alvar Fáñez—, que su reverendísima se engaña! Si en vez de cogulla y cordón se hubiera vestido su paternidad una cota de malla y un casco de bruñido acero, a buen seguro que le acuciarían otros pensamientos. Para conocer el amor es necesario ser marido y padre, o haberlo sido. Entonces se siente la extensión y fuerza de esta llama que mueve y arroba al hombre de un modo superior a sus fuerzas; entonces todas las leyes de la naturaleza conspiran a reducirle a este afecto único, porque de él depende la conservación y aumento del género humano. Su reverendísima no puede conocer unas pasiones a que es superior, ni probar unas delicias a que ha renunciado; pero así moderará mi señora doña Jimena el contento que le anda brincando en el pecho en estos instantes, como perderá su nivel el agua de ese mar. Porque por más elocuentes que sean las razones que emplea fray Lázaro para probar que debe tener a raya ese júbilo, la naturaleza, esa señora que nadie conoce y todos siguen, con un solo recuerdo, con descubrirle la cúspide de un torreón, le hará dar un salto y olvidar en un abrir y cerrar de ojos los discursos de una semana entera.

—Digo que tiene razón Alvar Fáñez —contestó Martín Peláez— y que bajo el hábito del monasterio de San Pedro de Cardeña lleva ocultas su reverendísima muy diferentes ideas. ¿Nunca ha molido fray Lázaro esperanzas en el molino de amor?

—Sus mercedes —dijo entonces el religioso bajando los ojos— gastan buen humor a fuer de esforzados militares. Dios los tenga de su mano y guarde nuestra cogulla.

En esto vieron venir hacia ellos un tropel de sarracenos capitaneados al parecer por un joven de gentil continente y sin iguales bríos que oprimía los ijares de un arrogante bridón. Al punto que divisaron los moros a los armados caballeros hirieron los aires con el ronco sonido de sus añafles y atambores, y revolviendo con su

acostumbrada ligereza los caballos acometieron a los cristianos en polvoroso desorden. Alvar Fáñez y Martín Peláez, afirmándose en los estribos, los esperaron con impávido denuedo y con la lanza en ristre, y rechazaron a los primeros pelotones con la misma furia con que los montes resisten a las olas del mar que los cubren de espuma y que se estrellan contra los peñascos que se elevan en su falda.

Pero los furibundos fendientes que descarga el joven Abenxafa hacen mella en las corazas de triple acero: caen las plumas que coronaban el alto crestón de las celadas; rómpense éstas al descomunal golpe de su maza de armas, y descubiertas las cabezas de Fáñez y Peláez ruedan bien pronto a los pies del bárbaro musulmán. Abalánzanse los soldados a las afligidas señoras, las desnudan de sus ricas joyas y vestidos, y hasta el humilde hábito del pobre fray Lázaro, que había permanecido pacífico, es presa de aquellos despiadados infieles.

Aparecían confundidos en el suelo los cadáveres de los dos cristianos con los despojos de los sarracenos que habían expirado al impulso del vigoroso brazo de Fáñez y de Peláez. Abenxafa saltaba de alegría al ver la completa venganza que la fortuna le daba del Cid, a quien aborrecía de muerte: y así ordenó que separasen a las señoras para aumentar el dolor de su cautiverio.

Mas observando entonces doña Sol el general desorden de los bárbaros, asió de los cabellos a la suerte, y dejándose caer en tierra se tendió bajo de los mortales restos de los que habían perecido. No pudieron echarla de menos los moros, porque dándose los unos a entender que los otros la custodiaban, torcieron el camino hacia Valencia después de haber recogido los despojos del campo.

Luego que la hija del Cid notó la soledad en que quedaba, se levantó pasito y reconoció el sitio donde yacía. Viose desnuda, y solo encontró para cubrirse la almalafa de un moro muerto que habían dejado olvidada y la capucha de fray Lázaro que, sin duda, arrojaron allí por desprecio los soldados del bandido Abenxafa. Púsose estos extraños adornos, y advirtiendo que la noche cerraba, que todos aquellos lugares estaban habitados por sarracenos, y que ignoraba cuáles eran de su padre amigos o enemigos, se dirigió a las ruinas de Sagunto con ánimo de esperar en ellas la luz del siguiente día.

Hirió a deshora sus oídos la voz del Cid y de Gil Díaz, y aunque al principio dudó de tanta ventura, fuese por grados determinando a salir al circo para darse a conocer a su padre. Su aparición causó la escena que en el anterior capítulo hemos descrito; y aunque tan extraño parecía a amo y criado el vestido de doña Sol, era muy natural, sin embargo, el trance desgraciado que la había obligado a usarle. Al presente podía ya repararse y consolarse del pasada infortunio al abrigo del Cid que la conducía, como dejamos dicho, al castillo de Cebolla, con ánimo de vengar la injuria hecha a su familia.

Con efecto: entraron por las puertas de la fortaleza, y los denodados y valientes

caballeros que ya sabían la desgracia de su inmortal jefe, le cercaron en el lindar bramando de coraje, y pidiendo que los condujera a singular y sangrienta batalla con los osados robadores de Jimena. El honor y la hermosura lo eran todo para aquellos arrojados paladines que, deslumbrados con la aureola de gloria que brillaba sobre la cabeza de Rodrigo de Vivar, habían corrido de lejanas tierras a tributarle el homenaje debido a su heroísmo y a adquirir bajo sus banderas empresas de gloriosos hechos para sus noveles escudos.

Allí se distinguían los aguerridos y sesudos habitantes del Tormes; los que cribaban la finísima y menuda arena del Tajo; los que bebían las dulces aguas del florido Betis, y los que a las faldas del Auseva lanzaron el primer grito de patria libertad, y enrojecieron los tersos cristales del Deva con la inmunda sangre de los bárbaros africanos. Diríase al ver tantos héroes juntos que el diamante tenía la virtud de reunir todos los metales preciosos, o que el Cid era el centro del heroísmo o la piedra mágica que una vez tocada pone en movimiento cuanto a ella se acerca.

Empero, los atractivos de doña Sol hicieron subir el valor de los guerreros al último cielo del entusiasmo. Aquellos ojos negros y rasgados que brillaban en medio de un rostro de azucenas salpicadas de púrpura dirigieron una mirada de gratitud a los cristianos, y no hubo un solo corazón que no palpitase con ella. El carmín coloreó los rostros de los paladines; hincháronse las venas con la sangre inflamada por la beldad; eleváronse los ojos por un movimiento natural, y todos experimentaron el ansia de combatir. El sonoro ruido de las espuelas, el brillo de las armaduras de limpio acero, en las que reflejaba el sol su imagen saliendo en aquel momento de las aguas del Mediterráneo, el movimiento de los penachos que ondeaba el viento y los gritos que arrancaba la presencia de la hija del Cid a aquellos valientes encendieron más y más su pecho, y lo hincharon de patriótico anhelo.

Los árabes dominadores de los países más fértiles de España habían solo sufrido revueltas y descalabros en los sitios montuosos, desde que el genio de la rebelión les abriera las puertas del Edén europeo. Asturias había dado el ejemplo heroico de sacudir el bárbaro yugo de la dependencia musulmana y la Corte española, concretada un día al ángulo reducido de la milagrosa cueva que albergó a los compañeros de Pelayo, se había dilatado por Castilla, Aragón y otros países más o menos céntricos y montuosos. Los tiranos se señoreaban a todo su talante en las provincias marítimas gozándose en las riberas del Turia, del Segura y del Betis, porque así podían en apuradas situaciones recibir socorros de África, o dar las velas al viento, embarcando sus riquezas, si los valientes iberos los acosaban con su sólita pujanza.

Rodrigo de Vivar, abriéndose paso por medio de estos naturales y feroces enemigos, había logrado sentar sus reales en medio de ellos, y en el sitio mismo que tantas ventajas les daba. Y había cumplido del todo sus deseos con estas tentativas,

conociendo cuán difícil se presentaba la conquista de ciudad alguna que estuviese situada en la costa. Mas al presente, que el honor y el amor enardecían el patriotismo, todo se presentaba a sus ojos liso y llano para clavar el estandarte de la cruz en las murallas de Edeta. Parece que el cielo deparaba a los cristianos esta ocasión de libertar la ciudad más hermosa de Occidente del poder de los descreídos y perversos africanos.

Al dulce cariño que profesaba a su consorte se unía el poderoso aliciente del amor patrio, despertador de los más heroicos pensamientos, y capaz por sí solo de hacer emprender y acometer los más atrevidos y gloriosos hechos de armas. Conocía el Cid lo que podía en los corazones de sus guerreros esta pasión; y así resolvió que todos ellos juraran morir o librar a Valencia de los musulmanes. Dio, pues, las órdenes convenientes para esta singular y nunca vista ceremonia, y ofreció marchar, al punto que se hubiese celebrado, a auxiliar la oprimida ciudad.

Manda clavar en el torreón más elevado de la fortaleza un astil, de cuya punta cuelga negro pendón con una roja cruz que la atraviesa. Ordénanse las guerreras haces en la dilatada llanura donde está situado el castillo, y por todas partes corren los hombres de armas apercibiéndose para la lucha. Ya no se agitan en las celadas de los héroes cimeras de vistosos colores: todos las han trocado por negras plumas que muestran el luto que reina en las almas. Los impacientes flecheros rompen el aire clavando agudas flechas en los troncos de los árboles para ejercitarse en los bélicos ejercicios. La trompa guerrera resuena en el campo, y anuncia las marciales lides que serán el asombro de las edades venideras.

Mientras el estruendo de las armas atronaba aquellos contornos, llamó Rodrigo a don Diego Ordóñez del Lara, uno de los héroes que más sobresalían en el ejército del Cid, y le dijo:

—Término llevan estos guerreros de conquistar la Europa entera, cuanto más a Valencia; mas para dar el último punto a su belicoso ardor, quiero que los nobles paladines de mi ejército reunidos, la flor de la caballería española jure con la espada desnuda reconquistar la libertad de su patria, encadenada por las cohortes africanas, y quiero que mi hija presencie esta ceremonia para darle todo el realce y brillo posible. Ya ves, amado Lara, el trance a que me ha conducido la suerte. Mi dulce Jimena yace aherrojada por un bárbaro y cobarde moro, y mi tierna hija, aquella cuyos pies cobijaba yo en su niñez, provoca quizás con sus atractivos las impúdicas miradas de un seductor. ¡Oh afrenta! Tu amigo, Lara, el Cid, cuyo honor disputaba la pureza al lampo del sol, Rodrigo de Vivar vive aún después de su infortunio. Si en tu pecho arde la llama de la amistad del mismo, modo que en el mío; si alguna vez te fue deliciosa la memoria de una beldad querida, ase las riendas de tu bridón, y disfrazado o como más te agrade, parte a Valencia, y haz por ver a mi esposa. Dile que quedo ciñéndome la espada que he de envainar en el pecho de sus alevosos robadores; dile

que mi corazón llora sangre ausente de ella; dile que cuide de mi Elvira... ¡Oh amigo!, yo fío a tu valor este arduo encargo; no conozco ninguno más digno que tú de tan peligrosa empresa.

Anímanse las facciones de Lara al oír las últimas palabras de Rodrigo; estrecha el cuello del héroe con sus brazos aforrados de hierro, y le responde:

—Merezco la preferencia que me concedes, invicto Cid; y antes que el sol transponga las vecinas montañas, tendrás nuevas de tu familia.

Se desase entonces de su compañero de armas, se cala la visera, salta sobre su indómito caballo, y los árboles y el polvo le roban muy pronto a los ojos del Cid.

Capítulo tercero.

Elvira y su amante.

Siguendo el intrépido Ordóñez de Lara la orilla del mar, llegó bien pronto a los deliciosos y floridos campos donde está situada Valencia. Aunque el sol tocaba ya el signo de León, no fatigaba en ellos el calor, sino que todo presentaba la imagen de la suave y cándida primavera. Deslizaba el Guadalaviar, o como ahora se llama, Turia, sus cristales por entre unos arcos que formaban los juncos enzarzándose con los purpúreos rosales; y el césped, el jazmín y la madreselva crecían en sus riberas alfombrándolas con vistosa y grata variedad.

Luego que Ordóñez descubrió los humildes muros de la ciudad se apeó de su caballo en una plazuela de olorosos naranjos y verde arrayán que allí había, con ánimo de darse traza y resolver el modo de entrar en Valencia. Y mientras revolvía en su mente, sentado en la menuda grama, mil ingeniosos pensamientos, vio acercarse con presurosos pasos a aquel sitio una arrogante y lindísima mora, con el más donoso y esbelto talle que vieran nunca sus ojos. Vestía un hermoso zaragucel de níveo tuán, cuyos ordenados pliegues le caían hasta los chapines, y una rica marlota de seda sembrada de pedrería. Colgábale del sencillo tocado el cendal, graciosamente prendido, que le velaba el rostro; y resplandecía en sus sienes una diadema de zafiros y balajes.

Parecía tan embebida en sus ideas, que ni siquiera volvió la vista a la plazuela de los naranjos; y despidiendo a la esclava que la acompañaba, se sentó al borde mismo del Turia, de frente al agua y de espaldas al paladín cristiano. En esto penetró a la llanura otro caballero de la cruz armado de punta en blanco y dirigiéndose a Ordóñez con la visera calada:

—Cualquiera que seáis —le dijo—, pues me basta vuestro traje de cristiano, os exijo, por la orden de caballería que profesáis que me juréis guardar eterno secreto de cuanto vuestros ojos vieren.

—Así lo juro —respondió el de Lara sin descubrir el rostro—, así lo juro en nombre de la beldad que me calzó la espuela al armarme caballero.

—Pues bien —siguió el desconocido—, defended mi espalda para que nadie penetre a esta parte de la ribera, que me importa la vida hablar a esa cristiana.

—¡Cristiana! —exclamó Ordóñez sorprendida...

Pero ya el incógnito, llegando a la señora, se había puesto de hinojos ante ella, y con dolorido acento le decía:

—Te veo, por fin, adorada Elvira. ¡Ah!, ¡cuánto huelga mi corazón de que te hayas compadecido de mis penas!

—¿Conoces tú —respondió ella— toda la extensión de los peligros a que me he arrojado por hablarte? Mira el indecoroso traje que cubre a la hija del Cid; mira el disfraz con que he podido burlar la vigilancia de mis carceleros. El bárbaro Abenxafa ha jurado derramar la sangre de mi madre en el momento en que me eche de menos en su palacio.

—¡Qué dices! —gritó el caballero—. ¿Ese juramento ha pronunciado Abenxafa?

—Sí, le ha pronunciado —replicó la doncella—, y los momentos son preciosos. Si en este punto me buscara... ¡Justo Dios! Ya me has visto; ya sabes mi esclavitud y mi situación; parte, y no olvides que tu Elvira queda expuesta a las amenazas del lascivo Abenxafa.

—Espera, Elvira; espera —así gritaba el incógnito mientras la hija del Cid, más ligera que el viento, corría otra vez a Valencia llevada en alas del amor maternal.

El caballero la siguió con los ojos mientras pudo, y volviendo luego a donde Ordóñez lo aguardaba, se sentó a su lado.

—Maravilla debe de causaros —le dijo con acento cariñoso— el que me haya valido de vos sin conoceros; pero los guerreros todos somos hermanos; y a más los lazos de la caballería son tan estrechos y de tanta utilidad, que en todas partes halla un caballero otros de la orden de quien poder fiarse. Sois, sin duda alguna, del ejército del Cid, como yo, y me cumple retirarme por si os estorbo para algún asunto de importancia.

—No me estorbáis —contestó el de Lara—, antes si queréis seguirme, os quedaré agradecido. Salí poco ha de los reales de Rodrigo de Vivar a romper un par de lanzas con los perros que guarnecen esta ciudad; y por Santiago, que no he visto uno solo de ellos con quien poder ser en batalla, a pesar de esperarlos a tiro de ballesta de las murallas, como veis.

—Si os agrada, pues —añadió el desconocido—, sobramos los dos para entrarnos de hilo por esas puertas sembrando la muerte y el desorden, y aún podemos tocar con nuestras manos el palacio mismo del cobarde Abenxafa.

—¿No fuera mejor —opuso Ordóñez de Lara— retar a singular combate a esos dos moros que están de pie en el portillo apoyados sobre sus lanzas, y entrar luego disfrazados con sus trajes a rendir parias a mi señora doña Jimena?

—Que me place —clamó alborozado el amante de doña, Elvira—, siento no haber sido yo el autor de esa propuesta.

Los dos caballeros se abrazaron entonces por un movimiento natural causado por la especie de simpatía que une a los valientes. Hubieran querido ambos darse a conocer en aquel punto, y jurarse fraternidad, pero les pareció que era una especie de desconfianza, porque si el uno se quitaba la celada obligaba al otro a obrar del mismo modo por cortesía. El misterio, por otra parte, lleva consigo cierta majestad; hay un no sé qué de sublime en la espontánea unión de dos hombres que se defienden

mutuamente sin haberse visto, y que ejecutan admirables proezas impulsados por una pasión noble.

El héroe de Lara y el incógnito montaron en sus furiosos bridones, embrazaron la rodela, terciaron el lanzón, y se encaminaron al portillo que guardaban los furibundos y bien armados sarracenos. Tan pronto como estos divisaron a los caballeros cristianos, hicieron sonar el alelí, y viéronse en un momento correr a su lado diferentes guerreros de la media luna, con picas, lanzas, espadas y ballestas. Una confusa gritería atronaba los aires, al paso que los dos héroes con reposado continente e impávido corazón se acercaban con la misma indiferencia que si corriesen a presenciar en el circo las habilidades de los gladiadores.

Mas óyese de repente un clamor de admiración, y todos los ojos se fijan en un joven árabe que asiendo con la mano izquierda las crines y hermosas riendas de una yegua, salta sobre ella sin poner pie en el estribo, y empuña una lanza de dos hierros. Las plumas gualdas y blancas que adornan su bonete, su soberbio alquifá, recamado de rubíes y amatistas, y su dorada cimitarra presa con el almaizar de las cadenillas de oro que le cuelgan del hombro, declaran demasiadamente quién es; si su fiereza, sus ojos de tigre y el coraje que le devora no han anunciado ya a Abenxafa.

Adelántase el incógnito dando espuelas a su bridón y provoca con fieros ademanes al musulmán.

—Ven, ven —le grita—, solo estoy, que mi compañero no tomará parte en nuestro combate. Si eres tan osado en el campo como en el harén; si tus cuchilladas y botes de lanza se parecen a los amores que dices a las cristianas que robas, ¿por qué temes, valiente entre las damas?

—Ahora verás —respondió Abenxafa, revolviendo con airosa ligereza su yegua —; ahora verás a qué se parecen los golpes y fendientes que descargo. ¿Eres acaso ése que llaman Cid, y vienes a recobrar cuerpo a cuerpo las prendas que te guardo? Por Alá que no puede engañarme la bermeja cruz que te adorna, y juro que ha de servir para alfombrar la caballeriza de mi yegua.

El incógnito, sin dar oídos a tan despreciables denuestos, vuelve la cabeza atrás y dice a Ordóñez:

—Mientras me despolvoro con este infiel, aprovechad vos, compañero mío, la ocasión de penetrar en la ciudad por cualquier lado de la muralla —dice, y da principio al más reñido y sangriento combate con Abenxafa.

Ordóñez, acompañado de su alma grande, se aparta un buen espacio del portillo como si huyese de la pelea; arrima su bridón al muro, se pone de pie sobre la silla y abrazándose con la almena, levanta las piernas al aire, aprieta el pecho contra la pared, y salta sobre el muro a pesar de sus armas y del vestido de acero que le impide doblarse. Las calles están desiertas: porque los moros o han corrido al lugar de la pelea, o se han fortificado en sus aposentos, dándose a entender que los cristianos van

a asaltar la ciudad. Camina el de Lara con presurosos pasos hacia el palacio; llega, y los centinelas aterrados le preguntan quién es. Respóndeles con la espada; y lleno de aquel honroso entusiasmo de la caballería, les afirma que como le consientan hablar a las cautivas cristianas, saldrá al instante de Valencia. Los árabes, poseídos de temor y admirados de su serenidad, le ofrecen llevarle a presencia de las cautivas si les da su palabra de no sacarlas del alcázar.

Así lo promete el héroe, y guiado por dos musulmanes, entra en un espacioso y ameno jardín. Doradas verjas le cercan y muran por las cuatro partes y en vez de encontrar los ojos cuadros de flores y simétricas calles de árboles, hallan solo una selva casi montuosa llena de grutas, de cascadas y de estanques. Obra es del arte que tan reducido espacio parezca ilimitado a la vista, y que se pierdan los cálculos del hombre en este ameno y plácido sitio, como si se hollase las faldas del Atlas. Los sarracenos, poseedores de los escasos conocimientos que entonces se traslucían de las ciencias, los habían utilizado en el reino edetano, transformándolo en una deliciosa y moderna Arabia. El alegre cielo de Valencia, la fertilidad de su terreno, la alegría y claro ingenio de sus naturales y la pureza de su aire habían venido de perlas a estos dominadores para ejercitar y poner en práctica el método que habían aprendido en su patria: ellos llamaron por largo tiempo a Valencia campos elíseos. Los artífices más hábiles habían trabajado en el jardín del palacio del muerto rey Hiaya; y así no debe parecernos extraño que fuese una especie de fenómeno en aquel siglo.

Detiéndose Lara, sorprendido por tan inesperado espectáculo; vuelve la cabeza, y no descubre ya puerta alguna, ni puede adivinar por dónde ha penetrado a aquel misterioso y apacible sitio. Los soldados que le acompañaban han desaparecido, y casi se ve forzada a creer que pisa el encantado palacio de alguna hada, o la celeste región donde colocó la fábula a las apuestas diosas de la gentilidad. Vense aquí y allá grutas de ordenados peñascos cubiertos de olorosas yerbas, por las cuales se dejan caer como arrastrándose cristalinos arroyos que humedecen y refrescan la aromosa selva. Hay dentro de ellas un estanque de agua dulce, asientos de césped, baños para el estío y mil canoras avecillas que buscan inútilmente la salida, pues se hallan aprisionadas sin saberlo con una finísima red.

Aquí derrumbándose el agua en resonante cascada cae sobre una cueva de granito y se deshace en líquida espuma que argenta las aromáticas plantas, semejantes sus gotas a las perlas que vierte saliendo el alba. Allí amontonándose enyedrados peñascos, prestan guarida en sus huecos a la hermosa perdiz, a la nívea paloma y a la fugitiva liebre; mientras el vistoso cardo, el odorífero tomillo y el menudo arrayán levantan su erguida frente. Los árboles graciosos y selváticamente ordenados impiden gozar a un tiempo de estas brillantes vistas en un país llano y dilatado; pero en cambio excitan en la imaginación cierto anhelo por descubrir los límites de aquel albergue.

Impulsado Ordóñez por este sentimiento, recorrió con afán todos aquellos lugares sin echar de ver que andaba dos y más veces por una sola gruta, y que la aparente extensión de tan amena soledad era obra del arte y un mero engaño de los ojos. Así se alejan los objetos en la óptica, haciéndonos ver las risueñas campiñas y floridos vergeles a dilatadísimas distancias, cuando más cerca de nosotros se halla el lienzo donde están pintados. Admiró el héroe la paciencia y los preciosos metales que necesitara emplear Hiaya para trasladarlos enormes peñascos que formaban las grutas y cuevas, los cuales mandó traer de lejanos montes. Y arrobado, suspenso y dudoso sin saber qué pensar de aquel acontecimiento, se puso a llamar a los soldados que le acompañaron para que le mostraran la salida del laberinto.

Pero sus voces se pierden y confunden en la encantada selva, sin que ni el eco responda a los acentos del guerrero. Busca con desesperados ademanes una senda que le conduzca al palacio, y jura derramar la sangre de los alevosos musulmanes que en tan críticos momentos le han encerrado en el mágico retiro. Trae a su memoria el combate que el denodado incógnito ha trabado con Abenxafa para darle tiempo de cumplir sus deseos, y recuerda las tiernas súplicas del valiente Rodrigo cuando le diputaba para hablar a su esposa. ¿Y no la veré?, exclama afligido.

El honor enciende la generosa sangre que corre por sus venas; alza los ojos una y otra vez al cielo, vuela con amenazador continente de una a otra parte, se detiene, limpia el sudor que baña su frente, y conoce, por fin, que los viles soldados de la media luna le tienen preso para sacrificarle cuando les plazca.

Siéntase fatigado y resuelto a vender cara su vida, y los melifluos sonidos de una sonora arpa le sacan de aquella suspensión, despertando en su mente pensamientos hartos más lisonjeros. Sin duda es éste el país de los encantos, dice entre sí al levantarse, y mirando hacia el lado por donde se percibía el armónico instrumento, descubre encima de la última roca de donde se despeñaba la cascada, una ligera doncella más apacible que la primer aurora del otoño, y más fresca que las hojas interiores de un capullo de rosa. Parecía al mirarla de pie en aquella altura que se sostenía en el aire, y que los hilos de la cascada que de sus plantas se lanzaba eran otros tantos rayos de plata que su imagen despedía. No de otro modo erró Diana por las deliciosas y argentadas cumbres de los montes en busca de su caro Endimion.

Ordóñez contempla a la aparición, enajenado, como si descendiera del empíreo a darle consuelo, y la ninfa por su parte le observa atentamente fijando en él sus lindísimos ojos. Aparta el delgado alfareme que cubría su rostro, y el héroe reconoce a doña Elvira en muy distinto traje del que llevaba cuando a orillas del Turia estuvo aguardando a su incógnito amante. Eran por demás la gracia y sencillez que campeaba en el delicado monjil que vestía sin duda en muestra del dolor que su cautiverio le causaba; diera aquel traje a su figura un aire de ligereza y elegancia, que unido al prestigio de la empinada roca que hollaba descubría el esplendor de su

belleza en el punto más ventajoso a sus gracias. Los vapores del agua, que sutilmente se elevaban en torno suyo y la diáfana albura de las vertientes de la cascada, hacían más níveo y puro el color de su tez, al paso que el viento que ondeaba su alfareme ocultaba a veces los ojos para volverlos a descubrir en todo el lleno de su angélico brillo.

—Señora —dijo Lara alzándose la visera—, vuestro padre me envía a informarme de las cuitas que os afligen; y aunque los socorros de un hombre serán inútiles a una divinidad, sin embargo, holgaría de poder decir a mi amigo que no había desempeñado mal mi comisión.

—Caballero —respondió Elvira—, agradezco tan cortés oferta. Si se asemejan a vos los paladines que enristran la lanza en esta lucha, no dudo recobrar en breve la libertad; porque en vuestro talante, en vuestro brío y en vuestra atildadura leo el arrojo y singular valor que mostraréis en los combates.

—Por la cruz santa —añadió Lara—, que cuando desde hoy recuerde que por vos y en pro de vuestra hermosura peleo, ha de ser tal la intrepidez que me acompañe, que raye en el extremo del heroísmo. Y no porque yo presuma de mí tan altas cualidades, sino porque vuestra imagen soberana será parte a infundirme ardor y a transformarme en otro hombre. Pero decidme, donosa hija del Cid: ¿podré ver a vuestra madre? Porque no osaría comparecer ante vuestro valeroso padre sin poder darle alegres nuevas de su Jimena y de su Elvira. ¡Si le vierais con qué marcial aliento queda disponiéndose para asaltar esta ciudad, y poner en cobro y sobre las niñas de sus ojos a las caras mitades de su corazón! No hay encarecimiento que pueda pintaros su dolor porque el Cid, así como es único en el mundo por su valentía, primero en la gentileza, fénix en la amistad y magnífico en la desgracia ajena, no tiene tampoco segundo en la ternura y en el amor de su familia.

—¡Qué dulces me suenan en los labios de un guerrero los elogios de mi adorado padre! Cualquiera que seáis, valiente caballero, conservaré de vos una memoria grata; los acentos que acabáis de pronunciar han extasiado mi espíritu con más fuerza que los suaves sonidos de mi arpa, o los armoniosos trinos del ruiseñor cuando ríe la luz de la mañana. ¿Podéis trepar a esta roca y os conduciré al aposento de mi madre? Advertid que nadie ha osado a tanto hasta ahora, según dicen, y que un infiel que lo intentó, rodó por esas peñas dejando en ellas su existencia.

Los peligros son incentivos y despertadores para el pecho impávido de Ordóñez, que se encarama por las rocas agarrándose de los arbustos unas veces, y clavando otras por entre peña y peña su espada para asirse de ella y encumbrarse por grados. Ya resbalan los pies, y queda colgado de una sutil planta y próximo a despeñarse; ya el enorme peso de sus armas le hace perder el equilibrio en una cortada roca donde se sostiene a caballo, y parece que va a dar de espaldas en el suelo; ya la vertiente del agua cayendo de hilo sobre su casco le quita la vista, y no sabe cómo libertarse del

peligro que le amaga.

Pálida y muda la hija del Cid, le mira sin moverse, semejante a una estatua, a cuyas plantas combaten los héroes o como un ángel que sentado en una nube presencia las desgracias que se precipitan sobre los humanos, sin poder estorbar que el torrente de las pasiones los inunde y arrebate. Pero la destreza y el arte de Ordóñez vencen por último los riesgos, y pisa ya con gentil continente la cúspide donde está Elvira.

—Arriesgada empresa es —dijo sonriéndose— levantarse a las regiones del aire donde habitan los inmortales.

La linda joven correspondió con una deliciosa sonrisa a esta lisonja, y tomando el arpa que había colocado sobre la roca, principió a saltar de peña en peña con buena gracia y gentil talante. Seguía el valiente guerrero con la misma agilidad que si corriese a sorprenderla y ella se deslizase de entre sus manos; o bien como la bella Dafne huyó un tiempo de su amante negándose a sus amorosas caricias. Entraron por una pequeña abertura practicada en una roca, al regio palacio, donde sentada en rico escaño de alerce cubierto de un bello almadrake se ostentaba triste y meditabunda la ilustre esposa de Rodrigo de Vivar. Aromatizaba la estancia un bello zaquizamí y estaba adornada con alcatifas de Persia, con áureo guadamecí, con ataujía, y con soberbios y ocultos perfumadores de mármol que respiraban delicioso ámbar. La matrona hizo un movimiento de sorpresa al ver entrar a su hija seguida del cristiano caballero, y poniéndose en pie con muestras de inquietud, le preguntó la causa.

—Por el cielo os ruego, amable Jimena —exclamó Lara—, que calméis ese desasosiego. Vuestro esposo, el intrépido y amartelado Rodrigo, me manda significaros los tormentos que acuitan y angustian su corazón desde que hirió sus oídos la noticia de vuestro cautiverio. Vuestra hija doña Sol huelga ya en sus brazos desde el día en que por azar caísteis en poder del furibundo Abenxafa. Consolaos, pues, hermosa Jimena, y esperad tranquila que vuestro Cid y los paladines que le acompañan rompan las indignas cadenas que os aprisionan en este dorado alcázar.

—Bendiga Dios —contestó la matrona castellana— los labios que tan felices nuevas me traen. Decid, generoso caballero, a mi Rodrigo que su Jimena llora asaz desconsolada desde que no pueden sus ojos encender en los de su esposo la lumbre que los alegra y serena; decidle que fío a su vigoroso brazo la venganza de los ultrajes que he recibido y decidle que anhelo verle clavar el estandarte que bordé yo, en la cumbre de este palacio. Dadle esta cruz de oro para que la cuelgue de su cuello, y sonando al andar sobre su peto de metal, le traiga a la memoria con sus sonidos el nombre de la madre de Sol; y en gracia del júbilo que vuestra embajada me ha causado, admitid vos esta patena que tengo en mucho precio. Mandad también albricias a mi hija, que si goza, como decís, las caricias de su padre, está en el cielo de su dicha, y solo envidia debe excitarme.

—Correspondéis, ilustre señora, en vuestros acentos y en vuestras acciones a quien sois. Toda mi vida bendeciré los breves momentos que gozo el placer de admiraros; corro a cumplir vuestras órdenes, porque la menor dilación causaría un diluvio de pesares a vuestro esposo.

El entusiasmado caballero había puesto en olvido los obstáculos que debía de vencer antes de lograr salir del palacio: y a no ser por la industria de Elvira, de ningún modo lo hubiera conseguido. Condújole ésta por retirados y secretos aposentos a los sótanos del edificio por donde era fácil abrirse paso al patio de los centinelas, y con la espada en la mano libertarse del peligro. Ordóñez embistió con los miserables que osaron hacerle frente, y acuchillando a unos y derribando a otros se puso de un salto en la calle.

Interin el héroe con su marcial y brioso aliento había cumplido tan a su gusto la embajada que le dio el de Vivar, se batía intrépida y denodadamente el incógnito amante de doña Elvira con el furioso Abenxafa. A los descomunales botes con que después de mil raras pruebas de agilidad y destreza atraviesan los escudos, saltan hechos pedazos los astiles de las lanzas; y por una inspiración simultánea se tiran entrambos combatientes de los caballos al suelo, empuñan los aceros y dan principio a una lucha más encarnizada. Acércase el incógnito a Abenxafa, le observa por un instante, se abalanza, y las espadas se cruzan, chispean, se tiñen en sangre, rompen al impulso de poderosos fendientes las fuertes armaduras; y fatigan y cansan a los héroes. Descarga el infiel un golpe en vago, y pártese su acero en dos mitades; el desconocido arroja el suyo a un buen espacio despreciando la ventaja que le da, y entrambos se asen a brazo partido.

Giran en diferentes círculos al impulso de sus fuerzas, destrozan las hebillas, se bañan en sangre y en sudor, y una nube de polvo los encubre por unos instantes. El valiente cristiano hace un esfuerzo, estrecha en sus brazos al musulmán, le aferra y le oprime con ambas manos, logrando que descoyuntado el pecho lata con fuerza el corazón, y le derriba por último en tierra. Pónele el incógnito una rodilla a la garganta, saca del dedo de Abenxafa una sortija y desenvaina el puñal; pero los traidores almorávides se lanzan contra el vencedor, le quitan a su rey, y le acosan por todos lados. En aquel punto llega Ordóñez montado ya en su bridón, acomete a los traidores, y libre el incógnito del riesgo que amagaba su vida, llama con un silbido a su caballo, salta sobre él, y desaparecen los dos guerreros de la cruz, dejando absortos y pasmados a los adoradores de Mahoma.

Capítulo cuarto.

El juramento patriótico.

Quando los valientes caballeros se alongaron un buen espacio de Edeta, tuvo el incógnito de las riendas a su caballo, y dijo a Ordóñez:

—No es tiempo ya de emplear disfraces y arcaduces: sé, guerrero ilustre, que habéis ido de Orden del Cid a llevar un mensaje a su esposa, y por eso os exigí en nombre de la caballería el juramento de no sacar a luz los secretos amores de su hija Elvira. No dudo de vuestro valiente corazón y levantado ánimo que mientras yo me batía con Abenxafa, habréis saltado por cima de los peligros y de la muerte para conseguir una entrevista con doña Jimena.

—Así es —respondió el de Lara—, porque el valor que habéis sacado a plaza en este día abre mi pecho; y no fuera justo sacar un punto de la franqueza que vuestras altas hazañas me han inspirado. Admirador eterno de los héroes, os pago el tributo de mi reconocimiento; porque mi alma, que no conoce otra pasión que la de la gloria, mi alma fría y empobrecida a las gracias y encantos de la belleza, por más que los labios destilen por cortesía almíbar entre las damas, mi alma se enciende y entusiasma con un bote de lanza bien dado o con una cuchillada de todo punto diestra.

—Nada de cuanto decís es nuevo para mí —replicó el desconocido—; he oído hablar siempre de vos como de un guerrero de bronce accesible a los bélicos sonidos de la trompeta. Más de una vez he deseado ser vuestro hermano de armas; y este feliz momento hubiera coronado tan dulce esperanza, si por azar no me obligara el honor a permanecer incógnito en el ejército donde enristro la lanza. Permitid que no me levante la visera, y que difiera por algún tiempo el regocijo de mostraros más abiertamente mi agradecimiento.

—¿Qué me importa? —añadió Lara haciendo parar de repente su caballo y dando rostro a su compañero—, ¿qué me importa no ver vuestras facciones, si he visto ya vuestro corazón? En los combates os reconoceré por el arrojó; ¿podéis decirme si os distingue fuera de ellos algún título particular? ¿Usáis en el escudo empresa?

—Soy el caballero del Armiño. A la pureza de este animal se asemeja mi lealtad; no dudéis que os habla un verdadero amigo.

Diciendo así, dieron de espuelas a los bridones, poniéndose bien pronto a la vista del castillo. Mas antes de llegar a los lindes que dividían las haciendas de éste, el caballero del Armiño se arrimó a Ordóñez, y le preguntó:

—¿Puedo contar con vuestro favor para una gracia que necesito pedir antes de separarnos?

—La duda me agravia —contestó Lara—. Pues bien —añadió el del Armiño, sacando del dedo un anillo y dividiéndole en dos mitades—, de Abenxafa es la sortija que veis. Dadle esta mitad a Rodrigo de Vivar; decidle que un paladín de su ejército la ganó en singular batalla al robador de su familia; y que en premio y gracia de la prez que logró, solo solicita que conceda la mano de su hija Elvira al que le presente la otra mitad de la sortija y la cabeza del fiero Abenxafa.

Dijo; y como si temiese descubrir un arcano, hizo sentir el agudo agujijón al fiero animal, y desapareció por el campo sin dejar otro rastro de sí que la nube de polvo que levantaba en su carrera. El héroe de Lara quedó absorto y suspenso, trayendo a la memoria la valentía del caballero del Armiño, y respetando los secretos que le obligaban a andar tan misteriosa y comedido.

Luego que Ordóñez de Lara entró por las puertas del castillo, corrió a su encuentro Rodrigo de Vivar, con el rostro, encendido y agitado el pecho por la duda.

—¿Las has visto —gritó—, amigo Lara? ¿Viven todavía? ¿Qué te han dicho de mí, o qué respuesta te han dado a las nuevas que les traías? Dímelo todo por extenso, sin quitar una mínima, si es que tienes en algún aprecio el aire que respiro y los días de existencia que cuento. Dímelo, valiente Ordóñez; así el cielo llueva venturas sobre tu cabeza, y te miren siempre plácidos y alegres los ojos de tu dama.

Refirió entonces el guerrero letra por letra los sucesos de aquel día, y puso en manos del Cid la áurea cruz que le mandaba su esposa, y la media sortija de Abenxafa que le entregara el caballero del Armiño.

Cree —contestó el Cid— que es la más rara y extraordinaria aventura que ha acontecido a guerrero alguno desde que se fundó la caballería. ¿Y qué trazas tenía ese arrojado paladín? ¿No pudiste por sus maneras, por el continente con que peleaba, o por algún jeroglífico de su escudo trastejar su nombre, y sacarle del borrador del misterio? Tengo para mí que debe de ser algún monarca encubierto que campea bajo el humilde título de caballero del Armiño, y es el más poderoso, el más atildado y principal señor que oprime los lomos de bridón alguno.

—De su clase —contestó el de Laranada puedo deciros; pero en cuanto a su valentía e industria; debo subirlas al último cielo de la alabanza. Así descoyuntaba entre sus brazos al fiero musulmán cuando se batía con él cuerpo a cuerpo, como si rompiese una débil lanza.

—¡Válgate San Lázaro bendito! —exclamó el Cid—. ¡Y cómo le apretaría entre mis brazos si le tuviese en este punto aquí! Pero ¿qué diablos de secretos pueden poner a un hombre de valor en la necesidad de callar su nombre y andar disfrazado y oculto entre las gentes? No me amaño a creer que deje de ser de importancia el asunto que tal le trae; pero sea de esto lo que fuere, quede en su punto el honor de ese incógnito; que yo así casaré a mi hija sin que me entreguen la otra sortija compañera de ésta, como volaré por esos aires caballeros obre una nube a dar un paseo por las

estrellas.

Aquí llegaban de su conversación, cuando los instrumentos bélicos que ronca y desapaciblemente resonaban por el campo los sacaron de su elevamiento, que con el progreso tan dulce y tan suave de los valerosos hechos del caballero del Armiño iba subiendo de quilates a cada palabra. Estaba Rodrigo, por decirlo así, bañándose en agua de rosa al escuchar tan altas hazañas que eran su fuerte, y no hubiera salido un instante de su plática, haciéndose referir las más pequeñas circunstancias, si no le obligaran a poner fin a ella el estruendo de las armas y las pisadas de los caballos. Había de verificarse en tal hora el juramento de tomar a Valencia y las haces reunidas del ejército se disponían a formarse en batalla para con toda pompa y majestad asistir a la jura. Amén de los más distinguidos jefes armados de punta en blanco con sus más ostentosos trajes, lucían también su gala y apostura los soldados en cuyas limpias armas y flamantes gabanes de distintas pieles se dejaba ver la riqueza del señor bajo cuyo estandarte se batían. Nada podía compararse al marcial aliento que sacaban a plaza unos hombres acostumbrados a violentar el carro de la victoria y sentarse en él; porque ya rayaba tan alta la fama de sus heroicidades, que de las naciones extranjeras corrían los príncipes a admirar a un ejército que levantado por un solo hombre que no era soberano, había venido a poner en olvido todos los restantes de los monarcas que reinaban en Castilla y Aragón.

Llegaban ya a las estrellas los bulliciosos clamores de los guerreros, mezclados con el alegre resonar de los atabales, cornetas y clarines. Crecía el estruendo a medida que se acercaba el momento de la ceremonia, cual suelen aumentarse los roncros silbidos del viento cuando está próxima a estallar la tormenta, o cual brama con más ímpetu el océano al romper las nubes el relámpago precursor del trueno. Ardía en los corazones el amor patrio reputando aquella lucha célebre, no como el resultado de una particular venganza, sino como el noble levantamiento de los paladines españoles contra la opresión de los africanos. Dábase a entender que la tierra clásica del valor, la noble España, cuna de tantos héroes, no debía tolerar la mengua odiosa de un vencimiento para el cual se unieron la traición de pérfidos y espurios hijos a los vicios del fermentado Rodrigo. La llama encendida por Pelayo en Asturias se había comunicado de pecho en pecho a todos los iberos y ansiaban el punto de lanzarse contra sus enemigos, y arrojarlos a la otra parte del Mediterráneo. Valencia será libre, clamaban, y a la conquista de esta hermosa ciudad seguirán las de las riberas del Tajo y del Betis.

Habían formado en la playa de orden de Rodrigo una especie de vasto anfiteatro, donde debía de verificarse el juramento con todo el aparato militar, y con toda la solemnidad que en aquellos tiempos semibárbaros podía dársele. Elevábase en medio de la arena una especie de tablado cubierto con ramas de laurel, y ornada por todas partes, con escudos, lanzas, espadas y brillantes cascos. Pero lo que principalmente

llamaba la atención, era el desarrollado lienzo que hacía pared a este tablado, y donde se veían retratadas al vivo las más heroicas hazañas del inmortal Rodrigo de Vivar. El valiente Enrique de Besanzón, de la casa de Lorena, una de las mejores lanzas del ejército del Campeador, lo había mandado pintar en Italia poco tiempo antes con el objeto de sorprender agradablemente al Cid en la primera ocasión que le deparase la fortuna.

Aquí brillaba Rodrigo con todas las gracias de la juventud en la hermosa iglesia de Coimbra el día en que entró en la orden famosa de la caballería. Armábale caballero el rey Fernando, ciñéndole con su propia diestra la espada, y dándole paz en los labios en vez de la pescozada; la Reina, por un exceso de amor increíble, le tenía de las riendas el soberbio caballo *Babieca*; y la lindísima infanta doña Urraca, con el rostro alegre y donoso continente, estaba en ademán de calzarle la espuela de oro. El inmenso gentío que llenaba el templo mostraba en sus semblantes la admiración en que lo ponía tan augusta ceremonia, cuya magnificencia real no vieran en tal punto los pasados siglos, ni verán las futuras edades.



La familia Real arma caballero al Cid.

La familia Real arma caballero al Cid.

Más allá se ofrece a los ojos la célebre batalla de Carrión. Las tinieblas han cubierto la esfera después que el día ha presenciado la revuelta, y reñido combate de los ejércitos enemigos. Yacen los castellanos rotos y vencidos en su campo, mientras dulce y reposadamente huelgan sus contrarios en las tiendas de campaña. Unos escancian el suave licor de Baco trasegándole de los zaques a los orondos vasos de madera, y otros, después de haber contemplado las estrellas bebiendo a todo su talante, se ven salteados del sueño y caídos por el suelo. La dulzura de la victoria los embriaga a todos, y entre alegres festines, báquicos himnos, y lascivas danzas gózanse y se solazan a todo ruedo. Alumbran los campamentos grandes hogueras; y cuando ya solo se eleva el humo de éstas, chispeando débilmente los extinguidos troncos; ríe en el cielo el primer rayo del alba a cuya vislumbre los castellanos penetran en el campo, y caen sobre los vencedores. El héroe de Vivar y el rey Sancho marchan a su frente llenando de cadáveres el camino que huellan. Parece el Cid el

ángel del exterminio, que deja por donde pasa los rastros de su sangrienta carrera. El infelice Alfonso huye con la corona en la mano y el regio manto arrollado al brazo; acógese a un templo de Carrión, pero alcánzale el Cid y le hace prisionero; porqué su alado bridón deja atrás el viento cuando siente los acicates de su señor.

Las hermosas plumas del dorado casco dan a conocer a Rodrigo en otra parte, batiéndose con marcial espíritu a orillas del río Ebro. Alfagib y Sancho, reyes el primero de Denia y el segundo de Aragón, despliegan sus haces cerca del castillo de Alcalá; pero resplandece el acero del Cid como un relámpago en la tormenta, y todo sucumbe a su inmenso poderío. Los pies de su caballo huellan las coronas y cetros de los vencidos monarcas; y cien y cien caballeros amarrados con fuertes cadenas caminan atraillados a la cola del bridón que relincha soberbio tascando el áureo freno, alborozándose con el sonoro pretal, y argentando la tierra con su espuma, como si se engriese y ufanase con las victorias del impávida jinete.

Llegaron a la especie de anfiteatro los ordenados escuadrones al son de las cajas y trompetas, y los caballeros particulares con sus escudos de armas clavaron los estandartes en torno de la bandera del Campeador, bordada por Jimena y bendecida por el abad de San Pedro de Cardaña en la iglesia del monasterio, cuando salió Rodrigo desterrado de Burgos. Una música suave de alelíos, añafiles y adufes hirió los aires en tanto que el Cid con la espada desnuda en una mano y el libro del Evangelio en la otra, gritó a sus guerreros: «¿Juráis, valientes españoles, reconquistar la libertad de nuestra dulce patria España, encadenada por los tiranos de África, dando principio por la conquista de la hermosa Valencia?».

Los soldados inclinaron sus lanzas a la vez, y doblando una rodilla, dijeron: «Lo juramos». Entonces comenzaron las haces a desfilar por delante del tablado, poniendo los jefes a nombre de sus legiones las manos en los Santos Evangelios con mucho respeto, y renovando el juramento de romper los hierros de la patria.

De repente se levanta un anciano que había permanecido sentado junto al Cid; las barbas blancas como el ampo de la nieve, la túnica negra y la cítara que sostienen sus manos imponen silencio y veneración. El rostro se enciende inflamado por el divino estro que enardece su ánimo, y el carmín que lo colora contrasta con el alabastro de sus cabellos, semejando a una rosa que ha nacido entre la nieve. Hínchense sus venas azules; brillan los ojos como un lucero que se divisa de una noche oscura por entre dos nubes que se han separado. Todos callan; hasta el viento ha amainado sus bríos y la mar sus ondas; resuenan las cuerdas de la lira, y suelta la voz a este cantar.

EL CANTO DEL TROVADOR.

Al suave esplendor del crepúsculo, cuando el lucero vespertino riela en el cielo, caminan los héroes por un bosque de lauros que sombrean las tumbas de sus mayores. Descienden las nieblas unas

sobre otras en alas del viento; cúbrense de negras nubes los cielos en un punto; cierra la noche, y el estampido del trueno retumba de monte en monte.

Levántanse a la luz de los relámpagos las venerables sombras de los muertos, níveas como la espuma que argenta el escollo, donde revientan las rabiosas olas, y gigantescas como las pirámides de Egipto. Tiembla la tierra que huellan; ocultan entre las nubes sus aéreas cabezas y vagan por la selva cual si fueran remolinos de polvo que lanza el aquilón.

Pero óyese súbito una voz augusta y resonante como el soplo del vendaval, y dulce como el canto del ruiseñor oculto detrás de las hojas del toronjil. Un frío mortal circula por los huesos de los guerreros, al paso que prueban una emoción grata que los halaga. Así es la tormenta: encanta el relámpago que dora los negros nubarrones, y nos hiela la sangre el retumbar del trueno.

«Qué —dice la voz—, ¿el fuego sacrosanto de la patria no arde en vuestros corazones? ¿No sentís el férvido entusiasmo que llenaba los pechos de los habitantes del Tíber? ¿La tierra que blanquea con los huesos de vuestros padres, no despierta en vuestra mente altos pensamientos? ¡Ay del hombre vil cuya alma no se exalta a la vista de las ondas del río que lamió al pasar por su cuna!».

Marque su frente el clavo de la servidumbre, y arrastren sus pies las cadenas del oprobio. Nunca dé su rostro al sol, sino camine con los ojos clavados en tierra y las manos atadas a la espalda cargada con el peso del látigo. La sonrisa del menosprecio anime los rostros de sus conciudadanos al mirarle, sonrisa más amarga que el jugo de la retama y que la hiel de la víbora.

Hubo un tiempo en que a las orillas del Eleusis y del dorado Pactolo, resonaba la voz de la patria, y cual si trocara los hombres en arrojados leones; resplandecían al punto los escudos y las lanzas, y era glorioso expirar en defensa del país natal. Los padres, mostrando a sus hijos por la noche los resplandecientes meteoros, ved, les decían, las almas de los que mueren por la patria.

¡Oh Leónidas!, tu dulce nombre es todavía el recuerdo más grato que puede asaltar la mente del valeroso que ama el cielo, bajo el cual gozó la primera aurora: es como el sonido melifluido del arpa percibido desde la cumbre del monte plateada por la luna llena. Algunas de las rocas que se alzaban en las Termópilas han sido destruidas por el carro de los siglos que las ha desleído; y tu nombre

dura intacto como el sol en el Olimpo.

Sombra de Curcio, ¿dónde te escondes? ¡Ah!, es en vano; la aureola que te corona te anuncia desde lejos, como el estruendo de las aguas que baten un promontorio hacen adivinar la existencia del océano. El abismo donde te hundiste se trocó en elevadísima montaña, sobre cuya cúspide apareces tú a la edad presente, y a los venideros siglos en el emporio de tu inmortal fama.

Sí, el héroe que muere por su patria eterniza su nombre, y le escribe con letras de oro en los cielos, para que pueda leerle el orbe entero. Una nube radiante con los rayos de la inmortalidad le arrebató a la región de los aires donde ríe sentado en ella, pisando las estrellas por alfombra, y mirándose en los rayos del sol que no son más puros que su alma.

—¡Qué dulce es vencer al tirano que oprime nuestro país, y clavar el estandarte sagrado de la cruz donde ondeaba el de Mahoma! Siéntase luego el vencedor, en el carro de triunfo tirado de blanquísimos caballos, y corre por un camino sembrado de flores y de lindísimas doncellas que llenan el aire de clamorosos vivas y de inocentes bendiciones.

Las madres encaraman a los niños sobre sus hombros para que gocen del triunfo, y ellos agitan suavemente sus manecitas, sensibles ya a la ardiente impresión del amor patrio. A oleadas se precipita la juventud por las calles, ofreciendo coronas de laurel al héroe, y entonando himnos sublimes de gratitud y de alegría que dicen: «Ya no seremos esclavos».

¿Y no os arroban, guerreros españoles, estos cantos? ¿Y permanecen vuestros aceros embotados cuando raya ya en el Olimpo la aurora de la libertad cristiana? ¡Qué los montes del Imao tornen a ser el sepulcro de los infieles que dieron allí sus primeros vagidos! ¡Qué hasta el Atlas los arroje de sus faldas, y que muerdan en las tinieblas la cadena de la ignominia!

¡Ojalá que los ojos de las hermosas no se detengan en el rostro del hombre que teme morir por su patria! No le alumbres con tu esplendor suave, héspero delicioso, ni tú, estrella de Venus; el astro de las tempestades le muestre solo su amarillenta luz, sin gozar nunca de los crepúsculos, ni de los apacibles rayos de Diana, cuando yacen los mortales en brazos del agradable sueño.

Céfiro de abril, y tú, lisonjero favonio; no halaguéis nunca sus oídos meciendo las hojas de los verdes árboles; el ronco silbido del

ábrego levantando remolinos y encrespando las olas aterre su cobarde corazón. Y cuando los guerreros con la frente erguida empuñen la lanza y se cubran con el peto y el espaldar, ocúltese bajo el enfaldo de una meretriz, tirando de un copo de estopa.

¡Oh patria! ¡Oh nombre de fuego! Ría siempre la ventura en la frente de tus defensores; descansen de sus fatigas a la sombra de un pomposo laurel, donde el manso arroyo les ofrezca sus cristales, con que apagar la rabiosa sed después de una batalla. La hermosura les abra sus brazos y paladéense largos años con la delicia de ser padres de virtuosos e ilustres hijos.

«Y cuando tornen sus ojos a mirarte, tierra natal de los héroes, y suspiren los pechos al partir; o bien cuando canten tus glorias al despuntar el alba, o al salir del mar la luna llena, hazles sentir el gozo, la emoción de la virtud. Caigan sobre su cabeza el azar y el jazmín mecidos por los blandos céfiros y el lucero de la mañana les preceda en su carrera sirviéndoles de guía».

Calló el anciano, y sacó de su arpa suaves y armoniosos sonidos, como si todavía agitase su pecho la inspiración. Dos lágrimas semejantes a dos perlas que ha vestido el alba sobre el cáliz de una flor asomaban a los ojos de éste, y los guerreros, con la mano puesta en el puño de la espada y los rostros inflamados, levantaban un alborozado clamor que atronaba la playa. Hervía el entusiasmo en los pechos desde que oyeron los primeros acentos del trovador, cuyo fuego se había comunicado en las almas, cual si fuera una chispa eléctrica. «Dulce es morir por la patria, claman a una voz, marchemos»; el eco repite las palabras, y el zumbido del viento, el resonar de las olas, y el sonido de la música marcial hacen consonancia a esos gritos. No de otro modo resuena la selva con los bramidos del ensañado ábrego que en los intermedios de sus furores deja quizás oír las melifluas quejas del pintado ruiseñor temeroso de abandonar su blando nido.

Rodrigo de Vivar se regocija con tan suave espectáculo; enternécese su alma grande al presenciar el entusiasmo que conmueve a sus compañeros de armas, y manda recoger las tiendas de campaña, y partir a Valencia. Sube de punto la efervescencia con esta orden; el relincho de los caballos y el estruendo de las armas que suenan con el movimiento de los caballeros sacan de quicio las exaltadas mentes de los soldados. Marchan los primeros Rodrigo de Vivar y don Diego Ordóñez de Lara, seguidos de un escuadrón, donde se descubre al caballero del Armiño fatigando al brioso alazán, y revolviendo con tanta ligereza las riendas a una y otra parte, que no fuera posible alcanzarle en sus tortuosas carreras. Enrique de Besanzón, y Raimundo, cande de Borgoña, se distinguen entre la muchedumbre por los relucientes cascos y heroicas empresas que campean en sus escudos. El intrépido Arias Gonzalo,

y el taciturno Nuño Cabeza de Vaca corren a par de estos con la lanza en la cuja y el brazo levantado en ademán de llamar a Fernán Sánchez que da de espuelas al caballo, y se coloca al lado de sus amigos. La soberbia armadura le acero y una gola de oro anuncian con su brillo al conde de Oñate rodeado de famosos paladines, cuyas lanzas de dos hierros resplandecen siempre las primeras en los combates. Tras este vienen el arrojado Ordoño, con su nevada barba y sus azules ojos, Pedro Bermúdez, el del rojo estandarte, y don Alvar Salvadores, con su gabán de piel de búfalo. Las pisadas de los caballos se imprimen en la mojada arena, y aparece la playa coronada de guerreros y de brídones fogosos que disputan al viento su ligereza, y a la mar su espuma. Murallas de Valencia, pronto ostentarán en vuestros campos el espíritu denodado que los alienta, y seréis testigos de sus inauditas y nobles hazañas.

En efecto: ya se descubren las agujas de las mezquitas de la hermosa ciudad; conmuévense los corazones de los valientes, y el grito nacional de «Santiago, y viva la cruz», hierde los aires. Despliegan las tiendas de campaña a la vista de Edeta por la parte del mar, apoderándose del Grao; clavan en tierra las lanzas; y la bandera del Cid, cuya custodia está confiada a los más distinguidos señores, ondea desplegada al viento, y clavada en la cúspide de su anchuroso pabellón.

Capítulo quinto.

La noche de luna.

Quando el ejército del Campeador plantó sus tiendas a la orilla del mar cercando a la hermosa ciudad, era la hora en que el lucero vespertino amanece en el cielo vertiendo ráfagas de luz. Se transpuso por fin a las lejanas nubes y salió encendida de las brillantes ondas la luna llena, rayando en la altura de los montes. Temblaban en las espumosas aguas sus plateados rayos y brillaba la playa tan clara y apacible, como si la dorara la luz del mediodía. Los blancos pabellones colocados en la sonante arena, que tal vez agitaba el viento, semejaban, mirados desde el mar, otros tantos colosales fantasmas cubiertos con níveas y anchurosas vestiduras.

Pareció a Gil Díaz aquella noche la más fresca y deliciosa que había visto y acordó cenar con mucho remanso al borde mismo del agua y a la luz de la luna, para paladearse más a su sabor con un buen tasajo de ternera y una bota del más preciado y rico vino que crían las viñas de Andalucía. Sentose, pues, el glotón escudero en una peña, de modo que las olas le besaban los pies al expirar y deshacerse en aquel sitio; puso la bota entre las piernas; y con la mejor gracia y el más despierto apetito comenzó a embaularse la cena mascando, como suele decirse, a dos carrillos. Pero cuando estaba a la mitad de esta dulce y necesaria tarea, vio venir del fondo del Mediterráneo hacia donde él estaba un pequeño batel conducido a lo que parecía por un solo hombre. Y aunque era miedoso de suyo, no se movió del peñasco, ya por darse a entender que sería algún guerrero del ejército que iría solazándose por allí para gozar del ambiente que soplaba, o bien por no interrumpir, y esto será lo más cierto, la agradable faena quede ocupaba. Llegó el bote a la orilla, y saltó un soldado que por su gabán y por su casco pasó plaza de cristiano y tomando asiento sin más ceremonia al lado de Gil, le dijo:

—Cuerpo de mí, y cómo se come las manos el señor Díaz tras la sabrosa ternera: ¡tal debe de ser su hambre! Pues a fe que no parece sino que haya estado a diente un mes entero: suelta, hartón, goloso.

Y diciendo y haciendo, arrebató el tasajo de manos del escudero, y lo envasó en su estómago menudeando los brindis y prorrumpiendo a cada punto con la boca llena en chistes y agudezas que hacían perder los estribos al criado del Cid.

—¡Voto a mi abuela —exclamó éste—, que es su merced el más gárrulo militar que hay bajo la capa de los cielos, y no muy tardo de manos! Pero, hablando en plata, ¿podremos saber quién ha facultado a su merced para darse un hartazgo a costa ajena, y para que los demás estemos pierna sobre pierna y brazo sobre brazo, viendo y oyendo el sonoro movimiento de sus mandíbulas? Digo que para quien viste hábito

de soldados, que son la misma cortesía, no es andar muy cortés ni comedido al acometer a uno que vive en paz, y saltarle su cena.

—¡Oh, qué poco entiendes de achaques de milicias! —respondió el soldado—. A almíbar y a torreznos me hubiera sabido a mí un pan duro, cuanto más un trozo de ternera con el hambre que traía; porque te hago saber, que están ahora los mahometanos en su ramadán o cuaresma, y es necesario asir de hoz y de coz y de los cabellos la ocasión que se presenta de lograr el tiro.

—¿Luego su merced es moro?

—Y cristiano —replicó el militar—. Pues qué, ¿no me has conocido, pobre diablo? ¿No te acuerdas de Vellido Dolfos?

—¿Tú eres Vellido? —gritó Gil haciéndose cruces—. Ahora digo y diré toda mi vida, que es mi estrella el que me persigan los diablos por dondequiera. ¡Válgame Dios, por no decir Satanás, y qué descomulgado mastín se ha engullido mi pobre cena!

—¡Hola, señor Gil!, ¿de esas tenemos? Pues hazte cuenta que como me trates así a un antiguo camarada, te hago añicos la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Por vida del venablo que clavé en las espaldas del rey Sancho junto a los muros de Zamora, que como salgas un punto de mi voluntad en esta noche, te he de dar una tanda de azotes que no la cubra pelo.

—El señor Vellido —contestó Gil— tenga los cepos quedos, que estas uvas son para colgadas, y yo no soy hombre que me dejo manosear por nadie. Digo que holgaré de servirle en gracia de nuestra antigua amistad, siempre que no me mande cosas que redunden en contra de mi conciencia, que no la tengo tan ancha como algunos.

—Más arrequives tienes tú, y más caña eres —dijo Vellido— que el mismo Merlín. No hay que andarse por las ramas y ponerse en toldo y en peana, que aquí sabemos quién es quién. ¿Has echado en olvido aquellos días de holgura en que solíamos beber los vientos por un añejo zaque o por una muchacha ojinegra?

—¿Y qué tienen que ver, si te place, esas travesurillas con haber dado muerte a un rey, y haber renegado? ¡Ay Vellido! En alto puesto debes morir si no te van a la mano, y le andas poniendo cascabeles al gato.

—Déjate de profecías, Gil, y dime si serás hombre para entregarme una cabeza que necesito, y que a lo que entiendo me ha de valer una bola de oro tamañita como ella.

—¡Jesús, y cómo te ha puesto los cascos —dijo Díaz moviendo la pierna con ligereza—, el vino que has bebido! Así tocaré yo la uña de un solo dedo como por los cerros de Ubeda: ¡pues es chanada lo que me pides!

—Gil —gritó Dolfos desenvainando un terso puñal—, los momentos son preciosos, y por vida de Mahoma, que no puedo perder uno solo. Como declares mi

nombre, o digas a alguno que me has visto, visitará tus entrañas este acero. Necesito desempeñar una comisión: guíame a la tienda del caballero del Armiño.

—¿Y quién es ese guerrero? —dijo Díaz a media voz, todo aturdido por el miedo.

—Lo ignoro —repuso Vellido—, solo sé que en este campamento hay un caballero desconocido, cuyo título es éste; y aun si no me engañan las noticias que me han dado, debe a estas horas tocarle la custodia de la bandera del Cid.

—Siendo así —añadió el escudero de Rodrigo—, fácil es encontrarle: por lo que a mí toca, mucho amo la vida, pero no la compraré a precio de una traición.

—¡Bellaco! —exclamó el renegado dando de un empujón con Gil en el agua—. Descubro de aquí el ondeado estandarte, y él me guiará en la aventura que emprendo; pero mala te la mando si osas moverte un negro de uña de esta roca.

Encaminose, dicho esto, a las tiendas, dejando a Gil pavoroso y aterrado, porque nada bueno se prometía del malvado militar. Era Helial Alfonso, o como todos le llamaban Vellido Dolfos, un joven de lucios cascos y corazón perverso, que a trueco de darse un filo en esto de la holganza y buen vivir, arrancara él las niñas de los ojos a arañazos a un ejército de jayanes. Había sido en su mocedad el trástulo y alegrador de las más famosas tabernas; y como la ociosidad se da la mano con los vicios y los vicios con los delitos, vino muy pronto a dar de ojos en el homicidio.

Con tan brillantes disposiciones para cualquier arriesgada empresa, pusieron en él los ojos los zamoranos cuando don Sancho tenía sitiada a su hermana doña Urraca en aquella ciudad. Fue, pues, el caso, que andando el sitiador monarca esparciéndose por aquellos campos en —compañía del Cid— y de don Diego Ordóñez de Lara, llegó bonitamente Vellido, y le clavó un descomunal venablo al rey por la espalda, de cuya herida murió luego. Recibió en seguida el precio de su crimen, y dándose a entender que entre cristianos no estaría muy seguro un regicida, partió a Valencia, y sentó plaza en las filas de los sarracenos, teniendo después gran parte en las revueltas de esta ciudad y en la muerte de su rey Hiaya.

Cuando se encaminó a los pabellones, encubrían la luna por aquella parte unas negras nubes que subían de occidente, y daban sombra a la playa, oscureciendo de todo punto las silenciosas calles de tiendas. Custodiaba la gloriosa bandera de Rodrigo el caballero del Armiño, que tácita y pausadamente se paseaba por delante del pabellón con la visera caída y la lanza en la mano. Los guerreros yacían en brazos del sueño; ya era tan profundo el sueño que reinaba, que a pesar de la arena y del cuidado y destreza de Dolfos, resonaron bien pronto sus pisadas en los oídos del caballero. Volviose con presteza hacia aquel lado, y blandiendo la lanza gritó con una voz robusta:

—¿Quién va?

—Un soldado —respondió Vellido.

—¿Y qué diablos buscas a estas horas por aquí? —replicó el centinela—. Retírate

o, seas quien seas, te haré volver a galope.

—No haréis tal —repuso muy tranquilo Dolfos—, porque soy el mensajero de una persona que os es muy querida, y pido albricias en vez de lanzadas.

—¡Mensajero! —murmuró entre dientes el del Armiño—. Debes de estar bebido, y vienes sin duda a dejar el alma a mis pies porque tal será tu suerte si faltas a la verdad. Acércate.

Llegose entonces el soldado con muestras de mucho respeto, y preguntó:

—¿Sois vos el caballero del Armiño?

—El mismo.

—¿Conocéis a una dama llamada doña Elvira, que está a la sazón presa en el alcázar de Abenxafa?

—¡Vive Dios! —repuso con viveza el caballero—, que hago rodar tu cabeza como sigas moliéndome a preguntas. Di tu mensaje y acabemos.

—Esta hermosa doncella, pues, tiene precisión de veros, y se digna mandaros que me sigáis. Un batel nos conducirá por el mar a la embocadura del Turia, y siguiendo su corriente llegaremos a una solitaria almena, donde os espera la señora de vuestros pensamientos. Y si no queréis dar fe a mis palabras, creed al menos a este rubí que suele resplandecer algunas veces en su frente.

Absorto quedó y arrobado el caballero del Armiño con estas últimas palabras. Tomó el rubí de manos de Dolfos, le miró y examinó con la mayor atención y sacó de su examen que era, en efecto de la hija del Cid. Tras esto comenzó pensar qué debía hacer en tan crítica situación. Dejar de acudir al llamamiento de su amada era contravenir a las leyes de la hermosura más preciosas para un paladín que el aire que respiraba. Porque el entusiasmo que poseía a los caballeros y la ideal perfección a que aspiraban de tal suerte endiosaba sus amores, que la falta de respeto ala orden de una dama se reputaba como una mancha que oscurecía los hechos de armas del aventurero, y le hacía pasar plaza de despreciable. Y como al mismo tiempo el valor era un dios en cuyas aras debía todo inmolarse, se tenía por tanto más honroso el mandamiento de una beldad, cuanto más peligrosa era la aventura que ordenaba acometer. Opinó pues el del Armiño que debía cerrar los ojos a los inauditos peligros que amagarían su existencia, en esta noche, y correr a la voz de su amada como se lanza con estruendo una cascada al compás de los trinos del ruiseñor, sin que la detengan los escarpados picos de las rocas que salpica con su nívea y rabiosa espuma.

—¿Y no sabes, querido mensajero —dijo entonces el del Armiño—, qué nuevos riesgos amenazan a mi señora, y la obliguen a dictarme una orden tan terminante?

—La hermosura —respondió Dolfos con aire de importancia y aprovechando la disposición favorable del paladín—, la hermosura gusta de ser obedecida sin humillarse a explicaciones. Sin embargo —añadió con voz dolorida—, asisten a doña Elvira fuertes motivos para desear la ayuda de vuestro brazo. Ha traslucido a

Abenxafa el amor que os tiene, y aunque ignora vuestro nombre; jura y vota por Mahoma que ha de presentarle en un plato vuestra cabeza el día de su boda con Elvira, que a lo que yo entiendo no debe estar lejos. Decidle, me ha encargado, que si, me ama, no dude arriesgar su vida por mí: pues aunque conozco todo el precio del sacrificio que le pido, ¿qué puedo hacer cuando cada hora que pasa pone en mayor aprieto mi situación, y estoy a pique de perder la ventura de ser suya?

—¡Desgraciada señora! —exclamó el caballero—. Pero, según eso, ¿sería conveniente y aun necesario partir en este instante sin más dilaciones?

—Eso pido y eso quiero.

—¿Y cómo he de desamparar yo el sitio honroso confiado a mi valor? Eso no: antes que mi vida es mi dama, pero antes que la dama es mi honor.

El caballero pronunció esta resolución con un tono de convencimiento que sacaba a luz sus altos y generosos pensamientos. Volvió a pasearse por frente de la tienda, no ya con el continente y remanso que usaba antes, sino a largos pasos, como aquél que tiene el espíritu agitado y exaltada la mente. Parose por último, y dijo:

—Si mal no me acuerdo, hame dicho que la señora de mi corazón queda esperándome en una alameda.

—Así es —contestó Vellido Dolfos suspirando—. La enamorada dama ha saltado por cima de mil muertos, y os aguarda con una dueña a la sombra de los árboles.

El caballero del Armiño pareció entonces más azarado y dudoso; clavó los ojos en la arena, púsose la una mano a los labios, mientras con la izquierda sostenía la lanza y después de un rato de suspensión, gritó:

—¿Ves aquel montón de arena que principia a platear en este instante la luna? Pues siéntate allí, que dentro de breves instantes iré, y me conducirás donde te plazca. Pero ¡ay de ti si revelas a nadie el objeto de tu embajada ni el nombre de quien te manda!

—Digo —replicó el soldado— que mi boca es un yunque cerrado con diamantes, y que no lo abren ni los golpes del martillo.

Así hablando se dirigió al lugar señalado, y el caballero del Armiño golpeó con el cuento de su lanza la puerta de la tienda inmediata al pabellón del Cid, y tornó a pasearse por debajo del estandarte aguardando a que le respondiesen. A cortos momentos salió Ordóñez de Lara, y preguntó al centinela:

—¿Habéis por ventura llamado a esta tienda?

—Sí —respondió el caballero—, me he atrevido a turbar vuestro reposo porque necesito de vuestro favor. ¿Me conocéis?

—¿Creéis —contestó Ordóñez— que pueda tan pronto haberme olvidado de mi valiente compañero? Os reconozco por la voz, aunque a decir verdad, los latidos de mi corazón me habían hecho adivinar quién me buscaba. Pero advierto que estáis de servicio, y que la custodia del cristiano estandarte se ha confiado al valor de vuestro

brazo.

—Así es —dijo el del Armiño—, y os he despertado para que tengáis a bien ocupar mi lugar hasta que dé fin a un suceso en que se ha comprometido mi honor. Será fácil que no pueda regresar hasta después de muy entrado el día, y así os suplico me perdonéis la libertad que me tomo, causándoos tan gravísima molestia.

—Por San Juan Bautista os ruego —añadió Lara— que pongáis término a tanta cortesía. ¿Pues hay más que decir: tomad esta lanza, y no gastar tanta alharaca y tanto melindre? ¿Por qué razón ha de poder la primera dama a quien le viene en deseo mandar a un caballero que se arroje desde la cumbre de un monte a la profundidad de las aguas, y un compañero de su misma orden ha de andar comedido y demasadamente cortés para exigirle una pequeña gracia? Y a las veces, la tal es una paz —puerca no— harta de tirar de un copo de estopa, una pelarruecas levantada de ayer a hoy de la paja a las almohadas y alcatifas, y de arambeles a marlotas y cendales.

—Ya, pues, que tanto me favorecéis —replicó el caballero del Armiño algo disgustado de que su amigo no acatase a la hermosura con más respetuoso talante—, me alejo con vuestro permiso, porque cada minuto es para mí un siglo.

Los dos amigos se despidieron repitiéndose iguales ofrecimientos a los que se habían hecho en su última entrevista, y el paladín del Armiño corrió a donde Dolfos estaba para encaminarse al batel que había quedado en la orilla del mar junto a Gil Díaz. El bueno del escudero había probado una y otra vez a levantarse de la roca con ánimo de regresar a la tienda de su amo. Pero desde el punto en que faltó Vellido de su lado la noche que era clara, como hemos dicho, se tornó nebulosa y oscura, y pareciéndole a cada movimiento que hacía que le observaba el sangriento Dolfos, temía que cumpliese al pie de la letra la sentencia que contra él había pronunciado. No tuvo, pues, más arbitrio que encomendarse a San Lázaro, de quien era asaz devoto, y cerrar de cuando en cuando los ojos por no ver los relámpagos que salían del fondo de las aguas, encendiendo con su luz los nubarrones. Viole Vellido Dolfos, y receloso de que con alguna habladuría despertase las sospechas en el ánimo del caballero a quien conducía al pequeño bote, le dijo:

—Debo advertiros que ése que veis sentado en la roca es un criado de doña Elvira que me ha acompañado, y como el pobre tiene los cascos como Dios es servido, ha dado en el gracioso disparate de que quiere quedarse aquí entre cristianos, y decir al Cid que su hija está deshojada y perdida por vos. Será, pues, preciso que me ayudéis a envasarlo en el batel mal de su grado, que yo le amenazaré para que calle, y conseguiremos traerle a razón.

El caballero, oído esto, se acercó a Gil Díaz y le preguntó con suave tono. — ¿Sois de la familia del Cid?— Para servir a su merced —respondió Gil temblando de pies a cabeza.

No dudando por esta respuesta el caballero de que era cierto cuanto le había afirmado Vellido, tomó en brazos al escudero, y sin más cumplimientos le puso en el batel amenazándole de arrojarlo al mar como abriese los labios. Tras esto, entraron el incógnito y Dolfos, y principiaron a surcar las embravecidas olas que en tumbos se levantaban, y estrepitosamente se dejaban caer. De admirar era el compungido rostro que ponía Gil a guisa de penitente con los ojos preñados de lágrimas, dando unos dientes contra otros, y cruzando las manos cuan apretadas podía. Diera él al diablo la cena y al que le pusiera ganas de ir a la orilla del mar reputando por el más desacertado y peligroso intento el de sentarse junto al agua.

Contrastaba muy particularmente la aflicción del criado de Rodrigo de Vivar, con el resuelto ánimo y arrogante espíritu del caballero del Armiño. Habíase puesto en corazón de romper por medio de un ordenado ejército, si tal necesitara, para llegar a los hermosos pies de la alta y soberana señora de su alma. En vez de saltar su pecho la natural zozobra que engendran los riesgos, parecíale de perlas aquella ocasión para mostrar que el Cielo le destinaba a emprender magníficas y sobrehumanas aventuras.

La tempestad, entre tanto, seguía embraveciendo los vientos y aumentando el profundo bramido del alterado rasar. Llegaron al desaguadero del Turia, donde la fuerza de las olas empujaba y lanzaba atrás la corriente del río, y entraron en él a fuerza de remo. Navegando después contra el impetuoso curso, dejaron a las espaldas el Mediterráneo, marchando bajo de gigantescos cañaverales que meciéndose ruidosamente formaban al inclinarse movibles sombras que aumentaban el terror y las tinieblas de la tormenta. Aquellos floridos campos que esmaltan las riberas del Turia se presentaban a la vista como un caos de confusión, donde el silbido del viento y la oscuridad reinaban solamente. Tal vez, de cuando en cuando, resonaba un chillido de mal agüero, o remedaba a lo lejos la borrasca los ayes de un moribundo. Desgraciadamente para los tres navegantes se convirtieron los truenos en deshecha lluvia, y por todas partes los inundaba el agua calando sus vestidos y remojando sus cabezas sin piedad. Dioles consuelo Dolfos con decirles que no distaban ya un tiro de arcabuz del sitio donde debían desembarcar, y que no podían menos de divisarse ya los árboles bajo los cuales aguardaba la dolorida señora. Al oír esto Gil, le dio un vuelco el corazón, juzgándose pronto a exhalar el último aliento, bien seguro de que a él no le esperarían doncella ni dueña alguna, por más docenas que tuviese la dama de quien trataban.

Saltó Vellido Dolfos a la ribera, y atando el bote con una soga al tronco de un árbol, se puso a mirar a todas partes como quien busca con los ojos algún objeto. El caballero del Armiño, lleno de la confianza propia de las grandes almas, y acompañado de su marcial denuedo, puso los pies en la mojada yerba seguido del desgraciado Gil Díaz que le miraba de mal ojo, temblando de que se acercase el momento crítico de desenlazar aquel drama. Luego que todos tres hubieron

abandonado el batel, ya metido en una alameda de altos y copados árboles, dijo Vellido en alta voz:

—Salid, hermosa señora, que aquí os traigo el valiente caballero del Armiño más manso que un cordero, el cual viene a ponerse de hinojos ante vuestra soberana presencia, y a acorreros con la fuerza y el valor de sus robustos y vedijosos brazos.

Aún no había dado fin a estas palabras, cuando de aquí, de allá y de todos lados principiaron a salir tantos árabes como si se abriera la tierra, y en vez de metales arrojara hombres. El caballero antes se sintió sin armas y aherrojadas las manos con una pesada cadena de hierro, que advirtió tan negra traición. En vano retó a los traidores y los amenazó con la venganza del ejército cristiano y con la de Dios que es más terrible; sus voces se perdían en la ribera, y los descreídos perros le contestaban con sendas carcajadas y alborozados gritos que manifestaban la alegría que habían recibido con su prisión. Reinó de repente el silencio, y adelantándose con amenazadores ojos y fiero ademán el infame Abenxafa, detuvo la planta frente al incógnito, y mirándole con despreciador continente, le dijo:

—Ahora pagarás, mastín cristiano, tu indigna victoria. ¿Pensabas tú que podría sostenerse mucho tiempo sobre los hombros la cabeza que se jactara de haber triunfado de Abenxafa? Cuando mi alfanje tuviera tan poco poder que no alcanzara a poder cercenar desde aquí las gargantas del campamento cristiano, vive Alá, que hubiera conjurado al infierno para que vomitando su humo por las entrañas de la tierra te ahogara con él.

—Solo un cobarde —respondió despechado el incógnito— se vale de los medios que tú has empleado para prender a un valeroso contrario. ¿Quién te ha dicho, hombre vil, que yo, en las más oscuras mazmorras, no podré siempre gloriarme de mi triunfo, y que tú sentado en un trono que ya bambolea, serás siempre un traidor vencido por el caballero del Armiño? Tiembla de derramar mi sangre, que clamará por el desagravio, y encenderá los corazones de mis denodados compañeros.

—¿Y qué me importa —gritó el árabe de esos perros, ni aún de mi existencia, si satisfago mi venganza, si río un instante contemplando en mis manos tu cabeza destilando sangre? ¡Ah bárbaro!, con mil muertes no pagarías a Abenxafa los dolores que le cuesta tu miserable existencia. Tú le has arrancado una palma que formaba las delicias de su vida; antes que tú no palpitaba en el orbe corazón alguno que pudiese henchirse con la gloria de haberle vencido. Tú le has robado el alma de una cristiana que le tiene hechizado, y que por ti paga con odio el amor que le tributa; cruel nazareno, las volcánicas cenizas que lanza el abismo no son tan fatales a los sembrados como tu aliento a las venturas de Abenxafa. Si no temiera manchar mis manos con tu impura sangre, yo holgaría de arrancarte el corazón; pero a mis ministros toca tan execrable oficio.

El mahometano no quiso oír ya la voz del castellano, porque sus acentos le

sacaban de quicio, produciendo tal despecho en su mezquina ánima, que parecía un furioso que ha roto la jaula donde yacía encadenado. El incógnito, por el contrario, satisfecho de sí mismo, y con la tranquilidad que goza siempre la inocencia, permanecía resignado, y esperando la última hora con la indiferencia que un hombre que tiene la vida en poco precio. Abenxafa dio órdenes a su guardia y el infeliz caballero cercado de fieros soldados y recibiendo a cada paso un insulto, fue conducido a la ciudad y sepultado en el panteón de los reyes moros, que era reputado por el edificio más fuerte y seguro de la ciudad, a excepción de los palacios. El malvado jefe de los árabes no había hecho levantar la visera al caballero quizás por la repugnancia que le inspiraría ver el rostro de su víctima, rostro donde juzgara que había de leer el desprecio de un vencedor para con el hombre que ha vencido y humillado a todo su talante.

Cuando los musulmanes, abalanzándose al del Armiño, le amarraron para privarle de la defensa, Gil Díaz se dio a entender que era aquella una señal de degüello, y por si podría pasar plaza de muerto, se dejó caer en tierra con increíble ligereza. Pero Vellido que le estaba mirando, se acercó y le dijo:

—Levanta, hermano Gil, que aquí no valen arcaduces, y por el siglo de tu madre que te he de poner como nuevo, en pago y trueco de las flores que me has dicho cuando me comí tu cena a la orilla del mar. Yo te enseñaré cómo se trata a Vellido Dolfos: ¿Qué no hay más que decirme en mis barbas que he de morir en levantado sitio? Juro a tal, que he de henchir las alforjas del deslenguado de tal suerte, que no vuelva a hacer el buche y a macear las ajenas opiniones por más que le venga a mano, y aunque le venga a pie.

Levantó en seguida al escudero que temblaba como un azogado, y dirigiéndose a Abenxafa, le pidió que le concediera por esclavo a aquel mancebo que había cautivado en el campo enemigo, gracia que no titubeó en concederle el árabe. Tras esto, tornó a Díaz, y añadió:

—Ya eres siervo mío; vete disponiendo para recibir la primer mano de azotes que pienso darte aquí mismo por vía de ensayo.

—No suponga su merced en cuentas con nadie —contestó Gil—, que no es de ánimos generosos el sopetear y acocear a un pobre diablo que maldito el agravio que le ha hecho. Ni nosotros hemos tenido batalla alguna, ni yo he vencido a su merced, ni hago la rueda a ninguna garrida moza suya, ni tengo barruntos de hacérsela, aunque viva más años que Matusalén, que tantos pienso vivir en la buena paz y compañía de su merced. ¡Jesús, mil veces, y qué mal entendió su merced lo del morir en alto lugar! Quise decir, que las prendas y valentías del señor Vellido Dolfos merecían encumbrarle a la rueda de la fortuna, y sentarle en alto puesto como en un trono; ésta fue mi intención y puedo asegurar que huelgo de ser su esclavo, y que en mí tendrá su merced un libro de qué quieres boca.

—Ésa te pido que cierres —gritó Dolfos—, que a perro viejo no hay tus tus. Son por demás las maulas y embustes que tan a pelo has encajado porque ni el diablo que tentó a Eva con saber tanto, no te había de librar de mis manos.

Entonces dio una voz a dos árabes, y entre los tres desnudaron bonitamente a Gil Díaz, lo ataron al tronco de un árbol, y con el cinto de baqueta que sujetaba el gabán del mismo criado, le visitaron sendamente las posaderas a guisa de esbirros. El mísero escudero hacía resonar en vano sus broncos gritos porque hasta haberle calentado bien, no cesaron los sayones de descargar descomunales azotes. Y cansados ya de holgar a costa del pobre criado, le condujeron a Valencia a casa de Dolfos, de quien quedó hecho esclavo sin que lágrimas ni ruegos le sacasen de aquel infortunio.

Capítulo sexto.

Un presente de sangre.

Las pasiones humanas, dice un poeta de Oriente, forman un carro cuyas ruedas son el amor y la venganza; y el hombre conducido toda la vida por tan crueles alimañas, corre de precipicio en precipicio a despeñarse. Cuando Abenxafa quedó vencido por el caballero del Armiño, faltó poco para que perdiese la vida de despecho, porque aquel carácter impetuoso, soberbio y feroz cifraba su delicia en los encantos de la gloria militar que le había encumbrado al solio que lo ocupaba. La idea del vencimiento de tal suerte despedazaba su corazón que solo podía compararse al dolor que le causaron los continuos y punzantes desdenes de la hija del Cid. Empero, cuando de todo punto le faltó la calma, cuando pálido de cólera no acertó a mover la helada planta, fue al oír de boca de una esclava los amores de doña Elvira con su vencedor. Parose: las venas de su frente parecieron hinchadas cual si hubiera cesado de circular la sangre que las llenaba, limpió con la mano el sudor frío que bañaba sus sienes, llamó a Vellido Dolfos, y entre los dos trazaron la negra traición tan felizmente ejecutada. Buscaron un rubí en un todo igual al que llevaba Elvira, y que por su hermosura llamara la atención del caballero; y la indómita pujanza del paladín cayó en los lazos que el ingenio, las hazañerías y la falacia de Dolfos le habían tendido.

Hallábase al presente Abenxafa en su alcázar, sediento de venganza y revolviendo en su mente los más crueles pensamientos con que acordaba atormentar a la donosa cristiana. Hizo venir a su presencia al favorito Hamete, y le dijo:

—Ya sabes que el panteón de mis antecesores sepulta al soberbio paladín del nazareno ejército que con inaudito arrojo y sobrehumanos bríos osó tenderme en la liza en singular y furibunda batalla. Corre, Hamete, y tráeme en la punta de su lanza clavada su cabeza, para que pueda presentarla en ofrenda a esa orgullosa cristiana que altera la paz de mi corazón.

Hamete, oída la orden, hizo a su amo una profunda reverencia a estilo oriental, y salió de la estancia sin desplegar los labios. Era éste un anciano vigoroso, suelto y circunspecto, que a pesar de la diferencia de edades, había procurado granjearse la confianza de Abenxafa. Sin embargo del favor que gozaba, nadie viera asomar la risa a sus labios ni la alegría a sus ojos; parecía siempre meditabunda y triste, sin hablar a persona alguna, y respondiendo por monosílabos a las preguntas que le dirigían. Melancólico, pues, y lleno de gravedad, dirigió sus plantas al abovedado panteón dos horas después de haber oído la sentencia de muerte pronunciada por el tirano contra

el prisionero.

Yacía el caballero del Armiño sentado en la lúgubre morada de los que no existen, descansando su espalda sobre una losa a la que estaba amarrada la cadena que sujetaba su cuerpo, ciñéndolo. Con la cabeza inclinada y la visera caída, parecía abismado en los funestos pensamientos que asaltaban su mente, sin lograr abatir el marcial espíritu que le animaba. Tal vez, al creerse cercano a exhalar su último aliento vital, traía a su memoria las caricias de una madre idolatrada que no podía regar con sus lágrimas la tumba de su dulce hijo; o quizá las espinas de los celos se clavaban en su corazón en tan acerbo instante. Porque si el rubí era de doña Elvira, lo que el caballero no dudaba, ¿por qué azar había dado en manos del traidor soldado que le había seducido y arrastrado a los brazos de su vil contrario? Mas estas dudas, semejantes a las tempestades de verano, se desvanecían con la misma presteza que se habían formado, pues antes recelara el del Armiño de sí propio que osara empañar con torcidas y siniestras sospechas el puro y brillante sol de la soberana hermosura que avasallaba su alma.

Crujen, empero, los cerrojos de la mezquina puerta; alza el caballero la cabeza, y hieren súbito sus ojos los reflejos de un hacha alumbrando aquel pavoroso sitio. Hamete penetra a ella con sosegados y medidos pasos, párase frente del prisionero, fija la vista en él, y después de un momento de dudoso silencio que aumenta el terror de aquella escena, exclama:

—Es la desgracia como el invierno, triste y desapacible; pero a sus aguas se deben las mieses del verano y los frutos del otoño. Alá te guarde, nazareno; el grande Abenxafa me manda a por tu cabeza, y sus mandatos son como el rayo: prontos y terribles.

—¡Bárbaro! —respondió el del Armiño—. ¿Así atropella los derechos de la humanidad y huella las leyes del honor?

—¡Vagos sonidos! —le atajó Hamete con más prontitud de la que podía esperarse de su reposado continente—. El capricho es la ley del que manda, las pasiones sus consejeros, y el gusto su honor. Zumban en sus oídos los gritos de la razón, y él los escucha con la misma indiferencia que el rugido de la cascada o el murmullo de la selva; hieren sus ojos las desgracias de sus súbditos, y entonces los alza al cielo a admirar un meteoro que los lisonjeros le muestran para que no se detenga en el infortunio ajeno. Pero ¡ay del tirano!, pasan sus días tempestuosos como los vendavales de enero, destruyendo los árboles y azotándose a sí mismos con el polvo que levantan; cree el mísero que va a apurar la copa de los placeres, y no hace más que acercarla a sus labios, cuando prueba todo el acíbar de su engañoso licor. Brilla por último su hora y semejante en su ocaso al trueno aterrador, retumba, se deshace y desaparece.

—Ministro de Abenxafa —gritó con resolución el caballero—, ejecuta sus

sangrientas órdenes, y no insultes los últimos momentos de un desgraciado con verdades que en tu boca respiran el acíbar de la ironía. Aquí tienes mi cuello, hombre vil.

—Escrito está —repuso Hamete con más sosiego y pausada voz—, no hieras al perro que ladra, sino halágale por el contrario, y dale un pedazo de pan. ¿Quién penetra, nazareno, los arcanos de Alá, o lee los pliegues del humano corazón? Esa audacia que muestras, ese desprecio de la muerte que sale de tu boca interesan el alma de Hamete. ¿Puedo serte útil? ¿No conoces que quien habla como yo no es por lo común un perverso?

—No sé por qué —contestó el paladín en tono más suave—, no sé por qué vuestras palabras me conmueven; me siento agitado y aunque me deslumbre, no temo aseguraros que os reputo digno de confiar a vuestro honor mis últimos encargos. ¿Qué prueba podéis darme de que no me equivoco y de que respetaréis mis secretos?

—Mira mis ojos —respondió el viejo Hamete, sentándose al lado del de Armiño— y advierte en ellos la llama del honor. Pero no basta esa prueba, aquí está mi diestra, yo te ofrezco fidelidad en nombre de la caballería, cuya orden profeso. ¿Te admiras? ¿No puede también un sarraceno haber merecido por sus hazañas este honor?

—Me doy por satisfecho —añadió el caballero— y no puedo menos de pensar que sois algún misterioso ser distinto de lo que parecéis. Tomad, pues, esta media sortija y entregadla en el campamento cristiano al valiente Rodrigo de Vivar y a don Diego Ordóñez de Lara; decidles que reciban el ofrecido don del caballero del Armiño; que manden pregonar mi muerte, y que cuando la fama publique mi verdadero nombre hagan por consolar a mi desgraciada madre. Vos no sabéis la ternura con que me ama y el despecho que se apoderará de su alma cuando llegue a sus oídos el vil sitio donde ha expirado su hijo. ¡Oh dulce madre mía!, el cielo conoce el tormento que acibara mis postreros instantes, no por temor de una muerte, que es el término de las humanas desgracias y que tantas veces he menospreciado, sino por el sentimiento de no volver a estrecharos contra mi seno, de no sentir palpitar ya vuestro corazón. Y tú, hermosa mitad del alma mía, soberano dueño de ella, recibe el agradecimiento de este tu caballero que pronunciará tu nombre por última vez.

Volviose luego a Hamete y le rogó que cumpliera la orden de Abenxafa, y no dilatara los padecimientos prolongando su agonía. Mas el anciano estaba pálido y trémulo; asomaban las lágrimas a sus mejillas, y no osaba mover los labios. Alzó en esto los ojos y las manos, y con un acento desesperado y patético, dijo:

—¡Tales serían también tus preces al morir, amado hijo de mis entrañas! Pero eran de mármol los sayones que te escuchaban, y tornaron a embotar en tu pecho sus agudas lanzas.

Abrazó entonces, todo conmovido, al incógnito, tomole la mano, y limpiando las

lágrimas que abundantemente corrían por su rostro; le dijo:

—Ya no debo, arrojado mancebo tenerte suspenso más tiempo ni emplear contigo el lenguaje oriental. Ni soy Hamete, ni estos vestidos que me cubren corresponden a mi clase, ni a mi culto. El anciano que tienes presente adora la santa cruz, y vistió un día como tú en las erizadas cumbres de los asturianos montes el reluciente peto, el casco de bronce y las espuelas de plata. Ardía en mis venas el entusiasmo de la noble caballería del mismo modo que inflama ahora las tuyas: el relincho del caballo y el son del guerrero clarín eran más dulces a mis oídos que el canto matutino del ruiseñor y que la armonía del universo. Pero viene la edad de la nieve, y la sangre se hiela, y el brazo pierde los quilates de su valor; entonces feliz el padre que puede entregar la espada de los combates a su hijo, y decirle: «Consévala en su prístino brillo, conserva su honor tan puro y terso, que pueda al expirar mirarme en él». Esta dicha gocé yo y ansioso de encontrar en las ciencias las delicias que había disfrutado en el campo de los laureles, me vestí el traje musulmán y comencé a recorrer las playas orientales aprendiendo de los sabios árabes que las habitan la física, la agricultura y la medicina. Quería reservarme el placer de hacer felices a mis compatriotas de Asturias, comunicándoles los conocimientos que había adquirido en estas costas bajo el nombre de El-Hakim Hamete. Respiraba a la sazón el aire puro de esta hermosa ciudad, cuando hirió mis oídos la funesta nueva de que mi hijo había perecido a los golpes del acero de Abenxafa, defendiendo a mi ilustre prima Jimena. Corrí al lugar de la refriega, y ya los vecinos aldeanos habían sepultado los cadáveres de los que gloriosamente perecieron en la pelea. Todavía encontré removida la tierra que ocultaba a mi hijo; mis lágrimas la amalgamaron, y planté un nogal para que el viajero descansa a su sombra. Pero ¿qué logran los humanos lamentos? Consideré que en el orden actual de los sucesos mi presencia podía ser útil en esta ciudad a mi prima, y que podía contribuir por mil caminos a acelerar la ruina del asesino de mi hijo. Y aquí tenéis al padre de Martín Peláez, convertido en El-Hakim Hamete; hecho ministro del verdugo de su sangre y cargado con el odioso nombre de favorito de un tirano.

—Por la santa cruz —exclamó el caballero del Armiño— que apenas puedo dar crédito a lo que veo. ¿Vois sois Pelayo? ¿Vois sois el digno padre de Martín, del valiente guerrero que eclipsaba las mejores lanzas del ejército del Campeador? ¡Ah! ¡Qué no pueda abrazaros!

—Pronto podrás, hijo mío —contestó el noble Pelayo—. Cuando he recibido la orden de cercenar la garganta de un paladín cristiano, cuyos famosos hechos de armas le habían adquirido renombre, me he dirigido a la morada de un moribundo esclavo mío; y apenas ha exhalado el último suspiro, he cortado a cercén su cabeza para sustituirla a la tuya. Desnúdate el casco para colocarlo en ella y presentarla al tirano antes de que mi tardanza despierte sospechas en su fiero pecho. Volveré después, y

con vestido de mi esclavo podrás vivir en compañía mía hasta que el cielo haga brillar el dichoso día de nuestra ventura, librando a Valencia del cruel Abenxafa.

—Señor —gritó el caballero fuera de sí con el entusiasmo de la gratitud—, ¿con qué podré recompensaros tanta generosidad?

—No soy yo quien te libra —le interrumpió Pelayo con gravedad—, sino Dios, que me inspiró el deseo de permanecer en Edeta. Estaba escrito en las celestes bóvedas tu destino: ¿qué importa que sea ésta o aquélla la ruano que riegue el árbol, si está resuelto que ha de florecer y colmarse de frutos? ¡Dichosa madre!, tú no llorarás ya recostada sobre la tumba de tu hijo, porque la diestra de Jehová ha suspendido el rayo que le había de pulverizar; pero ¡ay del anciano, que verá crecer el nogal con el polvo del suyo!

—¿Quién podrá, generoso Pelayo —dijo el del Armiño—, daros consuelo? Yo me lanzaría con firme corazón y resuelto ánimo a las filas enemigas si pudiese con mi muerte comprar la vida de vuestro Peláez.

—¿Quién puede consolarme? —murmuró el anciano—. La virtud: ella difunde por mi alma un placer cien veces más delicioso que amargo es el dolor de los infortunios; ella es como el sol que alegra la árida selva despojada de su hermosa cabellera.

Púsose en pie Pelayo, miró con ternura al paladín que se había desnudado el casco para encajarle en la cabeza del esclavo ocultando el rostro con la visera, y le preguntó al incógnito:

—¿Ha visto Abenxafa alguna vez tus facciones?

—Nunca —contestó el del Armiño—. Cuándo me batí con él llevaba caída la visera, y cuando me prendieron tampoco la alcé; he conservado en todas partes el incógnito, porque interesaba a mi honor que fuesen mis hazañas las que me diesen a conocer, y no mi nombre.

—Valiente eres —añadió Pelayo— y no puedes ocultar tu elevada cuna. Queda en paz mientras cumplo el terrible ministerio; volveré luego a romper tus cadenas, y haré cuenta que recobro en ti a mi perdido hijo.

El anciano salió del panteón con la misma gravedad con que había entrado; crujieron segunda vez los cerrojos de la puerta, y el denodado joven, ocupado de más alegres pensamientos; reclinó la cabeza sobre la inmediata losa para aguardar a su libertador con más reposo; la oscuridad se apoderó de la lúgubre estancia, a medida que se alejaba Pelayo con el hacha en la mano; y cesaron de resonar a lo lejos sus pisadas.

Hamete, o por mejor decir, Pelayo, imprimió sus huellas en el aposento de Abenxafa que le aguardaba con impaciencia, recelando de su tardanza algún azaroso suceso, y dejando sobre una robusta mesa de nogal la ensangrentada cabeza, dijo:

—Cuando retumba el trueno se desprende la centella de la nube, y abrasa al impío

que no se postra ante el gran Alá; cuando suena la voz del ilustre Abenxafa cae la cuchilla de su fiel servidor y rueda por tierra la cabeza de su enemigo; ya estáis obedecido.

El corazón del tirano se estremeció al escuchar la última frase, porque los delitos son como las venenosas plantas que se ofrecen a la vista verdes y lozanas en el monte; pero que probadas producen rabiosos dolores y prolongadas agonías. Pasó los ojos de corrida por el rostro de El-Hakim, y hallándolo sereno y tranquilo, casi se avergonzó del estremecimiento que le causaron sus acentos; y dándole las gracias por su exacta obediencia, le mandó retirar. Mirole Hamete al despedirse y advirtió en el color blanco de sus labios, en la palidez de las facciones, y en lo erizado de sus cabellos, la infernal lucha de los remordimientos que despedazaban su alma.

«¡Ved ahí —pronunció en voz baja— las venturas de un tirano! Labra con el ajeno su propio infortunio: y cada minuto de paz que roba a sus súbditos, cada gota de felicidad de que les priva se convierte y trueca en una sierpe que roe su pecho».

Abenxafa tomó en su mano la cabeza que reputaba ser del caballero del Armiño; intentó alzar la visera y recrearse con el espectáculo de una tez deslustrada por la muerte; de unos borrados rasgos que tendrían su mérito en concepto del musulmán cuando habían conseguido imprimirse en la imaginación de la bella Elvira. Tornó a poner sobre la mesa el sangriento trofeo, acercó una luz, y cuando iba a levantar su diestra para satisfacer su bárbaro deseo, la halló inmóvil; hábale faltado de todo punto el valor y tuvo necesidad de sentarse en un escaño para cobrar aliento. Dilatábase el anchuroso aposento a larga distancia y estaba iluminado por una sola luz; el menor movimiento resonaba a lo lejos con el silencio de la noche. Adornaban el salón informes estatuas de los reyes moros que labrara tosco cincel, y que no disfrutando los débiles reflejos de la luz por estar colocadas al extremo opuesto, semejaban, abultadas por las tinieblas, negros tumbos; caprichosos relieves engalanaban el elevado techo representando las huríes del paraíso del Profeta, danzando muellemente con los adoradores de Mahoma.

Avergonzose Abenxafa de su propia flaqueza, y levantándose con prontitud, corrió a descubrir la tez de su víctima; pero al ir a tocar la visera cae súbito el casco cual si se agitara la degollada cabeza o se hubiera mecido sobre el nogal donde descansaba, y aquel héroe que desafiaba a la muerte en el campo de batalla lanza un grito de horror, y huye despavorido de la malhadada estancia. Al estruendo y grito de los guardias acude Hamete temeroso de algún desmán, y da de ojos con Abenxafa en la espaciosa puerta.

—¿Dónde se dirige tan aceleradamente vuestra planta, señor? —preguntó El-Hakim.

—La cabeza del cristiano —respondió Abenxafa casi ahogado por el susto está hechizada; entra, y la verás saltar por la mesa, cual si viviera todavía.

—El hechizo —repuso con gravedad don Pelayo— no existe en ese despojo, sino en el corazón del grande Abenxafa. No hay encantos poderosos a hacer mover lo que ya no es; las ramas del cortado árbol no reverdecen después que el hacha lo ha derribado; pero hay acciones que llevan consigo un tósigo tan funesto que trastorna la mente del hombre.

—Dices bien, Hamete; el violento choque de las pasiones que me agitan han fascinado mi imaginación; sin duda al acercarme ha caído el casco con algún imprevisto movimiento mío; y era tanta mi agitación, que el más despreciable acaso bastaba a aterrarme. Pero, no, no ha sido nada; sin embargo, mientras me recobro, cuéntame si ha muerto con valor ese soberbio caballero.

¿Para qué, señor? —exclamó el anciano—. ¿Para qué queréis ahondar una llaga que os martiriza? El humo del abismo no es más funesto que los punzantes remordimientos que asaltan el pecho del rey que da oídos a sus pasiones. La envidia y los celos levantaron en vuestra mente, generoso monarca, una tempestad de cuyos rayos ha sido blanco el desgraciado caballero; pero las nubes pasan, y el sol de la verdad ilumina también los tronos. ¡Infeliz de aquél que desde la cumbre del poder solo divisa a sus pies muertas y ruinas!

—Hamete —gritó enfurecido Abenxafa—, sal de mi aposento, y no vuelvas a mi presencia sin que yo te llame.

Obedeció El-Hakim después de haber hecho una respetuosa cortesía; y el agitado árabe, en cuyo semblante se leía el tormento que le devoraba, añadió:

—Pero no, anciano Hamete, no te vayas. Háblame del sitio que se atreven a ponerme los perros nazarenos, y si quieres conservarte en mi gracia no me reprendas segunda vez la muerte de mi indigno enemigo.

—Señor —le atajó Pelayo—, el número de los cristianos es muy corto comparado con nuestro ejército; y no dudo que a la primer salida que verifiquen nuestros valerosos soldados huirán cobardemente los adoradores de la cruz.

—Y el Cid, ese campeón sin par, cuyo nombre es aclamado en Europa y en África, ¿huirá también?

—Pienso que sí; porque el filo de la espada de Alá penetra igualmente el pecho del siervo y el del señor.

—¿Y su hija, la ingrata y cruel Elvira? Hamete, llama a un esclavo, y retírate.

Habíanse encendido los ojos de Abenxafa al pronunciar las últimas palabras, y en sus pálidas facciones, animadas de repente, hacían adivinar la revolución que el recuerdo de Elvira obrara entonces en su espíritu. Mandó al esclavo ocultar bajo su túnica la cabeza a la que Hamete había vuelto a encajar el casco, y con inciertos pasos y labios balbuceantes se dirigió a la parte del palacio que ocupaba la familia del Cid.

Hamete, aprovechando ocasión tan favorable, descendió al panteón en busca del caballero del Armiño, y rompiendo las cadenas que lo oprimían, le vistió el traje

mahometano para que pasase plaza de esclavo suyo. Palpitaba de agradecimiento el corazón generoso del incógnito con las mercedes que recibía de Pelayo, a quien prodigaba los más cariñosos nombres. El anciano por su parte lo estrechaba entre su pecho, diciéndole que había recobrado en su persona al muerto Peláez y que desde aquel día le sería más suave el aire que respiraba y más dulce su morada en los elíseos campos de Edeta. Tales eran las sabrosas delicias que la virtud escanciaba a manos llenas a estos nobles cristianos, mientras el carcomedor desasosiego atormentaba el alma de Abenxafa penetrando a la estancia de sus prisioneras.

Las heroicas hazañas de su padre y esposo entretenían en agradable plática a doña Jimena y a su hija Elvira, recordando aquellos tiempos de bienandanza en que las damas de Burgos miraban con envidia a la feliz hermosura que había conseguido la mano del primer paladín de Europa. Referíale la matrona a Elvira los famosos torneos en que sacara a plaza su agilidad y destreza el impávido Campeador en los floridos años de su mocedad, rompiendo lanzas con los caballeros de más nombradía y mereciendo con su heroísmo que las primeras bellezas de la Corte mendigasen sus miradas, contándose tal vez entre ellas apuestas infantas que por su gallardía y donosura debieran triunfar de reales corazones. Mas a tan plácidos recuerdos y a la suave conmoción que naturalmente experimentamos con ellos, siguió una escena bien diferente, como a las serenas y rosadas auroras del otoño sucede la tormenta más deshecha. Turbó su reposo Abenxafa temblando de cólera, y sentándose en un escaño junto a las señoras con fiero continente; asomaba a sus labios la blanca espuma del frenesí, y los músculos amarrotados, los apretados dientes y la frente estirada por la hinchazón retrataban demasiadamente su despecho. Miró a Elvira, y la angelical dulzura de aquel apacible y risueño rostro, suavizó un tanto su desesperación, a la manera que los rayos del sol vuelven el calor a las ramas de los árboles abrumados de helado rocío.

—Elvira —dijo—, vengo a presentarte una ofrenda que tendrás en mucho precio. Mientras habló así pasó la mano por su tez para ocultar la turbación que le poseía y añadió:

—Alá ha puesto en mi poder a un soberbio castellano de vuestro ejército que tuvo la osadía de alzar los ojos al dulce señuelo donde yo los había fijado, y sabiendo que holgabas tú de contemplar a un paladín de tanto nombre afinado ante tu soberana beldad, te ofrezco su cabeza para que goces la delicia de mirarle, y leas en la suya la suerte de los que osan contravenir a los deseos de Abenxafa. ¡Hola, esclavo!

Pálidas como el último rayo de la luna las cristianas, echáronle una mirada de desprecio al verle colocar a sus pies la sangrienta cabeza; temblaba Jimena de que fuese la de su caro esposo, no habiendo podido entender las palabras de Abenxafa; y Elvira por su parte, sin dudar de la verdad, adivinaba el fatal misterio. El bruñido casco del caballero del Armiño y el color de sus plumas sacáronla bien pronto de

dudas, y retirando los ojos de tan atroz presente los fijaron en los tapices que ornaban la estancia, permaneciendo mudas y frías como dos estatuas de un jardín. Y por más espinas que aquel golpe mortal clavara en el corazón de la doncella, no daba con el rostro señal alguna de angustia, porque corría por sus venas la arrogante sangre del Cid, y ninguno de cuantos pertenecían a esta familia había jamás convenido en que duele el dolor. De suerte que al verla aparentemente tan tranquila Abenxafa, que esperaba de la castellana los arrebatos y desenfrenadas maneras de una dama oriental, tuvo para sí que eran falsos los amores de los dos cristianos; y en más sosegado tono siguió diciendo:

—Las rocas que coronan el Atlas burlándose de los siglos que pasan no son más firmes que tú, hermosa cristiana ¡si llegaras a conocer cuánto te ama este árabe! ¿Nunca le mirarás de buen grado? Responde: tus palabras dilatan las alas de mi corazón, como las perlas que vierte el alba entreabren una flor con cada una de ellas.

—Si queréis que os hable —respondió la hija del Cid con desdén, sin separar la vista de los tapices— mandad quitar de mi presencia ese bárbaro despojo: pues aunque no repugna al vital brío que me anima el más sangriento espectáculo, mi natural ternura y el saber que es de un cristiano ese trofeo, me inspiran horror; compasión, no.

Abenxafa mandó al esclavo llevarse la cabeza y entregarla a Hamete con orden de que la expusiese al público en el siguiente día concediéndole sepultura después; tras esto acercó más su escaño a las matronas castellanas, y exclamó:

—¡Por qué no hemos de poner fin a la guerra que va a devastar los elíseos campos de esta ciudad, y a las rencillas que nos malquistan! ¡Vos, amable Jimena, tornaríais a los brazos de vuestro esposo cargada de los presentes de mi liberalidad, y Elvira, sentada sobre mi trono, podría hacer cuantas mercedes le pluguiese a sus padres! ¿Por qué no ha de rayar ese día?

—¡Miserable! —contestó Jimena, arrojándole un mirada de desprecio que lo dejó yerto—. Los tronos que tú pudieras ofrecernos son nada en comparación del esplendor de nuestro nombre y de las cívicas virtudes que sirven de timbres a nuestra familia. Un cetro se gana en una batalla, pero la gloria y la inmortalidad son dones de más quilates; son la recompensa del heroísmo, el resultado de muchos años de valor, de ingenio y de virtud. ¿Con qué méritos te atreves a encumbrar tu pensamiento a la altura que ocupa Rodrigo de Vivar? Todos consisten en un solio, fruto de cien crímenes y tinto con la sangre de Hiaya; los condes de Castilla ni aun por escuderos admiten a reyes moros.

—Orgullosa esclava —gritó Abenxafa levantándose de su asiento—. ¿Has olvidado que estás en mi poder? Yo haré marcar tu frente con el clavo de la servidumbre y poner cadenas a tus manos; yo destinaré a las soberbias hijas de los condes de Castilla a tener a recaudo mis caballos; yo..., vive Alá, que son inútiles la

dulcedumbre y la suavidad con vosotras; la fuerza logrará lo que no han podido el amor y la generosidad, y envilecidas y deshonradas os pondré en público mercado, mandaré a mis esclavos que sacien en vosotras su brutal apetito, y que os entreguen luego a los cristianos con una soga al cuello.

El furioso y despechado tono con que pronunció el africano estas amenazas, no causó impresión alguna en el pecho de aquellas heroínas resueltas a morir mil veces antes que deslustrar la brillante gloria del Cid. Elvira, cuyo feliz ingenio era superior a todo encarecimiento, no creyó oportuno exasperar aún más a su tirano, y llena de majestad y de decoro le dirigió la voz en estos términos.

—Extraño que los naturales sentimientos de unas ilustres cristianas, cualquiera que sea su suerte, despierten en voz los ímpetus de la cólera. Nunca los ojos del oprimido miran con placer al opresor por más que la necesidad arranque una sonrisa a sus labios; en habernos tratado con el miramiento debido a nuestra cuna no habéis hecho más que honraros a vos mismo, porque no fuera muy decoroso a un monarca el que publicara la fama que trataba a los vencidos con saña, cuando la suerte de la guerra puede también entregar a este mismo monarca a las armas de sus enemigos. Creedme, Abenxafa: la hija del Cid preferirá siempre la muerte a recibir esposo que no sea por mano de su noble padre; poned, pues, los pensamientos en más fácil hermosura y dejad que las almas decidan qué ha de ser de estas desgraciadas.

La aparente calma y resuelto tono de Elvira subieron de punto el furor del musulmán y loco y frenético salió de la estancia con ánimo de emplear el rigor y la crueldad para mortificar la soberbia de las arrogantes prisioneras.

Capítulo séptimo.

Las palabras dulces.

A penas la perezosa luz del día doró la ancha y espaciosa faz del cielo y las arpadadas lenguas de los ruseñores tornaron a renovar la suave y meliflua armonía de su canto cuando la desgraciada Elvira, abandonando las ociosas plumas, principió a pasearse por el salón, triste y pensativa. Había esquivado posar en sus párpados el sueño y la melancolía deslustrando las rosas de sus mejillas y disminuyendo el hermosísimo brillo de sus ojos, sustituía a la frescura y lozanía de una gracia el color de plata y el blanco esplendor de la luna. La imagen de su amante que creía muerto no se apartaba de su imaginación, recordando el valor y las generosas prendas que distinguían a aquel paladín que, o bien sacase a plaza su habilidad y ligereza en los torneos, o bien hiciese campear su marcial arrojo y militar continente en la refriega, siempre se llevaba la palma, fijando los ojos de las damas en las ricas y variadas plumas que ondeaban sobre el alto crestón de su celada.

Habíale referido una esclava punto por punto las circunstancias de la horrorosa traición de que había sido víctima el caballero del Armiño; a fuer de agradecida y sensible dama hubiera regado con lágrimas la tumba del denodado joven, si no tuviera a raya tan muelles sentimientos el indómito orgullo que avasallaba su alma. Porque en aquellos siglos de heroísmo y de caballeresca idolatría por la belleza, se consideraban a tanta altura las damas de elevado nacimiento y donoso rostro, que cual si fueran deidades dábanse a entender que los hombres debían sacrificarlo todo a sus plantas, mientras ellas se creían degradadas con la recompensa de una sola mirada; pues bastaba por premio la aceptación de tan respetuosos homenajes. De aquí la virtud mágica de un solo acento, que, salido de los labios de una de aquellas diosas convertían en leones a los corderos, imponía eterno silencio, lanzaba a los peligros y a la gloria a un joven, o se condenaba a temerarias y dudosas pruebas para experimentar los quilates de su valor y de su cariño.

Elvira, sin embargo, había debido a la naturaleza una ternura y una imaginación demasiado vivas para que la pérdida de su amante, tan digno por todos lados, de retorno en su amor, pudiese con el tiempo borrarse de su pecho. Y no solo fatigaba su mente esta idea harto dolorosa, sino que su actual y crítica situación, y más que todo el recelo de las nuevas desventuras que iban a precipitarse sobre su cara madre subían de punto su aflicción. Sobrado tiempo tendría para sentir la muerte del caballero del Armiño, pero urgían: los momentos para libertar a la noble Jimena del oprobio con que la amenazó Abenxafa, y que quizá realizaría mientras recorriese el espacio el naciente sol que se mostraba en el Olimpo. Valiente, Elvira, para llevar con paciencia

los pesares propios, no podía tolerar a sabiendas los ajenos; sus penas le parecían ligeras espinas que se clavan al cortar una rosa y las de su madre envenenadas flechas que abren profundas heridas y hacen perder la vida entre rabiosos dolores. ¿Y cómo precavería los males que las amenazaban? ¿Cómo pondría en cobro su honor y el de Jimena? Por demás sería que los entusiastas soldados del ejército de su padre se apresuraran a volar en su socorro, si cada movimiento cristiano había de ser un nuevo despertador de las pasiones de Abenxafa que cuanto más cerca estuviese de perder el objeto de sus amores, más prisa se daría en satisfacer su bárbaro antojo. Mas ¡oh feliz ingenio de la mujer! Agudo y penetrante como el aguijón de la avispa, pronto y momentáneo como la chispa de un pedernal, agota el talento del hermoso sexo cuantos recursos le ofrecen alguna de las ventajas con que lo ha dotado la naturaleza. La hija del Cid acordó emplear con el agareno la dulzura y la inocente ficción para entretener sus deseos en tanto que llegase el momento de su libertad, ahorrando así a sus padres, los sinsabores y desmanes que la hubieran sobrevenido. Mas antes de poner en práctica tan osada resolución, quiso dar parte de ella a su madre la bien aconsejada doncella, y tenerla en atalaya para el efecto que pudiera surtir. Serenando, pues, el rostro del mejor modo que pudo, para no alterar en vez de tranquilizar a la que tanto amaba, corrió al lecho de Jimena, y sentándose junto a ella, le dijo:

—Debe causaros admiración, sin duda, lo que voy a deciros y quizá os parecerán indignos de la elevación de ideas que en todos casos ha de manifestar la hija del Cid los pensamientos que pondré en voz. Por una parte, conozco que debe abrazarse con ánimo resuelto la muerte antes que descender una grada del solio de la gloria donde nos ha colocado el heroísmo de mi padre; y por otra, me doy a entender que cuando esta muerte ha de ser precedida y seguida del deshonor, es una cobardía inútil el arrojarse a ella y no poner en obra los muchos recursos que el natural ingenio y la imaginación nos ofrecen; Abenxafa ha jurado sacrificarnos a sus impuros antojos movido por el entero decoro con que respondimos a sus ridículos ofrecimientos; si hubiera de cabernos la suerte del caballero del Armiño, podríamos tenernos por felices, y aún dar gracias al Cielo porque nos sacaba del ingrato laberinto de la vida; pero cuando nos amenaza con marcar nuestras frentes con el clavo de la servidumbre y con deslustrar nuestro honor, no hay diligencia que en rigor deba omitirse para salir a salvo del peligro. Los hombres, cuando aman tan ciegamente como parece amar el árabe, tienen los ojos vendados y caen en mil lazos que la sutileza de nuestro sexo y a veces la necesidad en que nos ponen les arman con cautela e industria. Si yo doy esperanzas a Abenxafa, si halagan sus oídos palabras dulces, le veréis tranquilo y apacible tratarnos con delicadeza, y así dilataremos nuestra vida entreteniéndole con ingeniosos modos hasta que la espada de mi buen padre corte el nudo de esta tirana esclavitud.

Absorta escuchó a su hija la matrona castellana, y mirándola con inquietud y

zozobra, le respondió:

—No pensaba que por las venas por donde circula la sangre de los Laín Calvo y Orgaz pudiesen correr tan viles intenciones. La ficción es propia de los verdaderos esclavos que por la bajeza y humildad de su clase se ven precisados a disimular y mentir: ¿pero quién ha visto al sol recoger sus rayos por temor de que pierdan en lo más zafios barrancos la pureza de su esplendor? ¿Quién es poderoso a des honrar al que no se deshonra a sí mismo? Tan tersa resplandecerá nuestra opinión después de haber sufrido los insultos y tropelías de Abenxafa, como el día en que caímos en su poder; y aún será más honroso expirar entre tormentos y vilezas por no fruncir las cejas ante el tirano, que dar lugar a que algunos pongan lengua en nosotras, y digan que hemos humillado la frente delante del soberbio musulmán.

—Pero, madre mía —replicó respetuosamente Elvira—, ni el mundo, ni los vanos elogios de los hombres, podrán restituirme la inocencia que entonces perderé, ni borrar de vuestras manos la huella que el hierro de las cadenas habrá impreso en ellas. Y si pensamos en los resultados, ¿qué bienes habremos conseguido con sostener el tono que nos corresponde? ¿A quién será útil nuestro deshonor? Considerad el dolor y desesperación de un esposo y de un padre que encuentra los cadáveres de sus queridas prendas marcados con la ignominia y llenos de heridas... ¡Oh!, por Rodrigo, por vuestro amado esposo, resolveos a emplear la suavidad.

—¿Y qué suavidad quieres tú que emplee, hija mía? —añadió Jimena algo enternecida—. No está en mi mano librar a Rodrigo de estas desventuras que necesariamente han de serle más dolorosas que cuantos trabajos ha padecido hasta el presente; si en mí consistiera, no habría ruego ni camino que tentase.

—Pues bien, amada madre —gritó Elvira—, venid a bien a que sea yo el instrumento de vuestra felicidad y de la de mi padre ahuyentando la tormenta que nos amaga. Por poco talento con que me supongáis, no debéis creerme tan menguada de juicio que no sepa precaver los males que pueden originarse de mi determinación, y caminar con recelo por la senda que yo misma me abro; si logro con esperanzas el que deposite en mí Abenxafa su confianza y se gobierne por mis consejos, me será fácil traer a la mano que quiera su voluntad; entonces podré poner en práctica los pensamientos que agitan mi imaginación; y recobrar quizá la libertad de ambas.

—Tiemblo, Elvira —la atajó la esposa del Cid—, tiemblo de que te arrojes a tales riesgos que pueden sernos funestos. Sin embargo, no me atrevo a oponerme más a lo que has pensado por no tener que echarme en cara tus propios infortunios y los de Rodrigo. Pero ten siempre delante de los ojos el esplendor de tu cuna y piensa todas las veces que vale más morir de cualquier suerte que sea, que faltar en lo que debemos a la gloria de tu padre. Elvira mía, considera que ese monstruo es enemigo de nuestra santa religión, y que en los combates se tiñó su espada con sangre cristiana, considera que él puso fin a la existencia de los valientes guerreros que nos

acompañaban, y redujo al pobre fray Lázaro a la esclavitud.

—No, amada madre, no necesito que traigáis a la memoria unos sucesos que no se borrarán de ella; las sombras del abismo no son más horrorosas para mí que la imagen del bárbaro verdugo del caballero del Armiño. Sí, lo juro, valiente paladín; aceleraré la ruina de tu más cobarde enemigo y regará tu tumba su impura sangre. ¡Oh!, vos extrañaréis, sin duda, que vuestra hija hable así, porque ignoráis que mi nombre sirvió de santo para arrastrar vilmente al desgraciado joven desde el campamento de nuestro ejército a esta ciudad. Un rubí igual o semejante al que por desgracia suele adornar mi frente le hizo creer que yo le llamaba, y el infeliz corrió a su precipicio. Había vencido en singular batalla al soberbio árabe, y no pudiendo tolerar la afrenta del vencimiento quiso inmolar a su despecho al más leal, al más, valiente y al más cortés de los caballeros que enristraban lanza bajo el pendón de mi ilustre padre.

—Ahora conozco —dijo Jimena con alegría— que respiras odio mortal a ese cruel agareno; soy contenta de que ejecutes tus ideas, porque no dudo que el entusiasmo que te anima contra él y tu felicísimo ingenio te librarán de los peligros de tan difícil empresa.

Las ilustres castellanicas se abrazaron con cordial ternura; y el cariño hizo asomar a sus ojos unas lágrimas que las amenazas, el dolor y la desesperación no habían podido arrancar. Dominaba en el carácter de Jimena el ciego amor que profesara a sus esposo, amor que rayaba en adoración por reputarle un semidiós muy superior a los otros hombres; y de ahí es que en todas sus acciones se gobernaba por esta especie de fanatismo que tan solo le dejaba ver los objetos bajo el aspecto favorable a Rodrigo de Vivar. Su hija, dotada de más viveza y travesura, sabía ennoblecer la más despreciable bagatela, y sin perder la elevación de sus sentimientos transigir con la necesidad. Dulcificado así el orgullo de familia con su natural apacible, reunía a la vez la amabilidad de las modernas damas con la soberanía de las antiguas castellanicas.

Cuando trasmontaba el sol, bordando de oro las coloradas nubes, solicitó Elvira, por medio de una esclava, permiso de Abenxafa para solazarse y pasear las plácidas riberas del Turia. Pasaba el río por la plaza de la ciudad lamiendo el palacio de los reyes moros, y regando sus jardines al paso que proveía de agua las cascadas y demás riachuelos que blanda y sosegadamente deslizaban por los floridos vergeles. Habíase la hermosa doncella ataviado con más cuidado del que ordinariamente empleaba maridando con sus naturales gracias los adornos del arte que realzaban su belleza, y la convertían en la más linda ninfa de las que tersaban y pulían sus rostros en los cristales del transparente Turia. Después de haber recorrido parte de la vega, se sentó bajo un pomposo limonero que daba sombra a un caño de piedra cubierto por los lados de verde marta. Llamaron su atención los infelices esclavos que llenaban en el río los cántaros acarreado agua para sus amos; entre quienes se descubrían algunos

miseros cristianos tristes y macilentos que alzaban de tiempo en tiempo los ojos al cielo suspirando por la dulce libertad que habían perdido, y por su amada patria, donde dejaron a sus ancianos padres y a sus tiernas esposas. Reconoció entre la multitud al fiel escudero Gil Díaz y a fray Lázaro que estaban sentados en la grama. El locuaz criado no cesaba de dirigir la palabra al afligido religioso, que mirando hacia el Oriente parecía elevar preces al Olimpo por el ejército cristiano para paladearse con el hermosísimo espectáculo de ver algún día ondeada al aire sobre el edetano muro la gloriosa bandera de la cruz. Elvira no quiso hablarles por no despertar sospechas en los musulmanes que celaban cautelosamente sus pasos; y así, se contentó con trasladarse a otro escaño más inmediato, de donde pudiera escuchar su plática, y oyó que Gil decía:

—A fe de bueno que es su paternidad el más reposado hombre que hay en el mundo. ¿Pues no hay más que echarlo todo en hombros del pobre Gil, y contentarse su reverencia con mirar cómo lleno los cántaros, y tras esto cargarlos sobre mis espaldas como si fueran torreznos? Mala pascua me dé Dios, y sea la primera que venga, si no tomo el mismo buen paso y remansa, y más que el diablo del condenado de mi amo me hunda a palos, que lo mismo será calentarme con ellos que con el peso de los cántaros. Pero despabile su paternidad esos ojos, y mire bajo aquel árbol sentada a una hermosísima cristiana que al parecer es princesa, o miente el olor sebo que de sí despide y llega hasta aquí.

—¡Válgame la Virgen! —respondió el padre sin volver la vista—, hermano, y cuánto habla, y cuántos disparates encaja sin ton ni son, por solo mover la lengua: ¡Mejor le estuviera rezar entre tanto a las ánimas benditas, o rogar al Cielo que nos saque del miserable estado en que yacemos!

—Rece su reverencia —replicó Gil—, y deje en paz a los otros que rían y lloren a la vez, ya que lo quiere así su menguada estrella. Y volviendo a la dama que, voto a mí, que nos examina con mucho cuidado, digo y diré mil veces que es la más garrida y bellísima mujer que he visto en los días de mi vida. Pardiez, que a mi entender su traje es de tuán, y la marlota de plata; no sino, miradle los rubíes y piedras que adornan su frente tamañitas como garbanzos, que debe de costar lo menos un ojo de la cara. Pues tomadle la cruz que le cuelga al pecho, que si no me engaño, pesará tanto como la cabeza de su paternidad con los hombros, y el cuerpo y todo de añadidura. Juro por las órdenes de su reverencia, que ni en el talle, ni en el brío, ni en el rostro tiene pero ninguno que ponerle, sino que todo es gracia y donaire y hermosura en ella.

—Término lleva, hermano, de no callar en un siglo, y de sacar a luz hasta los pensamientos de esa señora —repuso fray Lázaro, fijando, por fin, los ojos en ella. Pero ¡Dios mío, si es Elvira!

—¿Mi ama? —gritó el escudero alborozado—. ¿Y cómo haría yo para besarla la

mano y pedirle albricias por tan feliz hallazgo? Pardiez, que me anda brincando el corazón en el pecho de puro gozo, y daría yo porque mi señora supiera las penas que pasamos con el condenado de Dolfos, a mi mujer cuando la tenga y a mis hijos.

—Pues, hermano, yo me llevo a pedirla que interceda por mí, que ya que haya de romper las cadenas de uno o de otro, más justo será romper las mías que soy un pobre religioso, que las de un mozo rollizo y fresco como el señor Gil.

—Eso sí, caiga todo sobre mi pobre sayo, y salga libre y sano su paternidad, porque aquí no somos de carne y huesos.

Levantáronse los dos esclavos, y arrimando a un lado los cántaros, se dirigieron a donde Elvira estaba con mucha ligereza.

—Guarde Dios a su merced —exclamó fray Lázaro llegándose con muestras de cariño.

—Y a su reverencia también —respondió la hija del Cid con alegría—; dadme a besar la mano, y decidme cómo os va en esta ciudad, que huelgo mucho de veros, y también al buen Gil, porque hemos estado cuidadosas mi madre y yo de las vidas de ambos.

—¡Ay, señora! —le atajó el religioso enternecido y con las lágrimas en los ojos—. No he tenido día ni hora buena desde que vivo con estos perros reducido a la más indigna esclavitud. Hácenme trabajar como a un ganapán en compañía de vuestro criado que algunas veces se compadece de mí y me ayuda a conllevar la carga. Hemos caído en poder de un renegado, matador del rey Sancho, llamado Vellido Dolfos, que así nos manda cavar la tierra y acarrear agua, como si nos diera un gallipavo.

—Pobre Fray Lázaro, intercederé por su paternidad, y veré si puedo conseguir que le trasladen a palacio. Y tú Gil, ¿qué dices?

—Nada puedo añadir a lo dicho por su reverencia —contestó Díaz—, sino que no es posible haber dado en manos de amo más perverso y descomulgado que el nuestro. Pero todo se puede llevar con paciencia a trueco de haber visto a su merced, que lo tengo a más dicha que si me hubieran redimido de este cautiverio o infierno en que estoy metido. Su merced tenga entendido que como no ponga la mano en este asunto y nos saque del poder del mastinazo de Vellido, que pueden ya aparejarnos la mortaja y llevarnos a enterrar, según la vida que pasamos. No hay día que no nos hunda a latigazos el señor Dolfos; dejando nuestras costillas tan blandas como manteca. Tras esto nos da a comer un queso más duro que si fuera hecho de argamasa, y un jarro del suave licor de este río, que no parece sino que somos ranas, según lo remojados que nos pone.

Rió Elvira del buen humor de Gil, que a pesar de la desdicha no daba el rostro a la tristeza, sino las espaldas, procurando, como mejor podía, divertir las penas y espantarlas, según decía de continuo. Regalole la doncella algunas joyas de poco

valor, para que las trocase por dinero y tuviera algún ligero socorro mientras permanecían esclavos del traidor Vellido. Mucho gusto dieron las joyas al escudero por entender que con ellas podría adquirir algún zaque de dulce vino con que enjugarse la boca. A fray Lázaro le pareció que debía conservarlas para rescatar el penoso trabajo de algunos días, que como no estaba acostumbrado a él le ponía a las puertas de la muerte. Ofreciole el criadillo con la alegría de sus futuras zancadillas hacer báculo del jarro, y si no daba de costillas trabajar por él dos o más veces. En esto le pareció que era ya hora de regresar a casa para ahorrarse algunos palos de Vellido; y después de dar gracias a Elvira añadió:

—Ruego a su merced que no me ponga en olvido en esto de sacarme del mal paso en que estoy, porque por vida del siglo de mi abuela que me arroje de cabeza al río si no consigo escapar de las garras del Lucifer regicida.

—Así haré —le interrumpió Elvira— y por ahora aconsejo a ambos que no pierdan tiempo, y vean de llegar lo más pronto posible a su ama, no sea que les escueza la tardanza.

Despidiéronse, pues, Gil y fray Lázaro, y cargando el bondadoso escudero con los cántaros, principió a caminar a largos pasos hacia su morada, prometiendo en su ánimo de dar un maravedí de misas a San Pedro el día que se viese en libertad. Mas apenas hubieron andado un corto espacio, cuando su amo los puso como nuevos, dándoles de los bellacos y mandrias, de suerte que estaban de ver los rostros compungidos de los pobres esclavos que guardaban profundo silencio sufriendo con paciencia aquella hija del Cid con sentimiento, y más de nube de dicterios. Mirábalos de lejos la una vez hubiera corrido a interceder por ellos con Vellido si hubiera podido vencer la repugnancia que le inspiraba el cobarde y desleal asesino del caballero del Armiño, cuyo castigo reservaba para tiempo oportuno.

Tornó, pues, al escaño del limonero en el instante en que se acercaba Abenxafa con aire melancólico, mirando tierna y apaciblemente a Elvira que, agitada por el temor de la escena que ella misma deseaba, parecía la más hermosa de las gracias y la lindísima deidad de aquellos aromosos prados. Saludola con gracia el árabe, y la convidó a pasear la vega en un momento en que el encendido globo de la luna se veía a lo lejos saliendo de las aguas del mar. Púsose en pie la hija del Cid, y aquel enhiesto cuello, aquel talle esbelto y formas griegas, aquel gentil donaire y soberana majestad causaron una impresión demasiado viva en el pecho del musulmán. Conoció la cristiana la influencia que ejercían sus deliciosos encantos en la mente del tirano, y aprovechando la oportunidad, dijo con apacible tono:

—Páreceme que no estáis ya tan irritado conmigo, y que puedo suponer no me cabrá la infausta suerte que me destinábais.

Pronunció estas palabras con tanta dulzura y tan encantadora sonrisa, que Abenxafa se creyó transportado al paraíso del Profeta, y dominado por una

conmoción que no era en su mano contener, dobló una rodilla exclamando:

¡Bendiga Alá tus hermosos labios! ¡Ah!, al cielo plazca que el primer instante de ventura que gozo no tenga oculto acíbar. ¿Rayará un día en que me miren esos ojos con ternura? Bella Elvira, el sol es a mi vista oscuro y desapacible comparado con el fulgor de tu frente y los atractivos de tu tez. El color de tu rostro me parece un lirio desleído, y tus labios ámbar; exhala tu aliento una fragancia aromática que me deleita y enloquece, y hay en ti un no sé qué sobrenatural que es fácil sentir, pero no explicar. Mas, ¡ay!, ¡eres para mí una rosa cercada de espinas!

Riose la doncella castellana de las apasionadas razones del moro, y le respondió:

—Bien mostráis, Abenxafa, quién sois en los elogios que me habéis prodigado, pues a buena cuenta me echáis encima todo un jardín con el sol que le florea. Bien sé que no es grande cosa mi persona, y que vosotros los árabes subís al último cielo de la alabanza la menor ventaja que reconocéis en nosotras. Pero si tan perfecta os parezco, ¿cómo despreciáis tanto esas perfecciones que queréis entregarlas a vuestros esclavos para que las envilezcan? ¡Ah!, yo me complacía en creer que la generosidad tenía cabida en vuestro pecho, y que nunca seríais capaz de atormentar a una débil mujer que por las niñas de sus ojos no osaría causaros el menor daño.

Elvira hablaba en un tono triste, y en la apariencia apasionado, que de todo punto trastornaba el juicio de Abenxafa, absorto y extasiado con lo que oía, sin atreverse a dar crédito a sus propios sentidos.

—Perdona, celestial belleza —dijo el agareno—, que el dolor de considerarme aborrecido de ti pusiera en mis labios palabras que no estaban en mi corazón. ¿Yo envilecer a la que tanto amo? ¿A la que con una mirada plácida me vuelve loco de contento y forma las delicias de mi vida? Mira: es tierno mi pecho como el vástago recién nacido, y el amor es el deleite supremo a que aspira: ¿por qué te has de negar a mis ruegos y has de rehusar a hacerme feliz? Tenía para mí que la dicha residía en los tronos, y a fuerza de heroicos sacrificios logré encumbrarme al solio que ocupó. Pero ¡ay!, en vez de gozar de ventura, en vez de encontrar en él la suave alegría que esperaba, solo sinsabores y tormentos me rodean. ¡Los solios!

¡Si supieras el esplendor que arrojan vistos desde lejos, en lo que se torna! Vil polvo, que removido por el viento forma nubes y tormentas que de continuo amenazan la frente de los míseros que los ocupan. Déjame para buscar en tus ojos la verdadera felicidad, y solazarme de las penas que acibaran mi vida al abrigo de tu sobrehumana belleza: déjame probar unas gotas de célica ambrosía.

—¿Y puedo esperar de vos —contestó Elvira— que dejaréis vivir en paz a mi adorada madre, y que sus días serán puros y tranquilos como la corriente de ese río? ¡La amo tanto! ¡Me cuidaba en mi niñez con tanto esmero! Aún recuerdo aquel felice tiempo en que quedándome yerta por el frío que se experimentaba en Burgos tomaba la bondadosa Jimena mis heladas manecitas, y me las calentaba entre las suyas. Por el

amor de vuestra propia madre, por el cariño de alguna hermana a quien apasionadamente estiméis, os suplico que hagáis recaer sobre mí los pesares que hayan de entristecer a la dulce mitad del alma mía. ¿Nunca ha empañado vuestros ojos una lágrima de gratitud vertida a la memoria de la apacible infancia y del objeto que entonces se señorea en la mente humana? ¿Nunca os ha enternecido la imagen de la que os apretó tantas veces sobre su seno, alimentándoos con la sangre de sus venas?

La hija del Cid conocía bien los resortes del corazón, cuando para conmover más y más a Abenxafa traía a su imaginación unos objetos a los que son sensibles las fieras mismas. Y excitada la ternura en un momento en que los encantos de Elvira obraban tan mágicamente en sus potencias, no podía menos de surtir el efecto que se proponía la doncella. Afectado el árabe extraordinariamente, y lleno de una indefinible fruición desconocida para su impetuoso carácter la interrumpió diciendo:

—Son tan dulces tus palabras y tan tiernos los sentimientos que de tus rojos labios manan, que temo que el placer que me causan me embriague y anonade. ¡Feliz una y mil veces el siervo de Alá a quien tus ojos miren con interés!

—Tengo que pedir os un favor —continuó la hija de Jimena—. El religioso que nos acompañaba cuando llegamos a esta ciudad y un escudero mío lloran el mal trato y peor condición de Vellido Dolfos, de quien son esclavos; os suplico que les permitáis habitar con nosotras, y servirnos en vez de los que ahora tenemos.

—¿Pues hay más —le atajó Abenxafa— que mandarles venir a tu presencia, y hacer de ellos lo que te viniere en gusto? ¿Habría en Valencia alguno que tenga en tan poco precio su existencia que rehúse obedecer tus soberanas órdenes? Pero dime, bellísima nazarena: ¿serás tan bárbara que no pagues mis afectos? ¿Me amas?

La castellana se paró, y mirándole entre blanda y grave, le dijo:

—Sabed, Abenxafa, que las doncellas cristianas, aunque arda su pecho en amor, uno dicen los labios y otro piensa el corazón. A los hombres de ingenio toca leer en los ojos y en las obras de sus damas si son amados o aborrecidos.

Dicho esto volvió las espaldas, y más ligera que el céfiro cuando recorre y mece los rosales de un jardín, se encaminó al palacio a referir a su madre la plática que acababa de tener con el tirano musulmán. Las sombras habían recorrido ya las espesas faldas de los lejanos montes, y una noche hermosa y clara con los rayos de la naciente luna convidaba a los adoradores de Mahoma a disfrutar la apacible frescura de las orillas del sosegado Turia.

Capítulo octavo.

La fiesta de toros.

Atónito, alborozado y con los ojos brillantes de dicha, subió a sus reales aposentos Abenxafa fatigando su imaginación con halagüeñas esperanzas y dulcísimas memorias. Y como a un bien cierto o imaginado sigue por lo común otro de más precio, halló en su estancia un mensajero del rey Juzeph-Tephin que le ofrecía pasar de África con numeroso ejército a Valencia para arrojar de sus contornos al Campeador, y destruir y aniquilar sus haces. Vino como anillo al dedo tan alegre nueva al musulmán para que se diese a entender que todo rodaba en derecho de su fortuna, y que dentro de algunos días sería el más dichoso, el más nombrado, el más aplaudido y el más poderoso monarca de la tierra. Henchido, pues, el colmo de sus deseos, y reventándole el gozo por los cabellos, como suele decirse, acordó celebrar con públicas demostraciones de alegría el regocijo que le causaran tan prósperos sucesos. Y así dio orden para que en el siguiente día se dispusiesen pandorgas y fuegos en la ciudad, y se preparase una corrida de toros que en magnificencia, galas y lucidísimo concurso venciese a cuantas se habían tenido en las presentes y pasados tiempos. Porque dejándose dominar por su carácter de los primeros ímpetus de la cólera o de los hechizos de la fortuna cuando le adulaba, era siempre juguete de las pasiones cuya exaltación enardecía de todo punto su mente. Ya blando y apacible era todo amor y almíbar entre las damas, y ya iracundo y frenético mostraba la rabia del tigre a los que osaban contradecir sus caprichos semejante en su inconstancia al tortuoso curso de un río que ya se arrastra por entre prados de flores, retratando en su fondo las copas de los árboles, y ya corre impetuoso por barrancos y despeñaderos plateando sus aguas con la rabiosa espuma que arroja al derrumbarse.

En tanto, las apuestas castellanas recibían repetidas pruebas de su respetuoso homenaje, concediéndoles un absoluto dominio sobre los criados del palacio, después de haber recobrado al virtuoso fray Lázaro y al donoso y alegre Gil Díaz, Entretenía Elvira con gentil gracia y halagüeñas palabras al árabe que a guisa de perfecto enamorado, no solo se armaba de paciencia, sino que subía de quilates sus adoraciones accesible al espíritu caballeresco de los españoles que ella se daba traza de inspirarle. Bendecía Jimena el ingenio de su hija, que sin faltar un punto a su decoro ni a lo que a su alta clase debía, supo trocar tan abiertamente la suerte de ambas, pasando de un extremo a otro. Solo fray Lázaro, a pesar de deber su libertad a la travesura de la doncella, no aprobaba el plan establecido, porque si algún defecto podía achacarse a este varón, era el de querer entremeterse en todos los asuntos con el recto fin de que se gobernasen las señoras por su consejo.

Había, entre tanto, pandorgas y vistosos fuegos por las noches en la plaza, que podían ver desde su aposento Jimena y su hija; mas Abenxafa les había exigido palabra de asistir a los toros, cuya fiesta no podía tardar en celebrarse, y la que Elvira esperaba con impaciencia por un presentimiento secreto que no acertaba a descifrar. Los árabes que habitaban en Valencia; regocijados con la esperanza de que sería corto el asedio que sufrían, se entregaban a los placeres del momento, y todo prometía, según los preparativos, que había de ser concurrida y brillante la próxima fiesta. Disponían las lindas moras ostentosos y variados trajes, en los que pensaban lucir sus ricos corales y níveas perlas, al mismo tiempo que los mancebos preparaban sus preseas y recamados pendones, y las cifras, lazos y matices que habían de significar sus amores y secretos pensamientos.

Frente mismo del palacio y a la orilla del río elevaron un espacioso circo con hermosas graderías alrededor y entapizados miradores, en los que el arte apura sus galas y maestría. Ostentábase en el extremo opuesto del toril un rico pabellón oriental de tela de Persia recamado de rubíes y amatistas de extremado valor, en cuya cima se descubría un ancho listón enlazado con este mote: *A la más linda de las huríes*. Estaba destinado para las hermosas cristianas, y ornada con delicadas alfombras, pebeteros, pomos de olor y espejos. Bajo de éste y con asiática pompa brillaba el trono dispuesto por Abenxafa, en el que competían a la vez el gusto, la sencillez y la riqueza maridados de un modo mágico y asombroso. Un toldo de seda de color azul cubría la plaza, impidiendo a los rayos del sol que penetrasen, y tornando su claridad muy semejante a la deliciosa luz de la luna, cuya transformación sorprendía agradablemente la vista en tan diáfana mañana.

Lució, por fin, el deseado día de popular regocijo, y al incierto fulgor del alba, principió ya a concurrir numeroso pueblo, llenando las graderías con zambra y algazara. Veíanse las afiligranadas moras con donosos y bordados zaraguces, con ligeros alfaremes y medias lunas de plata que contrastaban maravillosamente con el ébano de los cabellos que las sostenían. No es más áureo el sol que las brillantes marlotas que vestían; ni hay gracia que pueda igualarse a la de sus bellísimas cabezas coronadas con peines de nácar.

Entrelazaban los verdes turbantes de los donceles variada pedrería y gruesos collares; y prenden de sus hombros capas de púrpura que recogen a la espalda en anchos pliegues para hacer gentil alarde de sus talles ceñidos con almillas de ostentosas telas. Los celosos maridos miran de mal ojo a los rubios mancebos que fijan su vista blanda y amorosamente en las moras, mientras ellas al soslayo y burlando la vigilancia de sus madres o señores pagan aquellas miradas con suaves sonrisas, entreabriendo sus labios muellemente, y dirigiendo suspiros a sus alegres amantes.

Suenan las voces del impaciente gentío al acercarse el momento de la lid,

mientras las dulzainas y alelúes anuncian la llegada de Abenxafa acompañado de su corte y de una brillante guardia de lanceros que se colocan a las puertas del circo para dar mayor realce y majestad a tan popular regocijo. Pero, de repente, se descorren las cortinas del majestuoso pabellón, y aparecen las soberbias castellanas vestidas de negro y salpicadas de resplandecientes perlas, tan galanas y hermosas que pasman los sentidos. Una media diadema de brillantes y rubíes se levanta sobre la cabeza de Elvira, dividiendo en luengas y rizadas crenchas sus negros cabellos; y es tal la multitud de áureas cruces y doradas patenas que se mueven sobre su pecho, que parece una ascua de oro o una mazorca de perlas. Detrás de su asiento está de pie Gil Díaz vestido también de gala y rebosando alegría por ojos y labios, porque ha prendado tanto con sus chistes a la hija del Cid, y sabe hacerla olvidar tan a su gusto los pesares que la entristecen, que no consiente que se separe un solo punto de su lado.

Vuélvense los agarenos a mirar a la matrona y a la doncella de Castilla, y las valencianas agitan sus pañuelos saludando a la vez a la que ha de ser su señora; exhalan los pebeteros, y vierten pomos de olor entre tanto que los hombres embelesados con sus gracias las prodigan los más cariñosos títulos. Pisan al punto la arena los valientes gladiadores, con sencillos vestidos de seda los jinetes y un velo carmesí en las manos, y los de a caballo cubiertos de bruñido acero y ricas preseas, mostrando en sus pendones, adargas, escudos y libreas variados matices del color favorito de sus damas y las cifras de sus nombres. Aquél es el garzón Abdelcadir, de rubia barba y azules ojos, el más diestro y famoso en cañas y en sortija; oprime los lomos de una yegua alazana más veloz que el viento; y encarámase sobre su rojo bonete la media luna de brillantes, llevando pintada en el escudo una paloma con el letrero que dice: *Así es mi amante*. Síguete de cerca Aliatar, montado en soberbio caballo pío, cuyas crines y larga cola barren la arena al dar vueltas y escarceos por la plaza, y se ufana el moro sobre la bella cubierta de campo que engalana el espaldar del animal: vese en su escudo un león muerto con este arrogante mote: *Trofeo es de mi lanza*. Abenozmín, Tarfe, Audalía, Almanzor y Abenaja cabalgan en generosos brutos ondeando al viento recamados pendones, y meciendo sus hermosos plumajes en los que se descubren los opuestos colores del iris.

—Ahora me libre Dios del diablo —dijo Gil a Elvira— como no valen una grazna todos esos malandrines por más que vistan telas de brocado de más de diez altos. Paréceme que los ha de despolvorear el toro a las mil maravillas, y que así saben ellos alancear como mi abuela. ¡Oh, bellaco de mí y si asomara por esas puertas mi amo, cómo luciría su continente con mejor gracia que esos señores moros o me había de pelar las barbas! No, pues repare su merced las caras que les pone el miedo que no parece sino que hayan visto ánimas o les siguen brujas; cátatelos pidiendo la venia con más corcova que un cinco, y haciendo más arrumacos que una vieja.

—Pues no carecen de donaire —respondió Elvira—, amigo Gil; al menos aquel caballero rubio tiene una cara como el oro, y a buena fe que no faltará alguna dama que le repute un digecito de esmeraldas; ni el otro moreno, de frente despejada y ojos negros que blande la lanza con tanta gallardía, tiene tacha que podamos ponerle. Por el contrario, si el aliento corresponde a la esbeltez de su talle, no haya miedo de que nos durmamos en esta corrida que promete a mi entender ingeniosas suertes y admirables azares.

—Allá lo veredes —contestó Gil—; por lo que a mí toca, las que su merced llama rubias crenchas, son a mis ojos cerdas de cola de buey bermejo; y el otro carilindo y trigüeño da muestras y claros indicios de ser tan valiente cuanto le dé Dios mejor ventura a mi amo en el primer combate.

La militar armonía de las trompas y atabales suspendió este coloquio, porque todos clavaron los ojos en el bravo animal que salió del toril, más ligero que un halcón, desembarazando la plaza de los destrísimos jinetes, quienes dejando entre sus astas el purpúreo velo saltaban de un brinco la barrera con increíble agilidad y sereno pecho. Levantaba el toro la cabeza sacudiendo hacia atrás la delgada tela que le tapaba los ojos, y tornaban los lidiadores a azuzarle y entretenerle con diversas suertes. Aplaudía el pueblo la destreza de unos, y animaba a otros con picantes sales e improvisadas agudezas que aumentaban la general alegría, y hacían asomar la risa a los labios.

Tuerce Abdelcadir las brillantes riendas, alza el galope, y se encara con el toro con la lanza en ristre: acométele la fiera, y con seguro pulso y noble maestría le hiere el mozo con el agudo rejón tras la oreja izquierda. Rompen los aires mil gritos de algazara y bulliciosos plácemes, y se suceden unas a otras las habilidades de los lidiadores haciendo alarde de su pujanza, de su arrojo y de su perfecto conocimiento del arte. Tiñe la arena la sangre de las fieras y de sus perseguidores, y las remilgadas damas vuelven los rostros o se entregan a imprevistos desmayos, movidas de la compasión que les inspiran los gladiadores. Refocílese Gil con la caída de los sarracenos, y solo le pesa de que el cobarde Vellido no haya querido ensayar sus fuerzas para haber tenido el gusto de verle medir los aires enarbolado en la cabeza de las crueles alimañas. Censura a troche y moche cuanto hacen y cuanto hablan los moros llevado del odio nacional que les tiene, y quisiera verlos a todos siete palmos bajo tierra, sin que pueda tener a raya esta enemistad, a pesar de ser bondadoso y blando de suyo.

Jimena permanece triste y sin atender al bullicio, entretenida con las sabrosas memorias de su esposo a quien tantas veces admiró en los cosos de Castilla, alanceando las fieras que nacieron en las riberas del Jarama. Recuerdos tan plácidos agitan suavemente su pecho, y al considerar que se halla separada del dulce objeto de sus amores sin poder en sus brazos significarle el conyugal cariño en que arde, asoma

a sus ojos una lágrima. Adviértelo Elvira, y adivinando el secreto pesar de su adorada madre, le dirige una mirada de consuelo, y le aprieta la mano en señal de que conoce la causa de su aflicción, y que participa de ella sin poder remediarla.

El marcial sonido de un guerrero clarín disipa súbitamente tan tristes pensamientos: anuncian los porteros la llegada de un paladín cristiano armado con sola su lanza que solicita permiso para lidiar un toro. Otorga Abenxafa mal de su grado esta gracia para dar gusto a Elvira, y elévase al punto un clamor de admiración en el circo, cual si hubiera aparecido en las nubes alguna celestial visión. Levántanse todos en las graderías, y crece el volcánico tumulto a medida que se descubren las negras plumas que agita el viento sobre el alto crestón de la celada. Penetra el caballero a galope con la visera caída haciendo resonar sobre su peto de oro una hermosa cruz del propio metal, y revolviendo con presteza las riendas de plata, da una vuelta por el palenque, y saluda con respeto a Abenxafa y a las cristianas que le corresponden con graciosos ademanes. Es su soberbia armadura rica por demás; atraviesa su peto una negra banda de terciopelo y campean en el escudo dos palomas volando, la una hacia Oriente, y la otra hacia ocaso, sosteniendo en sus picos los cabos de una lazada, cuyo nudo, a pesar de la distancia, no se deshace; bajo de tan ingeniosa imagen de la ausencia se lee: *Ellas se reunirán*. Monta un generoso caballo alazán, tostado, con cabos negros, larga cola recogida en las descarnadas piernas, pequeña cabeza, dilatadas narices, y encendidos ojos; y blande una lanza de ébano con la punta de acero.

Dio al verle un salto le corazón de Jimena, porque no era posible desconocer un solo instante al gallardo *Babieca*, ni olvidar la cruz que envió a su esposo por medio de don Diego Ordóñez de Lara, ni menos dejar de adivinar lo que significaba la empresa del escudo. Púsose en pie la matrona toda conmovida, y no atreviéndose a dar crédito a la misma verdad, preguntó a Gil Díaz:

—¿Conoces quién es ese arrogante paladín?

—¿Si le conozco? —respondió el escudero—. Más que a mi madre y más que a mis ojos. ¡Válgate Satanás por el hombre, y quién le habrá puesto en el magín tamaño disparate! Ved ahí a mi amo cercado de perros enemigos, que si llegasen a reconocerle, así lo dejarían volver en paz y libre, como por los aires. ¡Oh mal aconsejado caballero!, ¡y cómo te ha de pesar haber entrado de hilo en esta maldita ciudad! Oste puto, allá darás rayo.

—¿Y no se halla —dijo Elvira— el buen Gil con ánimos para salir a la liza y socorrer a mi padre en caso de necesidad? Porque no es de esperar de un escudero de sus partes, que deje perecer a su señor a ojos vistas sin haberlas con alguno de los traidores que le embistan.

—Cosa es para dormir sobre ella —replicó el criado—, porque vive Roque, que me harían pepitoria en un santiamén, sin que me valiesen escuderiles súplicas.

Aunque a decir verdad, tengo hecho voto desde niño de no tomarme con nadie por quita allá esas pajas, y de vivir en paz y sosegadamente los días que me otorgue Dios de vida. Pero ¿no repara su merced con qué gallardía ha alanceado mi amo al bravo toro?

En efecto: Rodrigo de Vivar acababa de clavar al animal el acero de su lanza, y al verse burlada la fiera, bañó de blanca espuma y sudor el suelo bramando, y acometióle una y otra vez logrando en todas el caballero la misma suerte. Saltó por último del arzón a la arena, y suspendiendo al aire con la siniestra el purpúreo velo, y asiendo con la diestra una aguda flecha, esperó con el pie izquierdo delante y la derecha mano gallardamente caída al muslo a la lucia alimaña. Ella se hizo atrás dando fuertes resoplidos, holló el suelo, cabeceó, erizó el ancha frente, escarbó la arena arrojándola sobre la espalda, ondeó la larga cola y mosqueó la oreja. Ni una voz, ni un suspiro se oyeron en los graderíos, cual si se hubieran convertido en estatuas los espectadores, o suspendieran por unos instantes la respiración.

Abalánzase el bruto con sin igual ligereza al indómito campeón, y rómpele este con la flecha la nuca, obligándole a dar con su cuerpo en el suelo después de haber exhalado el último aliento. Ase entonces Rodrigo la cinta o listón que tenía clavado en la cerviz, y pide a Abenxafa por medio de un criado permiso para ofrecerle a una de las castellanas. Pregunta indignado el iracundo monarca a cuál de las dos cristianas desea presentar la prez que ha conquistado en aquella lid, y oyendo que a Jimena, concede el solicitado favor. Mas vienen las negras sospechas de tropel a turbar su tranquilidad; dase a entender que tan bravo adalid no puede ser otro que el héroe de Vivar, y opinando que si aprisionaba a aquel caballero daba fin a la guerra, comunica secretas órdenes a los cortesanos, y sonrío alborozado con tan vil alevosía.

Entre tanto, el invicto Campeador sube al pabellón de su esposa, y postrándose abrazado a sus rodillas, exclama:

—¡Te veo, adorada Jimena! ¡Eres tú, dulce Elvira! ¡Ah!, ¡cuán deliciosos son los peligros cuando se arrostran con la esperanza de disfrutar tan feliz momento!

—¡Rodrigo! —responde Jimena—. ¿Has podido olvidarte así de tu propia existencia, y entregarte a una muerte indudable? ¡Con qué podrá pagarte mi corazón tan heroicos sacrificios y tanto amor! ¡Oh, el mejor de los esposos y el más sensible de los padres! Indignas somos nosotras de imprimir nuestras huellas donde tú has pisado; porque las virtudes de tu alma solo pueden compararse al esplendor de tu gloria.

—Jimena —replicó el Cid—, no gastemos estos cortos momentos en vanas exclamaciones, y dime: ¿cómo se porta ese tirano con vosotras? Sabía yo la fiesta que iba a celebrarse en esta ciudad, y he enviado al salir el sol a un disfrazado mensajero para que me avisara si asistíais o no vosotras. Ha regresado por puntos participándome la feliz nueva de que podía veros con solo asistir a la lucha, y he

volado en alas del cariño.

—Mira, Rodrigo —contestó la matrona—, al ingenio de tu hija debes el no vernos encadenadas y envilecidas por ese bárbaro musulmán. ¡Ah!, ¿cuándo clavarás el santo estandarte en los muros de esta ciudad?

—Muy pronto, esposa mía. Pero no puedo dilatar un instante mi partida, porque los infieles nos observan con cautela. Adiós, caras prendas de mi alma: el cielo quiera acelerar nuestra unión.

Besó Elvira la mano de su padre con ternura, y le dijo:

—Id, padre mío, y tened siempre presente los riesgos que nos cercan. Descendió el de Vivar con presteza del pabellón, y saltando sobre *Babieca* dio gracias con corteses ademanes a Abenxafa, disponiéndose a tomar la vuelta del campamento. Pero cuando iba a salir por la puerta del circo, levántase la voz de ¡muera!, y caen de cien en cien los enemigos sobre el arrojado paladín. Rodrigo se defiende con serenidad y corazón valiente; grítales que son unos cobardes, traidores y malandrines que acometen a un caballero que se ha fiado de su buena fe, y que no tiene más armas que su lanza. Hieren los aires las saetas con rasgado silbo, pasando por los oídos del Campeador, y éste, cercado por todas partes, sin salida y abrumado por la multitud, principia a desconfiar de su suerte. Revuelve las riendas a una y otra parte, corre, atropella, desbarata, hace prodigios de valor; y el generoso *Babieca*, a pesar de las heridas que le molestan, galopa desalado cual si adivinara el apuro de su señor.

Las desgraciadas cristianas tiemblan con aquel espectáculo, y piden a voces que dejen partir libre al guerrero de la cruz, ofreciendo a los sarracenos sus joyas. ¡Mas todo es inútil! La lanza de Rodrigo se ha roto en mil pedazos en la refriega, y se contenta ya con oponer una defensa débil con el escudo. Animados los traidores con este golpe, creen segura su victoria, se arrojan con nuevos bríos, y no hay nadie que dude del éxito del combate.

Precipítanse en esto dos sarracenos al medio de la pelea saltando por encima del tropel, y se colocaron al lado del Cid; el más joven dio un acero al héroe, mientras el anciano hablando con los agarenos, les dijo:

—Por la tumba del Profeta juro que es indigno de llevar turbante el vil traidor que acometa a un hombre indefenso que viene de paz y que el acero de El-Hakim Hamete ha de traspasar su despreciable corazón. Si alguno de vosotros desea ser en batalla con el campeón cristiano, hiéralo solo, y cuerpo a cuerpo, pero que miles de alfanjes amenacen la vida de un guerrero valeroso cualquiera que sea su culto, eso no lo consentirá un anciano, cuyas canas han nacido con honor. ¿Queréis, descendientes de Alá, perder en un día la reputación de tantos siglos? ¿Queréis que la maldición del Profeta reduzca a cenizas a esta ciudad?

A estas palabras se suspende el combate, y divididos los ánimos en contrarios pareceres, piden unos que se permita a Rodrigo salir libre de Valencia, y otros gritan

que se ponga fin a la guerra prendiéndole. Cual suelen las encrespadas olas hinchadas por opuestos vientos levantar dos montañas de agua que braman con furor, se lanza una sobre otra, y después de haber luchado en vano corren por los mares atronando las vecinas playas, no de otro modo los encarnizados bandos que ha producido el discurso de Hamete vienen a las manos encendidos en ira y en despecho. Mientras protegen su retirada los partidarios de El-Hakim, llega el Cid a la puerta del circo acompañado del joven moro que se lanza como un rayo contra la guardia, y abre paso con su desesperación y arrojo al héroe de Vivar. Es tal el continente, la pujanza y la bravura del incógnito caballero del Armiño, que bajo el disfraz de árabe defiende al Campeador, que los soldados musulmanes le tienen por Mahoma, que enemigo de la traición ha descendido del Paraíso a libertar al Cid. Por otra parte el valor de éste que ha tendido a tantos guerreros por el suelo, y el terror que ha logrado inspirarles acaba de desconcertar a la guardia de Abenxafa, y huyen despavoridos los agarenos, retirándose a los cuarteles en polvoroso desorden.

Rodrigo de Vivar seguido siempre del paladín del Armiño, pisa por último la vega del Turia que está fuera de los muros, y dice al valiente joven:

—¿Queréis seguirme, noble sarraceno, a mi campo, donde pueda recompensar debidamente los sacrificios que os cuesta mi libertad?

—Están ya recompensados —respondió el joven— con la satisfacción de haber cumplido mis deberes: el honor no me permite abandonar una ciudad donde corre gravísimo riesgo la vida de mi bienhechor El-Hakim Hamete. Vuelvo a su lado y si alguna memoria queréis conservar de mí, acordaos de los paladines en cuyos escudos campea un animal del color del ampo de la nieve.

—Por San Lázaro —gritó el Cid— que es el caballero del Armiño, y debía haberle reconocido por su prodigioso heroísmo.

Pero ya el incógnito había desaparecido de su vista corriendo al circo en busca de Hamete, a quien halló sano y tranquilo aguardándole con mucho remanso; porque desde el instante en que salió Rodrigo por la puerta de la plaza, había cesado la pelea por faltar el objeto que la causaba. El-Hakim mandó retirar al caballero a su casa, y con sosegado ademán y largos pasos se dirigió a la estancia de Abenxafa que había regresado ya a palacio, y que juraba derramar la sangre de Hamete.

—El inocente —exclamó al entrar—, dice el Profeta, se presenta a su juez con la frente erguida y los ojos brillantes; ya el juez le escucha sin fruncir las cejas, ni mover los labios: porque el tribunal de la justicia es impenetrable para las pasiones.

Estos acentos pronunciados en tono grave reprimieron algún tanto la cólera del tirano que preguntó:

—¿Y cómo podrá sincerarse el siervo del Profeta que ha arrebatado la victoria de mis manos? ¿Sabes cuánta sangre hubiera ahorrado a los adoradores de Alá la prisión del caudillo nazareno?

—El Profeta —repitió Hamete con firmeza— abomina la traición, porque su cimitarra resplandeció siempre en la fila del ejército, y a nadie hirió en la espalda. Yo juzgué que el grande Abenxafa abriría sus brazos al verme, y me daría las gracias por haber estorbado con peligro de mi propia vida el que sus vasallos cometiesen un crimen detestable a los ojos del hombre de honor. Más fácil fuera tornar a la teñida lana su primera nieve, que lavar la mancha odiosa que iba a caer sobre vuestro manto de púrpura. ¿Qué país hay tan bárbaro y tan distante del sol donde sea permitido encadenar alevosamente a un héroe que solo y desarmado entra en la ciudad entregado a la fe musulmana? Creedme, gran monarca; el que se sienta capaz de hollar así las leyes sacrosantas de la humanidad y del pundonor, es un cobarde, es un monstruo indigno de alzar sus ojos al Paraíso del Profeta. Si mi franqueza os desagrada aquí está mi cabeza, rueda a vuestros pies en premio de haberos librado de la ignominia.

—Hamete —contestó Abenxafa—; si otro que tú hubiera desobedecido tan a las claras mis órdenes, entre la confesión de su delito y su muerte, no hubiera mediado un aliento: pero te debo la vida, porque me curaste milagrosamente las heridas que saqué del último combate que tuve con el infame cristiano del Armiño, y esto basta para embotar los filos de mi justa cólera. Una sola pregunta debo hacerte: ¿Quién es el osado sarraceno que peleó al lado del Cid, y cuyo furibundo acero fue terror de mi guardia?

—Ignoro su nombre y su clase —respondió sin faltar a la verdad el anciano—. Si he de dar crédito a opiniones vulgares, su valor rayó tan alto, que no siendo el Cid, como no era, se le debe reputar un objeto más que humano. No faltan en la ciudad guerreros que afirman haber visto brillar su frente y haber reconocido al inmortal Profeta; pero os ruego, rey generoso, que despreciéis estas quimeras, porque al fin las hablillas, hablillas son.

—¿Y dónde existe ahora ese prodigioso soldado? ¿Por qué se ocultó?

—No lo sé; semejante al meteoro resplandeció un momento; y ha desaparecido sin dejar rastro alguno de su existencia; y esto es admirable, cuando vuestros centinelas aseguraron haberle visto entrar segunda vez en la ciudad, después de acompañar a Rodrigo un buen espacio de los muros.

—Hombre tan extraordinario —repuso Abenxafa— no puede ser sino un mago encubierto que anduvo encantando con ensalmos a mis tropas, y juro por la cabeza del diablo, que la hurí que ha de presentarme la copa de la inmortalidad no me será tan grata como gusto me daría el verle dar saltos por el aire colgado de una rama de los árboles que se levantan a orillas de ese río. Hamete, ten más cuenta de hoy en adelante con tus acciones, si no te es indiferente mi amistad, y di a los musulmanes que regalaré una estatua de oro de las dimensiones y altura del encantador al que me le presente vivo o muerto.

Concluida esta oferta, volvió la espalda a El-Hakim, que harto contento de la buena suerte que le había cabido, se encaminó a su aposento a abrazar al denodado caballero del Armiño.

LA
CONQUISTA DE VALENCIA
POR EL CID

Novela Histórica Original,

Por Estanislao de Cosca Vayo.



T.º 2.º

VALENCIA,

Imprenta de Mompie, 1831.

Fundador Platero lo yu.

JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA

Capítulo nono.

La aparición.

La esperanza de ver humillado y vencido a sus plantas al soberbio héroe de Castilla halagó tan dulcemente a Abenxafa durante los momentos de la revuelta que, cuando se le escapó la presa de las manos, probó una especie de desesperación difícil de contener. Bien hubiera deseado haber esgrimido su espada al frente de los sediciosos agarenos; pero, en primer lugar, no osaba ofender a las claras a Elvira y provocar su resentimiento; y por otra parte estaba tan lejos de adivinar el desenlace de aquel drama, que opinó inútil su presencia. El éxito, sin embargo, demostró la fragilidad de sus proyectos; porque la suerte que se ríe muchas veces de los humanos antojos se complace en rodar en siniestro de los demasiadamente confiados, para hacerles ver que es arbitra y soberana en distribuir las gracias, y que todos deben acercarse a su trono con respetuoso recelo. El plan del desalmado árabe era en extremo alevoso e inhumano: poner una cadena a los pies del primer héroe del cristianismo en aquella edad, reducir su esposa a la esclavitud y dar la mano a su hija de grado o al redopelo, fueron los primeros pensamientos que asaltaron su mente. A las amorosas delicias debían seguir los encantos de la ambición que no les van en zaga: vencedor del ejército del noble Cid, el que sería fácil destrozar perdido el caudillo, correría a conquistar los castillos, plazas de armas y pueblos que poseía Rodrigo; y aún obligaría a dos reyes que pagaban parias a éste a que siguiesen satisfaciéndole los tributos por una natural consecuencia del vencimiento. Sueños tan deliciosos se desvanecieron en un punto, y el que solo pensaba en triunfos y regocijos tuvo bien pronto necesidad de formar sin dilación un plan de defensa bien combinado para hacer frente a la pujanza e indomable ardor de los castellanos que estrechaban más y más el sitio. Por bastantes siglos han sido objeto de la admiración la hidalguía y heroísmo de los sitiadores, y el sufrimiento, valor y despecho de los sitiados.

Verdaderamente que mirado a buena luz parece imposible que en una edad en que las pasiones eran feroces y frecuentes los populares tumultos, rayase la constancia de los musulmanes en el extremo de la desesperación. Pero esta sorpresa desaparece del todo, cuando consideramos que defendían la tierra natal de sus hijos, el país más fértil de Europa que ellos habían enriquecido con sus conocimientos agrícolas y que no desmerecía bajo ningún título el dictado de Campos Elíseos con que era conocido en África. En efecto: Valencia en el siglo XIII era el emporio de la agricultura, llevando gran ventaja a las naciones más civilizadas: y esta verdad queda demostrada hasta la evidencia, cuando vemos a Francia confesar en nuestros días que el sistema de riego y los reglamentos de su admirable tribunal establecidos ya en aquella época faltaban

para completar su legislación. Los hombres, pues, que al incentivo de un culto opuesto unían la defensa de dones de tanta cuantía, sacaban a plaza su arrojo y brillaban con heroicos rasgos que la ilustración no permite denigrar.

Pero la libertad de Rodrigo no había causado tanto dolor a Abenxafa, cuanto era el placer que de ella resultaba a las ilustres castellanas. Permanecieron éstas en el circo hasta que vieron salir libre al inmortal Campeador cubierto de laureles y de gloria que sus hazañas y virtudes le concedían. Entonces embriagadas con el inesperado placer de haber gozado su presencia, y llenas de la ufanidad que les daba tan bello triunfo, regresaron a palacio a desahogar la una en brazos de la otra la inexplicable ternura que no habían osado mostrar en el pabellón. Apretó Jimena a su hija contra su seno, y prodigándola repetidas caricias que quizás estaban destinadas en su corazón a otro objeto, le dijo:

—¡Le hemos visto, Elvira! ¡Le hemos hablado, y su delicioso acento ha henchido la medida de mi gozo! ¡Ah! ¿Dónde se hallará un esposo más tierno que mi Rodrigo; que atropella y vence mil muertes por decir una palabra a su Jimena? ¿Podría exigirse más de un amante en cuyas venas ardiese la llama de la juventud? ¡Oh esposo de mi alma! —añadió, alzando los brazos y cruzando las manos—; cien corazones tan amantes como el mío eran poco para pagar dignamente tu cariño; el aire que respiro, la luz de mis ojos, los latidos de mi pecho, todo te lo debo; un recuerdo tuyo me hace la más feliz de las mujeres, y una sola mirada me enloquece y enajena.

Calló, y tornó a abrazar una y otra vez a la doncella; pero aquellas imágenes de conyugal ventura habían despertado en Elvira dolorosas sensaciones. Acababa de presenciar con indecible embeleso las dichas de sus padres, que eran para ella una prueba de que si algún verdadero contentamiento existe en el mundo, debe buscarse sin duda en dos personas que se aman y que están unidas por el sagrado lazo del matrimonio. Esta idea era como un rayo que destruía su existencia moral, porque la creída muerte del caballero del Armiño la privaba para siempre de la halagüeña esperanza de gozar semejante felicidad. Conmovida, pues, y arrebatada por la certidumbre de la desgracia que es terrible para los humanos, pasó su brazo por la cintura de Jimena, y exclamó:

—¡Oh, por cuán felices podemos tenernos, madre mía; pues nos ha cabido por suerte un varón tan grande y tan virtuoso! Entre las muchas espinas que rodean y martirizan la vida, pueden cogerse algunas flores que ofrecen las virtudes y el amor; vos, adorada madre, habéis probado la dulzura de estas flores, pero vuestra hija solo descubre para ella las agudas puntas que sobresalen en el tallo de la rosa.

—Hija mía —respondió la matrona con prontitud—, ¿qué dices?, ¿será posible que en el lozano verdor de tu existencia pruebes ya la hiel del infortunio? ¿Y me encubres tus pensamientos, ingrata, cuando las niñas de mis ojos no me son tan queridas como tú? ¡Ah! Elvira: considera que no te habla una madre, sino una amiga,

una compañera de infortunio de quien eres el único consuelo. ¿Has olvidado acaso que te llevé nueve meses en mi seno, que te di a la luz con riesgo de mi vida y que te alimenté con la sangre de mis venas? Aún están bien presentes en mis imaginaciones tus infantiles juegos y aquellos graciosos rasgos que presagiaban desde la cuna tu belleza. Elvira mía, ¿tan pronto quieres anublar los placeres que inundaban el alma de esta ausente esposa? No, ábreme tu pecho, deposita en mí tu secreto, parte con la amistad las penas que te agobian, y está segura de hallar en mí el alivio que desees. ¡Se tornan tan ligeras las penas comunicadas! Conozco las debilidades de nuestro sexo, y no temas que mis labios se abran a la queja; porque no las rápidas reprensiones, sino los suaves consejos endulzan la desgracia.

Hablando así imprimía cariñosos ósculos en las frescas mejillas de la joven, besábale las manos, ceñía con los brazos su cuello, clavaba en los suyos los ardientes y amorosos ojos, y procuraba con sus ademanes significar que a la par de buena esposa era también amantísima madre. Correspondía Elvira a estas pruebas de maternal amor con igual entusiasmo, porque cada palabra aumentaba su conmoción; y hubiera más de una vez interrumpido a Jimena, si no lo impidiera la ternura que la agitaba.

—No sigáis, señora, no sigáis; que no es de diamante mi corazón para no abrirse a la voz del afecto —respondió Elvira—. ¿Será un delito la sensibilidad para que tema confesarla a mi madre, a quien no hubiera dudado nunca referir los más graves deslices? Escuchadme con indulgencia, y considerad que no hay doncella alguna que sea superior al mérito, a los ruegos y a la constancia, cuando la pasión amorosa es más sutil que el aire que por cualquier resquicio penetra y hiere nuestra imaginación. No habréis sin duda puesto en olvido el último torneo que se celebró en nuestra villa de Vivar, al que convidadas por nuestro padre asistieron las mejores lanzas de la cristiandad, corriendo de los más distantes puntos de la península. Recordaros la pompa, gala y regio tren con que se presentó un caballero, cuyo yelmo ornaban blancas marlotas y en cuyo escudo se veía grabada una nívea azucena sobre campo de oro, pintaros el marcial arrojo con que entró en la liza, y los premios que en aquella jornada ganó, fuera repetiros lo que sabéis; porque no es fácil olvidar al que derribó por tierra a los más diestros paladines, y al que sin duda hubieran proclamado los reyes de armas vencedor del torneo, a no hallarse allí mi padre nunca vencido en lid alguna. El riguroso incógnito que conservó este caballero privó al concurso de saber su nombre; y todos se perdieron en vanas conjeturas, procurando adivinar quién era aquel valiente y modesto aventurero de la azucena. Por mí sé deciros que sentí una suave impresión que sus gracias e hidalgo arrojo hicieron en mi pecho; pero estaba lejos de pensar que ni de industria ni por acaso hubiera fijado en mí sus ojos el héroe; tanto fue su recato y comedimiento.

Lució aquella noche, y como en regocijos de esta clase probamos siempre las

jóvenes sensaciones demasiado vivas que nos dejan afectadas, quise buscar en los armoniosos sonidos de mi arpa la calma que había huido de mí. Habíame colocado en mi estancia de espaldas al jardín iluminado por la luna que se levantaba de frente, y vi cruzar una sombra por delante de mí producida a mi entender por algún objeto que paseaba el vergel. Aumentose mi desasosiego; pero como la música es hecha de una alquimia de tal virtud que lo mismo tranquiliza las ligeras impresiones que las grandes, a cortos instantes puse en olvido la sombra y seguí preludiando en el arpa caprichosas sonatas. Interrumpió a deshora mis sonidos una voz dulce y varonil que cantó graciosamente este

ROMANCE.

*¿Qué vate enristrar la lanza
ni vestir bruñido acero,
si las flechas del amor
traspasan cascos y petos?
Piensa el paladín lograr
alta prez en el torneo
y antes de herirle el contrario,
le hieren dos ojos negros.
Buscando su luz hermosa
olvida más alto premio;
la beldad el pecho alienta
será mucho su denuedo.
Mira por entre las barras
de la visera a su dueño,
cada vez que tiende el brazo
la nuda espada esgrimiendo.
Y cobrando nuevo brío
con la vista del lucero,
cuyos rayos le enardecen,
pelea con doble fuego.
Revuelve airoso las riendas
a su contrario siguiendo,
le acosa, acuchilla y vence,
y aplaude su triunfo el pueblo.
¿Juzgáis que debe la prez
que ha logrado el caballero,
al temple de su armadura,
o a sus marciales alientos?*

*Los ojos de esa hermosura,
que lleva a la espalda sueltos,
con el zéfiro jugando
los atildados cabellos,
le dieron tan alta gloria
en un simultáneo encuentro;
que sin dama que le inflame,
no hay denodado guerrero.*

Cuando puso fin a su canto, habíame asomado a la ventana, y miraba al paladín de la azucena, que recostado sobre el tronco de un árbol me saludaba con respetuosos ademanes, como significándome que era yo el blanco de sus cantares. Quise retirarme, pero su acento era tan melodioso y tenía tan presente la pujanza con que levantó de las sillas e hizo perder los estribos a los mejores jinetes, que no acerté a mover la pesada planta. Ya entonces se había acercado el joven con la visera alzada, y dejaba ver unos luengos rizos de azabache, contrastando maravillosamente con el nevado color de su tez; pedíame perdón de su atrevimiento con tan blandas y expresivas palabras, que no hallé modo de airarme por más que lo procuré, y así fingiendo enojo como mejor supe, le respondí suavemente, y le mandé no comparecer ante mi presencia segunda vez. Juró obedecerme y me rogó por favor si quería concederle el que desde aquel día fuese mi secreto caballero para tener una deidad, según él decía, que le acorriese y alentase en los combates. Principió desde entonces a mostrarse tan afectuoso, tan cortés, tan denodado y tan obediente que aunque en todas partes le veía lucir sus habilidades y donosura, nunca osaba alzar los ojos para mirarme por no ofenderme. Era yo para él como una estrella que le guiaba a los sitios más arriesgados, y adondequiera que había laureles que coger, contentándose con ofrecérmelos sin aspirar a más premio que el que admitiese yo propicia estas ofrendas. Así pasaron los hermosos días de mi primera juventud en Burgos, hasta que partimos al monasterio de San Pedro a causa del destierro de mi adorado padre. Nunca más oí hablar de semejante guerrero, ni aun sabía su verdadero nombre, pues no se lo había preguntado la única vez que le hablé. En esto emprendimos nuestro viaje al castillo de Cebolla, y caímos en poder del malvado Abenxafa; creció con este golpe mi desconfianza de tornar a ver al denodado caballero que tenía por timbre una humilde azucena. Llamome cierto día la esclava Aldara, y me dijo:

«Un guerrero disfrazado del campo cristiano ha llegado a advertiros que el caballero de la azucena que ha trocado este título por el del Armiño os espera a la orilla del Turia, habiendo atropellado cuantos peligros ha encontrado en su viaje». No pude poner freno a mi gratitud, y vistiéndome en traje moro, salí, le oí y le hablé. Nuestro encuentro fue feliz, porque ni uno ni otro sufrimos contratiempo alguno; hasta que el malvado Dolfos arrastrándole engañado a esta ciudad cortó de raíz las

halagüeñas esperanzas que había yo concebido de ser dichosa en brazos de un caballero, cuyo valor y generosas pendas le hacían de todo punto digno de aspirar a mi mano.

Muda y embelesada escuchaba Jimena a su hija, porque había recelado al principio algún desmán, y solo hallaba la presente causa para alabar la cordura y altos pensamientos de su hija. Reputara sin duda la matrona por delito el que hubiesen rendido a Elvira los encantos de un atildado y barbilindo joven; pero que la enamoraran los botes de lanza, la hidalguía y bravura de un paladín de renombre, era para ella la cosa más natural del mundo; tales eran las ideas que en aquel siglo se tenían del mérito. Así es, que prodigando nuevas caricias a la doncella, la contestó entre amorosa y placentera:

—No dudaba yo, dulce hechizo de mis ojos, que nuestras ideas eran harto semejantes para que no te arrastraran como a mí el heroísmo y la nobleza; conozco que no en vano circula por tus venas la generosa sangre de Rodrigo de Vivar, de quien eres el más fiel trasunto. Pero ¿qué quieres, amada Elvira, que te diga? ¡Ah!, nunca cesaré de subir al cielo de la alabanza la serenidad exterior con que viste a tus pies la cabeza de tu amante sin arquear las cejas por no descubrir ante un musulmán tu afecto y mostrarte superior a las humanas pasiones. Permita el cielo que quieran bien pronto los ósculos de tu padre pagarte ese rasgo de superioridad moral digno de su ilustre hija. No, no desconfíes de ser feliz; las virtudes y los esfuerzos heroicos de nuestro corazón rara vez dejan de tener premio.

—Es verdad, madre mía —la interrumpió Elvira—; pero cuando las tinieblas de la noche separan de nosotros los objetos que nos son queridos, cuando la eternidad opone su muro de bronce entre dos almas, ¿qué se puede esperar ya en este valle de desdichas? El acero que cercenó su cabeza, destruyó mi ventura, como pulveriza un rayo las ramas del árbol. No os juzgo capaz de que creáis que en mi pecho puedan encenderse dos llamas; apagada la primera que ha ardido en él, queda el humo del infortunio para ahogar cuantas delicias pudieran rodearme. Pero no, todavía existen mis amados padres —añadió abrazando a la matrona— y en su seno encontraré la tranquilidad y otro amor más puro y sosegado. De hoy más solo me restan los suaves goces de este cariño: él pondrá en olvido pasiones menos legítimas; él derramará bálsamo sobre las heridas que la desgracia ha abierto. ¿No es cierto, madre mía? ¿No es cierto que mi narración no ha disminuido la ternura con que me amáis?

—¡Disminuirla! —exclamó Jimena—. ¿A quién más que a una madre pueden interesar tus infortunios? Pero estás muy conmovida, y esta conversación te afecta demasiado; sal, hija mía, a espaciarte por la vega, y quizás las gracias de Gil Díaz te restituirán la alegría. Ten siempre presente que el cielo pocas veces olvida a la virtud.

—Eso será mi único consuelo —gritó Elvira, besando la mano de la matrona. Tras esto se encaminó a la orilla del Turia melancólica y afligida en compañía del

escudero que no osaba hablar por no dar enfado a su señora. Sentíase la doncella sin fuerza para andar, y se sentó a la misma puerta del jardín que besaban las aguas del humilde río. La soledad que reinaba en aquel sitio, su conmoción interior, la vista de la corriente que mansamente pasaba como pasan los días del hombre, todo aumentó su tristeza. La imagen del enamorado caballero no se apartaba un punto de su imaginación, y queriendo de una vez apurar el cáliz del dolor para alejarle después de sus labios, dijo a Gil:

—Días hace que deseo, amigo Díaz, que me cuentes como mejor puedas las circunstancias de tu prisión la noche que seducido y engañado cayó en manos de Abenxafa el valiente caballero del Armiño.

—Eso haría yo de muy buena gana —contestó el criado— si supiera otra cosa sino que un descomunal y mal aconsejado caballero asíó de mí a todo su talante, y me sepultó en el batel sin decir esta boca es mía: y que llegados después a una alameda de árboles donde le esperaba no sé qué princesa, comenzaron a salir por aquí, por allá, no sino por acullá tantos moros, que no fuera posible contarlos. Solazáronse algunos conmigo azotándome bonitamente, mientras otros se ocupaban en desarmar y poner cadenas al atrevido caballero, que a mi cuenta debe a estas horas habitar el otro mundo. Por mi parte sé deciros que me di a entender que aquello era justo castigo que le enviaba el cielo por haberme zambullido sin piedad en el barquichuelo contra toda razón y buena ley. Pero por algunas burlas del bellaco de Vellido, saqué en limpio del borrador de sus mentiras que el tal caballero no me tenía ojeriza, sino que todo fue obra de no sé qué embuste de Dolfos que es muy hazañero y capaz de levantar una figura al mismo sol.

—Así será —repuso Elvira—, porque el paladín del Armiño no te conocía, y dio crédito a las razones de un traidor regicida que tiene bien merecido el castigo que tarde o temprano ha de caer sobre su cabeza.

—No diga su merced eso —la atajó Gil—, porque toda mi desgracia nació de haber pronosticado a Vellido que moriría en sitio elevado; por cuyo pronóstico se puso tan colérico conmigo, que estuvo en un tris el que no me hiciese tajos. La verdad sea dicha, que es un malvado sin alma, y que en su casa hay un tuho o tufo a infierno, que juntamente con el resonar de las cadenas, el crujir de los hierros y el continuo humo que se ve no dejan duda de que está tan condenado como Mahoma. Más de una vez he visto yo durante mi cautiverio que por las bardas de un jardinito que tiene asomaban algunas ánimas con tocas blancas, entre las que reconocí fácilmente la del rey don Sancho y la del caballero del Armiño. Ambas me miraron y se sonrieron, como para significarme que eran cristianas, y que no venían a hacer me daño alguno, sino por el contrario, a consolarme y traerme la paz: y aún otro día las vi vestidas con los trajes mismos que usaban aquí bajo, por cuyo motivo creí que iban a acometer a Vellido, pero estuviéronse reposadas y tranquilas esperando quizá que

muera para haberlas con él.

—Todas esas visiones —replicó la hija del Cid— son efectos de tu imaginación, que debía estar soñando de miedo como acostumbra; que las almas de los muertos, si han sido buenas, se están gozando de la presencia de Dios, o si fueron malas, harto tienen que sufrir en el abismo; y ni unas ni otras vienen por acá a poner pavor a nadie.

—Ahora digo y afirmo —gritó el escudero— que es su merced hija de su padre, que así quiere creer en fantasmas y apariciones como en volar, ¡válgate el diablo y qué de incrédulos aparecen por esas tierras! De perlas tomaría el que asomara por ahí el caballero a quien engañó Dolfos tan solo porque cayera su merced del error en que está.

—Aun regalaría yo al señor Gil una buena joya por la aparición —dijo Elvira.

Era entonces la hora del crepúsculo de la tarde y principiaba a señorearse el silencio por la apacible vega. Ni los árboles se mecían, ni el río murmuraba deslizándose con mucho remanso, ni piaban los pintados pajarillos que se habían retirado a sus humildes nidos. Al pronunciar Elvira las últimas palabras, sonó a deshora un ruido en el fondo del Turia, y abriéndose paso por la superficie del agua, salió un guerrero cubierto de todas armas, y corrió a donde el criado y la doncella estaban. Volvieron ambos la cabeza, y al reconocerle exclamó Gil:

—¡Vive Dios, que ahí tenéis el alma del caballero del Armiño como la vi la última vez!

—¡Él es! —gritó la hija del Cid.

Y cayó rendida a un mortal desmayo que de todo punto la privó del conocimiento; pero ya Gil más ligero que el zéfiro había desaparecido huyendo del armado paladín que sintió a par de muerte el susto que había causado a su amada. La levantó suavemente del suelo, y la sentó en un escaño, lleno de temor por los gritos que daba el criado en palacio, pidiendo que acorriesen a su señora y la librasen de las ánimas en pena.

Había sabido el caballero del Armiño que Elvira se hallaba entonces allí, y deseoso de verla; y aclarar la verdad de los hechos, resolvió dirigirse por dentro del río a guisa de diestro nadador contra los consejos del anciano Hamete que le representaba con viveza los peligros que podía correr. Quiso la suerte que el prudente y cauto Hakim, adivinando lo que sucedería, le siguiese de lejos por la orilla; y así, luego que llegó, se sentó al lado de la doncella castellana, sosteniéndola con sus manos, y dijo al caballero:

—Si apreciáis en algo tu vida y la mía, retírate antes que tu imprudencia nos acabe de perder.

—¡Y no podré hablarle! —exclamó el del Armiño.

—¿Ves los efectos de tu ligereza —gritó el anciano con gravedad— y todavía insistes? ¿Conoces tú mismo el riesgo en que has puesto la vida de la joven? Sálvate,

amigo mío, que yo cuidaré de conducir a su habitación a esta doncella; te lo pido en nombre de la madre que tanto amas.

El guerrero alzó los ojos al cielo en ademán desesperado, y partió aceleradamente como un furioso; mientras Hamete, tomando el tono de serenidad que le era natural, condujo a su aposento a Elvira y la entregó a su desconsolada madre.

Capítulo décimo.

El asalto de Villanueva.

Luego que El-Hakim dejó en su aposento y en brazos de Jimena a Elvira, se dio prisa en ausentarse para acorrer al caballero del Armiño, y evitar las preguntas que sin duda le dirigiera la matrona castellana. Recobrose poco a poco de su pasmo la doncella, cuando ya Gil Díaz había explicado punto por punto la causa de su accidente, atribuyéndolo a justa venganza del cielo por no dar crédito a la aparición que había referido a su señora. Abrió ésta los ojos lánguidamente, y fijándolos en los que la rodeaban, exclamó con voz débil:

—¡Ha desaparecido la visión!

—Hija mía —respondió Jimena—, algún misterio encierra lo que has visto; por ahora tranquiliza tu espíritu y date paz y sosiego en esto de creer la realidad de las sombras. ¿Quién sabe si todo será una ilusión o un resultado natural de la magia? No ignoras que los árabes tienen en opinión de mago a El-Hakim, y dicen que ha hechizado a Abenxafa para lograr en su avanzada edad ser su favorito; hame parecido que era él quien te ha subido desmayada y podrá ser que el malvado moro haya usado contigo de ensalmos y encantamientos para dar gusto a su perverso señor.

—Por el omnipotente Dios juro —gritó Gil— que su merced se engaña, y que en este negocio no ha puesto la mano ningún encantador, o mienten mis ojos que vieron clara y distintamente al caballero del blanco animal en el mismo ser y figura que tenía la malhadada noche de mi prisión. Así lluevan monedas de oro, como es verdad cuanto digo; y ahí está mi señora doña Elvira, que el no afirma lo mismo que yo, me arrancaré las barbas a araños.

—No lo dudéis, madre mía —dijo la joven; armado y valiente como se ofrecía siempre a mi vista ha salido del fondo del Turia, dirigiéndose con gentil continente hacia nosotros. Venía tan resuelto, con rostro tan natural y tan poco demudado, que me avergüenzo de no haber tenido valor para hablarle. ¡Oh cielos!, ¿quién sabe los secretos que me habría reservado?

—¡Voto a mí! —añadió Gil—, ¡y cómo su merced tiene vendada la razón que no conoce que el haberse aparecido el tal guerrero fue burla del diablo por haberse reído de mi narración!, pues a fe de bueno, que pensé que cargaba con nosotros, y se nos llevaba por esos aires, caballero sobre una nube.

A pesar de los disparates del escudero, la hija del Cid pensaba lúgubrementemente que aquella escena, revolviendo en su imaginación contrarios pensamientos que despertaba en ella la lucha de sus ideas, pugnando en opuesto sentido con lo mismo

que había visto. A no haber mirado a sus pies la cabeza que creía ser de su amante deslumbrada por el yelmo que en verdad era suyo, hubiérase dado a entender más de una vez que vivía el paladín del blanco escudo; pero como por una parte no debía dudar en su concepto de la muerte de aquel héroe, y por otra era evidente que salió de las aguas del Turia, no podía menos de persuadirse que se le había aparecido el alma del caballero con el designio quizá de comunicarle alguna nueva de gran importancia. En estas dudas y pláticas estaban cuando los relinchos de los caballos y sus carreras, junto con el son de los alielés y las voces de los almorávides implorando a Mahoma, las pusieron en mucha admiración. Parecía hundirse la ciudad y venir a tierra los muros, según el volcánico tumulto que reinaba, causado por la proximidad de las haces del Cid. Pero antes de referir estos acontecimientos, será preciso volver un poco atrás, y cambiando de escena, trasladarnos al campamento cristiano en el punto mismo en que se ausentó el caballero del Armiño, confiando la custodia del sagrado estandarte al denodado Ordóñez de Lara.

La lumbre del naciente día brilló en el cielo limpio y despejado, serenada la borrasca de la noche, y el centinela comenzó a pasearse triste y pensativo con la tardanza de su compañero de armas. Recelaba que hubiese emprendido alguna aventura demasiado peligrosa, en la que su arrojo e hidalguía le precipitaran en una muerte cierta. Con este pensamiento deseaba de todo punto la hora del relevo, que, en efecto, no tardó, para ver si conseguía averiguar el camino que había tomado el guerrero, y seguirle a todo trance, y a partir con él los riesgos que le rodeasen. Pero todas sus diligencias fueron inútiles, y no solo no pudo rastrear huella alguna del valiente joven, sino ni aun hallar persona que le conociese. Convencido, pues, de la inutilidad de sus pesquisas, entró en la regia tienda de Rodrigo con melancólico semblante, y dándole cuenta de los sucesos de aquella noche, le dijo:

—Hemos perdido, sin duda, una de las mejores lanzas del ejército, y diera por salvar su vida ambos brazos a todo mi talante. No es posible sino que con su marcial denuedo y generoso ánimo haya intentado librar él solo a tu familia, y haya perecido a manos de la traición.

—No sé qué decirte —respondió el Cid—, porque en este punto me acaban de anunciar que mi escudero, a quien algunos soldados vieron sentado a la orilla del mar cenando con mucho reposo a la luz de la luna, no parece aunque le han buscado por todo el campamento.

—No hay más —respondió Ordóñez—, sino montar a caballo, y entrar lanza en ristre en Valencia a ver si podemos dar en lo cierto de estos acontecimientos. Aunque será difícil hallar un perro que quiera informarnos de la verdad, que en su boca no puede menos que trocarse en mentira.

—Así es —añadió Rodrigo—, y lo que yo entiendo que puede hacerse en este caso, es llamar al soldado Reynaldos, que sabe de coro todas las trazas y hazañerías

del mundo, y que envasado en un traje morisco penetre a la ciudad, y averigüe y nos diga si están o no en Valencia. Porque, vive la orden de la caballería que profesamos, que no sé qué pensar de tan extraños sucesos y que si, como parece cierto, han sido hechos prisioneros en mi propio campamento, podemos reposar sosegadamente. Aunque no sé por qué presumo que aquí ha de haber misterio y que mi pobre escudero ha sido víctima de la perfidia.

—Déjate estar —repuso Ordóñez— de escuderos, que más vale la cola del caballo de mi compañero de armas que cuantos escuderiles espantajos asoman por esas tierras y date prisa en eso de enviar disfrazado a Reynaldos que no tendré paz ni tranquilidad hasta saber el paradero del invencible paladín del blanco escudo.

Llamaron, efectivamente, al soldado, y después de haberle llenado de ricas dádivas y presentes, le dieron las necesarias instrucciones y le despacharon a la ciudad, rogándole volviese cuanto antes a avisarles de lo que ocurriese. Partió Reynaldos tan otro de lo que era, que no fuera posible trastejarle ni reconocerle; con lo cual se aquietó el de Lara, y mitigó un tanto sus zozobras el Cid, que amaba tiernamente a su escudero, ya porque le servía desde mozo, como queda dicho, ya también por su natural alegría, que en todas partes se granjeaba amigos. Dos días pasaron sin que tuviesen nueva alguna de Reynaldos, y menos de los desaparecidos caballero y escudero; pero regresó por último el soldado anunciando la muerte del paladín del Armiño, cuya cabeza decía haber visto a la puerta del palacio, y la esclavitud de Gil Díaz, quien le había referido algunas de las circunstancias de su cautiverio. En resolución, rastreando noticias de aquí y de allá, se había dado tan buena maña Reynaldos, que punto por punto puso en claro la verdad del hecho, descubriendo hasta el nombre del traidor Vellido que había estado en el campamento cristiano. Apoderose la indignación de los generosos ánimos de aquellos valientes acostumbrados a vencer a sus enemigos al cielo abierto y cuerpo a cuerpo, y que, por lo mismo, detestaban la falacia y la traición. El entusiasta Ordóñez hacía desesperados ademanes al oír tan negra perfidia, pidiendo a voces la sangre del bárbaro musulmán que tan indignamente había despojado de la vida al más denodado de los guerreros que se distinguían en tan célebre campaña. Y necesitó Rodrigo de Vivar de todo su ascendiente y autoridad para tener a raya el ardor de su ejército que deseaba vengar de una tantos agravios, comprometiendo quizá con un entusiasmo intempestivo el éxito de aquella lucha que en cierto modo debía decidir si los africanos o los iberos empuñarían en lo sucesivo el cetro de España. El escuadrón cuyo jefe había sido el héroe del blanco escudo, amenazaba llevarlo todo a sangre y fuego, y morir mil veces o clavar en el hierro de sus lanzas las cabezas de Vellidos y de Abenxafa. Viose en un momento saltar sobre sus bridones a estos desesperados militares, y partir como un rayo, lanza en ristre, hacia los edetanos muros. Pero el Cid, que conocía la temeridad de semejante arrojío, por no ocultársele las fuerzas con

que contaba el tirano Abenxafa, les salió al encuentro por desusado camino, y les mandó torcer las riendas y volver al campamento, ofreciéndoles, empero, conducirles dentro de tres días a la pelea, y asaltar los arrabales de la ciudad. Empresa ardua, y que no hubiera intentado el conquistador al no constarle el valor de sus adalides, que no pasaban de siete mil combatientes, entre la infantería y caballería, número harto reducido, si se comparaba con el de los sitiados, que podían oponerle veinte mil hombres armados.

Mas antes de llevar a cima tan peligroso asalto, que podía muy bien decidir de su suerte, quiso ver a su esposa en la corrida de toros y cerciorarse por sí mismo de la verdad de los informes que le habían dado acerca de las fortificaciones de las murallas y de la corriente del río. Diose a entender fácilmente que si llegaba a posesionarse de Villanueva y Alcudia, que eran sus arrabales, no solamente estrechaba el sitio y reducía al hambre y a la desesperación a tantos moradores, sino que les cerraba la salida a las llanuras, donde podían desplegar sus masas y arrollar quizá su ejército. Rodrigo, pues, acompañado solo de su grande corazón y elevado ingenio, entró de hilo en la ciudad sin arma alguna; y a pesar de los infinitos peligros que hormiguearon a su alrededor en la plaza de los toros, salió sano y libre de Valencia después de haber gozado el placer de hablar a Jimena, como hemos visto. Luego que puso los pies en sus reales, corrió a la tienda de Ordóñez, y arrojándose a sus brazos, le dijo:

—Vengo reventando de alegría, amigo Lara, vengo ebrio de contento, y ni sé explicarme, ni acierto a decir lo que siento. Abrázame una y otra vez, que tú no te quedarás en zaga en esto de darte un buen filo en mi gozo; y llámame a los paladines del ejército, y diles que toquen a armar, que la luz del nuevo día nos ha de ver en muy distinto sitio del que ocupamos.

—A fe de la pescozada que me dieron al armarme caballero —contestó Ordóñez—, que no he entendido una sola palabra, y que me alegro solo porque me lo mandas sin saber de qué. ¡Válgate Dios por el hombre, y qué de cosas has dicho que no se atañen ni pertenecen las unas a las otras! Explícate, por San Lázaro, y vengan esos brazos aún otra vez, que no debe ser de poco momento asunto que así te ha sacado de tus casillas. ¿Has visto a tu esposa y a tu hija?

—Las he visto —respondió el Cid—, y las he hablado. Pero estoy cierto de que vas a santiguarte si te digo que me ha salvado la vida y me ha acompañado hasta las puertas de la ciudad el caballero del Armiño.

—¡El caballero del Armiño! —murmuró entre dientes Ordóñez—. Sin duda ninguna ha querido refocilarse contigo algún socarrón, y se ha fingido tal, porque Reynaldos me dio tantas señas del casco que tenía puesto la cabeza, que no podía ser de otro que de ese paladín, aunque lo digan encantadores.

—Te repito —respondió el Cid— que he visto y platicado con ese valeroso

incógnito, cuyo denuedo le descubrirá siempre por entre un millar de combatientes. Iba disfrazado de morisco, y su alfanje brillaba a la luz del sol tan puro y reluciente como resplandecía un tiempo el níveo animal de su escudo. Pesia a mí que no supe adivinar por sus bríos quién era; y ya nos despedíamos en la vega del Turia, cuando le rogué cortésmente que me dijera su nombre para estarle agradecido; y me contestó que me acordase siempre de los caballeros en cuyo escudo campea una alimaña del color del ampo de la nieve. Quise seguirle, pero había desaparecido de mi vista sin dejar rastro alguno de sus huellas; y aunque sabía la dirección que tomaba, era entregarme a una muerte cierta por la multitud de traidores que habían adivinado mi nombre y pedían mi vida.

—Si no tienes más pruebas —replicó Lara— para opinar que el tal moro era el caballero del Armiño, te aseguro que no me convences. Pues ¿y qué diablos había de hacer un joven tan denodado en Valencia, vistiendo disfraces y usando arcaduces? ¿Olvidaría los laureles que crecen en estos reales, y se estaría holgando con los señores musulmanes? ¿Y estos dejarían en paz y con vida a un enemigo tan terrible, cuya lanza bastaba a pulverizar su poder? Permite amigo Rodrigo, que dude de la identidad de ese paladín; aunque por otra parte, entreveo un débil rayo de esperanza de que en verdad existe el misterioso incógnito a quien tanto admiro.

—Duda cuanto quieras —añadió el Cid—, que sé muy bien que vive, y que sin duda se oculta entre los infieles para armarles algún lazo y entregar en nuestras manos la ciudad. Y así quiero que al momento se ponga sobre las armas el ejército y que nos acerquemos a Valencia desplegados en batalla. Yo mandaré el ala izquierda, que debe asaltar el arrabal llamado Villanueva; y tú, al frente del ala derecha, seguirás la dirección del Turia hasta el punto en que entra por Valencia; confío el centro al Conde de Oñate, que solo debe apoderarse de la línea de circunvalación y estar pronto a apoyar ambas alas en caso de necesidad.

—Te entiendo —respondió Lara—, y al instante quedarás obedecido con general alegría, porque todos ansían venir a las manos con esos cobardes, que a no serlo hubieran ya salido de su encierro y presentada batalla a nuestras haces, tan inferiores en número a las suyas.

—Espera —gritó el de Vivar—, te prohíbo digas a nadie que existe el caballero del Armiño, no sea que llegue a oídos de Abenxafa y cause inocentemente su perdición.

—¡Aún insistes en eso!

—Pronto te desengañarás —le atajó Rodrigo.

Y ambos amigos se separaron para comunicar a los jefes subalternos las órdenes oportunas.

Recogieron con presteza los guerreros las ondeantes tiendas de campaña y se ordenaron en batalla marchando por diferentes direcciones a la ciudad. Galopeaba

delante Rodrigo de Vivar, alentando a los flecheros y ballesteros que le seguían alegres por demás con la proximidad de un combate que no podía menos de ser sangriento y glorioso. Distinguíase en esta ala la flor de los caballeros, lo más distinguido del ejército que se ufanaba con la idea de haber merecido la preferencia en los peligros. Allí el impávido Ordoño ostentaba su formidable acero, terror de los moros en las fronteras de Castilla; allí con semblante gozoso y marciales bríos fatigaban a los fogosos caballos los valientes Arias Gonzalo y Fernán Sánchez. En todos se leía el ansía de pelear e inmortalizarse, emulando, si posible les era, al héroe que los conducía al campo de los laureles; porque los soldados que combatían bajo las banderas del Cid, contaban siempre con la certidumbre de la victoria, ya que todas las veces era ésta la estrella que presidía a sus hechos de armas.

Descubrieron los adalides las murallas y agujas de las mezquitas valentinas, e hirieron el aire con tumultuosas aclamaciones, como si se ofrecieran a sus ojos los campanarios de su dulce patria, después de una larga ausencia. Fijaban todos la vista en don Pedro Bermúdez que llevaba en sus manos el glorioso pendón de la Cruz, como dándose a entender que dentro de algunas horas había de tremolarle el viento sobre la mezquita de Villanueva. Llegaron a tiro de ballesta de los edificios de este arrabal, e hicieron alto para disponerse con mejores bríos al súbito asalto del débil torreón que los muraba y cerraba. No se cansaban los campeones de admirar aquella fértil y deliciosa vega coronada con los frutos del estío y tan florida y risueña que podía muy bien competir con la dichosa Arabia.

Adelantose por las orillas del Turia el intrépido Cid para reconocer más a su gusto la posición de sus tropas y llegó a un paseo que por esta parte se extendía un cuarto de hora, cercado todo de altos árboles, que se veían retratados en el claro fondo de la corriente del río. Rayaba entonces el sol los lejanos montes, y las canorasavecillas se despedían blanda y regaladamente con sus arpadas lenguas de la luz del día. Su melifluo canto, la amenidad del sitio, la serenidad del cielo, la traspuesta del hermoso sol que doraba y encendía las luces y la proximidad en que se creía el héroe de su amada Jimena descubriendo desde allí las torres del palacio de Abenxafa todo junto y cada cosa de por sí inflamó la imaginación de nuestro alborozado caballero. Apeose por un instante del caballo, sin soltar las riendas, y exclamó con sumo regocijo mirando a todas partes:

—¡Dichoso yo una y mil veces que piso los Campos Elíseos, mansión de los bienaventurados a quienes cupo la suerte de ver la luz en estos amenos y floridos prados! Aquí las cristalinas aguas corren mansamente besando las calles de la ciudad. La tierra brota abundante y dulcísimo sustento cultivada por los forzudos y vedijosos brazos de los laboriosos valencianos; el sol y la luna resplandecen serenos y son parte a acrecentar las cosechas, alegrar los corazones y derramar la abundancia y la ventura, aquí las apuestas y donosas zagalejas van en trenza y en cabello saltando de

campo en campo y de flor en flor seguidas de sus amantes, sin que la honestidad tenga que darles en rostro el menor desliz y sin que ellos sean osados a más que a miraras, y ellas a dejarse ver. Pero esta rusticidad y esta simpleza son poderosas a producir las desventuras y sinsabores de los rústicos vejados, aporreados y oprimidos por los fieros mahometanos. Hora es ya de que desparza el cristianismo sus rayos por estos pensiles, y de que sustenten y enriquezcan los dones de la madre tierra a sus hijos que la cultivan, y no a los ociosos musulmanes que se están mano sobre mano y pierna sobre pierna sentados en muelles almohadones, y pisando preciosas alfombras ¿Quién duda que he nacido por querer del cielo para variar la faz de este país y resucitar en él el siglo de oro? ¡Oh dulce Jimena mía! ¡Oh hijas de mi corazón! Rodeado de vosotras y gozando vuestros suavísimos ósculos acabaré mis días pacífica y holgadamente en tan encantadora morada.

Y diciendo esto, calló y tornó a oprimir los lomos de *Babieca*, porque los alelíos y roncos atabales anunciaban la salida de los moros mandados por el soberbio Aliatar, quienes viendo desde los muros a los cristianos habían resuelto arrojarlos de allí. Aproximáronse las enemigas haces, y se embistieron con sin igual ímpetu y pujanza, alzando los árabes una confusa vocería que atronaba los vecinos campos. Allí cayó a los repetidos fendientes del Cid el furibundo Aliatar; allí quedó vencido en singular batalla el valiente Tarfe entre los brazos de Nuño, y allí se compitieron el valor y la audacia, la generosidad y el denuedo de los campeones. Entre tanto la caballería árabe, con el fin de cortar la retirada a los cristianos había pasado el río y envolvía la retaguardia de Rodrigo poniéndole en mucho aprieto. El héroe acudía con inaudita ligereza a todas partes, alentando a sus soldados que peleaban con coraje al verse cercados de triplicadas fuerzas. Pero de repente la caballería del ala derecha que mandaba Ordóñez cae sobre los infieles por la espalda, y reinan el desorden y la confusión hasta el último punto. Los infieles se baten con los flecheros del Cid, estos con la caballería musulmana, y la caballería musulmana con la de Ordóñez, de suerte que acometidos mutuamente por frente y por espalda, se ven obligados a redoblar sus fuerzas sin que sea posible salir del combate sino muertos o vencedores. Cada cristiano tiene que habérselas con dos contrarios decididos a vender caras sus vidas y el heroísmo consigue por último triunfar de la multitud. Los almorávides, perdido su jefe Aliatar, se desordenaron y principiaron a entrar tumultuosamente por las puertas de Edeta abandonando el campo sembrado de cadáveres. La mortandad fue tan horrorosa, que por todas partes aparecían montones de degollados árabes en los que tropezaban y daban de ojos los fugitivos cegados por la inmensa polvareda que ellos mismos levantaban y por el copioso sudor que corría por sus rostros. Hubieran podido muy fácilmente los cristianos apoderarse de la ciudad persiguiendo a los vencidos, pero en aquellos momentos de regocijo y embriaguez solo pensaron los jefes en adelantar hacia el arrabal y hacerse fuertes en los primeros edificios por si

volvían los musulmanes con nuevas fuerzas. Pero era tal el terror que se había apoderado de los débiles corazones de los agarenos que aún no se daban por seguros dentro de los muros y corrían por la calle despechados y convencidos de que los adalides del Cid iban a tomarles la ciudad.

Abenxafa montado en su brioso caballo, salió del alcázar con la rapidez del rayo al punto que supo la derrota de los suyos, y ordenando las deshechas haces, las exhortó a defender aquel recinto sagrado del Profeta, según él decía, ofreciendo dádivas y premios a los que se distinguiesen en tanto que llegaba el numeroso ejército de África a las órdenes del rey Juzeph. Cobraron ánimo con tales promesas los infieles, y coronaron bien pronto los muros, cuando ya los adalides de la Cruz dominaban enteramente los arrabales de Villanueva y de Alcudiva y ondeaba clavado en la aguja de la mezquita el estandarte de Rodrigo de Vivar. Los instrumentos militares celebraban tan delicioso triunfo, que no podía menos de causar la perdición de los musulmanes; y los guerreros de Castilla se abrazaban tierna y alegremente, entonando himnos de alabanza al omnipotente Dios que les había concedido tan singular lauro.

Las espesas sombras de la noche encubrieron lúgubrementemente los objetos, hasta que el brillante esplendor de las hogueras alumbró el campamento del Cid. Entonces aparecieron los soldados, ricos con el botín que habían recogido del campo de batalla, mirando con solícita curiosidad a la luz de las llamas las joyas de que habían despojado a los mortales restos de los mahometanos. Contrastaban con tan alegre espectáculo los gemidos y sollozos del padre que lloraba la muerte de su hijo, o del hermano que conducía en sus brazos a su hermano herido o moribundo. Así confundidas estas escenas de alegría y de luto, y mezclados la risa y las lágrimas, ofrecían el retrato verdadero de la vida humana, donde se dan la mano los gustos y los pesares. El inmortal Campeador se paladeaba con la esperanza de libertar dentro de pocos días a su familia de la esclavitud en que gemía; y miraba con enterneamiento el dichoso techo que ocultaba a sus caras prendas. Entonces suspiró suavemente, y dijo:

—Mucho me cuestas, España, caro suelo que sostuvo mi cuna; muchos esfuerzos son necesarios para purgar tus recintos de indignos tiranos, pero si consigo verte libre y abrazar a mi Jimena, ¡qué gloria ni qué felicidad pueden igualarse a la mía! ¡Oh Dios! No agitan el humano corazón dos sentimientos más dulces que el amor patrio y el amor conyugal.

Capítulo undécimo.

Los dos enamorados.

Quando Jimena descubrió desde el regio alcázar del monarca de Valencia el estandarte de su esposo ondeando al viento a tan corta distancia, hizo repetidas demostraciones del singular júbilo que embelesaba y pasmaba sus potencias. No con menos alegría mostró el suyo la hermosa Elvira, en quien las gracias y la belleza aparecían sombreadas por la suave melancolía, aumentada desde la aparición del caballero del Armiño que fatigaba su mente sin darle paz un solo punto. Porque una imaginación viva y fecunda, al paso que en los prósperos días de bonanza es uno de los bienes más apreciables por las inagotables delicias con que saborea al alma paseándola por las dilatadas regiones del mundo ideal, es también en los casos aviesos un aguijón penetrante que no cesa nunca de clavar su aguda punta en el corazón de mil desusadas maneras.

Un día en que deleitándose con la esperanza de la próxima libertad se paseaba algo más consolada por el salón que miraba al jardín, entró Gil Díaz mohíno y con misteriosos ademanes le significó que se escondiera.

—¿Qué dices —preguntó la hija del Cid—, amigo Gil, que no te entiendo? ¿Por qué no hablas?

—Señora —respondió el escudero—, un moro de retorcidos y canos bigotes, que tiene la frente lisa y despejada, la barba blanca y poblada, los dientes ralos y la nariz de marca, quiere a la fuerza ver a su merced para comunicarle no sé qué secretos de importancia. Así Dios me ayude como es un mago hecho y derecho que pretende encantar a su merced para que encantada y todo sirva a los gustos de su amo. No nos metamos en más dibujos y cerremos la puerta lo mejor que posible sea, que tengo para mí que es el único medio de escapar de sus garras. ¡Moros y secretos!

—No temas —contestó Elvira—, y dile que entre, pues podría ser que fuesen de tal virtud sus palabras, que la tuviesen bastante para disminuir mis penas. No son tan poderosos los embelecocos de la magia como piensas, y si conmigo había de usar de encantamientos, lo hubiera hecho con mucha flema y remanso desde un lejano aposento, pues nada importa para encantar que la persona esté aquí o en Burgos, que a eso y mucho más se extienden las habilidades de los encantadores. Aunque por mí puedo asegurar que no me importarla un ardite estar encantada, cuando lo tengo por el mejor bien del mundo y por la vida más quieta y sosegada. Porque el que tal está, no solo se libra de la necesidad de alimentarse y de dormir, sino que ningún tormento acusa su imaginación, a causa de que el curso de la sangre y de la existencia para, y todo permanece en inacción. Mira, amigo Gil, si es corta conveniencia el vivir sin frío

ni calor en verano y en invierno, holgar de continuo y no pensar en nada. Ventajas que a mi ver ni el rey en su trono las disfruta. En fin, es una especie de éxtasis delicioso, que no hay más que desear; y si el buen Gil conoce a algún mago, dígame que venga, que yo le regalaré unas cuantas joyas para que me encante.

—Válgate el diablo por señora —gritó Gil—, y lo que sabe su merced; un púlpito podía tomar en cada dedo, e irse por esos mundos a predicar lindezas. Y digo que no debe de ser mala la tal vida; y si en eso consiste el toque del encantamento, gentes conozco yo por esas calles a bandadas que deben de estar encartadas según la holgura y buen pasar que se dan. Solo a un punto de la ordenanza faltan que es el de comer y dormir, porque, vive el bendito San Pablo, que se hartan a todo su talante, y duermen a pierna suelta; y así es que medran más que las cañas a las orillas del río y están frescos, rollizos y colorados, con unos rostros como la plata de relucientes. Pero dejando en paz a estos señores encantados vuelvo a decir, que piense su merced bien lo de admitir a su presencia al moro que yo no daría una grazna para fiarle, según la mala pinta que tiene. Echa un tufo a truhán que encalabrina y nada bueno puede esperarse de tales entes.

—A pesar de eso —replicó la doncella—, te repito que le mandes entrar. Y no hablemos más en el asunto que es punto concluido.

—Pues no me he de apartar de vuesa merced —dijo el escudero— un negro de uña por si quisiera cometer, desaguizados el señor moro. Y le prometo que las ha de haber conmigo y ha de saber quién es cada hijo de vecino.

—Hazlo que te plazca, y por ahora mándale entrar.

—Protesto contra esta entrada —añadió Gil— y juro y juraré en todo tiempo que le dejo entrar contra mi voluntad y por hacerme fuerza su merced a quien debo obedecer a fuer de buen criado.

Hecha esta propuesta con tono firme y valedero, salió de la estancia Gil Díaz, dejando a Elvira entregada a dudosos pensamientos. ¿Qué secretos tendrá que descubrirme este infiel? —decía entre sí—. ¿Será algún guerrero disfrazado que querrá comunicarme alguna nueva de mi hermana o de mi padre? Mas al momento se imaginaba otras mil cosas, y no podía llevar con paciencia el que tardasen tanto, desesperándose con las preocupaciones del escudero que causaba la tardanza sin duda. Penetró por último Gil seguido de El-Hakim Hamete que hizo profundas reverencias a Elvira al estilo oriental, y exclamó:

—Las gotas del rocío, dice el poeta, caen a abrir las rosas que ajó la noche; la imagen de la felicidad viene a pintar la sonrisa blanda del contento en el rostro que llenó de lágrimas el infortunio. ¿Podré, hermosa castellana, lisonjearme de que la vista del siervo del profeta no os causa tedio ni horror?

—Nunca aplace —contestó la hija del Cid— un enemigo; pero cuando viene de paz, tampoco descontenta. Decid, sabio anciano la causa de vuestra venida, que me

impacientan las dilaciones.

—Quien no sabe aguardar la ventura —exclamó El-Hakim— tampoco sabe disfrutarla. Entended que vengo, como os habrá anunciado este criado, a descubrir os secretos que os importan, y que solo a vos debo manifestarlos. Mandad al esclavo que se retire, que no son dignos sus oídos de percibir el armonioso sonido de vuestra voz.

—¿No lo decía yo? —gritó entonces Díaz—. ¡Calle! ¿Conque no son dignos mis oídos de escuchar lo que escucha el mastinazo del moro? ¡Vive Dios!, que a no ser hombre incapaz de quebrantar el voto que hice de vivir pacífico acá abajo en la tierra, que le abría la cabeza como una granada. Pues sepa el señor perro, que no tengo de irme de aquí, y ceptos quedos son esas alharacas y requebrajos, o verán quién es Roque.

—Entonces —replicó Hamete hablando siempre con Elvira— mi presencia es inútil: Alá os guarde.

—¡Cómo! —respondió la castellana—, ¿me dejaréis sin hacerme saber el objeto de vuestra venida, ni los secretos que decís interesarme?

—Ya os he dicho —añadió Hamete, sin dejar su tono de gravedad— que los esclavos no deben alternar con los señores y mis labios no se abrirán mientras no se retire ese escudero.

—Gil —exclamó Elvira—, te mando que nos dejes solos.

—¡Ah señora! —gritó sollozando el criado—, vuesa merced llorará el quedarse a solas con un descreído moro, y echará menos mi persona, que aunque fuera para dar voces pidiendo auxilio, vendría aquí de perlas. Alguna red ha tendido Abenxafa contra mi pobre señora; y éstos son los secretos de ese embelecador y maldito malandrín, que ardiendo vean los infiernos. ¡Oh pobre inocencia de mi señora!, ahí te quedas sola y expuesta a un diablo que no parece otra cosa el vejete clueco que te hace la rueda para ganarte con ensalmos y mentiras.

Después de esta rociada de invectivas contra el anciano Hamete, saliose de la estancia el escudero llorando amargamente como si su señora estuviera ya tendida en un féretro, y transcurridos unos momentos de silencio, dijo El-Hakim:

—Los secretos que debo revelaros son de tal naturaleza que antes debéis ofrecerme no descubrirlos ni a vuestra propia madre, porque cuando va en ello la vida de una persona que nos es amada nunca son demás las precauciones. No dudo que vacilaréis en darme crédito; pero vuestros propios ojos serán el desengaño.

—No puedo —respondió Elvira— pronunciar esa oferta sin saber antes la clase de importancia de esos secretos, que si tocan en lo más mínimo a mis amados padres o a la fe que profeso o a mi honor, no solamente no los callaré, sino por el contrario los pondré en voz, y lo publicaré por todas partes.

—Pertenece a vos sola —contestó El-Hakim—, y para decir de una vez, tienen relación únicamente con la aventura que os aconteció la otra tarde a la orilla del río,

cuando visteis armado a un caballero que juzgáis muerto.

—Siendo así —contestó la hija del Cid—, prometo no abrir mis labios sobre esta materia, y podéis fiaros de mí a todo ruego.

Pero antes de declarar la contestación de Hamete, debemos referir el objeto de esta visita que tan impaciente tenía a la hermosa Elvira. Desde que el anciano Pelayo, o como más veces le nombramos, desde que Hamete libró la vida del caballero del Armiño en el panteón de los reyes moros, ansiaba este valiente paladín lograr de su libertador permiso para regresar al campamento cristiano a distinguirse con nuevo y glorioso hecho. Pero El-Hakim, que juzgaba ser su presencia de la mayor importancia en la ciudad, para tener a raya en un caso la venganza y la cólera de Abenxafa contra sus prisioneras, le decía que no podía otorgarle lo que pedía sin exponerse a perder la vida en un suplicio, porque al punto de que se divulgase la noticia de que existía el joven caballero, no faltarían traidores que la llevaran al monarca moro y éste caería en la cuenta de quién le había librado, porque no podía haber sido otro. La gratitud que al anciano debía el del Armiño, atábale las manos, y a pesar de la repugnancia con que permanecía lejos de los peligros y del bélico estruendo, se daba a entender que era de su obligación cumplir al pie de la letra la voluntad de aquél a quien era acreedor del aire que respiraba. Cuando peligró la vida del inmortal Campeador en la plaza de toros, Pelayo no vaciló en exponerlo todo por salvarla, y haciéndose acompañar del disfrazado caballero, logró ver coronada sus esperanzas más felizmente de lo que había deseado. Desde aquel día no cesó el joven e impávido desconocido de representar como vergonzoso y humillante su inacción y aún osó añadir en un momento de caballeresco entusiasmo que hubiera valido más morir que entregarse a la ignominia de una existencia que no podía ya ser útil a su patria. Unidos los deseos del paladín a las sospechas que ya excitaba en los domésticos y vecinos un esclavo tan amado de Hamete, pusieron a este último en la determinación de permitirle partir dentro de algunos días, rompiendo por medio de las dificultades. Altivo y acostumbrado a mandar el caballero del Armiño, contenido por el agradecimiento, podía haber soportado con corto espacio de tiempo el freno de la obediencia; pero ya aquel carácter noble y altanero no era parte por los esfuerzos que hacia por reprimirse y saltaba con impaciencia ansiando el momento de hallarse en el campo del honor con la espada desnuda y la visera calada. Conoció el experimentado anciano que aquel orgullo no era por ingratitud sino que ardía en las venas del campeón ilustre sangre y que sin duda era muy elevada su cuna. Esta observación confirmada con mil distintas pruebas que a cada paso daba el del Armiño, persuadió a Pelayo la referida resolución de atropellar por todo y concederle lo que tan de veras solicitaba.

Mas antes de partir, el joven quiso ver a su amada, y decirla que existía; en vano su libertador le expuso las consecuencias de su primer arrojó, cuando a la ribera del

Turia causó a Elvira su súbita aparición aquel accidente. Cerró los ojos a todos los riesgos, y dijo terminantemente que había resuelto hablarla para quitarle el pasmo que su vida le produjo y solo a fuerza de ruegos vino a bien en que Pelayo lo previniese a la doncella para no repetir la pasada escena.

Hamete, pues, oída la promesa de la hija del Cid, le dirigió la palabra en estos términos:

—Debo, en primer lugar, advertiros que no soy musulmán como muestra mi traje, sino un pariente vuestro que vela por los días de la familia del ilustre Rodrigo: Soy, en fin, Pelayo, de quien habréis oído hablar distintas veces a vuestro adorado padre. Por qué azar me hallo en esta ciudad, y cómo he conseguido deslumbrar al malvado Abenxafa, son sucesos que en otra ocasión quizás podré referiros con más sosiego y regocijo. Lo que os importa más es saber que la que creísteis aparición aquella tarde, no lo fue, sino que real y verdaderamente vieron vuestros ojos al que reputáis muerto, y cuya vida me glorio de haber salvado.

—Hamete —respondió la hija del Cid temblando de alegría—, ¿me engañan vuestros acentos, o es verdad lo que me habéis revelado? ¡Dios mío! —añadió a media voz para que no oyese Hamete sus palabras—. ¿Conque todavía hay felicidad en la tierra para mí? ¿Qué agradecimiento será bastante para pagaros el beneficio que acabáis de concederme? ¡Soberano dispensador de las humanas dichas! ¡Ah! ¡Cuán necia anduve en pensar que las desventuras del hombre no tienen término o que el cielo se olvida del corazón inocente y amante de la virtud! Perdona, respetable anciano —siguió diciendo—, que exhale mi sorpresa y tribute repetidas gracias al Dios del universo, que por vuestro medio ha librado los marciales alientos de un héroe de la cuchilla de su asesino. Admiro el valor y la pujanza del caballero del Armiño; aunque mi admiración no sale de los límites de tal, como debéis pensar de aquella cuyo corazón inflama la sangre de Rodrigo de Vivar. Quisiera, sin embargo, me dijeseis si todavía permanece en Valencia ese paladín o si, como no dudo, ha corrido ya al campo de los laureles, que es el cielo de los ánimos valerosos.

—Señora —respondió El-Hakim sorprendido del disimulo de Elvira que pugnando con las pasiones negaba saber que existían—, ese denodado guerrero hubiera desde el primer punto saltado por encima de la muerte para volar al sitio donde ondea al aire el pabellón de la libertad de España; y si yo hubiera consultado su natural entusiasmo y ardiente arrojo, le hubiera permitido desde entonces correr a la gloria. Pero como los peligros que os rodean son los incentivos y despertadores que me llamaron a esta ciudad y su regreso al campamento cristiano sacaba a luz mis ardides, no he creído oportuno hasta ahora consentir en su partida. Al presente está próximo a abandonar este recinto y os suplica que os dignéis admitirle a vuestra presencia por unos instantes para poner a vuestros pies sus homenajes.

—Sí —gritó Elvira—; quizá deseará poder decir a mi ilustre padre que me ha

visto; decidle que entre, y prevendré entre tanto a mi madre.

—Señora, recordad vuestra promesa, en virtud de la cual no podéis revelar a nadie los secretos que os he descubierto.

—Tenéis razón; decidle que en este aposento le espero.

Hizo Pelayo una profunda reverencia, y salió de la estancia dejando a Elvira en aquella especie de suspensión en la que apenas podemos dar razón de las sensaciones que experimentamos. Parece que el humano corazón acostumbrado al curso natural y tranquilo de acontecimientos de una misma naturaleza apenas puede soportar la súbita mudanza del mal que se trueca en bien, o de la alegría que se cambia en llanto. La hermosa doncella probó aún con más fuerza la verdad de esta observación, cuando el caballero del Armiño vestido de árabe entró en el aposento, y doblando las rodillas ante aquella singular y pasmada hermosura, dijo:

—¡Te veo, por fin, dulce embeleso del alma mía! He aquí el instante más delicioso que he probado nunca: es como una gota de celestial ventura que cae sobre mí para poner en olvido las pasadas desgracias. Podemos ya esperar que brillen para nosotros días más serenos, y que, vencida esta ciudad logre de ti la ventura de poder aspirar a tu mano.

—¡Ay! —exclamó Elvira—, ¡y cuánta confianza me infundían tu valor y tu nobleza! El mundo entero, acuciándome con nuevos e increíbles tormentos, no consiguiera verme suspirar por un hombre en mengua del orgullo que debe todas las veces mostrar mi sexo. Pero ¿cómo podré ocultarte lo mucho que ha padecido mi espíritu reputándote muerto, aunque el ser hija de un héroe me obliga a mostrar la risa en los labios cuando más entero y firme era mi dolor? Habíase desvanecido para mí la imagen de la felicidad, y solo anteveía una existencia árida y privada del inefable encanto de amorosas esperanzas. Aun ahora que mis ojos no dudan de la realidad de tu vida, se representa en mi imaginación como un agradable sueño de aquéllos que en mi infortunio hubieran sido mi único consuelo.

—Elvira —contestó el caballero—, mi gratitud será eterna para contigo. Podía aspirar solo a distinguirme en el campo del honor enardecido por el entusiasmo que cobro cada vez que tu deliciosísimo acento hiere mis oídos; pero cuando te dignas pagar con tus miradas las mías, ¿qué culto podré rendirte, benéfica deidad, que sea digno de ti? ¿No es a esos hermosísimos ojos a quienes debo los lauros que he cogido en los combates? Presente siempre ante los míos su graciosa luz, es como la apacible estrella que me precede en mis hazañas; un recuerdo tuyo ha bastado siempre a tornar las fuerzas a mi desfallecido ánimo, y el valor a mi brazo. ¡Oh hermosura! ¡Sin ti qué sería la tierra, o cómo existiera el heroísmo! Expiraría entonces por grados el marcial arrojado de la andante caballería y trocaríase en debilidad su pujanza.

—Siempre eres entusiasta por la belleza —respondió la doncella—, aunque pudieras decirme que también yo lo soy por el valor. Paréceme adornado de todas las

otras prendas el joven valeroso, porque nosotras nos complacemos en ver resplandecer tan brillante cualidad en aquéllos a quienes nos dignamos admitir por nuestros paladines. Pero nada me has dicho de tu partida que deseo. ¡Sentiría tanto que otro brazo que el tuyo enarbolase primero sobre el edetano muro el pendón de Castilla! Conozco que no ha sido en tu mano correr antes al campamento cristiano. Pero ahora que ya no se opone Pelayo, ningún respeto debe detenerte un solo instante sino aparecer otra vez entre tus compañeros y enjugar las lágrimas que tu muerte les habrá arrancado. Parte, y apresúrate a romper las cadenas que nos sujetan; cadenas que de día en día serán más pesadas según el enojo de Abenxafa y los riesgos que corre nuestro honor. De ti y de mi padre lo espero todo; si cuando se pelea recordando el nombre de una persona amada es tanto el brío que saca a plaza un guerrero, ¿qué será cuando defiende a esa misma persona y aguarda por recompensa su cariño?

—No tardaré —replicó el del Armiño— en reunirme con el ejército, aunque debo tomar antes muchas precauciones para asegurar a todo ruego la vida del anciano libertador a quien debo el vital aliento. Todavía si te place, nos veremos otra vez, y entonces que ya estaré próximo a partir habrás de llevar a bien que tome las órdenes de tu madre y que la haga presente algunas observaciones para vuestra seguridad, por si la fortuna se os mostrase contraria, y el bárbaro Abenxafa tendiese nuevos lazos a vuestro honor. Ahora no es justo que comprometa el secreto de que existo y cause quizá la perdición de Pelayo. Adiós, Elvira. Solo ansiaba manifestarte que todavía respiro, y que mi corazón palpita como siempre por la reina de las gracias y de la donosura. Donde quiera que el sol dore los campos, allí te presentarás tú a mi mente; en su esplendor creeré adivinar el tuyo, y en el oro de sus rayos veré un trasunto de tus cabellos.

—Te ruego, ¡oh valiente caballero! —dijo sonriendo graciosamente la doncella—, que no aprendas de los orientales a decir flores y zarandajas, que no sé por qué me disuenan al oído. Ya sabes que en Castilla se expresan lisa y llanamente los afectos sin cortapisas y que a los caballeros los llaman así sin colgarles una barra de oro que puede pesar tanto que los rompa. Dios sabe que digo esto porque he concebido mortal odio a los arrumacos desde que los he oído sonando en los labios de Abenxafa, y apenas puedo llevar con paciencia la náusea que me causa. Torno a suplicarte que no me hables en tan levantado estilo, porque el lenguaje del alma es sencillo y puro.

—¡Oh Elvira! —contestó el incógnito—. ¡Siempre las sales de ingenio han de relucir en tus amables coloquios! Te ofrezco olvidar contigo semejantes dibujos, y no encarecer ya más tu mérito; porque las humanas alabanzas no son poderosas a dar una idea justa de él. ¡Y he de dejarte! Al probar los hechizos y dulcísimos embelesos que cercan tu persona, ¿quién puede resistir al dolor de perderlos, aunque sea por corto tiempo? Todavía pareceme verte en aquel hermoso torneo donde brillabas en medio de la multitud como un lucero entre cien estrellas. ¡Con qué delicia enristraba

yo la lanza tirando por entre las barras de la visera el sol de tu hermosura! Suave y puro como el esplendor del alma ha venido más de una vez tan amoroso recuerdo a alegrar mis tristezas en el abismo de la desgracia. Ya por último entreveo el fin de las penas: porque si me amas, no dudará tu padre conceder su hija a quien si no le iguala en méritos, no es de inferior nacimiento. Pero me olvido de que debo ausentarme puesto que cada instante que pierdo aquí será un tormento para su existencia. Quédate en paz, graciosa Elvira, y el cielo quiera acelerar la hora de volvernos a ver.

—Adiós —le atajó la doncella—, no te detengas, que el agradecimiento es antes que el placer que probamos hablándonos.

Los dos amantes se separaron después de otras dilaciones que felizmente les ocurrían para gozar un punto más de su conversación. Porque las despedidas de los enamorados son largas como las noches del invierno. No es fácil decir la revolución que en el ánimo de la hija del Cid produjo esta escena; porque ver aparecer de nuevo una perspectiva agradable y lisonjera cuando nuevos remedios hallaba a su infortunio, había por precisión de cambiar el curso de sus naturales pensamientos. Entre todos los tormentos posibles, no hay ninguno que no deje con sus punzadas una sombra de esperanza capaz de regocijarnos con la idea de un porvenir más felice, pero cuando se busca la dicha en una persona, y esta deja de existir, entonces no queda resquicio alguno al consuelo. Elvira no podía aún conocer toda la extensión de los bienes que la fortuna le devolvía, al paso que obraron en ella las reflexiones, se paladeó con su delicia.

Dirigiose con pausados pasos a la habitación de su madre embebida en sus ideas, cuando encontró a Abenxafa atildado y vestido de gala, como si se encaminase a algún festín. Detuvo la presurosa planta el sarraceno, y saludando a la doncella con graciosos ademanes y corteses expresiones, le rogó que le siguiese al jardín donde deseaba hablar con ella por unos momentos. Parecía más afectuoso que nunca, y en sus miradas, en el tono de su voz, en su persona campeaba cierta suavidad que no le era natural, y que anunciaba a las claras alguna súbita y grande resolución.

—¡Válgame Dios! —exclamó la hija del Cid—, ¡siempre al bien se ha de enzarzar el mal! Pero ánimo, corazón mío; inventemos trazas y ficciones siguiendo el curso de las aventuras que, según lo que en mí se multiplican, puedo ufanarme de ser mujer de importancia.

Tras esto, tomando un semblante alegre, respondió con voz dulce y encantadora que otorgaba al árabe la gracia que solicitaba y que le acompañaría al vergel. No dudó el monarca moro al oír tal respuesta que Elvira bebía los vientos por él, como suele decirse, lo que ya se había imaginado, y llegando a la roca de donde se precipitaba la cascada, se sentó en ella rogando a la hermosa castellana que hiciera lo mismo. Sentados, pues, ambos en aquella deliciosa cumbre de donde tendiendo la vista se descubrían las fértiles campiñas que floreaban los cristales del siempre manso

Turia, y de donde se distinguía también la punta de la ondeada bandera de la Cruz, tomó la palabra Abenxafa, y se explicó de esta manera:

—No juzgues, hermosa cristiana, que el temor de verme sitiado por las huestes de tu padre o la pérdida de una batalla me traen a tu presencia a poner en voz las blandas proposiciones que he resuelto hacerte. Muy pronto poderosos ejércitos de África mandados por aguerridos capitanes volarán en mi socorro, y verás a los orgullosos nazarenos besar humildes la cadena que ligará sus manos. Pero no, el amor que te profeso y los sentimientos pacíficos que me inspira obligame a poner un término a tamañas desgracias, puesto que es en mi mano el remedio. Ofrezco dar la libertad a tu madre y aliarme con el valiente autor de tu existencia si consientes en ser mi esposa y en subir al trono que yo ocupo. Dirás que ya otra vez y en circunstancias no tan peligrosas para mí pronuncié la misma promesa que tú despreciaste; pero no he concluido aún, ni paran ahí mis intenciones. Juro seguir los estandartes cristianos y hacer la guerra a mis compañeros de armas con tal que no me obliguéis a cambiar de culto y que pueda en mi interior seguir la religión del Profeta.

—Admírame vuestra resolución, Abenxafa —dijo la hija de Jimena sonriendo agradablemente—, y a no creerla obra de las pasiones que preocupan la razón, me guardaría bien de combatirla. Os engañáis, si pensáis que mi padre, el valeroso Rodrigo de Vivar, sea capaz de pagar con la mano de su hija una acción que llamaría alevosía; porque habéis de saber que hay una notable diferencia entre el modo de juzgar de ambos pueblos. Creedme, generoso monarca, debéis esperar a que los ejércitos africanos destrocen y desbaraten a los sitiadores; y entonces que estaréis en el caso de imponer condiciones a los vencidos, vendrá de molde el cumplimiento de vuestros deseos sin descender a humillaciones que reputo indignas de tan poderoso guerrero. Los castellanos llevan su orgullo al último punto de exaltación, y se tienen por tan denodados y potentes, que el mundo entero les parece poco, vos no los conocéis, y por eso en la fuerza de vuestro entusiasmo concebís pacíficas ideas que os seducen. Hablar de paz a los españoles es lo mismo que tratar de desesperarlos, porque han nacido en el campo de batalla cuando sus padres disputaban a los vuestros el cetro de los godos en los montes de Asturias. Paréceme difícil enfrenar a una generación belicosa y que ha mamado con la leche el amor a la independencia nacional, mejor es vencerla y levantarse sobre sus ruinas.

—¡Grande Alá! —contestó el sarraceno—. ¿Es posible que tan sutil ingenio haya cabido en suerte a una mujer? Bella castellana, la posesión del paraíso celestial no puede ser tan grata como deliciosos son tus acentos. Conozco la verdad de cuanto me has dicho: me aconsejas lo que a mi gloria y a mi ventura conviene. Cuantas veces recuerde tus consejos otras tantas bendeciré los mostrarme labios que se han dignado mostrarme el camino del deber. Entre tanto, gozaré la delicia de verte, y si no te ofendes, me tomaré la libertad de hablarte con más frecuencia, porque no debo vivir

privado de tantos encantos, cuando tú no te niegas a desplegar las alas de tu agudeza en presencia de tu adorador. ¡Ah! Días hace que no se me ocultan tus pensamientos: el rubor y la falacia que enseñan a las doncellas los nazarenos te ponen un candado en la boca, pero ¿qué importa si tus acciones declaran los afectos del alma?

—Dejando aparte vuestras conjeturas —le interrumpió la resuelta doncella—, conviene que disimuléis vuestro cariño, pues aunque el poder no necesita de precauciones, sin embargo, espero este favor de vos en gracia de la confianza que os he dispensado. Pláceme mucho más el misterioso afecto de un guerrero que obedecer mis órdenes sin aspirar a otra recompensa que el que me digne dárselas, que no las públicas demostraciones de un amante que para nosotras siempre son desagradables y equívocas. Bien veo que os causarán extrañeza costumbres que para vos son nuevas; pero ya que os queréis sacrificar en las aras de las bellezas de Castilla, necesario es que aprendáis los sacrificios únicos que se dignan admitir.

Iba a responderle Abenxafa, pero levantándose con precipitación Elvira se alejó después de haberle dirigido un gracioso saludo de despedida que le dejó absorto e indeciso. En verdad que se dio a entender que aquellos desdenes de la hija de Rodrigo serían usanza de los castellanos, y que a fuer de enamorado debía llevarlos con paciencia, porque adivinaba por sus artes y magia que la tal doncella andaba perdida de amor por él. A pesar de su perspicacia se engañó otra vez de medio a medio, porque la cristiana que al principio se había entretenido a costa del árabe para tomarse tiempo y engañarle con quimeras esperanzas, se hastió por último de su plática, y aprovechándose de aquel momento en que le vio dispuesto a todo le volvió la espalda con gentil gracia. Viola entrar en su palacio el rey de Valencia admirando la esbeltez de su talle y el majestuoso continente con que caminaba y soñó en su imaginación futuras delicias que había de gozar en compañía de aquella hermosura. Hubiera él ordenado al instante sus falanges y salido contra los cristianos si no asaltara su mente la derrota que tan presente tenía. Mejor será aguardar los refuerzos de África, dijo entre sí; y representándose los combates en que saldría vencedor y las venturas que lograría casi estuvo en un tris que no diese dos zapatetas en el aire de pura alegría, olvidándose de la gravedad que conviene a los que ocupan los solios de la tierra. Quiso Dios que se contentó con disparar en larga risa; y asaz alegre y por demás satisfecho dio la vuelta a su estancia a manifestar a los suyos el regocijo que le inundaba. ¿Y todo esto por quién? ¡Oh poder de la hermosura y de las amorosas palabras! Tú eres el norte de los humanos afectos; todo cede, todo se rinde y todo se postra a tus plantas.

Capítulo duodécimo.

Los embajadores persas.

La victoria de Villanueva no solo inflamó y acrecentó el entusiasmo del ejército español, sino que enriqueció de todo punto a los soldados con los preciosísimos despojos que encontraron en los edificios de los sarracenos. Collares de gruesísimas perlas y grandes piezas de oro abundaban con tanto exceso que apenas podían darse a entender los cristianos que dentro de la ciudad quedase riqueza alguna. Regocijados en extremo con el botín y encantados, por decirlo así al admirar la diáfana hermosura de aquel cielo despejado y sereno, y donde el sol brilla con toda su pompa y majestad, discurrían por las fértiles riberas del Turia, cuyas olorosas hierbas despedían una aromática fragancia.

Valencia, situada en un dilatado llano y a la orilla misma del río, era por su templado clima, abundante suelo, feracísimos campos y por su proximidad al mar, una de las ciudades más hermosas de Europa, y al mismo tiempo más ricas. Prosperaba en ella el comercio con África y con los distintos puntos de España que poseían los árabes; y dando salida los naturales a los granos que les sobraban, adquirían los otros objetos necesarios para hacer deliciosa la vida. Atravesaba el Turia a Valencia corriendo por medio de sus principales plazas plantadas de pomposos olmos y sauces que le daban un aspecto campestre y agradable; y aunque sus calles eran estrechas según costumbre de los sarracenos, no por eso carecía de asombrosos edificios. Alrededor de sus murallas había muchos y muy bellos jardines que servían de recreo y solaz a los ciudadanos; y aun si hemos de dar crédito a una antigua crónica, herloseábanla graciosísimos paseos decorados con fuentes.

La belleza de la ciudad no podía de modo alguno compararse con sus contornos; necesario era ver reverdecida la tierra en las cuatro estaciones y llena de colmados frutos, que abundantemente se desprendían de las ramas desgajadas con su peso, para dar una idea de la amenidad de este amoroso vergel. Veíanse dilatados bosques de frondosos árboles que regados por los cristales del vecino río levantaban la erguida copa cercada de lustrosas hojas. Alfombraba a todas horas la arena, olorosa azahar que el viento arrancaba de los ordenados naranjos que ostentaban la nivea flor y el dorado fruto a un mismo tiempo, y confundíanse sus caídos y olorosos cálices con el jazmín, la rosa, la violeta y el áureo aroma. Deslizábanse las aguas susurrando blandamente, o quizás saltando a un suelo más hondo se deshacían en líquida, espuma que argentaba su corriente.

Tantas delicias no podían menos de alegrar el corazón de los guerreros,

haciéndoles concebir una ventajosa idea de la holgada vida que podían pasar en tan amena morada, donde los más sabrosos y delicados alimentos se vendían al más ínfimo precio. Experimentaban entonces por sí esta verdad: pues los colonos que no podían introducir en Edeta las producciones de sus campos, las ofrecían a los sitiadores con magnífica abundancia. Descubriéndose en los arrabales que habían tomado los cristianos elevados montones de dulces naranjas, cestas de coloradas fresas, ricas carnes, verdura de todas clases y un pan tierno y delicado para aquel tiempo. Y mientras en el campamento del Cid andaban tan abundantes los manjares, principiaban ya a escasear en la ciudad, poniendo en mucho aprieto a los sarracenos siempre confiados en los socorros que aguardaban de los almorávides.

Sonó a deshora una armoniosa música en el arrabal y apareció montada en suntuoso palafrén y rodeada de caballeros que a fuer de cortesés alternaban en tener las riendas a la hacanea, la donosa hija del Cid, doña Sol, que había permanecido hasta entonces en el castillo de Cebolla. Cual suelen las canoras avechillas disparar en suavísimos trinos y amorosas alboradas al salir encendido de las brillantes hondas el padre de la luz, y saltan de rama en rama ejercitando sus arpadas lenguas en cien distintos y dulcísimos tonos, no de otro modo al ver a la doncella los paladines del ejército del Campeador rompieron los aires con festivos vivas y voces de algazara. Correspondía doña Sol con graciosas sonrisas y cortesanos saludos a estas públicas demostraciones de alegría; y su nombre repetido de labio en labio encendía en los corazones la llama de la admiración y del patriotismo. Cubría el rostro de la hija de Rodrigo un delicado velo que tuvo la cortesía de alzarse, y dejar sostenido por detrás de los rizos el que contornando sus delicadas facciones daba mayor realce a su hermosura. Arrojaron al aire los guerreros sus celadas al gozar de lleno en lleno las miradas de la apuesta señora y por todas partes se compitieron los aplausos y las alabanzas a su gentileza y donosura.

—¿Y no halla ya entre nosotros —decían algunos— a su adorada madre? Esta reflexión hacía asomar a sus ojos tiernas lágrimas de despecho, pareciéndoles que era una mengua para los que se llamaban caballeros de Castilla el no haber libertado ya a Jimena de la esclavitud en que yacía pero en aquel punto llamó la atención universal una escena patética de amor conyugal y filial. Al instante que llegó doña Sol al edificio que habitaba Rodrigo, y que estaba vecino a la mezquita donde el aire tremolaba al estandarte de Castilla, abrazó a su hija y encaminándose juntamente con su fiel amigo Ordóñez de Lara a lo alto del alcázar, subieron a un torreón de arquitectura gótica, que en forma de aguja o miramar se elevaba a una prodigiosa altura. Tendió el amoroso héroe los ojos al palacio del rey moro y mostró a su hija el techo bajo el cual habitaban su madre y hermana, pero no bien había expirado en sus labios la frase, cuando divisaron y claramente reconocieron a la enamorada Jimena, que con el fin también de contemplar de lejos la bandera de su esposo, habíase

encaramado a la techumbre o tejados de palacio. Descubriolos sin dilación la matrona, y agitando con presurosos movimientos el blanco pañuelo que llevaba en sus manos, dio muestras de indudables señales de que fácilmente los distinguía. Tendía doña Sol los brazos hacia su madre con cariñosos ademanes, mientras Rodrigo, enternecido con la vista de su esposa, le dirigía afectuosas miradas. Así permanecieron largo rato excitando la ternura de cuantos los miraban, que no podían menos de llorar ardientemente, viendo el extremo en que rayaba el mutuo afecto de aquella ilustre y virtuosa familia.

Descendieron unos y otros tristes en demasía, considerando los peligros que todavía los cercaban y que quizá serían parte a separarlos para siempre. Ordóñez, con el fin de distraer la melancolía de su amigo y apartar de su imaginación los objetos que le conmovían demasiado, le convidó a pasear aquellas florecientes riberas bañadas entonces con el aljófár de la mañana. Reía de puro alegre la huerta, y caminando los héroes por el borde mismo del agua vinieron a sentarse bajo de dos tilos en un escaño de piedra. Levantábase por las espaldas el majestuoso y aurífero sol, bordando de púrpura, zafiro y oro las lejanas nubes; y mil parleros ruiseñores le entonaban himnos de regocijo escondidos entre las verdes hojas de donde le veían encumbrarse al cénit. Daban rostro el de Lara y el de Vivar a una espesísima selva de árboles frutales, donde todavía en agraz se descolgaban la pera, la manzana y el melocotón, tal vez interpolados de dulces cerezos. Refrescaban tan apacible sitio limpios y sosegados arroyuelos que nacían del Turia corriendo en diferentes y sesgas direcciones y descubriendo en su claro fondo guijas de vistosos matices. Poblábanlos invitando a la pesca pequeños barbos y ligeras anguilas, para que nada quedase que desear; y triscaban jugueteando y recogiendo la verde fruta lindísimas zagalejas cubiertas con delgadas y sutiles telas, que velando sus encantos los subían de punto, porque en aquellos tiempos de ignorancia y sencillez bastaba en los campos cualquier traje para tener a rienda los humanos pensamientos que no se despertaban tan fácilmente como en nuestros días en que la amorosa solicitud penetra por los resquicios y por el aire.

Veo —dijo el Cid— que es éste el más bello país de Europa y que lleva grandes ventajas a la misma Italia, a la que tantos elogios prodigan los extranjeros. En verdad que me pasma y encanta la abundancia de las exquisitas frutas que penden de aquellos árboles, y pienso morir en este cielo de felicidad, pues mi admiración no acierta a darle otro nombre.

—Pues a mí —respondió el de Lara—, no tanto me arroban la amenidad y belleza de tan plácidas riberas, como la singularidad de algunos usos del país y la alegría de sus habitantes. He recorrido todas las cercanías y pueblecitos inmediatos que se descubren en esta llanura y he tenido tan sabrosas pláticas con algunos aldeanos que, por malos de mis pecados, en un siglo no los hubiera puesto fin. Es de saber que son

todos gente alegre y de lucios cascos, tan dispuesta a dar dos zapatetas y entonar una jácara, como a romper los terrones y empuñar la ballesta. Cómense las manos tras la armoniosa dulzaina, que es la música a que se muestran más aficionados, y los muchachos van alrededor de los músicos que la tañen danzando y brincando; y de tiempo en tiempo ponen la cabeza en el suelo y los pies en el aire, haciendo una voltereta que es señal de sumo regocijo entre ellos.

—¡Válgate Satanás por la invención —gritó el Cid—, y qué ligeros deben de ser los tales rapaces! Diera de buena gana una dobla de oro por verles ejercitar tan extraña habilidad, que por la cuenta les vendrá como anillo al dedo.

Y cuando tanta soltura cae sobre sus hermosas figuras como generalmente tienen, tal sea mi vida siempre, como ella parece, ¿y no has observado, si te place, qué gracia o raro saber distinguen a las zagalejas de estos contornos, que si se asemejan a las que he visto, son tan blancas coma el ampo de la nieve y tienen unos negros y brillantes ojos?

—Mal año para mí si no pueden tomar un púlpito en cada mano e irse a predicar agudezas por esos mundos, según es de donosa y picante su lengua. Digo que a pesar de mi natural aversión a las hazañerías de este sexo, estaba colgado de sus palabras que me sabían a almíbar sobre buñuelos. Pero lo que principalmente ha llamado mi atención es la limpieza de sus casas, que parecen escudillas de plata; alfombradas con hermosos azulejos, de modo que el piso puede servirles de espejo para rizarse el cabello, y para aldeanas gastan, un lujo y un aseo que sorprende a primera vista.

—Vuelvo a decirte, Ordóñez —replicó Rodrigo—, que éste es el más encantador país del mundo y que resuelvo acabar en él mis días si consigo tener a rienda el natural entusiasmo por las armas que me lleva de guerra en guerra sin dejarme vivir holgado y pacífico en brazos de la más amada de las esposas. Porque es de todo punto imposible reunir más bellezas y mayores ventajas para regalo del hombre y alegría del corazón que las que anteveo y observo cada día en esta tierra. No puede menos de ser eterno en ella el siglo de oro de que nos cuentan cosas asaz admirables los poetas. Y si tú, amigo mío, quieres permanecer aquí a disfrutar las riquezas que deben pertenecerte y tocarte de esta grande conquista, holgaré de vivir en compañía tuya, y nos daremos traza todos juntos para llenar la medida de la humana ventura. Pienso a las orillas de este mismo río, o por mejor decir, sobre él, levantar un alcázar de placer o recreo, donde gocemos las deliciosísimas auroras de mayo, y respiremos el fresco ambiente en los calurosos días de agosto. Y si agregas a estas delicias una compañera amable, hermosa, discreta y adornada de virtudes, ¿quién duda que tu dicha será envidiada de los más poderosos monarcas del orbe?

—Huelgo —contestó el de Lara— de todas esas felicidades que me anuncias, y procuraré solazarme con la fortuna que me quepa, metiendo las manos hasta los codos en ellas, excepto en el último punto: porque pensar que he de sujetarme a los

caprichos de una hermosura y renunciar los verdaderos gustos que en la errante vida de los caballeros se prueban, es pensar en lo excusado.

—¿Sabes lo que te digo, Lara? —le atajó el Cid—, que a los ojos de algunos eclipsas en parte las brillantísimas cualidades que te hacen acreedor al renombre de héroe, por andar algunas veces cruel en demasía contra las bellezas a quienes estamos obligados los paladines a acatar, reverenciar y adorar a todo ruedo. Una de las causas por que a mi entender es más útil y alabada la caballería, es por la protección que dispensa al sexo débil, defendiéndole contra los que le hacen desaguisado, enderezando sus desaciertos y amparando sus necesidades. Así encarecidamente te ruego que calmes y pongas freno a esa aversión, que no sé cómo conciliar en hombre de tantas prendas.

—Ya sé —dijo algo sonrojado Ordóñez— que es mi deber derramar hasta la última gota de sangre por obedecer la menor mirada de una beldad en cumplimiento de las órdenes de nuestra caballería, pero al mismo tiempo conozco que tanto como valen esos astros mirados de lejos, pierden de quilates a medida que una se acerca; y así me contento con tributarles el culto a que soy obligado sin besar, empero, las reliquias, no sea que se desvanezca el prestigio. Y como las ideas de los hombres son varias y cada cual descuella por un capricho, el mío es éste, sin que esté en mi arbitrio trocar la naturaleza y cambiar las inclinaciones que me han cabido, según el signo en que nací, que o yo sé poco de astronomía, o no debía ser la estrella de Venus.

Riose Rodrigo de Vivar de la extraña aprensión de su amigo, y en esto vieron llegar a Nuño que recorría aceleradamente la vega en su busca, para comunicarles una alegre nueva.

—Señor —dijo al Cid—, vuestras hazañas llenan ya con su fama el orbe todo, y no hay rincón alguno tan escondido ni tan poco favorecido de los rayos del sol donde no hayan resonado en boca de los trovadores. Acaban de saltar a la arena unos embajadores de Persia, a quienes envía el gran Soldán a felicitaros por vuestros triunfos, movido de la gran admiración en que le han puesto y acompañan la embajada con riquísimos y exquisitos presentes que valen un reino.

—Por San Lázaro —gritó Lara—, que cuando se sepa en Burgos este hecho han de morderse las manos los señores aduladores que trastornan con sus calumnias la cabeza de Su Majestad. En Dios y en mi conciencia, que es éste el día en que me anda brincando el gozo por el alma al ver premiados el mérito y la virtud, y que he de poner sobre las niñas de mis ojos a ese valeroso Soldán, que tan levantados pensamientos concibe. ¿Pero no os han dicho, amigo Nuño, por qué camino han penetrado a tan dilatada distancia los heroicos hechos de armas de nuestro jefe?

—Dicen —respondió Nuño— que fue a Persia un mercader de Flandes con hermosos cuadros, en cada uno de los cuales estaba pintada al natural una de las grandes victorias del inmortal Cid, y que habiendo comprado las pinturas el Soldán,

enamórose tanto del valor y felicidad de nuestro héroe, que pasaba las noches y los días mirando y remirando los cuadros. Pero el que principalmente le dio una elevada idea del patriotismo y del amor a su nación fue uno que representaba el concilio celebrado en Roma. Veíase la iglesia de San Pedro con las siete sillas colocadas para otros tantos monarcas, unidas la del Padre Santo y la del Rey de Francia; y la del de Castilla puesta una grada más abajo. Estaba nuestro héroe en ademán de romper de un puntillón el ebúrneo asiento de Francia y encumbrando con sus manos el escaño del soberano de Castilla; su Santidad parecía en el acto de descomulgarle con general agitación de los príncipes que se hallaban presentes.

—¿Y no se notaba allí —preguntó Rodrigo— al Pontífice alzando la descomuni6n, y absolviendo aquel primer ímpetu de su entusiasmo? Porque entonces deberán de creer por aquellas tierras que todavía huelga de mi pobre sallo la tal descomuni6n, y vive Dios que me pesaría que el señor Soldán me hubiese cobrado cariño por esta causa.

—No han dicho nada de eso los embajadores —contestó Nuño—, quienes se hacen lenguas de vos y así desean veros y daros la embajada como si les fuese en ello la vida.

—Lo que yo no sé —le interrumpió Ord6ñez— quién les haya podido dar noticia del sitio donde a la saz6n residimos, porque si en Persia por la cuenta les dieron a entender que en Burgos, ¿cómo han desembarcado en este mar y han venido de hilo a buscarnos?

—A lo que pude comprender —replicó Nuño—, se dirigieron en derechura a la Andalucía con resoluci6n de tomar los informes necesarios, sabiendo que el espíritu guerrero del Cid le lleva de pueblo en pueblo sin morada fija; y como entre los señores andaluces no se habla de otra cosa sino del sitio de esta insigne ciudad, fácilmente pudieron saber a punto fijo el camino que debían tomar.

—Ahora, pues, lo que importa —añadió el de Vivar— es que se pongan en buen orden las haces del ejército, no solo para recibir con la debida pompa a los embajadores en premio de las muchas leguas que han tenido que pasar para cumplir con su mensaje; sino también para que los paladines de la Cruz se alienten y regocijen al ver el público testimonio y homenaje que tributan los soberanos al escaso mérito que en mí reconocen. Porque al considerar alguno que ando desterrado de Burgos, no digan, como dicen, que la fortuna y las cortes persiguen siempre a los que se distinguen con nobles y heroicos hechos; porque cuando a los que obran bien les quedase solamente el convencimiento propio, bastaba para hacerles felices, cuanto más que la fama que siempre es justa no respeta cetros ni coronas, ni a despecho de los envidiosos premia los esfuerzos de la virtud con una buena opini6n, que debe ser el más grande estímulo para las almas elevadas. Dulce es andar por esos mundos en boca de las gentes con general aprecio: porque a pesar de que ninguna ventaja

proporciona en vida la fama póstuma, es, sin embargo, una verdad que el pensar en ella lleva consigo un no sé qué delicioso que halaga nuestro amor propio; y aunque no la hallamos de disfrutar, nos agrada imaginar que nos cabrá en suerte. Sea enhorabuena un sueño, sea un bien puramente hijo de la imaginación la gloria y que está cercado de espinas; ¿no goza el hombre más arrobado a un mundo ideal y perfecto, que rastreando por la árida tierra que habita? ¿Y qué diremos cuando este sueño produce las hazañas más útiles al género humano, cuando es el aliciente y más poderoso despertador del amor patrio? ¿Hubiérase Leónidas sacrificado en las Termópilas a no antever la gloria que a su patriótico arrojo se seguiría? ¿Hubiérase Mucio abrasado el brazo, a no estar seguro de las alabanzas que merecería su generoso sacrificio? Pues si el único resorte para levantar las alas del humano corazón a grandes y atrevidas empresas es el amor propio, y a éste se le halaga y pone en movimiento con la esperanza de la inmortalidad, estimulemos su acción en vez de procurar inutilizarla. Y por ahora vayamos a festejar a los enviados persas y a ver los presentes del Soldán, que no pueden menos de ser ricos y apreciables, según es de poderoso el que los manda.

—Juro en mi ánima —dijo Ordóñez de Lara, levantándose del asiento— que me has dado un rato delicioso y bien diferente de aquéllos en que te pones a quemar inciensos a la belleza. Porque en mi concepto hay tanta distancia del mérito del valor al de la hermosura, como de la luz del sol a la de las estrellas. Las gracias son un don que da de balde la naturaleza, sin que tengan que hacer más para recibirlo y conservarlo, que echarse a dormir y adornarse y acicalarse como mejor plazca a cada dama; cuando el arrojo, a más de adquirirse con la educación, requiere un temple de alma muy al propósito y vencer para sacarlo a plaza cuantas incomodidades traen consigo la guerra y sus reveses.

Entró el Cid en el edificio y ordenáronse las haces cubriendo las calles del arrabal por donde habían de pasar los embajadores persas a ofrecer los regalos del Soldán. Leíanse en los semblantes de los guerreros la alegría y el pasmo que les ponía aquel ejemplo extraordinario de la altura a que se encumbra el valor; y por todas partes reinaba la algazara mezclada con tumultuosas y repetidas aclamaciones. Porque la gloria del general ufana y anima al soldado que piensa tener en ella una parte como resultado de las victorias a que ha contribuido con la fuerza de sus brazos; y porque el orgullo militar se complace de poder decir: «He peleado bajo las banderas de un héroe cuya fama eclipsa y pone en olvido la de los Pompeyos y Alejandro».

Los enviados del Soldán, admirados de tanta pompa, se presentaron a Rodrigo de Vivar con timidez y embarazo; y después de saludarle a estilo oriental con profundas reverencias y genuflexiones, tomó la palabra uno de ellos y dijo:

—Nuestro poderoso soberano, el Soldán de Persia, nos envía, sol de Castilla, a saludarte en nombre suyo. Porque la alta opinión de tus hazañas ha penetrado hasta su

imperio y henchido de entusiasmo por tu noble persona su real corazón. Dondequiera que los hombres amen a su patria y dondequiera que el honor sea el ídolo de los ciudadanos, han de rendir este vasallaje al heroísmo que conserva y defiende a la una, y asegura y hace resplandecer el otro. Justo es, pues, que desde las más ocultas y lejanas naciones tributen los monarcas de la tierra incienso al héroe de su siglo, llamado con razón el rayo de los combates y el águila de Occidente. Y para que traigas a tu memoria, Cid valiente, la amistad de nuestro soberano y el público testimonio que a la faz del universo paga a tu mérito en ínclitos hechos de armas, te suplica te dignes admitir este corto don que te ofrecemos.

Calló el orador y al punto los criados pusieron sobre ricas mesas preciosas alhajas y barras de oro y plata, incienso, mirra, hermosos mantos de púrpura y algunas tiendas de campaña de seda labradas con exquisito primor y maestría. Y al propio tiempo preguntaron a quién debían entregar gran copia de camellos que componían igualmente parte del regío presente. Absortos estaban todos con la riqueza de los enviados que en sus trajes y finos modales mostraban ser, como en efecto eran, parientes del Soldán. Rodrigo se regocijaba de que sus armas hubiesen ilustrado así su nombre, y de que se pusiese en claro la injusticia con que le habían echado de Burgos, cuando España debía honrarse de haber sido su cuna. Respondió, pues, a los persas en estos términos con aquella amabilidad que le distinguía de todo punto de los otros guerreros que por lo común eran de carácter áspero y brusco:

—Mucha satisfacción me causa que el haber cumplido mis deberes con mi patria y con mi Rey me haya granjeado una buena opinión, que es el premio más lisonjero a que podía aspirar. Decid a vuestro soberano, que admito con sincero reconocimiento su amistad; y que si la diferencia de nuestros cultos y mis años no cortasen las alas a mis deseos iría personalmente a pagarle la prueba de singular cariño con mis servicios, porque no debe ser cobarde quien acata y honra tan particularmente al valor. Pero ya que el cielo niega este desahogo a la gratitud que inflama mi pecho, confío que vosotros le significaréis mis sentimientos del modo mismo que yo hago con vosotros. Dadle en mi nombre repetidas gracias por el don que con mano generosa me ofrece por vuestro medio, y rogadle que tenga a bien recibir una prueba de mi respeto.

El héroe de Vivar presentó en seguida a los embajadores los principales jefes del ejército, y mandó desfilar por frente del edificio a las ordenadas haces para que hiciesen ostentación de su bizarría y marcialidad. Tras esto, acomodó a los persas en su mismo alojamiento, llegando su bondad hasta el punto de agasjarles con fiestas y otras demostraciones de contento, y pidioles que no regresasen a su país hasta verle entrar triunfante en la hermosa Valencia. Mucho gusto dio a los enviados del Soldán la cortesía del Cid, cuyo arrojo y afabilidad no sabían cómo aunar, juzgando la una prenda incompatible con la otra. Ordóñez los acompañaba por hacerles merced, a

visitar los pueblos inmediatos, recorriendo las floridas vegas del Turia y del Júcar, cuya situación y graciosas campiñas alababan con muchas veras.

Este acontecimiento imprevisto contribuyó también a la conquista de la ciudad, no solo por el orgulloso arrojo que despertó en los soldados de Rodrigo, sino también por el pasmo que causó a los moros al ver que hasta los soberanos de su culto y de tan lejanas tierras se honraban con la amistad de un adalid cuyo poder era ya formidable. Admíranos en verdad, el que un hombre solo desbaratase a las veces y venciese numerosos ejércitos, pero si consideramos el espanto que causaba su nombre, fácilmente comprenderemos este arcano. Semejante al estallido del trueno el grito de «el Cid vence» aterraba a los musulmanes, que se atropellaban en su fuga por escapar de aquel acero cuyos golpes eran de muerte. Su prestigio, pues, la aureola que brillaba en su cabeza, bastaban sin el auxilio de su brazo invencible a inclinar a la victoria, cuyo carro rodaba siempre en derecho de Castilla, como si aquél fuese el punto donde debía dirigirse.

Capítulo decimotercero.

La sorpresa.

La hora del alba sería, cuando la linda Elvira, que pasaba por muy amiga de madrugar, salió a esparcirse por la florida vega que humedecían los cristales del ameno Turia, por frente del real alcázar de Abenxafa. Seguíanla en zaga y a larga distancia fray Lázaro y Gil Díaz, que se profesaban singular cariño, y que holgaban también de gozar los encantos de la aurora que en aquella estación y en aquél en extremo regocijado país no podía menos de ser deliciosísima. Cubrían en otro tiempo la espaciosa plaza, a esta misma hora, las ricas producciones de la tierra, amontonándose las dulces frutas y sabrosas verduras; al presente, escaseaban ya los comestibles, por el asedio, y estaba casi desierta y desprovista del necesario alimento.

Caminaba delante sola y señora nuestra doncella, como hemos dicho, y nuestros dos amigos, que iban con más reposado continente, se detuvieron un momento para corresponder a los saludos de un moro que al principio no reconocieron, o sea por el espacio que mediaba, o sea porque todavía era débil la vislumbre del día. Mas luego vieron ser el señor Vellido Dolfos, que se les reunió con muestras de mucho agasajo, y les dijo:

—Vengo a solicitar de vosotros una gracia, amigos míos, confiado en el retorno que merece el amor que os mostré mientras la suerte de la guerra os hizo esclavos míos.

—Si así es —le interrumpió Gil—, cuente su merced con una tanda de azotes, igual a aquélla de marras; cuente con que nos ha de servir trabajando a destajo, entre tanto que nosotros nos solazamos bonitamente con descargarle sendos latigazos que le pongan como nuevo; y cuente con que ha de comer solamente queso, pan y agua. Porque justo es que a quien pide tortas se le dé sahumadas y nosotros no somos hombres para hacer pleito por punto más o menos.

—Bendiga Dios esa lengua —exclamó fray Lázaro—, para que podáis algún día tenerla a raya y no encajar a cada triquete tamaños disparates. Si todavía ignoráis, hermano, lo que quiere el señor Vellido, ¿a qué viene esa cáfila de sandeces? ¿No podía desear confesión, arrepentido de sus muchos y enormes delitos? ¿Y os parece que en ese caso podía yo en conciencia negarle su demanda, por más que muestren todavía mis carnes señales de su crueldad para con nosotros?

—Vuelvo otra vez a mi cuerpo —contestó Gil— cuanto he dicho y de ahora para siempre lo anulo y doy por mal pensado y peor hablado.

—Lo que os ruego —añadió entonces Vellido— es que uno y otro intercedáis con doña Jimena, a fin de que me dé una recomendación para su esposo con seguridad

plena de no tomarme cuenta del pasado tiempo; y con este documento pienso fugarme a su campamento y abandonar esta ciudad, que, voto al diablo, no tardará en caer en manos de los sitiadores.

—¿Y eso no más exige de nosotros su merced? —preguntó el socarrón del criado—. Pues a fe mía que he recomendado más de una vez a su merced con tales veras a las señoras mis amas, que han ofrecido encumbrarle tanto, que no le alcancen sino con llamarle señoría. Me dejaría yo pelar las barbas antes que consentir que tocasen los vencedores un solo cabello de la cabeza del buen Dolfos mi antiguo camarada, y poco ha dueño de mi persona. Y así tengo por excusada la petición, pues ahora vaya con documentos, ahora sin ellos, le recibirán de perlas los cristianos.

—Pues yo —replicó fray Lázaro— he de interceder con doña Jimena para lo que pide Dolfos, porque mi conciencia me manda que pague el mal que me ha hecho con bienes.

—Es su paternidad —le atajó Gil— espíritu de quimera conmigo, y no haya miedo de que una sola vez esté a mi razón. Así recomendará mi señora a un traidor, como lloverán torreznos; y juro a tal que no le han de valer excusas, y ha de satisfacer la deuda que conmigo tiene sobre los azotes que me mandó dar. No, sino andaros con rodeos y melindres, que en cayendo su merced en manos de Reynaldos y Gayferos, mis amigos, sabrá con quién las había.

—Bellaco —gritó Vellido—, ve y cuenta a esos señores que mi mano ha visitado tus carrillos.

Dicho esto, descargó sobre el pobre Díaz tal bofetada, que casi dio con su cuerpo en tierra; pero saliendo el escudero de su acostumbrado paso, con aquel insulto, asió de las barbas a Dolfos, y comenzaron los dos una escuderil pelea de araños, mojicones y patadas. El criado sacudía al regicida, el regicida al criado, fray Lázaro gritaba haciendo ademanes para ponerlos en paz, y al ruido del alboroto, de los porrazos y de las voces del religioso, volvió la cabeza Elvira, y soltó las riendas a la risa, al ver los hinchados mofletes de Gil que chispeaban de puro colorados, los hundidos ojos de Dolfos que arqueaba las cejas y apretaba los dientes haciendo graciosos visajes a cada golpe que recibía, y la flema y remanso de fray Lázaro, que se contentaba con darles voces, sin tomar parte en el combate.

Acercose la doncella, y al verla, por un natural movimiento de respeto, cesaron ambos combatientes en la pelea, poniendo unos rostros compungidos y melancólicos.

—¿Qué es esto —preguntó Elvira, sonriendo cariñosamente—, amigo Gil? ¿Y el voto de vivir pacífico y sosegado, qué se ha hecho?

—Señora —respondió el escudero—, los primeros ímpetus de la cólera no son en manos del hombre; y el más reposado pierde los estribos cuando le acriban y asaetean. Ahí tiene su merced al señor Vellido Dolfos, que todavía pretende ponerse a cuentas conmigo, por si mi señora doña Jimena le ha de recomendar o no a mi amo

para que deje impunes sus delitos.

—Si tal es la causa de la disputa —contestó la hija del Cid—, viva mi buen escudero quieto y sosegado, que mi madre no escucha a renegados, ni los escuchará jamás; y el asesino del rey Sancho y el que puso en venta la cabeza del caballero del Armiño, valiéndose de mi nombre, puede estar seguro de que tarde o temprano morirá, como le predijo Díaz, en lugar alto; y veamos si quiere vengarse también de mi predilección, que puede ser que con solo pestañear yo, le mande Abenxafa colgar de uno de estos árboles. Quítese de mi presencia el vil traidor y otra vez no ose alzar los ojos a mirarme, si aprecia en algo la vida, pues por la Cruz de que ha maldecido el fermentido, que no necesito de los cristianos para castigar sus infinitas maldades; que de un renegado y regicida todos reniegan y a todos place deshacerse de un miserable y criminal.

Vellido se alejó con indignados ojos, sin atreverse a mirar a la irritada hija de Jimena, conociendo cuán fácil le sería en una u otra época, es decir, ahora o después de tomada la ciudad, recompensar sus merecimientos. Fray Lázaro, que ansiaba sacar a plaza su humildad, para dar ejemplo de que los agravios deben ponerse en olvido, alzó los ojos al cielo, y después de haber exhalado un robusto y pausado suspiro, exclamó:

—¡Es posible que la hiel de la venganza halle cabida en el blando y tierno pecho de doña Elvira! No, no puedo darme a entender que se haya así trocado la naturaleza de las palomas: interceda su merced, señora, con su padre a favor del desgraciado Dolfos, que quizá por el arrepentimiento lavará sus pasadas acciones.

—Su paternidad perdone —respondió la doncella—, pero por esta vez no soy de su opinión: nunca emplearé mis ruegos para salvar a un cobarde y alevoso renegado.

Adelantose con gentil continente por la vega, más ligera que la liebre, y dio orden a Díaz que regresara a palacio, y aguardase allí su vuelta que daría al instante. Dirigiase la belleza de Castilla a un escaño inmediato que ocultaban unos altos rosales, a cuyo agradable sitio debía venir el caballero del Armiño a despedirse de su amada. No tardó en llegar el paladín vestido ya con su magnífica coraza y cubierta la cabeza con un casco de bruñido acero que le había regalado Pelayo. Llevaba caída la visera como en otro tiempo, y en vez de las blancas plumas que le distinguían de los otros guerreros, coronaba su casco una marlota negra graciosamente inclinada al lado izquierdo. Tembló el corazón de Elvira al ver armado al valiente caballero, agitada por un presentimiento fatal que aguló la natural alegría que en aquellos días retrataba su rostro. Deslustráronse súbitamente las rosas que coloraban su fresca tez, quedando esta pálida como las aguas del mar iluminadas por la lumbre del nocturno astro. Sin duda hay en la mente humana una chispa de adivinación que alarma nuestras potencias y facultades físicas antes de acontecer la desgracia. Admiró al incógnito paladín la súbita mudanza del color de su amante, y recelando en un punto mil

contrarios accidentes, preguntó turbado y cuidadoso:

—¿Qué áspid has pisado, hermosa Elvira, que así ha conmovido tu pecho y eclipsado la púrpura de tus mejillas? ¿Será posible, eterno Dios, que cuando se acercan a su ocaso nuestras penas nazca de repente una estrella de mal agüero? Rompe ese silencio, dueño mío, y si nuevas borrascas me roban la luz de tus soles, permite a el alma saborearse con tu vista los breves momentos que el destino nos concede.

—Ignoro la causa —respondió le hija del Cid—, pero agita mis miembros un frío mortal; y siento tal inquietud, que apenas podré explicarla con palabras. Quizá la proximidad de la dicha causa en mí sensaciones desconocidas, porque parece que los grandes acontecimientos se anuncian ellos mismos como el trueno al que preceden los relámpagos. Pero una preocupación no debe ser parte a privarnos del gozo de volvernos a ver en el feliz momento en que el ejército cristiano va a recobrar su mejor lanza.

—¿Quieres —dijo el caballero— partir conmigo y recobrar también la libertad? Juro en mi ánimo sacarte en mis brazos por entre un millón de combatientes, y restituirte a tu adorado padre. Mi empresa, si bien se considera, es arriesgada porque cerradas como están las puertas de la ciudad, no me queda más recurso que arrojarme al río, y a nado salir al campo cristiano despreciando la nube de flechas y saetas que al verme huir lanzarán contra mí los sarracenos. Pero si me concedes la gloria de ser tu libertador, saltaré con la espada desnuda al muro, y de allí nos deslizaremos al arrabal con el aliento que tu divina presencia infundirá a mi pecho.

—¿Piensas —contestó Elvira con patético entusiasmo— que sería capaz de abandonar a mi querida madre, y exponerla a mayores insultos y peligros por todos los bienes que encierra el orbe? Mi felicidad es muy despreciable a mis ojos comparada con la suya; renunciaría a la vida y a las delicias mismas del amor por proporcionarle un solo consuelo. ¡Oh!, tú no llevarás a mal el que ame con tanto extremo a la que me alimentó con la sangre de sus venas, aquélla a quien dirigí la primera sonrisa desde la cuna para significarle que ya la reconocía el corazón. Pero observo que es temerario arrojo entregarse al cielo abierto y a la luz del sol en manos de la muerte, cuando protegido de las tinieblas de la noche podías fácilmente ponerte en cobro sin tantos peligros. Y aunque la vida sea para los héroes un objeto de poco precio porque los espera la inmortalidad, deben, sin embargo, procurar salvarla, si no por ellos, por aquellas personas a quienes costaría su pérdida la ventura.

—Los árabes —replicó el joven— recelan que los cristianos han de asaltar la ciudad, y no hay precaución que no tomen por las noches para evitar una sorpresa que les podía ser funesta; mas fiados durante el día en su claridad, andan menos solícitos, y es más agible el burlar su vigilancia. Sin embargo, a decir verdad, aunque así no fuese, nunca reputaría digno de un individuo de la alta caballería el escapar a la

sombra de la noche por temor, a manera de un criminal que huye por no esperar la sentencia de muerte en castigo de sus delitos. ¿Qué dirían mis soldados de que su jefe que tantas veces les había mostrado el camino del verdadero honor necesitaba de las nieblas y de los ardides para vencer a tan cobardes enemigos? No, ellos me han de ver entrar a buena luz y con la cabeza erguida, como quien no teme mostrarse después de una batalla, seguro de que no le darán en rostro su cobardía.

—Si así es —exclamó la doncella—, nada debo decir en contrario, porque amo tu gloria tanto como tu corazón. Tu regreso al campo cristiano lisonjea agradablemente mis esperanzas, y no dudo de que en breve gozaré el placer de hablarte más tranquila en esta encantadora vega. ¡Qué deliciosa está! Mira cómo la aurora ha erguido las florecillas que esmaltan las márgenes de los riachuelos, corriendo sus líquidos cristales entre pardas y blancas guijas. La tierra floreciente, el cielo despejado y el aire puro, todo da claros indicios de la plácida bonanza que reina en la naturaleza. ¿Por qué no ha de haber en mi interior la misma calma?

—Deja que mi brazo victorioso —gritó conmovido el paladín— derribe al suelo los pendones de Mahoma, y ponga a tus plantas una laurífera corona; deja que la cabeza del vil Abenxafa, clavada en la punta de mi lanza, aterre a los tiranos que oprimen injustamente a la virtud, y entonces, regocijada y satisfecha, probarás las dulzuras de la amable tranquilidad. Ahora que los riesgos hormigean a tu alrededor y ardes en deseos de contemplar, dichosa y reunida a tu familia, ahora que presencias a todas horas las lágrimas de una esposa enamorada no es posible que encuentre de todo punto la calma. Parto sin poder tributar mis respetos a tu madre como deseaba; parto a buscar una muerte gloriosa, o a romper las cadenas y libertar a la más hermosa de las ciudades del yugo sarraceno; al lado de tu ilustre padre y a la sombra de sus laureles penetraré proclamando vencedor tu dulce nombre. Si la cruel fortuna nos separa y me espera el sepulcro, acuérdate alguna vez de un caballero que todo lo ha sacrificado a tu amor.

—Demasiado me acordaré —dijo suspirando la hija de Jimena—, porque no es fácil borrar la imagen que está impresa en el corazón. Adiós, valeroso joven, saluda a mi amado padre, y dile que los brazos de su hija no han ceñido días hace su cuello. Dile... Pero ¡Dios mío! ¿Quién se acerca?

En efecto, venía hacia ellos con presurosos pasos y ademán amenazador el monarca de Valencia, saliendo, de entre unos enramados jazmines que enzarzándose por los troncos de los vecinos árboles formaban como una pared de verdes hojas que ocultaban del todo los objetos que por aquellas sendas vagaban. Centelleaban los ojos del tirano, y sus blancos labios manifestaban el coraje y ávida rabia que despedazaban su alma al reconocer a la que amaba discantando con un guerrero de la Cruz y con muestras de enternecimiento. Sin embargo, no colgaba de su tahalí alfanje alguno, ni brillaba en el cinto el mango de su puñal; pendía, sí, de sus hombros una

sutil capa de púrpura recogida enteramente a las espaldas, y en el magnífico turbante que cubría su cabeza se veían sartas de perlas ondeando en graciosos pabellones.

—¿Quién eres? —preguntó el airado Abenxafa al caballero del Armiño con impetuoso tono—. ¿Qué buscas en esta ciudad y por dónde has penetrado?

—¿Y con qué derecho —le contestó el cristiano— exiges de mí que responda a tus preguntas? ¿Piensas que soy algún esclavo tuyo a quien puedes mandar como te plazca? Jamás satisfago a nadie con la lengua; empuña la espada, y te enseñaré segunda vez cómo has de tratar a los paladines de Castilla.

—Orgullosos eres, soldado —respondió el morisco—, y siento no poder probarte el desprecio con que te miro, pues por azar me hallo sin arma alguna. Sin embargo, soy el soberano de esta ciudad, y me parece que me asiste algún derecho para preguntarte quién eres. Y si estas razones no bastan, sabe que me pertenece el corazón de esta cristiana, y que debo conocer con qué motivo has venido a hablarla.

—Por la Cruz santa juro, insensato y presumido árabe, que a no verte desarmado te cortaré la lengua para que no tornaras ya a blasfemar de la belleza más perfecta que posee España. ¿Juzgas que te pertenece su corazón porque lo has ganado en alguna singular batalla? A risa me provoca tan infundada presunción y si te place seguir mis consejos cesa de cansarme con necias interrogaciones, de las que sacarás igual fruto que de tus amores con la hija del Cid.

—Por Alá —gritó el árabe— que si me permites volver a palacio por un sable, que he de paladearme con mirar tu cabeza clavada a la puerta de mi alcázar.

—Hombre vil —dijo el del Armiño—, de muy buena gana haría semejante concesión a un guerrero de honor, a un guerrero valiente que no hubiese recurrido ya otras veces a la traición para asesinar a sus enemigos. ¿No fuiste tú quien arrebató del campo cristiano con la más negra perfidia al caballero del blanco escudo para vengar sin riesgo la gloria que le había cabido, haciéndote morder la tierra a las puertas mismas de la ciudad? Te cubriste de infamia con tan despreciable acción, y desde entonces perdiste ya los derechos a la confianza que antes inspirabas; ¿cómo quieres merecerme la menor sombra de ella si veo tus manos teñidas, no con la sangre que derraman los valientes en la liza, sino llenas de las manchas que ostenta el verdugo después de haber sacrificado a la víctima? Aquí tienes presente la sombra de tu rival: yo soy el caballero del Armiño, el que te venció en singular combate, el que juró derribarte del trono a que te encumbraron tus crímenes, soy aquél al que seducido y vilmente engañado sepultaste en el panteón donde descansan las cenizas de tantos monarcas de tu culto. Tiembla delante de mí he venido a anunciarte que se acerca el día de tu perdición, y que está escrita en las celestes bóvedas tu sentencia. ¡Ay de ti si osas profanar con una sola mirada los encantos de esta celestial criatura! Se abrirá el abismo a tus plantas, y saldré yo a defenderla inocencia. ¿No me reconoces en el acento, en el veneno que respiran mis palabras, en el desprecio con que te hablo, en

mi coraza y espaldar? Acuérdate de mis palabras: cumplírase mi predicción, y me paladearé insultando con la sonrisa del menosprecio los postreros alientos de un tirano. Y tú, hermosa Elvira, adiós; nada temas de este malvado que dondequiera que él ose atormentarte, allí me verás aterrarte con la súbita aparición de mi sombra.

El caballero, pronunciada su terrible profecía, con misterioso tono desapareció como un rayo siguiendo la ingeniosa ficción que sin duda le salvaba, pasó a nado el río, y aunque los centinelas de la muralla le dirigieron y asestaron continuas saetas, tuvo la felicidad de que se hiciesen pedazos sus puntas resonando sobre el espaldar del finísimo acero, que era el único blanco a que podían encaminarlas. Permanecía Abenxafa atónito y consternado, sin alzar los ojos del suelo donde los había fijado, porque su imaginación supersticiosa y llena de las preocupaciones que el espíritu de fatalismo y las doctrinas del Alcorán infunden a los musulmanes añadían al fanatismo de su secta ciertas ideas confusas y horrorosas que acerca de los muertos había aprendido en algunas regiones de África. Así no dudó un solo momento de que el caballero del Armiño era una espantosa visión que el ángel de las tinieblas le enviaba para poner pavor a su alma. Recordaba el acento del paladín que había oído durante la batalla que tuvieron, y en la noche de su prisión, y como no podía menos de reconocerle, cayó en tan extravagante creencia. El ingenio lo conseguía todo en aquellos tiempos de ignorancia, y trasformando los sucesos más sencillos con la magia de la reinante superstición, suponía prodigiosos y sobrenaturales, unos acontecimientos que en sí mismos no tenían nada de extraordinario. De aquí nacen las maravillas, apariciones y encantamientos que nos refieren las antiguas leyendas, y que examinados a buena luz no son otra cosa que rasgos de desenvoltura y agudeza con que hombres superiores a los otros en ingenio y conocimientos utilizaban en su provecho la ajena ignorancia. Nada más fácil que hacer ver a una imaginación exaltada por el terror, fantasmas y sombras gigantescas; y si el embelecador poseía, por fortuna, algunos secretos físicos, pasaba plaza de mago, y se captaba la universal admiración.

—Elvira —exclamó por último Abenxafa con apagada y doliente voz—, deseo hablarte cuando torne a reinar la calma en mi agitado ánimo. Iré dentro de algunos momentos a tu aposento, y espero hallarte allí: porque quizás será la última vez que nos veremos.

El aterrado musulmán miró tiernamente a la atildada doncella, suspiró, y se alejó de su presencia con presurosos pasos, y casi temblando como si todavía le persiguiese la infausta visión. La hija del Cid a pesar del gozo que debía inspirarle el feliz desenlace de una escena que pudiera haber sido horrorosa, parecía, sin embargo, meditabunda como dudosa de la suerte que habría corrido el caballero del Armiño en su fuga. Regocijábese, en verdad, recordando la ingeniosa idea del paladín que había pasado plaza de sombra a los ojos del crédulo sarraceno, quien no había aún

conseguido salir del pasmo que le había puesto la supuesta aparición. Pero cuando volvía a imaginar los riesgos innumerables que había de vencer el joven incógnito para ponerse en cobro y llegar al campamento cristiano, se entregaba por segunda vez a sus melancolías.

Combatida de tan contrarios pensamientos, iba ya a encaminarse a palacio a solazarse en brazos de su amada madre, cuando salió de detrás de los rosales que allí había el anciano Pelayo, y deteniendo sus pasos, le dijo:

—¿Vagáis todavía por aquí, mal aconsejada doncella, y en la ciudad reina por todas partes la confusión? ¿No han llegado a vuestros oídos el son de los roncós atambores, el estruendo de los hombres de armas y las pisadas de los caballos? Ya los hijos de Agar corren a la plaza, encendida la sedición, y juran por su profeta derramar la sangre de los que reputan traidores: levántase la llama de la discordia y solamente se escuchan amenazas y vituperios a las ilustres prisioneras. ¿Y vos, en medio de este desorden, os dirigís con tanto remanso al alcázar?

—Decidme, venerable anciano —preguntó la bella Elvira—, ¿sabéis qué ha sido del caballero del níveo escudo?

—Se ha salvado —respondió Hamete—, ocasionando el popular tumulto de que os hablo; en vano los centinelas del muro han hecho llover las flechas y saetas sobre su fuerte espaldar, pues el paladín, cortando las aguas con intrepidez y ligereza, ha burlado su rabia, y ha llegado, según ellos mismos declaran, al campamento de vuestro padre sin lesión alguna. Más los árabes han creído que su fuga era efecto de alguna traición, y dicen que están vendidos, y que es necesario purgar la ciudad de los que defienden a los nazarenos. Han redoblado los centinelas; han ordenado un muro de barcas que cierra el paso del Turia, y han tomado infinitas precauciones para que no pueda ya penetrar ningún paladín.

—¡Justo Dios! —dijo la doncella de Castilla—, si se ha salvado el valeroso mancebo, caigan sobre mi cabeza cuantas desgracias plazcan a la divina Providencia. Anteveo, generoso Pelayo, una furiosa borrasca que amenaza nuestras vidas; Abenxafa me ha sorprendido hablando con el caballero cristiano; y aunque esté por una feliz inspiración, le ha obligado a creer que no era en realidad un ser viviente, sino una sombra que le anunciaba su próxima muerte, temo, no obstante, algún desmán.

—Hacéis bien en temerle —replicó Hamete—, porque esa ilusión se desvanecerá como la niebla al primer rayo de luz, cuando sus soldados le refieran la manera como ha salido de la ciudad el guerrero. Entonces no le quedará duda ninguna de que se ha dejado engañar, y caerá sobre nosotros su venganza. Confiemos solo en el soberano Autor de la naturaleza, que nunca abandona al hombre virtuoso en la espinosa senda de la vida, y despreciemos los esfuerzos de un tirano a quien un soplo, una mirada del Eterno Dios puede despojar de la vida.

—¿No queda —añadió Elvira— resquicio alguno por donde pudiésemos escapar y salvar la vida de mi pobre madre? ¡Ah! ¡Si supiérais con qué desprecio desdeñaría yo mi libertad y mi existencia si lograra ver en brazos de mi padre a la más amada de las esposas!

—No os canséis —la interrumpió Hamete—, valerosa doncella. Es necesario cerrar los ojos a lo futuro y entregarnos en brazos de la suerte. Por ahora partamos a comunicar a Jimena los acontecimientos de este día, pues no es ya tiempo de emplear los misterios. Contad, por mi parte, con que verteré en vuestra defensa hasta la última gota de mi sangre; porque si tengo en algún precio la vida es únicamente por poder consagrarla a mis ilustres parientes. ¡Cuán lejos estará vuestro padre de juzgar que Pelayo, cuyos funerales celebró en su campo con tanta pompa, existe y vela por la salvación de su familia! No nos detengamos, gentil Elvira, y apresurémonos a penetrar a las habitaciones de palacio por el jardín.

Aceleraron, en efecto, su marcha los afligidos cristianos, y, por fortuna, llegaron sin tropiezo alguno al vergel, por donde fácilmente entraron en el aposento de la doncella. Veíanse desde allí los amenazadores gritos de la frenética plebe, semejantes al lejano murmullo de las agitadas ondas en una noche de invierno. Todo estaba, sin embargo, silencioso en aquellas estancias, y apenas se percibía pisada alguna; resonaban tal vez las alegres canciones de algunos soldados que, sin tomar parte en el motín se paseaban por el patio del alcázar con mucho desenfado y con la misma indiferencia que si nada extraordinario aconteciese. Cesó por grados el rumor del lejano tumulto, porque corriendo Abenxafa a los amotinados, les representó los males que podía ocasionar la discordia en tan críticas circunstancias, y ofreciendo castigar a los culpables en la fuga de aquel cristiano, obligó con su política y sus esfuerzos a que se retirasen a sus casas. Pacificada la sedición y cortada de raíz, voló al aposento de Elvira con la rabia del tigre, y entrando en el punto mismo en que la doncella acompañada de Pelayo imprimía las plantas en la estancia, gritó:

—Vil criatura, ¿dónde está tu madre? Y vos, Hamete, ¿qué hacéis en este sitio?

—Lo ignoro —respondió la hija del Cid—, y en cuanto a este anciano, hele suplicado que no me abandonase, temiendo el furor de los sediciosos.

Abenxafa, sin esperar más razones, recorrió frenético las cuadras del alcázar, registrándolas de una en una; pero todas sus diligencias eran infructuosas, sin que persona alguna pudiese decir qué había sido de la noble matrona de Castilla. Su hija lloraba tiernamente juzgando que habría perecido a manos de algún traidor, e imputaba este crimen al monarca de Valencia, que se enfurecía al oír las sospechas de la doncella. Pelayo no podía tener a rienda su despecho, y casi descubría sus verdaderos pensamientos, porque se daba a entender que de ningún provecho le era ya una vida que no había sido útil a la ilustre Jimena. En resolución, a fuerza de pesquisas, se pudo averiguar por un esclavo que la matrona de Castilla holgaba ya

libre y dichosa en brazos de su amado esposo en el campo de los cristianos; pero nadie supo cómo ni cuándo había roto sus cadenas. Abenxafa, convencido de que todo era obra de Elvira, soltó el freno a su venganza y rabiosos celos, y dándose a entender que estaba vendido por un rival osado y poderoso, mandó que cargasen de cadenas a la infeliz castellana, y que la sepultasen en oscuro y reducido aposento. Pero trasladémonos a la vega que habitaba el ejército del Cid, y veamos por qué milagroso acaso consiguió su libertad la virtuosa y enamorada Jimena.

Capítulo decimocuarto.

El Cid y Jimena.

Había en el ejército de Rodrigo de Vivar un soldado cuyo nombre era Gayferos, y cuya fama llegaba a las estrellas por el singular ingenio y rara travesura que en él descollaban. Era el más hazañero, desenfadado y regocijados de sus amigos: andaba siempre haciendo figuras y hablando en chilindrinas, que era cosa de comerse las manos tras los dedos con el gusto de oírle; y podía dar una mano de coces de ventaja a cualquiera en esto de pulsar la lira, y acompañarse él propio con una voz que tenía como la plata. Con él no valían asedios ni prohibiciones, porque así que llegaba a un punto conocía al instante los más ocultos arcaduces, y envasándose un traje desconocido recorría la plaza enemiga, y daba después cuenta al Cid letra por letra. Pero lo que principalmente le distinguía de todos sus compañeros, era un entusiasmo que rayaba en idolatría por el glorioso héroe bajo cuyas banderas peleaba; y su valor subía tan alto, que más de una vez enristró la lanza él solo contra seis moriscos, dejándolos tendidos por el suelo.

A éste, pues, llamó Rodrigo para acometer la más atrevida, la más gloriosa, y la más nueva de cuantas aventuras se habían emprendido en toda la ancha faz de la tierra, desde que doncella alguna calzó la espuela al primer caballero andante de los pasados siglos, cuyo nombre no declaran las historias. Era la noche, y saliendo el inmortal campeador a la huerta de su tienda vestido de todas armas, con visera calada, las manoplas puestas, la celada sin plumas y el escudo sin empresa, asiendo con la diestra la empuñadura de la espada, y caída la siniestra sobre el hombro del militar, le dijo así:

—Has de saber, buen Gayferos, que yo he nacido por querer del cielo para repetir en nuestra nación las altas e inauditas hazañas que a orillas del Eleusis y del Pactolo llevaron a felice cima los héroes griegos, y es vergonzoso a quien tiene a su cargo tan honorífico arrojarse el necesitar de todo un ejército para libertar de la esclavitud a su familia, sin que su invencible brazo baste por sí y sin ayuda de otro a romper tan ignominiosas cadenas. Por cuya razón he resuelto entrarme solo en la ciudad sin mirar a riesgos ni a muertes, y sacar libres a mi esposa e hija, y mostrar al mundo entero que Dios me ha puesto en razón de romper por medio de murallas de bronce, sin faltar un punto a mi valor a lo que a sí mismo se debe. Indícame, pues, el subterráneo camino de que tantas veces me has hablado, y me verás hundirme en las entrañas de la tierra, y caminar impávido por la región de las sombras, sin que me pongan temor o hagan retroceder los trasgos, vestigios y demás gentes de ese jaez. Porque en Dios y en mi ánima, que al rayar el día he de hallarme entre los brazos de

mi Jimena regocijado y dichoso, aunque se opongan a mi resolución los árabes de toda el África y el Asia, unidos a los que habitan aún en España.

—¡Vive Cristo —respondió Gayferos— que su merced habla como valiente y esforzado militar, y que he de acompañarle en esta temeraria empresa, por más que se me trasluzcan las dificultades que nos saldrán al paso! Valencia está minada de acueductos y arrequives, que recibiendo sus aguas en acequias la sacan fuera de la ciudad por bajo de las murallas, y estas acequias son subterráneas y no salen a la luz hasta un buen espacio más allá de la huerta. Para poder, pues, penetrar a sus calles, es necesario sepultarse en una de ellas y sumirse por sus arcos hollando un terreno hundido y pantanoso, y tan angosto a las veces, que apenas puede caber un hombre; hay, además, multitud de reptiles y nocturnas aves, que a bandadas cierran el tránsito e impiden dar un paso más. Pero si todos estos peligros no debilitan el valeroso ánimo de su merced, aquí estoy dispuesto a servirle de guía, y a morir en defensa del más perfecto de los paladines del mundo todo.

—Te agradezco —replicó Rodrigo— la buena voluntad que me muestras, queriendo partir conmigo los peligros que correré en esta aventura que emprendo, aunque a decir verdad, cuanto más considero la gloria que debe resultarme de ella tanto más me mueve y aguijonea el deseo de darle fin para arrancar del pecho de mi Jimena las espinas que lo destrozan y martirizan. Y si, como me doy a entender, logro ver coronadas felizmente mis esperanzas, he de premiarte de mil maneras, poniéndote en tan encumbrada dignidad que no te alcancen sino con llamarte merced.

—Arriesgado negocio es el que traernos entre manos —contestó Gayferos—, pero mal día me dé Dios, y sea el primero que amanezca, si no quisiera morir a manos de una bruja que acribillase a puros alfileres, antes que recibir paga alguna de su merced. Porque si la recompensa libra de la carga del agradecimiento al deudor, pierdo por ella el más alto premio a que podía aspirar. Y lo que hay que hacer en este asunto es no dejar que nos sorprenda el día, no sea que al hundirnos en la embocadura del subterráneo nos vea algún morisco aljamiado de los que andan por esas huertas, y avise a los centinelas para que nos descubran y acometan.

—Dices bien —gritó Rodrigo de Vivar—, y así disponte para antes que la luz del alba raye las cumbres de los montes, y nos entregaremos en manos de la fortuna, que o yo sé poco de achaques de aventuras o nos ha de ser favorable en éstas. Ensancha ese ánimo, hijo Gayferos, y no te des cata de los tormentos y estrecheces que nos aguardan, que por esos caminos angostos y escabrosos y no por los anchos y lisos se llega a la gloria; el soldado más bien parece caído, polvoroso y con las carnes desgarradas, que enhiesto, enrizado y lleno de atildaduras que huelen a almizcle y a cobardía. Aunque sé bien que contigo no hay por qué encarecerte el valor, que nunca le has dado las espaldas, sino el rostro; y la fama se hace lenguas de ti como de aquél que campea bajo el estandarte de Castilla, que no admite cerca de sí a ningún

malandrín.

Separáronse los dos guerreros para hacer los preparativos de tan inaudita y peligrosa empresa, porque todavía las estrellas lucían en el despejado cielo despidiendo una escasa y suave vislumbre. Oíanse solamente los gritos de los centinelas mezclados al lejano rumor de las olas del mar que clara y distintamente se percibían desde los reales. Ordenó el Cid que celebrase un sacerdote el santo sacrificio de la misa al que asistió acompañado de Gayferos para implorar el favor del Omnipotente Dios y la ayuda de su brazo. Quemó por sus propias manos el incienso que elevándose por el templo en humeantes nubes lo inundó todo de suave fragancia; puso en manos del digno eclesiástico don Jerónimo, que después fue arzobispo de Valencia, alhajas de oro y plata para levantar en aquel sitio un convento de vírgenes que prodigasen incesantes alabanzas al Eterno; y recibió la bendición del sacerdote con muestras de singular alegría. Habiendo cumplido con los deberes de la religión tan a gusto suyo, pensó que el cielo favorecería sus designios, y que había llegado el ansiado momento de poner en libertad a su adorada Jimena y a Elvira sin ayuda ni socorro de su ejército, pues no quería darle parte en tan glorioso acontecimiento.

Caminaban el héroe y su guía por entre altos y pomposos cañaverales que guarnecían las orillas de los líquidos riachuelos, y que agitados por la brisa de la mañana hacían un son confuso y variado. Pero veis aquí, cuando al rielar el primer rayo del alba en el olimpo, principiaron a percibir los ladridos de los perros en la oscura floresta; el subterráneo ruido de la tierra que parecía abrirse debajo de sus pies y el movimiento de los lejanos árboles que se desgajaban a la vista sacudidos por el viento.

—Aquí está —exclamó Gayferos— la embocadura por donde hemos de entrar; lejos de nosotros el temor. Y vos, invicto héroe, empuñad la desnuda espada; ahora necesitamos el valor, ahora ha de asistirnos la entereza de nuestros pechos.

Pronunciadas estas palabras, se ahondó el soldado en la acequia, y separando las yerbas que cerraban una especie de abertura practicada desde la tierra hasta el fondo del agua, se entró de hilo en aquella región de las tinieblas con el brillante acero en la mano y seguido del valiente Rodrigo de Vivar, que con impávido corazón y gentil denuedo se caló por aquella singular boca del abismo. Duendes a cuyo cargo está la custodia de tan umbrosos y horrorosos sitios; y tú, soberana noche, que reinas allí de continuo, alumbrad mi mente para que pueda referir los trabajos y peligros que afrontaron los dos castellanos durante su empresa.

Al punto que Gayferos separó las yerbas que dificultaban la entrada, salieron de cien en cien los reptiles y las aves nocturnas acometiendo de frente a los arrojados paladines, que ni con la espada, ni con inclinar la cabeza, ni con calarse la visera podían libertarse de aquellos malandrines y desafortunados animales. Hundíase el suelo que pisaban quedando enlodados hasta las rodillas, y cayendo aquí y agarrándose allá

consiguieron penetrar a lo interior del camino subterráneo, que se ensanchaba a medida que se alejaban de la embocadura, Marchaban solos y cercados de las tinieblas más espesas por la espantosa caverna del horror, del mismo modo que suele caminar el navegante por una selva a los mustios reflejos de la escasa y moribunda luna, cuando las nubes entoldan los cielos y la oscuridad se apodera del universo.

—¡Válgate Dios por el hombre —exclamó Gayferos—, y cómo parece que nos hayamos abismado en el infierno! Hubiera venido aquí como anillo al dedo una linterna, que por lo menos nos hubiera mostrado estas extrañas y no vistas sendas que, a mi entender, deben ocultar preciosidades. Porque hago saber a su merced que andamos por debajo de altos y prodigiosos arcos de piedra, según diferentes veces me han dicho; y diera yo por verlos un dedo de la mano. Todo es obra de los señores moriscos, que como hacen en esta ciudad su principal comercio, han empleado el mayor esmero y diligencia en perfeccionarla y establecer en ella cuantas comodidades pueden apetecerse: y no debe ser maravilla el que hayan encerrado en estos subterráneos objetos dignos de admiración.

—Como no fuesen —respondió Rodrigo— infinitos e inmundos avestruces que me tienen molido a puro de batirme con ellos a brazo partido, dudo que hallásemos cosa alguna capaz de detenernos un solo punto. Así saltan los malditos sobre él rostro, como si fuesen de alfeñique, y quisiesen darse en él un hartazgo; y en cuanto al suelo pantanoso, de donde apenas puedo levantar las plantas, si oculta alguna rareza, como dices, será la virtud del lodo, que a blando y suave puede apostárselas al mismo mar. Pero aunque ningún prodigio nos hiciese ver la tal linterna, soy de parecer que nos hubiera sido de mucho cómodo y provecho para mirar dónde fijábamos el pie, y excusarnos algunas cortesías que mal de nuestro grado hacemos a los señores arcos de piedra; y así, lo que debemos pensar por bien de paz al darla vuelta con mi Jimena, es tomar una luz que nos sirva de norte, porque a las incomodidades del tropezar, se uniría entonces el terror de mi esposa que, aunque no es medrosa de suyo, juzgaría ver en estas sombras una cáfila de duendes, que no parecen otra cosa los vapores o nubes que se ofrecen continuamente delante de mis ojos.

—Es que, sin duda —contestó el soldado—, tienen su asiento en estos lugares los malos bichas que de cuando en cuando asoman su cabeza por el mundo; y he oído decir que aquí habitan los vestiglos, endriagos y familiares a que por allá arriba se teme tanto. Cabe la misma entrada o garganta de este subterráneo, mora el dolor rodeada del afán y del cuidado; síguese a su morada la de las pálidas enfermedades, de la vejez, del pavor, de la insufrible hambre y de la indigencia: aspectos que da horror el mirarlos. Viene tras éstos la muerte, la desgracia, el sueño, hermano de la muerte, y los remordimientos; y frente por frente está la sangrienta guerra, despedazándose a sí propia, en torno de la cual yacen las furias y la civil discordia,

con los cabellos sueltos a la espalda, que son otra tantas culebras que andan enroscándose por su frente, que parece cubierta de vendas. Note su merced qué hubiera sido de nosotros pecadores, si estas alimañas y otras muchas que deo olvidadas se hubieran abalanzado de golpe contra nosotros, y nos hubieran principiado a cribar y a asaetear con sus largos picos, que picos deben de tener como toda ave de rapiña.

Soltó el Cid una carcajada qué resonó por el vacío reino de la sombra al oír las sandeces del socarrón. Gayferos; que se paladeaba con ensartar semejantes despropósitos por entretener y suspender agradablemente a su amo para quien era muy sensible el camino por los continuos traspies que hacía. Y alzándose del suelo que acababa de besar, respondió con levantada voz de esta manera:

—Por malos de mis pecados, que has descrito con toda puntualidad la garganta del averno, por donde Eneas descendió al tártaro en busca de su amado padre; y ríome de pensar que quizá aquí el camino debía estar como este pantanoso, inmundo, y oliendo a azufre en vez de algalia, y la imaginación del poeta lo adornó tanto, que más de dos veces, si no fuese ficción de un gentil, le vendrían a unos deseos de secundar aquella grande y estupenda aventura, que a ser verdadera, no había otra que se le pudiese igualar. Pero o yo me engaño, añadió a media voz, o suena a lo lejos un rumor de pasos y de voces que indica que nos acercamos a algún punto donde hay seres vivientes.

—Así es verdad —dijo pasito el soldado—, y juro en mi ánimo que aventura tenemos; apostarí a que es algún espía de los que Abenxafa envía cada instante a nuestro campamento; y en algunas ocasiones, según noticias, suele visitarnos el traidor de Dolfos, a quien yo daría si lo encontrase en este sitio una cuchillada de mejor gana que al más poderoso rey de los moriscos. ¿Y percibe su merced un débil reflejo de luz a lo última del subterráneo que se mueve a intervalos como si alguien la llevase en la mano?

—Sí percibo —contestó Rodrigo de Vivar— y por eso me confirma en que es gente que sabe muy bien este camino, y que así como nosotros nos dirigimos a Poniente, ellos caminan hacia oriente. Lo que hay que hacer, pues, de primeras a primeras, es agazaparnos tras el primer arco que encontremos y dejarlos pasar: pero si por azar fuese Vellido, me lanzaré sobre él y le haré añicos antes que tenga tiempo para respirar.

—Dios nos libre —exclamó Gayferos— de manos de duendes y encantadores. En esto se colocaron como mejor supieron tras de las piedras de un arco, y esperaron a que viniesen los viajeros que ya se acercaban con mucho remanso y prosopopeya: eran dos al parecer vestidos de guerreros cristianos, y llevaban en la mano una luz que iluminaba a medias aquel oscuro recinto. Iban platicando entre sí los fantasmas; y como el sitio estaba vacío y reinaba de todo punto el silencio, desde muy lejos

comenzaron ya los escondidos guerreros a oír cuanto hablaban, sin perder una sola sílaba del interesante diálogo.

—Yo, Vellido —dijo el uno—, le acompaño solamente hasta la salida del subterráneo; pero así entraré en el campo de los cristianos, como volaré. Si hubieras conseguido la recomendación que pretendías de la hija o esposa del Cid, ya por fin contabas con una esperanza en el supuesto de ser descubierto; lo que es en el caso presente, te doy por muerto, y juzgo tu empeño temerario e inútil. ¿Cómo has de dar muerte a un héroe a quien rodean miles de soldados, y cuyo valor raya en el último punto? ¡Ah, desdichado de ti, cómo vas a hacer unas cuantas zapatetas en el aire colgado de las ramas de un nogal!

Mira —contestó el otro, que según trazas era Vellido Dolfos—, esta mañana, ahora mismo, acabo de hacer cuantos esfuerzos he podido para arrancar una seguridad a la familia de ese dichoso aventurero, a quien tú llamas héroe; y no he sido poderoso a lograrla, sino por el contrario me he convencido de que están todos los nazarenos tan irritados conmigo por la muerte del caballero del Armiño, que no hay uno que no holgase de verme ahorcado si conquistasen Valencia. Días hace que había yo ofrecido a Abenxafa clavar mi puñal en el pecho de Rodrigo; pero me retraía del cumplimiento de esta oferta por las dificultades y peligros que en ella anteveía; hasta que hoy me he decidido por necesidad y por despecho. Si triunfan los cristianos, ya te he dicho que no me resta ninguna esperanza de vida; y pensar que no vencerán por el orden natural, es pensar necedades. La única confianza, pues, que puede alimentarme, es disipar con la muerte del caudillo ese ejército que se deshará entonces como la sal en el agua.

—Mala ventura te mando —replicó el primero que había hablado— a fe del profeta, que no doy un ardite por tu existencia. Mas tú lo quieres, despolvoréate con la suerte que a mi casa me vuelvo; y ahora entren o no entren los sitiadores nada dirán a quien no se entremeta en negocios que huelen a muerte. Y si algún ruego o amistad puede contigo, te suplico cuan encarecidamente puedo, que echés pie atrás, y abandones tamaño proyecto, que tan caro ha de costarte.

—Será en vano cuanto me digas —gritó Dolfos—, y si tu cobardía te hace temblar de miedo al ver la cara del enemigo, yo desprecio los riesgos, y más quiero morir tentando medios de salvación, que no aguardar a que caigan contra mí los contrarios, y me hallen tendido pierna sobre pierna, y hagan conmigo desaguizado. Y desde aquí puedes volver la espalda y encaminarte a tu casa, fementido compañero, que no mereces vestir traje de hombre, sino enfaldo y pañizuelo como las esclavas. ¿Juzgas que por verme solo decaeré de ánimo? Vete, o por Mahoma que te rompo una pierna, para que traigas a la memoria cada día el valor que te asistió en esta empresa; pues el cobarde que teme las heridas del combate, razón es que las reciba del acero de sus jefes para que aprenda a llevar con paciencia los dolores que causan.

Diciendo esto habían ya llegado cerca del Cid y de Gayferos, quienes poniéndose súbitamente delante de Dolfos y de su compañero, los acometieron con la espada, desarmándolos en un abrir y cerrar de ojos. Al movimiento que hizo el morisco sorprendido por la repentina aparición de los dos cristianos, se le cayó la linterna de la mano, y apagada la luz volvió a reinar la oscuridad en el subterráneo. Descargaba Rodrigo sendos fendientes sobre el aterrado Dolfos, hiriendo muchas veces el aire por acuchillarle a destajo y sin ver a tan despreciable enemigo, tantas eran las tinieblas en que todos estaban. Cayó por último el renegado en el suelo maldiciendo de su fortuna, abierta la cabeza en dos mitades y pagó con una muerte temprana los muchos crímenes que ennegrecían su alma, no siendo el menor el regicidio cometido en la persona del rey de Castilla.

Daba voces entre tanto el compañero del herido, pidiendo con muchos ruegos que le perdonasen la vida, pues había sido seducido y arrastrado contra su voluntad a aquel sitio. Compadeciéronse de sus lágrimas, movido por las razones que le habían oído antes de la refriega y teniéndole Rodrigo asido de los brazos le preguntó con levantada voz:

—¿Quién eres?

—Señor, o ánima, o sombra, o lo que fueses, pues yo no lo sé —respondió el morisco—, soy Alí, uno de los musulmanes y pacíficos habitantes de Valencia, a quien mis pecados pusieron en la mente la idea de acompañar a Dolfos. Pero si alguna piedad se alberga en vuestro noble corazón, permitidme regresar a mi casa, y vivid seguro de mi agradecimiento, y de que no tornaré en mi vida a pisar esta silenciosa morada, ni a interrumpir el sueño de las sombras, si vos lo sois como presumo.

Temblaba todo al pronunciar estas palabras el valenciano, dando unos dientes con otros, como aquél que no juzgaba encontrar piedad en su enemigo. El invicto héroe de Vivar no podía tener a raya la risa al oírse llamar con tales nombres; y reprimida la cólera con la muerte del malvado regicida, comenzó a discurrir cómo podría salvar la existencia del morisco sin comprometer la suya. Porque si le daba libertad y le permitía volver a salir del subterráneo claro está que daría aviso de lo acaecido a Abenxafa y alarmaría contra ellos el poder de cuantos árabes guarnecían a Edeta. Dudoso de lo que debía hacer, y revolviendo en su imaginación distintos proyectos, dijo al sarraceno:

—Tu vida pende de tus labios: si sales un punto de la verdad, ten por cierta en el mismo instante tu muerte. Yo soy Rodrigo de Vivar generalmente conocido por el Cid, de quien habrás oído hablar más de una vez desde que tengo sitiado a tu monarca; diríjome por tan extraña vía a libertar a mi adorada esposa, que gime agobiada con el peso de la esclavitud. Este fiel y valiente soldado que me acompaña quedará contigo antes de salir a la luz del cielo, para no verme en la necesidad de

poner fin a tus días; pero esto ha de ser con la condición de que como más práctico en el subterráneo, nos saques a salvo y conduzcas con religiosa fidelidad a su salida.

—Alá —contestó el morisco— conceda a vuestro acero más victorias que logró el Profeta, y ponga en vuestros brazos a esa mujer que decís. Os guiaré con entera voluntad, pues os debo el aire que respiro, por estas moradas, y vos veréis que aunque agareno, no soy ingrato a los beneficios que recibo. Conozco un resquicio que sale al jardín mismo de palacio y que viene de molde a vuestro intento; y donde vos queráis aguardaré vuestro retorno confiado en que después me concederéis la libertad.

—Te la ofrezco —gritó el Cid— y no hay más que acelerar el paso. Cuando tocaron el término del subterráneo, el morisco mostró a Rodrigo de Vivar la salida, dándole las instrucciones más exactas; y el héroe ordenó a Gayferos que aguardase en aquel sitio, sin permitir al valenciano que se moviese de allí. Púsose de un salto en el patio del palacio de Abenxafa, y entrando sin detenerse en el jardín, descubrió a lo lejos a Jimena que andaba divirtiéndose sus penas por aquel plácido y ameno sitio.

Mostraba ya el sol entonces sus dorados rayos iluminando las espumosas cascadas que saltaban al valle con magnífica abundancia y tan solo se percibía al compás de su estruendo la suave música de los alegres pajaritos que entonaban la alborada a la luz del día. Subiendo la pendiente del montecillo, en cuyas cumbres estaban las grutas, se dominaba con la vista la anchurosa vega por la que atravesaban los cristales del padre Turoa, y descubrían los admirados ojos un espectáculo maravilloso.

Ofrecíase por la parte de poniente un bosque de árboles frutales, cuyas ramas se habían entretejido con tal arte que formaban una especie de toldo impenetrable a los rayos del sol; el río se deslizaba mansamente por medio de este bosque retratando en su diáfana corriente las copas de los manzanos, perales y naranjos majestuosamente doradas. Por encima de estos árboles y a corta distancia del Turia, traslucíanse las agujas de algunas mezquitas que eran otros tantos pueblecitos alegres y ricos que parecían sembrados por la florida vega. Por el lado de Oriente se extendían hermosos paseos, según el gusto de aquellos tiempos, y se divisaban los débiles muros de la ciudad coronados de bulliciosos centinelas que se paseaban con reposado continente, y entonaban versos a sus amadas. Mil cuadros distintos y animados herían la vista por aquella parte; aquí estaban los esclavos llenando sus cántaros de agua y cargándolos sobre sus espaldas con la cabeza inclinada; allí dos mancebos hacían respetuosos ademanes y señas a una mora que con el velo caído caminaba seguida de sus siervas; más allá dos ancianos con el brazo apoyado sobre un palo, el dedo en los labios y los ojos en tierra aparecían meditabundos como si discurriesen entonces sobre el sitio de la ciudad y la suerte que les podía caber; y por último, en un espacio más lejano, brillaban los cascos y corazas del bruñido acero de los cristianos, en los que el sol, marchando de frente, reflejaba su clarísima lumbre.

Detuviéronse los ojos de Rodrigo de Vivar involuntariamente un momento en este

bellísimo espectáculo, antes de haber reconocido a su esposa que con detención le miraba desde la entrada de una gruta, como dudando de la visión.

Pero cuando uno y otro se persuadieron de la verdad de aquel súbito e inesperado encuentro, corrieron ambos con los brazos abiertos a reunirse, y un grito de sorpresa lanzada por la matrona de Castilla rompió los aires, y llevó a los oídos del esposo aquel dulce y amoroso acento.



Rodrigo es, gritó Jimena, y estrechó al guerrero.

—¡Dios mío! Rodrigo es —gritó Jimena, y estrechó al guerrero con ternura y vertiendo lágrimas de gozo.

—Yo soy, amada esposa —respondió el sensible héroe de Vivar—, yo soy que vengo a romper tus cadenas —dijo—, y regó también con una lágrima la mano de su adorada consorte, y exhaló un profundo suspiro tendiendo la vista al campo cristiano.

Un momento de elocuente silencio, durante el cual se encontraron dulcemente los ojos del Cid y de Jimena, siguió a este primer desahogo del amor conyugal; el mundo entero desapareció de su mente ocupada de todo punto en el legítimo cariño que los inflamaba.

¿Y cómo he de describir tan tierna escena? ¿Dónde está el pincel que sabe expresar los secretos sentimientos del corazón, la llama del amar y la suave conmoción del gozo? Tú, ¡oh patético Virgilio!, tú debieras prestarme el tuyo, para retratar un cuadro digno del glorioso héroe que me inspira; entonces la doncella enternecida con mi narración diría toda alborozada: «Solamente las virtudes conyugales pueden darme la ventura», y el corrompido mancebo comparando las puras delicias de los dos esposos con la saciedad y los remordimientos del vicio, correría a las aras a jurar eterna felicidad a una hermosura inocente y digna de sus caricias. Dame, dame tu lira; y vosotros, trovadores del Tay y del Sena, enardeced mi espíritu con una chispa del divino fuego que distingue vuestros melódicos cantos.

—Jimena —añadió Rodrigo—, soy feliz, porque te veo, y mi alma no sabe existir sin ti. ¿Ah? ¿Pensabas tú que podía vivir tranquilo ni sosegar mi pecho hasta ponerte en libertad?

—Cruel —contestó la matrona—. ¿Por qué expones así una existencia tan necesaria al mundo y que me es tan cara? ¿Por qué no aguardas el momento de venir seguido de tus soldados y rodeado de tus fuertes escudos? ¿No sabes, amado Rodrigo, que los peligros que te amenazan me causan más tormentos que la esclavitud y la muerte? ¿Cómo es posible libertar tu vida en este alcázar guarnecido de miles de sarracenos? No, no hay remedio: muramos juntos, y hasta con mi último suspiro defenderé tu aliento; soy una mujer débil y sin valor, pero el amor que enciende mis venas me hará osada y valiente.

—No temas, mi Jimena —replicó el Cid—, he venido por un camino cubierto y subterráneo, y por el mismo llegaremos a mi campamento sin correr riesgo alguno. Aceleremos nuestra partida cuanto podamos, avisando a nuestra hija, y bien pronto daremos la espalda a este alcázar.

—Desgraciada de mí —exclamó Jimena—. Elvira ha salido a solazarse por esos campos y sabe Dios cuándo regresará porque la acompaña Gil Díaz, y su único consuelo es vagar por las plácidas riberas del río entreteniéndole sus penas. Y si aguardamos su vuelta, corremos riesgo de que entre alguno en el jardín, y nos descubra y sorprenda; mas ¿cómo hemos de decidirnos a abandonarla?

No hay completa ventura en este mundo —dijo el héroe de Castilla asaz triste por la ausencia de su hija—, pero consolémonos con que nuestro ejército no tardará en asaltar esta ciudad, y me he adelantado solo al asalto para ganar la prez y la gloria de ser el único libertador de mi esposa; sí, adorada Jimena, hubiera experimentado cierto desasosiego al considerar que otros guerreros eran también acreedores a tu

agradecimiento; ahora me paladearé con el gusto de saber que si tus ojos buscan alguna vez a un amante, a un esposo y a un libertador, deben fijarse en mí que reúno tan gloriosos títulos. El destino me hace comprar a mucho precio la dicha de verte, esposa mía; errante y solo desde que te deposité, desterrado de Burgos, en el monasterio de San Pedro, estaba privado de tu deliciosa presencia; y cuando mis brazos se abrían ya para recibirte, te sumió la traición en esta ciudad, llenando de despecho mi corazón. Llego por último el ansiado instante, y disfruto el gozo de arrebatarte de este alcázar, gozo que acibara la ausencia de mi hija. Pero no es posible detenernos más tiempo; partamos, Jimena mía.

—Ya te sigo, esposo —respondió la matrona.

Y ambos corrieron al patio del palacio por donde entraron; sin sucederles desmán alguno en el subterráneo. Jimena derramó abundantes lágrimas al pensar que dejaba expuesta a tantos riesgos a Elvira; pero el amor que profesaba a Rodrigo y la idea de verle amenazado por la muerte si le descubrían, fueron poderosos a hacerle tomar aquella resolución. A corto espacio que hubieron caminado, se reunieron con Gayferos y con el morisco, a quien el Cid mandó que los acompañase hasta la mitad del subterráneo, y desde allí le concedió la libertad ordenándole que declarase a Abenxafa la muerte de Vellido Dolfos.

Capítulo decimoquinto.

El caballero del Águila.

Llegando a la abertura del subterráneo los enamorados esposos, salieron felizmente a la luz del día en compañía del alegre Gayferos que pedía albricias por tan próspero acontecimiento. Una súbita y tumultuosa aclamación acompañada de alegres músicas y de repetidas demostraciones de júbilo, manifestó a los dos esposos el entusiasmo que su presencia infundía en los ánimos de las valientes guerreros. Cual suele una banda de pintadas avecillas prorrumpir en dulces trinos y suavísimas alboradas al aparecer en la azulada esfera el lucero del día, y unas baten sus alas, otras cercan el aire con ligeras vueltas, aquellas trasvuelan, y éstas se levantan a las nubes dando todas claras muestras del gozo que enajena su pecho; no de otra suerte los paladines del ejército del Cid al descubrir al héroe que caminaba hacia ellos con gentil gracia y noble ademán conduciendo a su adorada consorte asida de la mano victorearon a Rodrigo, y arrojando al aire los pañuelos, alzando los brazos y batiendo las palmas, corrieron a recibirlos en presuroso tropel.

A estas muestras de regocijo correspondieron Jimena y su esposo con graciosos saludos, hasta que detenidos por la multitud, oyeron de boca de los principales jefes repetidos parabienes. El impávido Ordóñez de Lara abrazó a Rodrigo de Vivar con el entusiasmo que el espíritu caballeresco despertaba en su pecho todas las veces que presenciaba las brillantes hazañas del ilustre campeador. Pero quien más se distinguió con pruebas de singular alegría fue el caballero del Armiño, a quien el Cid y su esposa pagaron las cariñosas y leales muestras de correspondencia a su afecto.

Cesó el melifluo sonido de la música marcial al llegar los dos esposos al edificio, en cuya cumbre ondeaba el santo estandarte de la cruz: allí una nueva y patética escena se llevó tras sí los ojos de los guerreros. La tierna doña Sol salió al encuentro de su madre, y colgándose de su cuello prorrumpió en sollozos y amorosas lágrimas al apretar contra el suyo el rostro de aquella madre por tanto tiempo ausente y a la que adoraba más que a las niñas de sus propios ojos. Parecía declarar con aquellos extremos el extraordinario dolor que había martirizado su corazón durante la esclavitud de Jimena. Y como si entonces recobrara súbito la vida y el placer, entregábase a la dulcísima conmoción que sentía.

Mientras la matrona de Castilla y su hija doña Sol gozaban la una en brazos de la otra unas delicias que solamente la naturaleza puede producir, el Cid, rodeado de los primeros jefes del ejército, se volvió a los soldados y les dijo:

—El gozo que os causa, valientes adalides, el triunfo que he conseguido de un tirano, me declara abiertamente vuestro deseo de pelear. He querido, hame

estimulado mi ambición por la gloria a librar a Jimena de la esclavitud por mi solo, para manifestar a ese déspota feroz que Rodrigo de Vivar no necesita de ajeno apoyo cuando ansia llevar a cima una acción gloriosa. Pero esto ha sido solo adelantarme algunas horas a vosotros: coger una hoja de laurel y dejaros el árbol para que os coronéis con sus ramas logrando nuevas victorias; ha sido enseñaros el camino del triunfo, porque tal es el deber de un jefe. Preparaos, pues, para correr al campo de batalla; no tardará en herir vuestros oídos el eco del clarín guerrero. ¡Oh España, oh dulce patria de los ánimos denodados!, serás libre, serás feliz. ¡Dichosos una y mil veces los paladines que mueran gloriosamente al pie de estas murallas combatiendo por la libertad. Los siglos venideros repetirán su nombre y la gloria los escribirá con letras de oro en su templo!

Calló Rodrigo, y resonó el campamento en nuevas aclamaciones y gritos de entusiasmo. Como suele el mar agitarse y levantar sus olas con estrépito amenazando a las nubes y al abismo, y los solícitos marineros asiendo con sus manos las cuerdas amainan unos las velas, otros se ponen al remo, y todos en movimiento corren por el barco adonde el deber los llama, no de otro modo los denodados cristianos vuelan sin esperar señal alguna a sus cohortes, ordénanse en ellas y piden al Cid por medio de sus jefes que no dilate el asalto de Valencia. En este punto llegó un mensajero de la playa, y avisó al Campeador que acababa de llegar la poderosa armada del rey Juzeph-Tephin, de África, con un ejército numerosísimo que se disponía a saltar a la arena. Lejos de disminuir esta nueva el ardor del héroe; lo aumentó; recorrió el campo con increíble presteza; alentó a los guerreros, y dividiendo en dos mitades sus fuerzas, resolvió asaltar con una la ciudad, y partir con la otra a la playa a batir el ejército del rey africano. Entonces reunió el consejo de los jefes, y les declaró su plan. Esperar a que se juntasen las falanges de Abenxafa al ejército africano, hubiera sido poner en duda la victoria. Por desigual que fuese el número de los combatientes, aunque los castellanos las hubiesen con triplicados escuadrones, valía más sorprender a los árabes y decidir la suerte de la batalla con una estratagema militar. Los paladines cristianos admiraron el arrojo y la pericia del Campeador, y juraron obedecer ciegamente sus órdenes, muriendo en aquel día con gloria o coronándose de laurel.

Rodrigo de Vivar debe mandar personalmente el ejército que se encaminara a la playa, porque allí existen los verdaderos peligros; todos desean acompañarle al campo del honor. Para satisfacer el ansia de aquellos héroes, determina el Cid decidir por suerte los que deben seguirle, y batirse con el monarca africano; y ofrece a los que han de asaltar la ciudad, que volverá a socorrerlos en el punto en que quede vencedor de los recién llegados adoradores de Mahoma. Llama al caballero del Armiño y a Ordóñez de Lara, y les confía el mando de los escuadrones que han de acometer a Abenxafa, pero ellos se niegan a esta distinción, y el paladín del Armiño

le dice así:

—No rehúso, valeroso héroe, ser el primero que suba a la muralla y que plante en ella el real estandarte de Castilla; porque a mí principalmente toca cumplir la palabra de poner a vuestros pies la cabeza del inicuo tirano que tiene encadenada a vuestra hija Elvira, y que decretó mi muerte. Debo también librar la vida de un bienhechor, del desgraciado padre de Peláez, si es que llego bastante pronto para estorbar que el filo de la espada sarracena se haya embotado en su pecho. Estos deberes me hacen recibir con regocijo el permiso de pertenecer a los valientes adalides que van a sembrar por Edeta el pavor y la muerte; pero si me glorio de poder acompañarlos en tan hermosa jornada, no puedo admitir la honra de marchar a su frente. Acaba de llegar a este campamento un guerrero en cuyo escudo brilla una águila de oro y si mis labios pudieran revelaros los secretos que el honor no me permite descubrir, no vacilaríais en darle el mando de las ordenadas haces. Pero llevad a bien al menos el que os le presente, para que pueda rendiros el homenaje de admiración que se debe a los héroes.

—Impávido adalid —respondió Rodrigo con singulares demostraciones de gozo —, un caballero presentado por vos merecerá desde aquel punto mi confianza.

Inclinose respetuosamente el del Armiño, y ofreció volver al instante con su compañero de armas.

Resonó en breve el sonido de doce marciales clarines seguidos de cincuenta heraldos majestuosamente vestidos; tras éstos venían lindísimos pajes cubiertos de seda, todos donceles que apenas contaban quince abriles, y que caminaban alrededor del magnífico carro de plata con ruedas de bronce donde iba sentado el caballero del Águila. Eran blancos como el ampo de la nieve los bridones uncidos al carro, y parecían sus crines sutiles hebras de plata con los jaeces y las bridas de oro; estaba recamada de perlas preciosas la áurea celada del guerrero llevando por crestón un diamante que servía de broche y afianzaba las hermosísimas y níveas plumas que lo coronaban. Atravesaba su pecho una rica banda y, al lado del águila que le servía de escudo, se descubrían las armas de Castilla con una nube encima que ocultaba una corona real. Saltó del carro el paladín con la visera caída, y retembló la tierra con el peso de sus armas, que resonaron agradablemente por ser de plata; dirigióse luego con dignidad a Rodrigo, y abrazándole con cariño, le habló así.

—Vengo de lejanas tierras a ver si la fama exagera las hazañas que de tan ilustre castellano pregona, y que ya se repite de labio en labio por toda España. ¡Dichoso paladín! Tú has sabido ahogar la envidia en su cuna, e inmortalizar tu nombre con ilustres hechos de armas que repetirán los futuros siglos. Permite que permanezca incógnito, hasta que pueda alzarme la visera con orgullo, y envanecido con algún triunfo que consiga bajo tu estandarte, porque aunque fuese yo un monarca de la tierra, ¿con qué título me presentaría a tan famoso capitán sin más empresa en mi

escudo que unos timbres heredados de mis abuelos?

—Señor —le interrumpió el Cid—, es demasiado penetrante vuestra voz para los pechos leales, y no es fácil desconocerla. Respeto el disfraz y la ocasión con que vuestra majestad se ha dignado venir a vuestro campo; recibid de mi diestra, siempre pronta a defender a vuestra majestad, a pesar de los falsos aduladores, el bastón del mando, y dictadme las órdenes que deba obedecer.

—Te engañas, Rodrigo —replicó el caballero—, y si no te engañas, te ordeno seguir como hasta aquí, siendo el jefe de tu ejército.

Habló en seguida al oído al Campeador, y volviendo a subir en su magnífico carro en compañía del paladín del Armiño, corrió a ponerse al frente de los cristianos que ya caminaban hacia la ciudad, cuyos muros aparecían coronados de árabes ufanos con la llegada del rey Juzeph que ya sabían.

El amable héroe de Vivar llamó a su esposa y a su hija para darles el último adiós, por si perecía en un combate tan peligroso, en el que cada cristiano tendría que vencer a diez enemigos, o morir, Aún gozaba la sensible Jimena de las caricias de su hija; aún estaban los labios de esta pegados a los suyos, y, extasiada en el amoroso delirio de una enamorada madre, vertía ardientes y consoladoras lágrimas. ¡Qué dulce es llorar de gozo, de felicidad! ¡Qué puro es este placer, y cuán superior a todos los que pueden probar el corazón humano!

El mensajero de Rodrigo sacó de su delicioso enajenamiento a las castellanas, y corrieron a encontrar al más tierno y virtuoso de los guerreros. Habíase vestido su más rica armadura, y brillaba en sus manos aquel acero aterrador tan temido en la pelea; sus ojos resplandecían con el fuego del amor y una suave sonrisa entreabría sus labios.

Adiós, caras mitades de mi alma, —exclamó— adiós; parto a pelear. Cuando vuelva a vosotras, será para sentaros en el carro del triunfo y conducirlos a los brazos de Elvira.

Hablando así, ciñó con los suyos el cuello de su esposa, que correspondió a la ternura de Rodrigo con iguales muestras, y al querer asir el de Vivar con la mano en que empuñaba la espada la diestra de la matrona, cayó el acero en tierra. Asustose con el ruido la castellana, y dio dos pasos hacia atrás; pero Rodrigo levantando el acero y volviéndole a la vaina, tornó a acariciar a su consorte.

—Consuelo de mi vida le dijo, —no te aterres; el sonido de las armas debe ser grato a la compañera de un soldado. El deber me llama, y no es posible que me detenga más tiempo. Si una flecha lanzada al azar, si un bate de lanza casualmente diestro me impiden tornar a tu presencia, cuida de nuestras hijas, y háblales sin cesar de su padre. Conmovidas Jimena y doña Sol al oír de boca del Cid estas razones, le estrecharon con más cariño, bañando su rostro varonil con las lágrimas que abundantemente se desprendían de sus ojos. Reconociendo el guerrero que aquella

escena afectaba demasiado su sensibilidad, se desprendió de repente del cuello de su esposa, y corrió al campo apresuradamente con muestras de una agitación violenta.

Ya los ordenados escuadrones, al son de bélicos clarines, se adelantaban a la playa; y el Cid saltando sobre su hermosísimo caballo, desnudó la espada, y se colocó al frente del ejército. Volvió el héroe una y otra vez la cabeza, y vio a su esposa y a su hija puestas de pecho sobre una ventana, y haciendo extremos de desesperación con el dolor de la partida. Suspiró Rodrigo pronunciando el dulce nombre de su consorte, y dando de espuelas al caballo, llegó primero que todos a la playa del mar. Iba a su lado Ordóñez de Lara, por haber nombrado para jefe del ejército que había de asaltar a Valencia al caballero del Águila en lugar de Ordóñez; y habiendo ambos reconocido las fuerzas del enemigo que había ya saltado a la arena, comenzaron a dirigir el ataque. Rompiéronle los flecheros que fueron recibidos por los africanos con serenidad, ordenados en línea de batalla a lo largo de la playa y a la orilla misma del mar, donde se veían anclados los veleros bajeles que habían venido. Acometían los cristianos con su natural valor, arrojando una nube de flechas a los árabes, que lanzando alaridos y adelantando con rabioso denuedo hacia las falanges del Cid, intentaban prevalidos del número cercarlas y ponerlas en fuga. No son más firmes los promontorios donde se estrellan las olas del embravecido océano, volviendo a caer en el piélago insondable sin conmover sus peñascos, que valerosos y constantes aparecían los adalides castellanos, en cuyos bronceados cascos brillaban los rayos del hermoso sol. Pero los continuos refuerzos de los que descendían de los bajeles y volaban a auxiliar a sus compañeras, hubieran desalentado a los héroes de Castilla, si no hubiesen visto relucir semejante al astro de la noche la lanza de Rodrigo de Vivar, que seguido de unos cuantos paladines, todos héroes, se abalanzó a los contrarios y principió a sembrar la muerte por sus escuadrones, haciendo morder la tierra a sus principales jefes. Y cuando atónitos los africanos ciaban besando ya sus plantas las humildes olas, y los castellanos los llenaban de terror con el grito de viva el Cid, oyeron a deshora el marcial estruendo de cien guerreros clarines que atronaban los vecinos campos por una estratagema militar del de Vivar para hacerles creer que se acercaba un poderoso y numerosísimo ejército. Al verse rechazados con tanto arrojo, y creyendo que iban a caer sobre ellos triples tropas auxiliares, volvieron la espalda a los cristianos, y se encaminaron con precipitada huída hacia los bajeles. Corrían por dentro del agua tirando las armas y sembrándola de despojos; mientras los guerreros de la Cruz los seguían; matando a los que alcanzaban, y obligando a otros a sumergirse en las olas, y buscar en su abismo la salvación si no hallaban en él su ruina.

En vano el rey Juzeph, montado en soberbia caballo árabe y metido en el agua hasta el cuello del animal, les mandaba replegarse a un punto y retirarse con orden para evitar y economizar su propia sangre que coloraba el Mediterráneo. Nada

bastaba a detener en su carrera al Cid, que abalanzándose al rey y dando muerte a los que le rodeaban y procuraban defenderle, gritó:

—Ahora verás, orgulloso mahometano, si todo tu poder y el de la media luna son bastantes a libertarte de los furibundos golpes de mi acero.

Dice así, y Juzeph, aflojando las riendas al diestro caballo, le obliga a nadar por el piélago sembrado de cadáveres, respondiendo al de Vivar:

—No seas tan arrogante, nazareno, que puede trocarse la fortuna, y apagarse la estrella que te guía a la victoria.

No son obstáculos para el Cid las olas, y apeándose de *Babieca* se precipita a nado tras el monarca de África, y llega por fin a desnudarle la cabeza, tirándole la corona con el regatón de la lanza, Juzeph no halla entonces otro medio para salvar la vida que volver el rostro al Campeador, y decirle:

—No es honroso a los héroes triunfar de enemigos desarmados; si quieres derramar mi sangre o conducirme atado al carro de tu triunfo, hazlo con honor. El último soy que me retiraba del combate, y no puedes tacharme de cobardía, aunque la suerte se me muestre contraria. Salgamos a la arena, y en pelea igual logra la gloria de vencerme si Alá te la concede.

—Acepto el combate —contestó Rodrigo—, aunque no llevas más objeto que dilatar una existencia que iba a finar en este punto.

Asió el Cid otra vez de la dorada brida a su caballo, y salió a la arena aguardando a su enemigo que le siguió con ánimo resuelto, esforzando su valor para pelear por la dulce vida.

Brillaba la playa a intervalos con los áureos cascos y pavonados arneses que yacían por tierra, y hollaban los pies, caídos estandartes de la media luna casi sepultados o desprendidos de los astiles; aquí herían los oídos los lamentos de los moribundos, y más allá resonaban cánticos alegres que entonaban los vencedores. Ocupábanse unos en despojar a los cadáveres y amontonar ricas preseas y soberbias armaduras mientras otros se vendaban las heridas o reparaban las perdidas fuerzas apurando los zaques de suavísimo vino del Betis. Las olas se deslizaban blandamente, llegando a rociar en sus últimos momentos a los infieles africanos próximos a exhalar el postrer aliento lejos de su amada patria, donde dejaron a sus esposas y a sus tiernecitos infantes, a quienes no tornarán a ver sus ojos que se cierran para siempre. Y quizá antes de expirar presencian el espectáculo triste de ver a sus compañeros con las manos atadas a la espalda y hechos esclavos por consecuencia de la victoria y bendicen la muerte que los ha libertado del prolongado tormento de arrastrar una s cadenas tan pesaras e ignominiosas. Así el hombre se entrega él propio a nuevos y acerbos infortunios, como si la naturaleza no le hubiese condenado a hartos dolores, y no naciesen de su constitución física y moral continuos males.

Rodrigo de Vivar tomó un buen espacio de la playa después de haber saltado

sobres *Babieca*; y Juzeph, en cuyo traje remojado por las olas se ostentaba la riqueza de los orientales, abrochó, con un diamante la túnica al pecho, púsose la corona de perlas preciosas salpicada, y aguijó al caballo con el sonoro látigo de oro. Encontráronse ambos combatientes en mitad de la carrera, y dirigieron la punta de su lanza a la coraza; pero la de Juzeph dando contra la finísima armadura de Rodrigo, dobló su punta, y se rompió. Penetró la del héroe las siete planchas del mismo metal que defendían el pecho del africano, y cayó herido del bridón, lanzando un penetrante suspiro. El caballo árabe, libre del peso de su señor, echó a correr por la llanura, más veloz que el viento, relinchando una y muchas veces, y sembrando de espuma la arena. Juzeph, afirmando las palmas de las manos sobre el suelo, procuró sentarse, y quitándose con la diestra la real diadema, la alargó al Campeador, y le dijo:

—Vencido estoy, y a ti entrego y rindo las insignias de mi poder. Toma, valiente nazareno, y si alguna compasión te inspiran mis desgracias, escucha las últimas palabras que te dirijo: Tengo una esposa y un hijo que eran el consuelo y la delicia de mi existencia; mil veces les he rogado durante mi mansión en África, que sepultasen mi cadáver a la falda del Atlas, junto a un manantial cercado de pomposos árboles. Ellos me ofrecían cumplir mi mandato, e ir por las noches a mi tumba a platicar conmigo y a recordar los deliciosos días de felicidad que juntos hemos pasado. No me prives de este único consuelo, héroe cristiano; si tu corazón es sensible y ha palpitado alguna vez por una hermosura, si eres padre y sabes cuán dulce es el alma este nombre, si en alguna ocasión se ha enternecido de gozo tu pecho al acercar tus labios a los frescos labios de una joven amada, concede a mis parientes mis despojos mortales. Descenderán de las naves a recogerlos, y dando después las velas al viento quedarás libre de esta armada en mal punto venida a las playas del Mediterráneo.

Hablando así se detenía a cada instante para esforzar el aliento, porque iban agotándose sus vitales fuerzas. Volvió los ojos al mar, miró los bajeles, vertiendo lágrimas, y alzándolos después al cielo, dejó caer su cuerpo sobre la arena para nunca tornar a levantarlo. Expiró el desdichado rey, y conmovió a quienes sus últimas y tiernas súplicas habían inspirado el más vivo interés. Rodrigo de Vivar, enternecido sobremanera con el ruego de Juzeph, porque en aquel punto recordó la despedida de su esposa y de su hija, ordenó que uno de los soldados botase al agua un batel, y enarbolando una blanca bandera en señal de paz corriese a las naves y dijese a la triste esposa de Juzeph que podía disponer del cadáver de su marido. La desgraciada reina había subido a la popa del barco al ver la deserción de los fugitivos que se acogían a las lanchas y esperaba en vano a su esposo muerto en descomunal batalla. Y cuando cesaron de llegar los que huían del combate, y no descubrió entre los venidos al monarca, un involuntario temblor estremeció su cuerpo, y se sentó al lado del pequeño hijo que estaba asido a su manto y preguntaba por su padre. El niño subió a sus rodillas al verla sentada, y comenzó a prodigarle caricias besando el rostro

de la madre, y ciñendo su cuerpo con los delicados brazos brillantes con los brazaletes de oro que los cercaban.

Cuando el mensajero de Rodrigo dio la funesta noticia a la viuda, desmayose al oírla, y solo recobró el aliento para manifestar con claras muestras el dolor de la herida que acababan de abrir en su pecho. Arrojó al mar el rico velo y las joyas que adornaban su cabeza, y tendiendo al viento sus hermosísimas melenas, cubriose con ellas el rostro, y se puso en el batel del mensajero, llevando en sus brazos al hijo de su corazón. Precipitose después a la arena con increíble presteza para abrazar al yerto esposo; pero al descubrir el cadáver, se horrorizó, y detuvo la inmóvil planta. El niño reconoció las facciones de su padre, y saltando de los brazos al suelo, se abalanzó a Juzeph, e iba a imprimir un beso en sus mejillas, cuando observando que no se movía y no respondía a sus halagos como otras veces, echó a llorar, y corrió a ocultarse de miedo bajo el manto de su madre, abrazado a su rodilla.

No pudo el ilustre Campeador tener a raya su natural ternura, y acercándose a la desesperada reina que se arrancaba los cabellos y hacía extremos de locura, le dijo:

—Desgraciada señora: cesad de traspasar mi alma con vuestro llanto: os entrego el cuerpo del rey para que le conduzcáis a África y le deis la sepultura que deseaba; mis guerreros os ayudarán a colocarle en el batel.

Mirole la africana con ojos airados, y hubiera prorrumpido en quejas y amargos denuestos, si un nudo que le apretaba la garganta no le impidiera pronunciar una sola palabra. Apartó con sus manos a los soldados que en cumplimiento de la orden del Cid intentaban levantar el cadáver, y abrazándolo con todas sus fuerzas lo puso en la lancha, y subiendo a ella en compañía de su hijo desapareció con la rapidez del rayo.

Reunió el héroe de Castilla las falanges que celebraban con alegres músicas el obtenido triunfo, y se encaminó a las murallas de Edeta a auxiliar al ejército que había destinado al asalto. No bastaba haber triunfado de Juzeph y haberle derrotado; era necesario aprovecharse de la victoria, y dar felice cima a la conquista de la ciudad, no dilatando más tiempo el asalto. Por otra parte, al verle los sarracenos vencedor del monarca africano y con su corona en la diestra, debían quedar desalentados y rendirse con menos efusión de sangre. Al pasar el Cid por el arrabal donde se hallaban su esposa y su hija, saludolas con graciosos ademanes, y ellas que ya sabían su victoria, agitaron los pañuelos, y sonriéronse dulcemente en señal del placer que henchía sus corazones, pero el héroe no quiso detenerse un solo punto porque ignoraba los acontecimientos de los combatientes, y no tenía a buen agüero el silencio que reinaba en los contornos y que manifestaba, si no la inacción de los castellanos, al menos alguna suspensión de armas, a la que los hubieran obligado militares estratagemas. Mas vémonos precisados a cambiar el lugar de la escena, para declarar al lector los sucesos que habían causado tan extraño silencio.

Hemos dicho en el capítulo XIII que cuando Abenxafa supo la partida de Jimena,

mandó cargar de cadenas a su hija doña Elvira, creído de que todo era obra suya, y llamando en seguida a Hamete, a quien confiaba sus más secretos pensamientos, descendió con el anciano al jardín, y le dijo:

—La fortuna me abandona, sabio Hakim, y no cesan de caer sobre mí desgracias; ni sé qué hacer, ni qué resolución tomar. Mi esperanza de reducir al Cid a que me concediera treguas en una situación apurada se cifraba en el cautiverio de su esposa, a la que hubiera amenazado con quitarle la vida, si no le persuadía a que levantase el sitio. Pero se ha fugado, y ningún recurso me resta cuando más le necesito. El pueblo se queja del hambre que padece; las calles están cubiertas de los míseros que perecen por falta de alimento; mis tropas débiles y extenuadas; y los auxiliares no llegan. ¿Quién evitará una sublevación, cuando los principales jefes que conocen la clemencia con que ese perro cristiano trata a los vencidos, arengan al pueblo en favor suyo, y le dicen que Alá los castiga por la muerte de Hiaya? ¿Quién podrá contener a este partido sedicioso y ufano con mis infortunios? ¡Oh Hamete! Podía decirte que tú tienes la culpa de todo, tú que contribuiste a que saliera con vida de mi ciudad el jefe del ejército nazareno, pero no quiero culparte, pongo en olvido lo pasado, y desprecio las negras sospechas que pérfidos palaciegos me hicieron concebir contra ti. Exijo, sí, de tu sabiduría que me saques a puerto, con tus consejos, de mis desdichas; indícame cómo debo portarme.

—Grande Abenxafa —respondió El-Hakim—, el siervo del Profeta no debe mentir: Alá ha resuelto vuestra ruina, y mis consejos no pueden libraros de una tumba que se abre ya para tragáros.

—¡Bárbaro! —gritó Abenxafa—. ¿Sabes que estás en mi presencia, y que me resta aún poder para despojarte de la miserable vida?

—Pues ¿por qué me habéis preguntado mi opinión? —le interrumpió el anciano en tono resuelto—. ¿No han de herir los oídos del tirano sino dulces lisonjas? No, comience a percibir los acentos de la verdad a medida que se aproxima su fin. Lo repito: no hay salvación para el verdugo de Hiaya. ¿No veis vuestras manos tintas en sangre? ¿No escucháis su voz que os amenaza, sus ojos que os miran con execración, y que vibran rayos de venganza? Sí, desgraciado rey: quedarás vengado antes que el sol se sepulte en los mares del ocaso; y escribiré en su tumba: pereció tu asesino.

—¡Traidor! —gritó el monarca de Valencia; mas El-Hakim había desaparecido más ligero que el viento, y se dirigía a consolar a la desgraciada Elvira.

—¡Oh Dios! —exclamó Hamete al entrar en la estancia donde habían sepultado a la doncella—, nuestra suerte depende de un hilo. Pero ya el ejército cristiano se acerca con precipitación; viene a asaltar la ciudad y los sarracenos se disponen a defenderla; no me separaré ya de vuestro lado.

Elvira inclinó la cabeza en señal de gratitud, porque agitada por dudosos pensamientos no tenía valor para responder una palabra. Mas advirtiéndole que

Abenxafa se acercaba con pasos acelerados, hizo retirar al anciano al extremo oscuro de la estancia, y se dispuso para sufrir el más triste y funesto coloquio.

—Cristiana —dijo el tirano luego que puso los pies en el aposento—, disponte para morir, que tal debe ser el destino de la vil mujer que me ha arrastrado a mi perdición. Aquel guerrero de la cruz con quien te sorprendí no era una sombra, como me obligaste a creer; era mi indigno rival, a quien tú has vuelto a la vida con ensalmos. Mis soldados le vieron partir al campamento de tu padre, y le lanzaron una nube de flechas al pasar a nado el río. Pérfida, tú has dado libertad a tu madre, tú has entretenido con tus dulces y venenosas palabras mi amor, tú te has reído de mí; pero ya trocado en ira el cariño, llegó tu hora, y morirás.

—¿Y qué me importa morir —respondió la doncella— cuando tengo el placer de que hayan recobrado la ventura las personas que me son caras? Si tu rabia había de sacrificar una víctima, si necesita sangre tu inhumano corazón, vierte la mía.

—¿Y ni aun a negar te atreves —replicó el árabe— los cargos que te he dirigido, para consuelo mío?

—Ni los otorgo ni los niego —contestó Elvira—. Sé que soy el blanco de tu furor, y no aguardo sino la muerte.

—¿Y he de bañarme en tu sangre? Escucha: acaban de decirme que las huestes africanas han llegado a este mar, y que miles de soldados de la Media Luna discurren por las vecinas playas corriendo a socorrerme. Tu padre desesperado busca un asilo en esta ciudad, y se dirige a asaltarla para librarse de los alfanjes africanos. Pero hallará su sepulcro en estas murallas, que yo animaré a mis valientes sarracenos, y pereceremos todos antes que sucumbir. No pienses, sin embargo, que si la suerte de las armas me es contraria escaparás de mi venganza. Te conduciré al muro y a los peligros; y a la primera herida que reciba, envainaré en tu pecho mi acero. O serás mía si venzo, o morirás conmigo. Partamos.

Asió del brazo a la infeliz doncella así hablando, y la obligó a caminar cargada con el peso de las cadenas, y seguida de Hamete, que en vano empleaba su sabiduría para persuadir al déspota la clemencia. Rabioso y amartelado juraba cumplir al pie de la letra lo que había ofrecido y atormentaba a la castellana con públicas afrentas y odiosos dictados: que de todo es capaz el amor lascivo. Mandó también para doblar sus dolores que condujesen a Gil Díaz y a fray Lázaro, y los ató con fuertes ligaduras colgados de las almenas de la muralla; y púsose junto a ellos al lado de Elvira, que con llorosos ojos y espíritu abatido veía a los cristianos acercarse a la ciudad.

Descubríase al frente de las falanges la áurea carroza de los caballeros del Águila y del Armiño, semejantes al astro del otoño que brilla por la noche, y se distingue de las estrellas con su esplendor. Venían tras éstos el conde de Oñate y el denodado Nuño Cabeza de Vaca empuñando una descomunal maza de armas; seguíanlos Arias Gonzalo, que sonreía con la delicia que le causaba la vista de la ciudad donde había

de repetir sus heroicos hechos de armas; el arrojado don Alvar Salvadores, a quien una muerte gloriosa privaría de las dulzuras de la victoria; y el intrépido Ordoño, condenado por la parca a no pisar las calles de la hermosa Valencia. Caminaban todos con la frente levantada y gozosos de ostentar su denuedo y su pujanza, hiriendo los aires con alegres gritos y amenazas a los sarracenos, que confiados en el socorro del rey Juzeph denostaban a los castellanos desde las altas y débiles almenas que ocultaban a trechos sus cuerpos.

Los valientes caballeros, tirando de la brida a los caballos, hicieron parar la carroza, y saltaron a tierra desnudando sus limpios aceros relucientes como los rayos de la luna. Pero al ir a ordenar a los más denodados paladines del ejército para acometer con ellos a los musulmanes y arribar las escalas a los muros, hirió sus ojos un espectáculo que los dejó inmóviles. Vieron anudados por la parte exterior de una almena y colgando de ella a los infelices fray Lázaro y Gil Díaz; y cargada de pesadísimas cadenas a Elvira con la cabeza inclinada y colocado su cuerpo en el vacío que había entre uno y otro torreón, como si sirviese de antemural al fiero Abenxafa, que con el puñal desnudo estaba tras ella en ademán de envainarlo en su pecho. Horrorizose el caballero del Armiño al observar el eminente peligro que amenazaba la vida de su amada, y rogando al del Águila que retardase con cualquier pretexto una sola hora el asalto, llamó a diez de los más esforzados héroes, y partió con ellos después de haberles declarado su idea. Eran éstos: Fernán Sánchez, Fernán González, don Alvar Salvadores, Nuño, Bermúdez, Raimundo, conde de Borgoña, Enrique de Besanzón, de la casa de Lorena, Gormaz, Berenguel y el conde de Oñate. Apeáronse todos de los caballos, y siguiendo la línea de la muralla llegaron al Turia y a la parte por donde este río entraba en la ciudad, y por donde había poco antes atravesado al campamento del Cid el paladín del Armiño. Habían levantado los árabes un puente de barquichuelos, y abalanzándose los héroes a los centinelas que le custodiaban, se abalanzaron a ellos con increíble ímpetu y, arrojándolos muertos en el agua, siguieron a nado la corriente del río.

Los sarracenos, aterrados, corrían por las calles creyendo que los acometía Rodrigo de Vivar. Y reinaban el desorden y la confusión; entre tanto los guerreros de la Cruz, con frente impávida y corazón valientes atravesaban la ciudad. Llegaron por último a la parte del muro que ocupaba Abenxafa, y los guardias que custodiaban sus espaldas por si acontecía algún tumulto popular, trabaron con ellos el combate más sangriento. Mandábalos Alboraya, árabe valeroso, que rugía como el león a la vista de los cristianos, y que estimulaba y enardecía con elocuentes palabras a sus compañeros. Rodeábanle Almanzor, Abdelcadir y el siempre vencedor Alí-Abenajá, azote de los adoradores de la Cruz en cuantos puntos fijaba la destructora planta, ora empuñase la maza o el acero. Dirigió Alí la punta de su lanza al pecho de don Alvar Salvadores, y pasando con ella la coraza de finísimo acero, bañola en su sangre, y al

caer el héroe resonó el suelo con el ruido de las armas; la espada del fuerte Nuño cortó a cercén la cabeza de Almanzor, penetrando por junto a la gola y salpicando con la roja sangre el rostro de Alboraya, que redoblando su furor con la muerte de su amigo descargó un descomunal golpe en el casco del caballero del Armiño. Pero era tan fino el oro de que estaba fabricado, que al dar el acero sobre él, saltó hecho pedazos sin hacer mella en el casco; el paladín rompió con el suyo la cota de malla del sarraceno e hiriéndole junto al corazón cayó de espaldas llamando a su amada Zoraida. Atónitos del valor de los castellanos los soldados de Abenxafa huyeron precipitadamente, dejando libre la escalera que conducía a la parte del muro donde el feroz Abenxafa permanecía amenazando a la donosa Elvira.

—Aguardaos —dijo el del Armiño—, compañeros míos. Si acometemos con este traje al tirano, posible es que al verse perdido clave su puñal en el pecho de la hija del Cid. Troquemos de escudo y de almetes; los guerreros que yacen tendidos por el suelo nos ofrecen este arbitrio; y fingiendo que nos retiramos, podremos asegurar su brazo, y salvar la vida de la más linda castellana.

Dijo, y desencajándose el yelmo de espaldas a sus amigos se puso el de Alboraya adornado con una media luna de rubíes; e imitando su ejemplo los demás paladines dejaron también sus escudos en el suelo, y embrazando los que hallaron por tierra se transformaron en mahometanos. Fingiendo entonces que retrocedían acosados por cristianos, subieron al muro precipitadamente, y asiendo con todo su poderío el caballero del Armiño el brazo de Abenxafa cuando más lejos estaba de imaginarlo, lo apretó con tanto ímpetu, que abriéndose la mano con la fuerza del dolor, dejó caer el puñal en tierra. Ya en esto el paladín del Águila, que observaba los movimientos de los sarracenos, había presumido la victoria de su inmortal compañero de armas, y acercaba las escalas a la muralla, al propio tiempo que las trompetas del Cid le anunciaban vencedor de los africanos. Rodrigo de Vivar aguijó a su bridón, y con la bandera real de Castilla en la mano saltó por encima de la multitud de guerreros, y ascendió primero que todos al torreón, y enarboló el estandarte sagrado de la Cruz, a cuyo espectáculo doblaron una rodilla sus falanges, y las marciales músicas resonaron dulce y armoniosamente al compás de los gritos de «Viva España. Viva el Cid. Viva Castilla».

Entre tanto, Abenxafa, retrocediendo con la furia del león, logró desasirse del paladín cristiano, y comenzó a correr por el muro más ligero que el águila cuando ejerce sus rapiñas en la región de los Alpes. Siguióle el cristiano con increíble ligereza hasta que, acosado el sarraceno, y no hallando camino por donde escapar, revolvió súbitamente y desnudando el acero, le dijo:

—No huiré ya, perro nazareno, que, vive Alá, he de vender cara mi vida.

—El caballero del Armiño soy —respondió éste—, el genio del mal para ti, el que asistirá a tu aciago fin. Déspota feroz, ¿no sabías que los tiranos, tarde o temprano,

sucumben al poder de la virtud? Con cien vidas no podrías pagarme los males que me has causado, los tormentos que ha sufrido mi corazón. Tú ordenaste mi muerte con la más negra perfidia, tu acibaraste los días del dulce objeto de mis amores, tú...

Los ojos de Abenxafa centelleaban al oír al caballero, y las furias y los roedores celos despedazaban su corazón. Cegábale su propio furor, y peleaba desesperadamente y a la ventura. El cristiano después de haberle burlado una y otra vez, parando con su acostumbrada destreza los golpes de su espada, logró secundar un fendiente en el medio del casco, y dividió la cabeza en dos mitades. Expiró el tirano antes de caer y el incógnito voló a romper las cadenas de Elvira, cuando el Cid y el del Águila y los otros paladines se batían con los mahometanos. Aún logró pasar con su lanza al asesino del valiente Ordoño: y corriendo en seguida a la castellana, la tomó comedida y cortésmente en sus brazos, descendió ligero por una de las escalas agarradas al muro, la sentó en la carroza del caballero del Águila y aguijando con el látigo a los caballos, principió a correr hacia el barrio de Villanueva con el cadáver de Abenxafa arrastrando del carro. Una nube de polvo envolvía al héroe y a su amante al atravesar las filas de los regocijados guerreros, que ponían en el último cielo de la alabanza el valor del incógnito paladín.

Rodrigo de Vivar volaba, con el estandarte en la diestra, los muros, y caían de ciento en ciento los cobardes adoradores de Mahoma, que enarbolaron por último una bandera blanca en señal de rendición.

El-Hakim Hamete, o por mejor decir, el anciano Pelayo, corría con la espada desnuda y vertiendo lágrimas de gozo en seguimiento de los mahometanos. Exhortábalos a que implorasen la clemencia del vencedor y no acrecentasen con una resistencia inútil el ardor de los castellanos. Encontróse con el Cid, y colgándose de su cuello descubriole quién era; lo que ya sabía el Campeador por relación del caballero del Armiño.

Cesó en aquel punto la matanza y los principales jefes de los árabes se arrojaron a los pies de Rodrigo, suplicándole que perdonase las vidas a los infelices habitantes de Valencia. Exigíoles el Cid que le entregasen a su hija, a Abenxafa, a fray Lázaro y a Gil Díaz, sin lo que no quería oír propuesta alguna, y habiéndole dicho que el caballero del Armiño conducía ya libre a Elvira a los brazos de su madre y que Abenxafa no existía, otorgó a los vencidos la gracia que solicitaban, y desató a los desgraciados fray Lázaro y Gil Díaz, que permanecían aún maniatados, aunque separados de la almena. Dispuso en seguida que algunas falanges desarmasen a los moriscos y regresó a sus reales a preparar la entrada de su ejército entero en la ciudad.

Capítulo último.

La entrada triunfal.

Jimena y su hija, regocijadas con el triunfo que el Cid había obtenido de el rey Juzeph, permanecían en la ventana, aguardando con ansía, nuevas de lo que pasaba en el asalto, cuando descubrieron una nube de polvo que se acercaba con presteza, cual si la impeliese un recio viento. Traslucían por entre la polvareda el brillo de la carroza, en la que el sol reflejaba sus auríferos rayos; y las castellanas experimentaron una especie de conmoción cuya causa no era fácil adivinar.

—Dulcísima Elvira —decía entre tanto el caballero del Armiño a la hija del Cid—, tengo la gloria de restituirte al seno de tu adorada madre. ¿Podré lisonjearme de merecer alguna recompensa?

—Valeroso joven —respondió la doncella—, hemos tocado el término de nuestros infortunios. Y si las escenas que has presenciado no te han dicho los sentimientos de mi corazón, ¿podrán expresarlo mis palabras? Sin embargo, debo quejarme de ti en medio de los sacrificios que mi amor te ha causado. ¿Qué dama ignorará por tanto tiempo el nombre de su caballero?

—Tienes razón, vida mía —replicó el joven, sacudiendo con el látigo a los caballos para que corriesen aún más—, tienes razón, y no deberías admitirme disculpa alguna, sino mediasen poderosos motivos. Quería deberlo todo a la gloria y al valor y nada a mi nombre ni a mi cuna; lo he conseguido ya; hame ofrecido tu padre que premiará con la mano de su hija a quien le entregue la media sortija de Abenxafa, que conservo, y su cabeza. Ves el cadáver del tirano barriendo el polvo y arrastrando por tierra detrás de esta carroza; llegó, pues, el instante de mi felicidad; y vas a conocer que no es inferior a la nobleza de los condes de Castilla, de quienes descienes, la generosa sangre que circula por mis venas. Sí, embelesadora doncella; después de las borrascas que han agitado nuestro espíritu lucen los días de la bonanza, los hermosos días que alegra con sus rayos el sol.

Los ojos de Elvira miraron con dulzura a su amante, a aquel amante que a la virtud, al heroísmo y a la más ardiente pasión por ella unía los encantos y la gracia de la juventud. ¡Es tan natural amar lo que es amable! El mancebo, lleno de polvo y de sudor, y tal vez con la armadura salpicada de sangre, dejaba ver por entré las barras de la visera unos ojos hermosos y brillantes que retrataban al vivo la grandeza y sublimidad de su corazón.

Llegaron los caballos al edificio donde la dichosa Jimena los aguardaba impaciente, y saltaron con gracia ambos jóvenes de la carroza, corriendo a los brazos de la matrona de Castilla. No es posible pintar con el colorido de la verdad esta

escena; las almas sensibles adivinarán los transportes y suavísimas conmociones que experimentaron la madre y las hijas al verse reunidas después de una ausencia que acibaró por largo tiempo su dicha. Estrechándose suavemente una a otras, imprimiendo en sus frescas y coloradas mejillas ósculos de amor, y uniendo sus labios de rosa, desahogaban la natural alegría que las agitaba, aquel gozo que todos sentimos, y que, sin embargo, ninguno acierta a definir. La presencia del objeto amado daba incremento a la sensibilidad de Elvira, que halagando a su familia y sacando a plaza su ternura, manifestaba que no podría menos de ser una esposa cariñosa la que era hija tierna.

En medio de estos transportes y halagüeñas fruiciones, hirieron súbito los oídos las pisadas de los caballeros que junto con el resonar de las armas de los paladines dejábanse oír a larga distancia. Apeáronse el Cid y el caballero del Águila, a quienes seguían algo zagueros Ordóñez de Lara, el anciano Pelayo, el conde de Oñate, fray Lázaro, Gil Díaz y la flor de la caballería castellana. Todos se abrazaron, y tributaron rendidos parabienes a Rodrigo de Vivar, a su esposa, a sus hijas y al guerrero del Armiño. Este valeroso mancebo clavando en la punta de su lanza la cabeza del tirano odioso la puso a los pies del campeador, y dándole la media sortija que tenía guardada, se alzó la visera, y habló así:

—Soy don Ramiro, hijo de don Sancho García, poderoso rey de Navarra, como estáis mirando. La fama de vuestro valor, la gloria de que habéis cubierto vuestro nombre inmortal y el ansia de distinguirme con heroicos hechos de armas me sacaron de mi corte para asistir al último torneo que celebrásteis en una de vuestras villas. Los ojos de vuestra hermosa hija fijaron mi suerte, y juré seguiros a todas partes, y ser su caballero para conseguir fama y amor, no por el lustre de mi nacimiento que debí al acaso, sino por mi sentimiento y por mis obras que son adquisiciones mías. Tengo el placer de que la propia sorpresa que os causo con esta declaración, cabe también a Elvira porque hasta ahora ha ignorado mi clase y mi nombre. Reclamo la palabra que dísteis de casarla con quien os entregase das dos prendas que acabo de poner a vuestra disposición.

—Y si, olvidando las pasadas injurias, algún cariño me profesa el Cid —añadió el guerrero del Águila, alzándose igualmente la visera—, le ruego que apruebe este matrimonio.

—Señor —exclamaron todos a una voz, doblando la rodilla—. ¿Por qué ventura gozamos el placer de ver a nuestro rey Alfonso, al soberano de Castilla?

—Levantaos —respondió su majestad—, unos guerreros como vosotros a nadie deben humillarse. Voy a explicaros la causa de mi venida. Nadie ignora que los poderosos enemigos de Rodrigo de Vivar, los lisonjeros cortesanos, me obligaron a desterrarle de Burgos, pintándome su fidelidad como sospechosa, y dando a cada uno de nosotros el nombre de traición. Engañado y deslumbrado con falsas apariencias,

que miradas desde el trono parecían realidades, consentí en un destierro, aunque con ánimo de averiguar por mí propio la verdad. Habíanme dicho que en el sitio de la hermosa Valencia había enarbolado un estandarte distinto del de Castilla, y que mis reales insignias y banderas habían sido holladas y arrojadas a una hoguera. He venido a presenciar este desacato, o a certificarme de la calumnia, como es en efecto. Te prometo, valiente Cid, que será más cruel la venganza con que satisfaré tus agravios, que los tormentos y penurias que habrás sufrido lejos de tu patria y de tu amable familia, buscando con la espada en la mano ocasión en que mostrarme la lealtad de tus sentimientos.

—Señor —contestó el Campeador—, a Dios plazca que mis contrarios sean tan felices como deseo. Lejos de nosotros la venganza; pues la más noble que podía desear es desengañar a mi soberano y ponerle de manifiesto mis acciones. Vuestra es la ciudad que acabo de conquistar, y la mano de mi hija del infante don Ramiro.

—Generoso héroe —replicó enajenado el monarca—, te nombro alférez de todas mis tropas, y mando que desde hoy se llame esta ciudad Valencia del Cid. Resuelvo, además, ser el padrino de la boda de tu hija con mi querido amigo.

—Albricias pido —gritó Gil Díaz, acercándose a Elvira—. ¡Válgate San Andrés! ¡Y quién había de decir que anochecerían con torreznos y almíbares unos días que amanecían con lágrimas y mortajas!

—Te mando —contestó Elvira— un real por cada azote de los que descargó sobre tus costillas el despiadado Vellido. Conque haga el buen Gil la cuenta, y tráigala ajustada, que yo le pagaré real sobre real.

—Benditas sean —dijo alborozado el escudero las manos que tal me pusieron, y déjame tomar el pulso a la cuenta, que a buen seguro que he de equivocarme.

El caballero del Armiño descubrió a Pelayo, y corriendo a donde estaba, le abrazó y presentó al soberano de Castilla llamándole su libertador y el único a quien debía la existencia. Todos tributaron los mayores elogios al anciano, a cuyos ojos asomó una lágrima arrancada quizá por la memoria de su hijo.

En esto, el rey Alfonso principió a repartir mercedes a los guerreros que más se habían distinguido en el asalto, dando a unos títulos, a otros pueblos, y a fray Lázaro permiso para levantar un convento de su orden con el nombramiento de abad perpetuo. Prodigó repetidas caricias con su amable franqueza a la esposa y a las hijas del inmortal Rodrigo de Vivar, diciéndoles que envidiaba su gloria y su felicidad al verlas unidas por los lazos del parentesco a un héroe que al valor y a las virtudes guerreras y cívicas añadía la amenidad y la cortesanía en el más alto grado.

El sol despedía brillantísimos rayos de luz desde el cénit, dorando las almenas y agujas de Edeta, cuando los héroes castellanos resolvieron verificar su entrada triunfal en la ciudad. Adornáronse con las más ricas corazas y con los cascos de gala adornados con marlotas de variados matices y empuñaron las lanzas con cueros o

regatones de luciente bronce, y con astiles de boj. Los soldados se vistieron los almillos y pespuntos de piel de leopardo y de león, y acicalaron el alto crestón de sus celadas con plumas pintadas o con pequeñas águilas de acero.

Tendieron al viento los sagrados estandartes de la cruz y los clarines, atabales y trompetas, unidos a los alelíos y añafiles rompieron con estruendo la marcha militar. Llenaban el aire gritos de entusiasmo y voces de alegría en que prorrumpía el ejército entero victoreando a la patria, al rey de Castilla y a Rodrigo de Vivar. Los jefes en sus cifras y preseas declaraban la parte de los peligros que les había cabido en el combate, y todo respiraba el ardiente amor a España y a la libertad que alentaba en los pechos castellanos.

Los feraces campos que regaba el Turia, y en cuyas floridas praderas se elevaban los muros de Valencia, aparecieron entonces coronados con los frutos del estío y matizados de hermosísimos tapetes de flores. Unidas las ramas de los árboles que a una y otra parte del río estaban plantados, corrían las aguas bajo un toldo de verdura que aumentaba la frescura y amenidad de tan delicioso sitio. Eran tan puros y transparentes los cristales del Turia, que se veían en su fondo las guijas que lo alfombraban, interpoladas de graciosas conchas y caprichosos mariscos.

Al llegar el ejército de Castilla a las puertas de la ciudad, descubrieron una banda de alegres dulzainas que salían a regocijarles, por ser la música del país, y el festejo más grandioso que imaginaron los moriscos para recibir al vencedor. Donosas y apuestas moras, de las que ninguna pasaba de quince años, vestidas de blanco; y con una especie de sobrevestes azules, veíanse ordenadas al lindar mismo con las llaves de oro de las puertas en un rico azafate de plata; otras llevaban en la mano lindos ramos de azucenas, palomas inocentes y pomos de agua de rosa.

Entraron los flecheros magníficamente engalanados y ordenados con un arco en la mano y su carcaj al lado, cuyas flechas resonaban dulcemente al andar; seguían a éstos los lanceros del Cid, cuyo lujo oriental y extremadísima bizarría daban claras muestras de la riqueza y poderío de su señor. Venían tras estos trescientos trompeteros atronando con el marcial sonido de las trompetas, cubiertos de telas coloradas y con bronceados almetes, y anunciando que se acercaba el inmortal Rodrigo. Quinientos pajes vestidos de seda azul con áureas palmas en la mano, y de los cuales el uno traía la corona real de Juzeph-Tephin vuelta hacia abajo, en señal de vencimiento, otro la espada de Abenxafa y distintos despojos ganados en el campo de batalla, rodeaban la carroza de oro, con ruedas de plata, donde iban sentados el Cid y su esposa; a los pies del arrogante héroe de Vivar yacía la diadema y cetro del vencido monarca Abenxafa, y empuñaba el paladín el gran estandarte de Castilla. Su preciosa armadura, el riquísimo traje de su esposa, brillante como la luz del día, los áureos jaeces de los bridones, y sus riendas engastadas de perlas preciosas, dejaron deslumbrados y atónitos a los edetanos, que apenas creían a sus propios ojos.

Al pisar los caballos el lindar de la puerta, resonaron súbito las dulzainas y deliciosas músicas, y detuvieron las doncellas la carroza para entregar al héroe las llaves de la ciudad. Vertieron también los pomos de agua embalsamando el aire con suave fragancia, y ofrecieron, arrodilladas, a la matrona cristiana los ramos de flores dispuestos con este objeto. Colocáronse en seguida alrededor del carro, para conducir, unas, los caballos, y danzar, otras, al compás de las dulzainas, dando repetidas muestras de su agilidad y destreza. Entonces, los soldados de las falanges de Rodrigo, que llenaban las vecinas calles, entonaron el siguiente:

CÁNTICO.

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Voz 1.^a

*¿Qué ninfa tan linda
los aires rompió,
sus alas doradas
desplegando al sol?
El dulce amor patrio,
infante gentil,
la tea agitando,
le sigue feliz.*

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Voz 2.^a

*Cayó el cruel tirano que oprimía
de la fértil Edeta
la opima y floreciente pradería.
Sobre su tumba se levanta augusta*

*la libertad de España,
Y a los campos que el áureo Betis baña
nuncia con voz robusta,
que doblarán sus hijos la rodilla
ante el soberbio carro de Castilla.*

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Voz 3.^a

*Cuando oscuro muere,
¿qué le resta al hombre?
Perece su nombre
en el polvo vil.
Dulce es morir, dulce
al sol reluciente,
y ostentar la frente
con heridas mil.*

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Voz 4.^a

*Por ti, oh patria, se lanzan los guerreros
a la sangrienta liza
cuando tu fuego atiza
sus corazones fieros.
Retiembla el suelo con el son horrendo
de sus nudos aceros,
y el movimiento de su casco de oro
y del peto sonoro*

*compone su armonía
más suave y dulce al pecho valeroso,
que al rayar en el cielo el albo día
del ruiseñor el canto melodioso.*

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Voz 5.^a

*¡Quién me diera rasgar el denso velo
que encubre los arcanos,
y cantando anunciar a los hispanos
sus futuras hazañas!
Un día brillará, lo juro, oh patria,
en que libre del árabe insolente
alces la altiva frente
al alto Olimpo, y estremezca el mundo
el valor de tu brazo furibundo.
De lauro entonces y arrayán ceñida
sobre nube de plata
te elevarás a la región del viento
y las naciones todas humilladas
si pretenden gozar de tus miradas
habrán de alzar el rostro al firmamento.*

CORO.

*Vírgenes hermosas,
festivas ceñid,
de lauro y de rosas
las sienes del Cid.*

Montadas en soberbio palafrén y servidas de lindísimas esclavas, seguían a sus padres las bellas hijas del de Vivar, acompañadas por el rey de Castilla y el infante de Navarra, don Ramiro, armados de punta en blanco. El soberano llevaba la visera caída y el escudo del águila conservando el incógnito, pues de otro modo, debería

haber ocupado el asiento principal de la carroza. Asían uno y otro caballero las bridas de los palafrenes de las doncellas, y recibían los aplausos de la multitud, con señales de gratitud y cortesanía. Tras estos aparecían los guerreros de más nombradía del ejército, capitaneados por Ordóñez de Lara, y cerraban la marcha Gil Díaz y fray Lázaro, riendo el uno, con los carrillos chispeando de puro colorados, y echando bendiciones, el otro, a la atónita plebe que le observaba con admiración.

Rodrigo de Vivar acabó sus días en esta ciudad, después de haber regresado a Castilla el rey Alfonso, y haber celebrado las bodas de doña Elvira con el infante de Navarra. Ordóñez no quiso nunca casarse, y murió en Burgos, habiendo acompañado el cuerpo de su amigo al monasterio de Cardena, donde murió Jimena.

Gil Díaz, recibidas muchas mercedes de sus señores, casó con una linda valenciana, con la que pasó una vida laboriosa y alegre; y fray Lázaro expiró, después de muchos años, en olor de santidad.

Pelayo tuvo el consuelo de levantar un magnífico sepulcro a su hijo, y consiguió que le enterrasen a su lado cuando llegó el fin de su vida.

FIN DE «LA CONQUISTA DE VALENCIA POR EL CID».

Notas

[1] *Los expatriados*, escrita en 1831 y publicada en 1834. <<

[2] Véase *Ensayos poéticos*, I, Valencia, 1826. <<